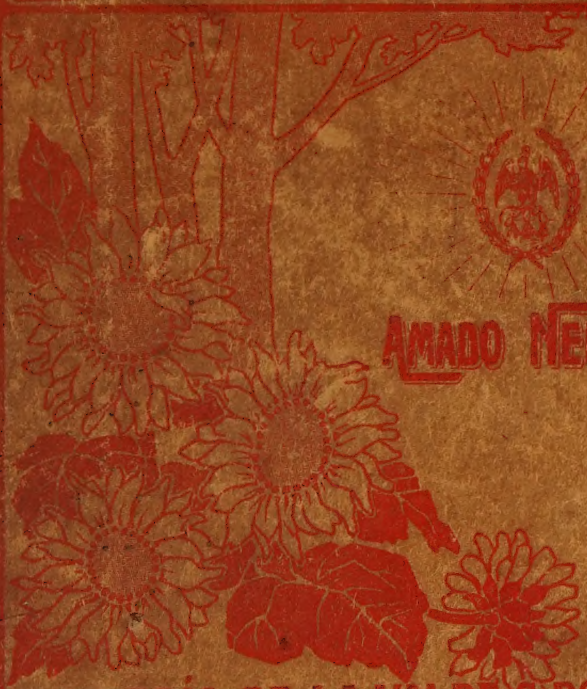
LECTURAS LITERARIAS



AMADO NERVO

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO
45, AVENIDA CINCO DE MAYO, 45

30 OCT. 1915
BIBLIOTECA

LECTURAS LITERARIAS

1600-12. — Paris. Imprenta de la Vda de C. BOURET. — P11-12.

LECTURAS LITERARIAS

TOMADAS DE LOS MEJORES POETAS Y PROSISTAS
ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS

Y SEGUIDAS DE UN BREVE JUICIO EXPLICATIVO Y CRÍTICO

Las ilustran numerosos retratos

ARREGLÓLAS

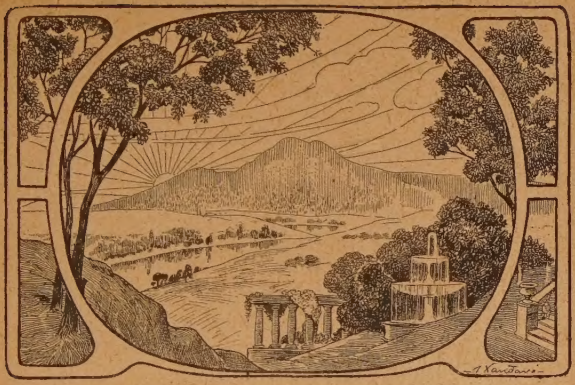
AMADO NERVO

LIBRERÍA DE LA VDA DE C. BOURET
PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23
MÉXICO
45, AVENIDA CINCO DE MAYO, 45

1913

Propiedad del Editor.

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.



PRIMERA PARTE

LA NATURALEZA

---

1. — La mañana.

Tiende el sol cuando amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos, la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es florón de resplandores
La vidriera de colores
Del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzara un coloso
Con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río.
Y lleva el río en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas.

De carmín tiñe al rosal,
De oro tiñe al girasol,
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscosa,
En los témpanos de hielo,
Pinta ráfagas de rosa,
Y hace de la mariposa
Un iris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata
A la fuente, cuyo rastro
Es una estela de plata,
Junto á adelfas de escarlata
Floripondios de alabastro.

Presta al rizado plumaje
De los pájaros colores,
Da colores al encaje
De las nubes, y al paisaje
Perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas,
Fuego el sol, llanto el rocío,
Flores el juncal, las pomas
Roja grana, las palomas
Blanca nieve, espuma el río.

La obscura selva, rumores,
El torrente centelleos
De divinos esplendores,
La alameda ruiseñores,
Los ruiseñores gorjeos.

Toda la naturaleza
Cuando el sol le da calor,

Palpitaciones, grandeza,
Es mujer cuya belleza
Entra á un tálamo de amor.

Ardiente al placer arroja
Del pudor los blancos velos...
Cesa su febril congoja,
Y cuando ella se sonroja
Ya tienen rojo los cielos :

Los arroyos más cristales
Y los cardos más espinas,
Más flores los florestales,
Más espigas los trigales,
El torreón más golondrinas.

AGUSTÍN F. CUENCA.

Distínguese esta composición de Cuenca por la viveza tropical del color, por la sonoridad de la estrofa y por lo cálido de la inspiración.

Era Agustín F. Cuenca — poeta mexicano — un colorista consumado y hay en todas sus composiciones la crudeza, la intensidad, la vida de nuestro suelo asoleado y fecundo.

2. — La canción de la nieve.

¡La nieve!

Vosotros, los que no habéis pasado por aquí, no tenéis idea de lo que esta palabra significa. La nieve es la divinidad terrible, la obsesión durable. Es el sudario que cubre la inmensa tierra muerta. Y es infinita y es todopoderosa. Mas allá del horizonte, ella reina siempre. Ella es la que convierte los pinos en juguetes de porcelana, la que hace techos marmóreos á los altísimos haces de leña; la que le fabrica una corona al pozo; la que oculta la sordidez de los tejados.

¡La nieve!

En donde mejor se ve su augusta y triste grandeza es en los inmensos espacios vacíos, sin plantas ni seres, en las llanuras fabulosas que se extienden á nuestra derecha. Ahí nada rompe su armonía. Ella sola orgullosa, va hasta

el horizonte en ondulaciones voluptuosas y suprime hasta la idea de la vida vegetal. Su blancura se matiza de las más finas tintas, de los más tenues reflejos y dora y se ruboriza y se platea y cobra luces celestes y llega á veces, en sus curvas más pronunciadas á teñirse de misteriosas fosforescencias violáceas.

¡La nieve! ¡La nieve!

¡Cuán bella es! ¡Pero cuán cruel! Los habitantes de la estepa se la representan convertida en dios, con la nariz encarnada y el manto blanco. Le llaman Moroz. Lo adoran con terror supersticioso, y, lo mismo que los cartagineses á Baal, le ofrecen en holocausto sus pobres vidas sin alegría. Todos, en efecto, mueren por él, todos, hasta los osos pesados y rítmicos; todos, todos, hasta los pinos melancólicos y esbeltos.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

Esta descripción, escrita en San Petersburgo por el joven literato guatemalteco, es una de las mejores páginas de este ameno, de este encantador cronista, que ha enflorado las páginas de tantos periódicos de nuestra América con sus interesantes á la vez que ligeros, mundanos y elegantes artículos.

Primero el aspecto de la inmensa sabana de nieve que todo lo arropa : « terrible », « infinita », « todopoderosa ». Luego las supersticiones, el miedo, el culto, que inspira á los pobres seres de cuyas *vidas sin alegría* es árbitro absoluto... Todo está sujeto á su poder... y la última frase da una energía singular á la belleza de la descripción : « hasta los osos pesados y rítmicos », « hasta los pinos melancólicos y esbeltos ».

3. — Del Trópico.

¡Qué alegre y fresca la mañanita!
me agarra el aire por la nariz,
los perros ladran, un niño grita
y una muchacha gorda y bonita
sobre una piedra muele maíz.

Un mozo trae por un sendero
sus herramientas y su morral;
otro, con chanclas y sin sombrero,
busca una vaca con su ternero
para ordeñarla junto al corral.

Sonriendo á veces á la muchacha
que de la piedra pasa al fogón,
un campesino de buena facha,
casi en cuclillas, afila un hacha,
sobre la orilla del mollejón.

Por las colinas la luz se pierde
bajo de un cielo claro y sin fin.
Allí el ganado las hojas muerde
y hay en los tallos del campo verde
escarabajos de oro y carmín.

Sonando un cuerno curvo y sonoro
viene el vaquero, y á plena luz
pasan las vacas y un blanco toro,
con unas manchas color de oro
por los jarretes y en el testuz.

Y la patrona, bate que bate,
me regocija con la ilusión
de una gran taza de chocolate,
que ha de pasarme por el gaznate
con las tostadas y el requesón.

RUBÉN DARÍO.

Hay en la buscada trivialidad de esta descripción tan americana, tan nuestra, un indecible encanto. La poesía silvestre de tal escena no podía haber sido pintada con pincel culterano. Nada hay en ella de la encintada, olorosa y falsa sencillez eglógica de los viejos poetas. Todo es natural, hasta el ambiente del verso con esa naturalidad *querida* lúcida y vigorosamente, que es la más difícil. El refinado, el raro, el exquisito Darío quiso mostrarnos que también sabía él decir esas cosas vulgares que los dómines descontentadizos piden á la poesía moderna, pero que aun las vulgaridades dichas por él cobraban prestigio y resultaban nuevas.

4. — Tarde del Trópico.

Es la tarde gris y triste.
Viste el mar de terciopelo
Y el cielo profundo, viste
De duelo.

Del abismo se levanta
La queja amarga y sonora.
La onda, cuando el viento canta,
Llora.

Los violines de la bruma
Saludan al sol que muere.
Salmodia la blanca espuma
Miserere.

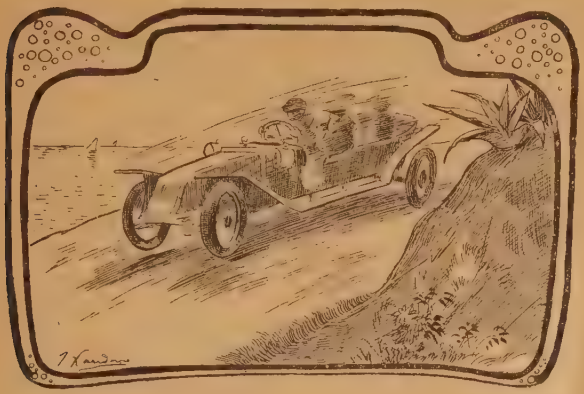
La armonía el cielo inunda
Y la brisa va á llevar
La canción triste y profunda
Del mar.

Del clarín del horizonte
Brota sinfonía rara,
Como si la voz del monte
Vibrara.

Cual si fuese lo invisible...
Cual si fuse el rudo son
Que diese al viento un terrible
León.

RUBÉN DARÍO.

Este es también, el Trópico pero ya no en la mañanita *alegre* y *fresca*, sino en la tarde *gris* y *triste*. Han cambiado los matices y la fisonomía de las cosas : ha cambiado asimismo la visión del poeta, y á la melodía sencilla, ingenua casi (refinadamente ingenua, es cierto) sucede ahora la *instrumentación* sábia, el procedimiento exquisito. Y las dos cosas: la melodía de antes y la armonía de hoy, son de un discreto y aristocrático encanto y de una suprema excelencia.



5. — Una tarde de otoño...
Décimo cuento.

Desde que asoman los fríos, se puede decir que París está en la costa azul. La gente elegante, los hombres políticos, los artistas, los actores y hasta los caballos de carrera van á instalarse, con pretextos más ó menos inverosímiles, á lo largo de la hermosa cinta de montañas, cuyos picos, cubiertos de nieve, parecen salpicados por la espuma del mar.

Pero el trabajador modesto, que ignora los casinos, se

fabrica junto al Mediterráneo, como en todas partes, su isla cercada de silencios.

La naturaleza, desbordante de luz y de vida, le abre los salones más portentosos; los árboles, los arroyos, los picachos que florecen al sol, le brindan la sociedad más envidiable; y nada falta á su felicidad, ni las perspectivas prodigiosas, llenas de despeñaderos y de caminos inverosímiles por donde avanzan las mulas prudentes á paso menudo, ni los lugareños afables que ofrecen al excursionista un sitio á la lumbre y la mitad de su pan, ni los cielos de cuentos de hada, donde surgen colinas de rosa en campos sin límites habitados por elefantes blancos.

El sol, dora la carretera, la tentación misteriosa del paisaje escondido tras el recodo da nuevo ardor á los músculos, el bastón de punta de hierro se hunde acompasadamente en la tierra seca, los botines rudos hacen estallar los .guijarros y pocas cosas son más hermosas que esa marcha al son de músicas interiores, descubriendo detalles, acumulando matices, viviendo por todos los poros y buscando en las entrañas de la soledad aislamientos cada vez más grandes y más completos. A ratos apunta en una meseta la mancha viva del traje de un campesino que trabaja en su olivar, surge en una encrucijada un carretón cargado de legumbres, ó se anuncia con su trompeta afónica y febril la tromba alegre y polvorienta de un automóvil. Pero en general las pequeñas viviendas incrustadas en las rocas, los árboles estáticos, los caminos desiertos, todo concuerda con la placidez contemplativa de los hombres. Y en la celeste apoteosis florecida de la naturaleza triunfante pasea el soñador el arco iris de sus estados de alma, hasta que, vencido blandamente por el cansancio, reintegra con el crepúsculo la ciudad borrosa donde las luces palpitan como luciérnagas.

Tanto ó más que las excursiones en tierra firme, atrae la puerta inquietante del mar.

Ante las grandes superposiciones de montañas celestes que de lejos parecen sembradas de violetas, se abre la esplendidez del vasto desierto líquido, donde se recortan los triángulos de nieve de las velas hinchadas. Crespas como cabelleras de mujer, las olas repiten hasta el límite su curva flotante y temblorosa, de donde arranca el sol chispas de estrellas. Cobra el azul todos los matices de su triunfo, pesde el marino en sombra hasta el verde agua, y hay en la

inmensidad imanes tan poderosos que, borrachos de ilusión, saltamos en la barca y ¡á bogar!...

Si al izar la vela pesada batida por el viento resbala el pie en las tablas húmedas, si al doblar con fuerza el timón salpica el agua, ó si al lanzar las redes finas tachonadas de corcho surge un rasguño en la mano ó desaparece el sombrero, percances son que pide la aventura. Ganados por la alegría del mar, reímos á boca llena del golpe, del traje mojado, del pequeño hilo rojo que borda adornos en el agua y del hongo flexible que flota y se aleja dando tumbos hasta el límite... La ciudad solo se acusa en el horizonte por la lista encarnada de los techos sobre los cuales parece que hubiera llovido sangre. Estamos como suspendidos en la eternidad, lejos de todo lo que muere... Si el mar es un reflejo del cielo, ó el cielo es un reflejo del mar, que otros lo sepan... La naturaleza se traduce, no se explica. Y además, no tenemos tiempo para reflexiones. Esclavos de la fuerza que nos mece, de espaldas en la barca, viajamos con los ojos en las nubes, movibles é inconstantes como el corazón y como la vida... De rato en rato levantamos los aparejos, de donde brota la mano llena de peces brillantes que parecen lingotes de plata móvil. Y cuando cae la noche como una mano de sombra que se apodera del mar, volvemos á la tierra y al tumulto, con los anzuelos, las cuerdas, y en una gran canasta de mimbres que da al brazo más vigor que todas las palanquetas de los gimnastas, el gran botín de pescado fresco que se retuerce y ondula, presintiendo que será la gloria del festín jovial del día siguiente... De regreso, mientras envuelta en el crepúsculo queda durmiendo de lado la barca en el guijarral, nos detenemos en el murallón á encender la pipa y á admirar el espectáculo de la ciudad y del horizonte, todo azul, como si lloviera cielo...

¡La costa azul! También tiene la juventud, como Francia, su costa azul. En la apoteosis del vigor, cuando á la luz de las auroras descubre el hombre á cada instante nuevas avenidas de ideal, la existencia es también un jardín al borde del Mediterráneo. Poco importa que la salud y la fuerza de la edad de las rosas nos inclinen á desdeñar los artificios de los saraos y los *Kursales* para difundirnos y disolvernos en la naturaleza vasta, que es como una ampliación grandiosa de lo que llevamos dentro. Cerrada la noche, siempre nos internaremos en la ciudad resplande-

ciente, cuyas avenidas oleosas, bordeadas de vitrinas incendiadas, parecen serpientes de oro que se estiran en la sombra; siempre entraremos en los almacenes lujosos, atestados de objetos multicolores; y siempre nos codearemos con las gentes en los cafés y en las salas de espectáculo; porque la vida hay que vivirla toda entera, porque el intercambio social es una condición de salud, y porque nada resulta más peligroso que esos monólogos prolongados que son á menudo el camino de la neurastenia. El hombre debe abarcarlo y comprenderlo todo. Y para que tenga la indispensable intensidad compleja y penetrante, la costa azul de la juventud ha de ser la síntesis de la vida.

MANUEL UGARTE.

Esta descripción del joven literato y poeta argentino Manuel Ugarte, nos seduce desde luego por su entusiasmo y por la concentración de vida que la anima. Se ve que el autor siente todo el prestigio y el encanto de la naturaleza, que sabe mirarla y sabe comprenderla, y que la ama con esa ternura delicada, intensa y penetrante al propio tiempo, que hacía exclamar á Flaubert: « Hay paisajes tan bellos, que quisiera uno estrecharlos contra su corazón! »

La Tierra, con todo el embeleso de sus árboles, de sus rocas, de sus caseríos, de sus recodos misteriosos; el mar, con toda la poderosa majestad, con toda la enigmática grandeza de sus aspectos, móviles á la vez y eternos, y por último, el hombre: el cerebro humano que contempla aquello, el ojo consciente de la naturaleza, la cavidad craneana á donde Schopenhauer se asomaba con vértigo, porque encontraba en ella la infinita variedad y la unidad infinita del universo: he aquí la trilogía que ha inspirado á Ugarte en esa pequeña y viva descripción que hemos saboreado.

6. — La fuga de la Tórtola (canción).

Tórtola mía! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,

A un beso ahora y otro después,
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos pies?

¿Ver hojas verdes solo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró? —
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego que el miedo exhala:
¿De qué te sirve batir el ala
Si te amenazan con muerte igual,
La astuta liga, la ardiente bala
Y el canto *jubo del manigual*?

Pero ¡ay! Tu fuga ya me acredita
Que ansías ser libre, pasión bendita
Que aunque la lloro la apruebo yo —
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al río
Y al alta luna que brilla en él?

Inconsolable, triste y marchita
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abondonó —
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

José J. Milanès.

Hay en esta composición del poeta cubano tal encanto agreste, tal gracia simple y perfumada, tal silvestre embeleso, un tino tal en ciertos adjetivos, un primor ingenuo de tan buena ley en otros, como ese simpático *cimarronzuela* de rojos pies, que les perdona uno su ruda prosodia, su negligencia rítmica, su descuido y desaliño, para no pensar más que en el perfume intenso y en la virgen cadencia que hay en ellos. Tienen sin duda una gota de uva de las que saborcaba Anacreonte, mezclada á la miel de nuestras cañas pálidas, esbeltas y temblorosas...

7. — Paisaje.

En la paz de una hondonada umbría, dos zagales andan encorvados segando el trébol oloroso y húmedo, y entre el verde de la hierba las hoces brillan, con extraña ferocidad. Un asno viejo, de rubio pelo y luengas orejas, pace gravemente arrastrando el ronzal, y otro asno infantil, con la frente aborregada y lanosa y las orejas inquietas y burlonas, mira hacia la vereda, erguido, alegre, picaresco, moviendo la cabeza como el bufón de un rey.

. . . . . .

Las ovejas llenan el camino y pasan temerosas, con un dulce balido, como en las viejas églogas. Los pardales revolotean á lo largo y se posan en bandadas sobre los valladares de laurel, derramando con el pico el agua de la lluvia que aún queda en las hojas. En una revuelta del río, bajo el ramaje de los álamos, que parecen de plata antigua, sonríe un molino.

El agua salta en la presa, y la rueda fatigada y caduca, canta el salmo patriarcal del trigo y la abundancia : su vieja voz geórgica se oye por las eras y por los caminos. La molinera en lo alto del patio, desgrana mazorcas con la falda recogida en la cintura y llena de maíz, grita desde

lo alto al mismo tiempo que desgrana : — ¡Suras!... Suras!

Y arroja al viento un puñado de fruto que cae con el rumor de lluvia veraniega sobre secos follajes. Las gallinas acuden presurosas picoteando la tierra. El gallo canta... Dos aldeanas salmodian en la cancela del molino :

— Santos y buenos días!

La molinera responde desde el patín :

— ¡Santos y buenos nos los dé Dios!

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.

¿No es verdad que *se ve* esta escena, saturada de cierta melancólica mansedumbre patriarcal? Aquí, muy al revés de lo que pasa en otras composiciones que hemos reproducido, no hay un solo resquicio para el desaliño del estilo.

Todo ha sido pensado, buscado, ordenado, metódica y hábilmente para que produzca — dentro de una ternura impecable, como en esos paisajes de los primitivos en que no se ve siquiera la pincelada y en que los colores parecen esmalte, — la sensación de lo *vivido*, dentro de un intachable marco de arte. El autor que es uno de los estilistas d'annunzianos mejores de España, que ama y encuentra siempre la elegancia y la sobriedad de la forma, que tiene de los Goncourt ese castigador benedictinismo que pacientemente pule la frase y la armoniza, nos pinta aquí un paisaje gallego de otros tiempos... paisaje que en esta España donde las cosas van con tan discreta lentitud hacia el futuro, podría aún identificarse. El libro se llama « flor de Santidad, Historia Milenaria ». — Leedlo.

8. — Mignon.

DE UNA CAUSERIE

Mignon, los campos están desiertos, ven á bañarte de luz del sol; Mignon, los pájaros están despiertos, y entre los árboles de brazos yertos cantan un aire vivo español.

. . . . . .

Peina tus luengos bucles sedeños, pon á tus hombros el leve chal, ciñe de prisa tus pies pequeños, abre tus negros ojos risueños.... Mignon dormida, del sueño sal!

Ven á los prados, niña hechicera; con tu argentina risa

de amor, quiero que anuncies la primavera, quiero aromarte la cabellera con los duraznos que están en flor! La brisa fresca que te acaricia, ahuyenta en breve tu palidez: y el aleteo de su caricia pone en tu cuerpo nueva delicia porque sonrosa tu blanca tez!

Mignon... tu canto! dí que florecen los limoneros de tu país; canta esas cosas que me entristecen, esas memorias que me enloquecen... Mignon, conozco ya tu país! Sé la frescura de tus palmares bajo el ardiente sol estival, sé la lejana voz de los mares, sé las guarachas y los cantares, las danzas criollas, mi dicha y mal! Mignon... tu canto! dí la alegría que sientes yendo junto de mí, que eres dichosa porque eres mía, que como me amas no me amaría ninguna otra, que reino en ti. Despierta el sueño de la floresta, anuncia el polen germinador; por ti los árboles están de fiesta, por ti engalanan su fronda enhiesta con su temprano, tierno verdor. Está muy lejos Abril florido, pero si ríes vendrá el Abril con sus arrullos de alcoba y nido, con el capullo de savia henchido y el lepidóptero de vuelos mil. Anda, mi criolla, no tengas miedo; en nuestra México de cielo azul, el viejo invierno pasa muy quedo y en la alborada frimario es ledo, como en el trópico y en Stambul. La primavera se tarda y tú eres la primavera de mi pasión, mi primavera si tú me quieres, mi primavera si tú me hieres con mal de amores el corazón.

RUBÉN M. CAMPOS.

Rubén M. Campos se distingue por lo insinuante y cálido de su inspiración. Su musa es una criolla siempre enamorada: de la vida, del sol que dora á fuego los pastos y es arpa en la garganta de los pájaros y piedra preciosa en el azul del lago.

Hay en la poesía de este muchacho ardoroso, cierta indolencia, cierta molicie costeña, que placen mucho. Testigo su Mignon, que acabáis de leer: un Mignon *nuestra*, nacida sin duda á la caricia tibia del ambiente costeño, bajo la sombra de las palmas y de los manglares... una Mignon que nos trae la nostalgia pensativa, la añoranza suave de nuestros trópicos luminosos.

9. — Un crepúsculo [1].

A la tarde el espectáculo solar es magnífico; sobre los grandes ríos especialmente, pues dentro el bosque la noche sobreviene brusca, apenas disminuye la luz. En las aguas, cuyo cauce despeja el horizonte, el crepúsculo subtropical, despliega toda su maravilla.

Primero es una faja amarillo hiel al Oeste, correspondiendo con ella por la parte opuesta una zona baja de intenso azul eléctrico, que se degrada hacia el cenit en lila viejo y sucesivamente en rosa, amoratándose por último sobre una vasta extensión donde boga la luna.

Luego este viso va borrándose, mientras surge en el ocaso una horizontal claridad de anaranjado ardiente, que asciende al oro claro y al verde luz, neutralizado en una tenuidad de blancura deslumbradora.

Como un vaho sutilísimo embebe, á aquel matiz un rubor de cutis, enfriado pronto en lila donde nace tal cual estrella; pero todo tan claro, que su reflexión adquiere el brillo de un colosal arco-iris sobre la lejanía inmensa

1. En el territorio de Misiones. Del libro « El Imperio Jesuítico » de Leopoldo Lugones, gran poeta argentino.

del río. Este, negro á la parte opuesta, negro de plomo oxidado entre los bosques profundos que le forman una orla de tinta china, rueda frente al espectador densas franjas de un rosa lóbrego.

Un silencio magnífico profundiza el éxtasis celeste. Quizá llegue de la ruina próxima, en un soplo imperceptible, el aroma de los azahares. Tal vez una piragua se destaque de la ribera asaz sombría, engendrando una nueva onda rosa; y haciendo blanquear, como una garza á flor de agua, la camisa de su remero ..

El crepúsculo, radioso como una aurora, tarda en decrecer; y cuando la noche empieza por último á definirse, un nuevo espectáculo embellece el firmamento. Sobre la línea del horizonte, el lucero, tamaño como una toronja, ha aparecido, palpitando entre reflejos azules y rojos, á modo de una linterna bicolor que el viento agita. Su irradiación proyecta verdaderas llamas, que describen sobre el agua una clara estela, á pesar de la luna, y la primera impresión es casi de miedo en presencia de tan enorme diamante. LEOPOLDO LUGONES.

En esta vez nos encontramos desde luego con el maestro. *Llega, ve y vence*, es decir nos domina y nos subyuga. Lo que describe, ese crepúsculo maravilloso sobre el paisaje subtropical, está pintado con una opulencia y una verdad de tonos arrebatadoras. No malgasta su paleta en escarceos de colores. Las aleaciones, las mezclas, el tinte buscado, surgen de entre las sedas del pincel sin vacilación y sin tardanza. El léxico es admirable de *justeza* y de precisión. Dice lo que quiere decir y como el escritor lo conoce notablemente siempre halla á la mano el adjetivo que conviene, el nombre que necesita, la denominación que se requiere.

Y nos quedamos después de leer estas páginas, estas líneas tan breves para nuestro deseo, con la sensación vasta, imponente, augusta, serena y luminosa, de un gran crepúsculo tropical, dentro de nuestra alma...

10. — El salto de Barrio-Nuevo.

I

Al pie de dos montañas colosales,
Un río transparente
Remueve sus cristales,

Y entre riscos y juncos y zarzales
Con estrépito lanza su corriente.

Cercado de perpetua primavera
Regala su frescura
Bañando la pradera,
Retratando á su paso por doquiera
Palmas y cielos en su linfa pura.

Crece la flor en su escarpada orilla
Luciendo sus colores,
En tanto que sencilla
Canta infeliz la tímida avecilla
Querellando sus místicos amores.

Allí el pastor respira los aromas
De lirios y alelíes;
Y al par de las palomas,
Bajan de tarde las cercanas lomas
A mitigar su sed los jabalíes.

Interrumpe su curso de repente
Cortada en dura peña
Hondísima pendiente,
Y convertido desde allí en torrente,
Sobre un lecho de roca se despeña.

Un iris forma de belleza suma
Cuando su mole agita
Cayendo entre la bruma,
Cuando sus ondas de sonante espuma
En multitud confusa precipita,

Y hierve el agua en el revuelto seno
Del hondo abismo frío,
Zumbando como el trueno,
Y las ondas avanzan, y sereno
Sigue su marcha majestuoso el río.

II

Un instante contemplé
Tu belleza singular;
Y breve y amargo fué,
Porque en tus aguas miré
La humana vida pasar.

En su curso misterioso
Por sendas desconocidas,
Corres tranquilo y medroso,
Ya en un cauce pedregoso,
Ya sobre alfombras mullidas.

Encuentras á cada instante
Un escollo en tu camino,
Y andas y andas anhelante
Siempre adelante, adelante!
Sin conocer tu destino.

Humilde como las fuentes
Lamiendo vas tus orillas,
Al murmurar tus corrientes
Los amores inocentes
De las tórtolas sencillas.

Ó acaso tu lecho abondando
Rugiente y negro te lanzas,
Y van tus aguas pasando
Como en la tierra llorando
Los hombres sus esperanzas.

Y sin que sepa jamás
Á dónde tus ondas ruedan
Cuando caminando vas,
Caminas ¡ay! sin que puedan
Volverse un instante atrás:

Como nunca retornaron
Las ilusiones que fueron,
Ni los seres que se amaron,
Ni las horas que pasaron,
Ni las flores que murieron.

Sobre el espejo en que nacen,
Tus blancas espumas miro
Pasar en rápido giro;
Y cuán pronto las deshacen
Las brisas con un suspiro.

Así su dicha también,
Los que sollozan sin calma
Por el mundanal *Edén*,
Volar presurosas ven
En un suspiro del alma.

Tú en la gaya primavera,
Al pasar por la ribera,
Coges las flores que tocas;
Las amas, y en tu carrera
Se van quedando en las rocas.

Así el hombre en sus errores
Con indecible cariño
Guarda avaro sus amores,
Y va, desde que es muy niño,
Perdiendo en el mundo flores.

Y al fin, después de luchar
En esta mundana guerra,
Tendremos que descansar,
Los hombres bajo la tierra
Y tú en el fondo del mar.

JOSÉ PEÓN CONTRERAS.

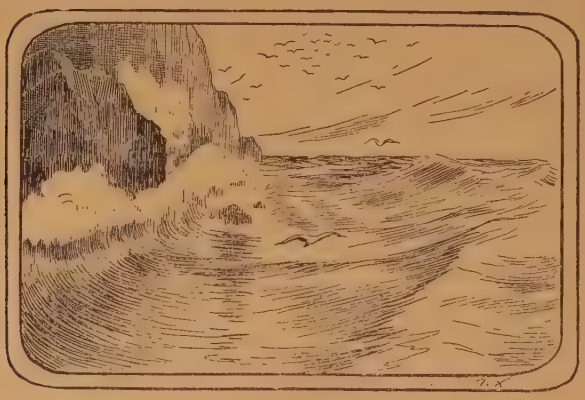
Peón Contreras ha sido, sobre todo, un poeta dramático. Lo decía en alguna ocasión, refiriéndome á la hidalguía de sus versos, á su índole patricia y á los asuntos caballerescos y legendarios que prefiere, que *había almenado el idioma.*

Sus amigos, al regalarle cierta vez una corona de oro, titulároníe el *Restaurador del Teatro en la patria de Alarcón y Gorostiza.* Ha dado á la escena numerosas obras dramáticas. Recordaremos, entre otras : *Hasta el cielo, El sacrificio de la vida, Gil González de Avila, Luchas de honra y amor, Esperanza, Antón de Alaminos, un Amor de Hernán Cortés, El Conde de Peñalva, La Hija del Rey, Por el joyel del sombrero, Entre mi tío y mi tía, etc.* Sin embargo no son escasas sus poesías líricas, y entre ellas, la que publicamos se distingue por su sinceridad, por su frescura y por el sabor apacible de su ingenua filosofía.

11. — La Tempestad.

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos, dando por

mensajeros á los relámpagos, tras quien se siguen, comenzaron á turbar á los marineros y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así á un mismo tiempo los cogió la turbación y la tormenta : pero no por eso dejó cada uno de acudir á su oficio, y hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fían, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero que acaso la



tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Tránsila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sólo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religión, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo, ó por mejor decir un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados

los ojos, ó por mejor decir la temían sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oían voces que mandaban, sino gritos de plegaria y votos que hacían y á los cielos se enviaban. No había allí reloj de arena que distinguiese las horas ni aguja que señalase el viento ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusión, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitán, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los más de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aún á visitar las más altas gavias, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente al parecer del día, si se puede llamar día al que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracán furioso, como si volviera con algún artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban. CERVANTES.

Trabajos de Persiles y Sigismunda. — Generalmente en las novelas no acaban así las cosas. No se describe bien la lucha del hombre con los elementos rebelados, sino para hacer triunfar al rey de la creación. Así el sagaz Ulises tras nunca oídas ni vistas aventuras llega á su palacio donde la maravillosa Penélope le aguarda hace veinte años... Es usual que la última página de estas emocionadoras narraciones, se salven el héroe ó los héroes del cuento. Pero Cervantes no se ajustó á ese patrón, que lo era ya en su época, y después de haber estremecido nuestros espíritus con su relato (donde hay sin embargo más retórica y amor á la frase que sentimiento) y de haberuos interesado en favor de esos infelices... los mata, contrariando el burgués y componedor sentimiento de los lectores que gustan de que todo acabe bien

¿Juzgar esta descripción? ¿Para qué si es de Cervantes? Bien juzgada está. Nosotros contentémonos con admirarla.

12. — Las riberas del Tajo.

Admirado Cimbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio que al lado le venía, le dijo : « No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza de estas frescas riberas y no sin razón, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis, y las que visten y adornan al famoso Ebro y al conocido Pisuerga : y en las apartadas tierras, ha paseado las del santo Tíber y las amenas del Pó, celebrado por la caida del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Libeto, grande ocasión había de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas. » « No vas tan fuera de camino en lo que dices, según yo creo, discreto Cimbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veas la razón que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer, que la amenidad y frescura de las riberas de este río hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrasen en ellos las del apartado Janto, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo porque tiene, y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte de estas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor, parece que con-

vida á regocijo y gusto al corazón que de él es más ageno. Y si ello es verdad que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las de este río sean en gran parte ocasión de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la misma razón que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo más de su habitación. La tierra que lo abraza vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer un don tan raro y agradable, y el dorado río como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente entretejiéndose, forma como de industria, mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso; de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que le causen nuevo placer, y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Cimbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricos caseríos, que por ella se ven fundados. Aquí se ven en cualquiera sazón del año andar la risueña primavera con la hermosa Venus, en hábito sucinto : y al amoroso Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte, es hecha artífice connatural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una cierta naturaleza, á la cual no sabré dar nombre; de sus cultivados jardines, con quien los huertos hespérides y de Alcino pueden callar de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles, y acopados mirtos; de sus abundantes pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga más, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Elíseos tienen asiento, es sin duda en ésta. »

CERVANTES.

La Galatea. — De esta descripción decirse puede algo análogo á lo que muy brevemente dijimos de « La Tempestad » en los trabajos de Persiles y Sigismunda del mismo autor : hay en ella, con una suprema elegancia y una gran maestría en el manejo del idioma, una insinceridad absoluta, mucha retórica y mucho símil pagano. A veces pensamos que estos grandes escritores de los siglos XVI — XVII no sabían ver la naturaleza, no sabían *auscultarla.*

Serviales de pretexto para algunos madrigales y algunas reminiscencias paganas de las que estaba atestada la literatura de entonces.

Esta alabanza del Tajo lo mismo podría aplicarse á cualquier otro río. No tiene fisonomía alguna, fuera de la del estilo. Los adjetivos *claro*, *fresco*, *bello*, aplicados al río; los otros *luciente y claro* aplicados al cielo; el *verde* de más allá aplicado á la tierra; las flores *varias y odoríferas*, y los jardines *cultivados*, y los *espesos bosques* y los *verdes* laureles,... nada, nada nos dice esa alma discreta, íntima y misteriosa, ó vivaz, ó plácida, ó arrebatadora de un paisaje... Lenguaje, estilo, figuras, citas; Venus, Flora, las Hespérides, Alcino, los campos Elíseos... y por toda fisonomía el título del capítulo, que sin él, y la repetición del nombre del Río, en Dios y en mi ánima juro que acomodaría tanto al Ebro *famoso* como al Tíber *santo* y al Po *ameno*!

Claro, y hay que repetirlo, por lo que ve al lenguaje, al estilo, á la elegancia, la descripción sería insuperable.

13. — Eva.

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter el *Fiat-lux* estremecía.
Era el sereno despertar del mundo,
Del tiempo la niñez, Amanecía,
Y del Criador la mano soberana

Ceñía en gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,
La frente virginal de la mañana.
Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera.
Y levantando púdica su velo
Gentil la Primavera,
Al ostentar magnífica sus galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.
Opulentas cascadas de verdura
Tapizaban soberbias los barrancos,
Y eran su espuma caprichosa y rica
Rosas purpúreas y jazmines blancos.
El denso bosque, presintiendo el día
Llenaba su follaje de rumores;
Flotaba en el espacio la armonía,
Y la colina desbordaba en flores;
El agua alegre, juguetona, huía
Entre cañas y juncos tembladores,
Y de la aurora bajo el ancho velo
Se besaba la tierra con el cielo.
Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares,
Juntándose amorosas, preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Se exhalaba de todas las corolas.
Vagorosos los tímidos cefiros
Al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros;
Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Desatando el raudal de sus canciones
Inundaban de músicas el viento.
Era la hora nupcial. Naturaleza,
De salir del cäos áun deslumbrada,
Ebria de juventud y de belleza,
Virginal y sagrada,
Velándose en misterio y poesía,
Sobre el tálamo en rosas de la tierra
Al Hombre se ofrecía.
¡El Hombre! Allá en el fondo

Más secreto del bosque, do la sombra
Era más tibia del gentil palmero,
Y más mullida la musgosa alfombra,
Más tupidas las flores
Y más rico y fragante el limonero;
Y llevaba la brisa más aromas,
La fuente más rumores,
Y cantaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas;
Dó más bello tendía
Sus velos el crepúsculo indeciso,
Allí el Hombre dormía,
Aquel era su hogar, el Paraíso.
El mundo inmaculado
Se mostraba al nacer grande y sereno,
Dios miró lo criado
Y encontró que era bueno.
Bañado en esplendor, lleno de Aurora,
De aquel instante en la sagrada calma,
A la sombra, dormido, de una palma
Estaba Adán. Su frente pensadora,
Su noble faz augusta de belleza
En medio de su sueño se cubrían
De una vaga tristeza.
Orcaba sus cabellos el cefiro;
Blandamente su pecho respiraba,
Pero algo como el soplo de un suspiro
Por su labio pasaba.
¿Padecía?.....¡ Quizás!..... En su retiro
Sólo el Criador con el dormido estaba.
Era el hombre primero, y ya su labio
De la existencia en el primer momento
Bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno;
Pero él estaba solo..... El aislamiento
Trasformaba en proscrito al soberano.....
Entonces el Señor tendió su mano
Y el costado de Adán tocó un instante.....
. . . . . .
. . . . . .
Suave, indecisa, sideral, flotante
Cual ligero vapor de las espumas,
Cual casto rayo de la luna errante

En un jirón perdido de las brumas;
Cual nacida del cáliz de las flores,
Con sus pétalos hecha y sus colores,
Viviente perla de la aurora hermosa,
Lampo de luz del venidero día
Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo sér que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adán..... Adán dormía.
La primera mujer.....¡ Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbre
La mañana primer de las mañanas,
¿ Viste luego en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas,
Alguna más gentil, más hechiçera,
Más ideal que la mujer primera?.....
La misma mano que extendió los cielos
Y los alumbra con auroras bellas;
La que salpica los etéreos velos
Con rocío de estrellas;
La que viste de azul los horizontes,
Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que hace con el íris esplendente
Diademas al magnífico torrente
Que su raudal de plata
Entre nubes de espumas
Desborda en tormentosa catarata;
La que toma del íris los colores
Para con ellos colorar las plumas,
Para con ellos matizar las flores;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perenal hechizo,
La del eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer..... esa te hizo!.....
La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el blanco rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz. Los frescos labios,
Como la flor de la granada, rojos;
Esa luz, que es un sol para las almas

En la limpia mirada de los ojos;
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos.
Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz, que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso.....
Eva era el alma en flor del Paraíso.
Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa :
Naturaleza toda, palpitante,
Ceñía sus contornos voluptuosa :
Las hojas la cantaban
La canción del susurro melodioso,
Al compás de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoroso :
La arrullaba la brisa con rumores,
Su cabello empapaba con aromas,
Y trinaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas,
En tanto que las flores,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia
Su pie bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luego.
Iba á salir el sol, amanecía;
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adán dormía.
Su frente majestuosa acariciaba
El ala de la brisa que pasaba,
Y su labio entreabierto sonreía.
Eva le contemplaba,
Sobre el inquieto corazón las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos ojos soberanos.
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro el seno comprimido
Del corazón el férvido latido;
Sintiendo que el aliento que salía

Del labio abierto del gentil dormido
Abrasándole el suyo, la atraía,
Inclinóse sobre él....
. Y de improviso
Se oyó el ruido de un beso palpitante,
Se estremeció de amor el Paraíso
Y alzó su frente el sol en ese instante.

MANUEL M. FLORES.

Esta composición de Manuel M. Flores, tan conocida y aplaudida en América, es sin duda, á pesar de sus desaliños, á pesar de sus defectos prosódicos, una de las poesías descriptivas más bellas que hay en castellano. El asunto se muestra desde luego tentador y poderoso en inspiraciones. La tierra virgen surgiendo del *fiat* del Dios bíblico, con todas sus frescuras, con todos sus perfumes, con todos sus embelesos. Y de la tierra virgen, hecha ya carne de Adán, á su vez naciendo, con toda la vigorosa y divina poesía (que habría más tarde de domeñar á las razas y de poseer á los fuertes y de saturar las almas de los hombres), la primera mujer, que en una apoteosis de alba surge del costado del hombre.

La fraseología es viva, potente, nueva, virgen también :

Era la sexta aurora; todavía el ámbito profundo del éter el fiat lux estremecía. Era el sereno despertar del mundo en la niñez del tiempo. Amanecía.

Esta estrofa no podía ser ni más feliz, ni más lozana, ni más noble.

La descripción del mundo glorificado por la luz y por la primavera, que le sigue, es incomparable, y la pintura de Eva,

Suave, indecisa, sideral, flotante, alzándose junto á Adán que duerme, no sé que pueda palidecer ante ninguna pintura poética de mujer, en castellano.

Tenía Manuel Flores dos grandes condiciones de arte : mucha inspiración y mucho entusiasmo. Faltóle más respeto por la impecabilidad de la forma. Las musas se lo perdonen.

14. — Los camellos.

Lo triste es así...
PETER ALTENBERG.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
á grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
— bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego —
pararon silenciosos al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento :
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturna por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra,
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del Desierto : prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos ojos que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge!

Dijeron las pirámides que el viejo sol rescalda :
« Amamos la fatiga con inquietud secreta... »
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
visticron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas, huesos en blanquecino enjambre,
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dáctilo al són de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡oh camellos de la llanura vasta,
que vais llevando á cuestas el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡Novios de la palmera casta!
Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito.

¿Qué pueden los ceñudos? ¿qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la humanidad redime.

Se pierde ya á lo lejos la errante caravana
dejándome — camello que cabalgó el Excidio... —
¡cómo búscar sus huellas al sol de la mañana
entre las ondas grises del lóbrego fastidio!

¡No! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy á mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente;

Y si á mi lado cruza la sorda muchedumbre,
mientras el vago fondo de sus pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

GUILLERMO VALENCIA.

Muchos reputan esta descripción de los camellos, del poeta colombiano Guillermo Valencia, como una de sus mejores poesías. Se ha afanado el autor por poner en ella toda esa melancolía abrasadora y lenta del desierto. Las figuras son bellas, aunque á veces un poco brumosas, ó excesivas : « Las pirámides quisieron

andar, moverse, y se copiaron en la joroba del camello... » La imagen es atrevida y acaso falsa, pero es hermosa.

La comparación entre los camellos y los artistas — comparación que no halagaría por cierto á un francés (*chameau, va!*) — está bien buscada y expresada con cierto tedio doliente y sutil, que place.

Hay en la composición versos tan logrados como estos :

Y en sus marchitos ojos que esculpe la Quimera,
sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge.

Bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la melancolía...

Y por último, tan nobles como estos :

Solo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
solo su arteria rota la humanidad redime.

La composición merece sin duda el renombre de que disfruta en nuestra América y Guillermo Valencia, el autor de *Anarkos*, una gran estimación literaria.

15. — De las vicuñas del Perú.

OTRA DESCRIPCIÓN CLÁSICA.

No sé que en otra parte del mundo haya este género de animales, sino en el Perú y Chile, que se continúa con él. Son las vicuñas mayores que cabras y menores que becerros : tienen la color que tira á leonado; algo más clara;

no tienen cuernos, como los tienen ciervos y cabreas, apaciéntanse y viven, en sierras altísimas, en las partes más frías y despobladas, que allá llaman punas. Las nieves y el hielo no les ofende, antes parece que las recrea: andan á manadas y corren ligerísimamente, cuando encuentran caminantes ó bestias, luego huyen, como muy tímidas; al huir echan delante de sí sus hijuelos. No se entiende que multipliquen mucho, por donde los Reyes Incas, tenían prohibida la caza de vicuñas, si no eran para fiestas con orden suya.

Algunos se quejan, que después que entraron españoles se ha concedido demasiada licencia á los chacos ó cazas de vicuñas, y que se han disminuido. La manera de cazar de los indios es chaco, que es juntarse muchos de ellos, que á veces son mil y tres mil y más y cercan un gran espacio de monte, é ir ojeando la caza, hasta juntarse por todas partes, donde se toman trescientas y cuatrocientas y más y menos, como ellos quieren, y dejan ir las demás, especialmente las hembras, para multiplicar. Suelen trasquilar estos animales y de la lana de ellos hacen cubiertas ó frazadas de mucha estima, porque la lana es como una seda blanca y duran mucho; y como el color es natural y no de tinte, es perpetuo. Son frescas y muy buenas en tiempo de calores; para inflamaciones de riñones y otras partes las tienen por muy sanas y que templan el calor demasiado; y lo mismo hace la lana en los colchones, que algunos usan por salud, por la experiencia que de ello tienen.

Para otras indisposiciones, como gota, dicen también, que es buena esta lana ó frazadas hechas de ella: no sé en esto experiencia cierta.

La carne de las vicuñas no es buena, aunque los indios la comen y hacen cusharqui ó cecina de ella. Para medicina podré yo contar lo que vi. Caminando por la sierra del Perú, llegué á un tambo ó venta una tarde, con tan terrible dolor de ojos, que me parecía se me querían saltar; el cual accidente suele acaecer de pasar por mucha nieve y mirarla. Estando echado, con tanto dolor, que casi perdía la paciencia, llegó una india y me dijo: Ponte, padre, esto en los ojos y estarás bueno. — Era una poca de carne de vicuña recién muerta y corriendo sangre.

En poniéndome aquella medicina se aplacó el dolor, y dentro de muy breve tiempo se me quitó del todo, que no le sentí más. Fuera de los chacos que he dicho, que son

cazas generales, usan los indios particularmente para coger estas vicuñas, cuando llegan á tiro, arrójanles unos cordelejos con ciertos plomos que se les traban y envuelven entre los pies, y embarazan para que no puedan correr; y así llegan y toman la vicuña.

El P. José de Acosta (1539-1600).
Historia natural y moral de las Indias.

En esta descripción no hay artificio alguno; no hay *literatura*, en la acepción que damos ahora á esta palabra. Se ve al sacerdote sencillo y observador, que escribe, sin pensarlo quizá con esa elegante simplicidad, con ese encanto con que escribía todo el mundo en el siglo XVI. Cuenta lo que ve y lo cuenta admirablemente bien, sin frases, sin retórica, sin exageraciones, dando á todo su justa proporción y su justo colorido. Y si él *cuenta lo que ve*, nosotros en cambio *vemos lo que cuenta* : vemos á la vicuña brincando peñas en lo más desolado y glacial del paisaje andino, la vemos perseguida por el indio, la vemos ya intonsa, ya trasquilada, en la cabaña. Y naturalmente en el historiador se revela el misionero y se revela sobre todo en el detalle de la vicuña *panacea*. « La vicuña es buena para esto y para aquello... » Todos los padres tenían entonces, en América algo de curanderos. De España llevaban ciertos empirismos : con los indios, admirables conocedores de las virtudes de las plantas y de los animales, aprendían mucho más, y así acababan por ser verdaderos botiquines ambulantes y sabían lo mismo restañar una herida que curar una fiebre y entablar un hueso roto.

La descripción vale la pena de leerse : pinta lo que debe pintar con una intuición del detalle típico y del rasgo saliente y sobre todo con cierta elegancia que era intuitiva en los escritores de entonces.

16. — Sitios poéticos del Valle de Bravo.

I

OTUMBA

Al asomar encima la pendiente
Boscosa y de los céfiros morada,
Una ladera mírase agobiada
Por el trigo en sazón y por un puente.

Allí para cada ave hay una fuente;
Para cada raudal una cascada;
Y para cada salto una arbolada
Sombrosa vega, blonda y floreciente:

En cada arbusto se vislumbra un nido,
Un corimbo de flores, una poma,
Ó un cándido panal de miel henchido;

Suda cada árbol odorante goma;
Y en cada risco pardo y carcomido
Arrulla lastimera una paloma.

II

EL CERRO

Con regia veste de sedosa grama
Y coronado en árboles bermejos
Se empina el cerro por mirar de lejos
El magnífico y amplio panorama.

Escucha mudo que entre peñas brama
Albo río partiéndose en cadejos;
Y vele retratar en sus espejos
Del aúreo sol la omnipotente flama.

Templado albergue y límpidos raudales
Brinda á la grey; liberta de enemiga
Cruda escarcha á hortalizas y frutales;

Y con su manto, providente abriga
Y defiende á los tiernos cereales
Encorvados al peso de la espiga.

III

LOS GUAYABOS

Un bosque antiguo, pálido y sonante
De árboles corvos de cimera hirsuta,
De tronco hendido, naçarada fruta,
Brazos rastreros, planta vacilante;

Un arroyito claro y serpeante
Que fluye al lado de campestre gruta:
Un carrizal, un puente y una ruta
Siempre en lid con la tierra exuberante;

De ovas, helechos y amarilla caña
Una casita que en la tarde humea
Cuando el sol tibio al tramontar la baña.

Y un fresno donde el aura juguetea,
En sólo un sitio al pie de la montaña,
Son la delicia de mi cara aldea.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

Pertenecen estos tres sonetos á la postrera parte — y una de las más preciadas, del último libro del que es ahora Illmo. Sr. Pagaza y regentea desde hace algunos años la importante diócesis de Veracruz. Llámase esta parte *Sitios Pintorescos del Valle de Bravo* y contiene más de 30 sonetos, todos ellos de una limpidez apacible y casta y de una suavidad virgiliana.

En medio de este ir y venir de los ideales literarios, de las modas de estética, de los caprichos de escuela — un tanto apaciguados ya, por lo demás, — pasa la prelaticia silueta del *Padre Pagaza*, como cariñosamente le llamamos en México, envuelta en alta simplicidad, en clásica y noble blancura. Guía con su cayado á sus ovejas, pero gusta, asimismo de, en el efímero reposo que al

paso le da la sombra móvil del árbol amigo, cantar, con concertado y blando son el paisaje que le rodea.

La poesía toda está saturada de una serenidad otoñal, de una blanda melancolía de crepúsculo, que place á nuestras almas y las conquista.

El mitrado lírico, poeta y pastor, sabe mostrar los panoramas, su verso los acaricia y á través de sus sonetos la naturaleza nos parece un poquito unciosa, un poquito pensativa, un poquito triste y un mucho adorable!

17. — Cuento.

Dicen que un hombre tenía un vergel. Un dia, después de sus trabajos fué al vergel á descansar, y estando allí se posó un ruiseñor en un árbol y comenzó á cantar muy dulcemente. El tendió sus lazos é hizo prisionero al pajarillo, que le dijo. — « ¿Qué provecho has alcanzado con cogerme? » Contestó el hombre : — Codicio tu canto. — Pues no lo oirás, replicó el ave, que ni por precio ni por ruego cantaré nunca, si no me sueltas. — Si no cantas, respondió él, te comeré... Y dijo ella : « — ¿Cómo me comerás? Si me comes cocida ¿ qué te aprovechará cosa tan pequeña? Si asada aún seré menor y la carne áspera : más alcanzarás si me dejas ir. — « ¿Qué alcanzaré? — Yo te enseñaré tres reglas de sabiduría que las preciarás más que carne de tres terneras. » Conforme el hombre, soltó al ave y ésta le dijo : — La primera, no creas todo le que te dijeren; la segunda, lo que fuere tuyo guárdalo siempre; la tercera, no llores las cosas perdidas... y dicho esto voló encima de un árbol y comenzó á cantar : — Bendito Dios que apagó la lumbre de tus ojos y embotó tu inteligencia, que si hubieras buscado mis entrañas hubieras hallado peso de una onza de jacinto, que es piedra muy preciosa. — Cuando el hombre oyó esto comenzó á llorar de rabia. El ruiseñor le consoló diciendo : « ¿Ya te has olvidado de los consejos que acabo de darte? ¿No te he dicho que no creas todo lo que te dijeren? ¿Cómo crees que en mí hay ese jacinto de una onza si todo yo no peso tanto? — Dicho esto quedóse el hombre corrido, y el risueñor voló hacia el monte.

Del libro de los ejemplos.

No! estoy seguro de que no habéis leído en vuestra vida, algo más divino é ingenuamente malicioso que este cuentecito encantador. ¿De quién es? ¿A qué pintoresca y experta pluma se debe? ¿Qué mano delicada lo trazó, qué sutil pensamiento le dió forma? No lo sé. Es anónimo el cuento de ese pajarillo tan inocente y tan pícaro, tan listo y tan candoroso, tan burlón y tan tierno al propio tiempo, que, riéndose enseña al palurdo grandes verdades y agudas filosofías.

Releedlo. A que lo saboreáis aún mejor en la segunda lectura!... A que me agradecéis que os lo dé aquí en estas páginas, que lo espero, han de solazar y entretener dignamente, jubilosamente, y con provecho, vuestros ocios, vuestros apacibles vagares. ¿Verdad que es así?

18. — Tardes de Octubre.

PÁGINAS DE UN DIARIO

La tarde tuvo ayer — 28 de octubre — un fulgor de oro. Por « El Guanacuste » hacia las altas cumbres de « La Montañita » todo parecía envuelto en un esplendor fabuloso, de perla y de amaranto. El sol poníase en un piélago sangriento. Pardas nubes, como pájaros gigantes, revoloteaban hacia el Sur. Una paz profunda, una quietud in-

efable, desprendíase de los serenos espacios, colmados de silencio. Las sierras lejanas empezaban á perderse en la niebla argentada de la noche, que lentamente desenvolvía sus encajes pálidos sobre los seres y las cosas.

Una ráfaga de doloroso ensueño pobló de nostalgias mi taciturno espíritu. Todo soñaba en los parajes distantes. Un anhelo sin nombre difundíase errabundo en los átomos luminosos del crepúsculo muerto. En los rayos de la luna parecían vagar vagas formas, dulces quimeras, cosas del pasado que decían misterios extraños á mi alma « triste hasta el sepulcro ».

De pronto un frío viento llegado de los pinares remotos, silbó tenuemente en el aire plateado.

Yo pensé :

— Son los sonoros vendavales de Noviembre, que se anuncian ya al caer de estas noches de otoño.

Y una legión de intensos recuerdos impregnados de amarga melancolía, me detuvieron inmóvil, bajo el fulgor blanco de la luna.

La campana, á lo lejos, tocaba el Angelus... Y yo sufría una pena angustiosa, una pena insólita, soñando aún con sus besos que perfumaron mis labios y dejaron en mi espíritu una nébula de melancolía suave y triste, triste y suave como sus ojos, que yo amé con un amor que no era de la tierra.

FROILÁN TURCIOS.

Los poetas aman mucho las tardes y los poetas modernos, sobre todo, gustan de describirlas. ¿Por qué? Acaso porque las tardes son indescriptibles.

Hay en ellas todo lo impreciso, todo lo indefinido que se necesita para constituir la sustancia de un ensueño... y además la tristeza.

Porque el crepúsculo matinal es también impreciso é indefinido y tenue... Pero no es triste, no tiene la *nobleza* de la melancolía. Y la lírica moderna es por excelencia melancólica : añora... divaga.,. suspira levemente.

La descripción anterior, no por cierto de las menos logradas, es un nuevo ejemplo del amor que á las tardes — sobre todo á las de otoño — tienen los poetas.

19. — Alma y Paisaje.

Debajo de los árboles... Ninguna
Pena que inquiete al pensamiento mío.
Por cima de los árboles : la luna;
Debajo de los árboles : el río.

Abro mi corazón... Leo y confío
En la gloria, en el bien, en la fortuna.
Habla de amor, al discurrir el río;
Habla de amor, al esplender, la luna.

Quietud y soledad... Nada importuna
La comunión del pensamiento mío
Con el bien, y la gloria, y la fortuna...

Bajo el ramaje trémulo y sombrío
Sueña un hilo de oro de la luna
Sobre el silencio diáfano del río.

ANDRÉS MATA.

Artificiosa, pero bella, elegante, esta composición es una caricia de poeta á la naturaleza en cuyo tranquilo y divino espejo se

reflejam las imágenes furtivas de nuestras ansias, de nuestros amores, de nuestras angustias, de nuestro efímero y veleidoso ir por la tierra hacia la negrura inmensa — ó la inmensa luz — de la eternidad..."

Andrés Mata es uno de los más vigorosos poetas americanos.

20. — Más allá de las Nubes.

(*Ascensión al Volcán del Agua.*)

Hacia el oriente, por encima de las nubes y de vasta llanura donde los montes parecen superficiales surcos, se proyecta un enorme pico, un gigantesco triángulo, una inmensa sombra que tiende su punta hasta Guatemala, hasta más allá de Guatemala que ahora faldea la sombra, un cono de muchas leguas, capaz de producir un eclipse, y que se alarga, se alarga triunfalmente hasta la muralla de lapizlázuli del remoto horizonte, hasta la cúpula de turquesa del cielo, que parece opacar la mácula de un infinito mal, de todo el mal de la tierra. Arribo al cráter, enjuto y circular como los circos de los mapas selenográficos, pero aun no toco la cumbre que está más alta, y apeándome precipitadamente marcho hacia arriba, subo arrastrado por el imán irresistible de la cúspide. Igual que otros experimentan el vértigo de los abismos, de mi cerebro hace presa el vértigo de las cimas, y en mi apresurada y loca ascensión á pie por los hostiles peñascos, la respiración me falta, mis sienes laten, mis oídos zumban; pero no importa, más alto, más alto aún; la fatiga, como cobarde hembra me retiene; me desprendo de sus brazos por medio de violento impulso y continúo mi marcha; cada paso que doy me cuesta penoso esfuerzo.

Dejo atrás á los pinos.

Más aprisa, más aprisa todavía, para presenciar la puesta del sol. Mi corazón se debate como un ahogado, mi tórax funciona como un émbolo; á rastras, trepo por las cortantes peñas con las manos, con los codos, con las rodillas, con los pies, con las uñas; en un tropiezo mi sombrero se me cae, causándome helado calosfrío ver cómo por el agrio despeñadero rueda.

Huello al fin el fastigio de la monumental pirámide, y

sobre las rocas que muerden rastreras plantas, permanezco en pie, sofocado, rendido, jadeante, pero victorioso: á 3 950 metros sobre el nivel del mar.

¡Qué espectáculo más sublime! el sol rojo, imponente, enorme, tramonta; declina moribundo después de haber derrochado vida; se acuesta agonizante sobre el lecho que las nubes le tienden de esponjado armiño y de lamas de oro, y se desangra, se desangra copiosamente, manchando el occiduo horizonte con sus purpúreos y niagarescos borbotones.

Sobre mi cabeza titila la primera estrella.

Desciendo al anfiteatro del cráter donde la cortesanía del Jefe Político de La Antigua nos ha deparado el asilo de rústica choza esterada de heno, y nos ponemos á yantar luego en fraternal ágape al amor de exiguo hogar que á la redonda nos agrupa entreteniéndonos y reconfortándonos con la charla de su móvil lengua, y en comiendo, nos levantamos á buscar sitio idóneo donde clavar una bandera.

Desperdíganse los mayores por diversos lados, y oímos de allí á poco el agudo sonido de sus machetes que amputan los miembros de los pinos quejumbrosos.

En la límbica oscuridad que bajo nuestros pies se extiende hasta el infinito, la iluminación eléctrica de las diez calles de La Antigua, riela como collar de diamantes de otros tantos torces, y Guatemala con centelleos de constelación fulgura, como si la noche divina hubiera dejado caer sobre la tierra su más rica cintilante joya.

Prestos los haces de leña, clavamos en la altura la bandera de roja y crepitante llama que ondea gallardamente al viento, y como si Guatemala atisbase el despliegue de aquella tremolante flámula, en las alas frías, tenues, ligeras y transparentes del aire, nos envía las buenas noches con ocho sonidos perfectamente claros y distintos que articula su garganta de bronce, los cuales escucho lleno de asombro y de emoción, creyendo ver estremecerse lanzando vívidos chispeos sobre el seno de la gemada ciudad, la radiosa gargantilla brasilera.

Tornamos á buscar amparo al amplio anfiteatro de rocas.

El viento ruge.

Tumbado á la entrada de nuestra huta labradoresca, y contemplando la luminosa techumbre del firmamento, la cual por el contorno de los bordes de aquel granítico

coliseo reviste la forma de aovado toldo recamado de astros y adornado con la sutil falce lunar, me parangono con los árabes nómades, que reposando en su tienda al llegar la fresca noche tras larga jornada por el abrasador desierto, á la vista de las parpadeantes estrellas y de la vía láctea vaporosa, piensan las promesas del Korán sagrado, y se transportan en alas de su ensoñación al sensual paraíso cruzado por ríos de miel y de leche, á cuyas márgenes gozan de las caricias embelesadoras de divinas huríes que recostadas sobre azúreos cojines de seda los miran con tiernos y acariciadores ojos.

Y si nuestra improvisada choza me sugiere la idea de una tienda en el desierto levantada, el clangor del viento me completa mi ilusión, induciéndome á creer que á lo lejos los leones rugen é himplan las panteras.

EFRÉN REBOLLEDO.

Es Efrén Rebolledo una de las figuras literarias más visibles de nuestra América joven. Ama la forma, se encariña con la factura, aspira á una personalidad intensa y sutil en el estilo. Es un artista, respetuoso y entusiasmado por su arte. Y esto último, entusiasmo, abunda y transpira en su descripción, bella, viva, comunicativa, abundosa en léxico... Solo que si en otras cosas *lo que abunda no daña*, si daña aquí el matiz de culteranismo, de rebuscamiento gongorino que le da la excesiva fertilidad de las palabras raras, con mengua de esa augusta, de esa noble simplicidad de estilo, á que por lo demás no se llega aún á la edad de ese muchado, aun en plena selva lírica; pero que será, sin duda una de nuestras más elegantes, cultas y refinadas figuras literarias hispanoamericanas.

21. — Soneto.

Caen de un monte á un valle entre pizarras,
Guarnecidas de frágiles helechos.
A su margen carámbanos deshechos,
Que cercan limos y silvestres parras.
Nadan en su cristal ninfas bizarras,
Compitiendo con él candidos pechos,
Dulces naves de amor, en más estrechos
Que las que salen de españolas barras.

Tiene este monte, por vasallo á un prado,
Que para tantas flores le importuna

Sangre las venas de su pecho helado;
Y en este monte y líquida laguna,
Para decir verdad como hombre honrado
Jamás me sucedió cosa ninguna.

LOPE DE VEGA.

Un poquito retórico este soneto del gran poeta y los versos que rematan el 2º cuarteto quizás algo alambicados. Pero cuando uno lee al genio ello está compensado. Las bellezas lo envuelven todo y no dejan huecos á la crítica.

22. — El mar.

Se aproxima la noche. Al ardiente bochorno del medio día, que calcina la sangre, ha sucedido una temperatura fresca, que nos acaricia blandamente. El sol acaba de ocultarse tras de la barra de oro que divide, en la distancia infinita del océano, el cielo rojo y las aguas temblorosas. El firmamento, por donde navegan colosales masas de nubes de formas apocalípticas, se ha teñido con todos los matices del iris; el verde se disuelve en el rosa, el azul en amatista : se diría cortejo de monstruosas divinidades que rodeasen la pira en donde se quema el cadáver del monarca muerto. Hacia el oriente, contra el celaje pálido que anuncia

la aparición de la luna de plenilunio, como informe borrón de tinta de china se destaca, en la cumbre de una peña, la almenada silueta de legendario castillo fuerte : y las palmeras, las murallas formidables y las torres de la noble ciudad de Cartagena de Indias, se recortan en negro contra la atmósfera luminosa, cargada de color y de fuego, que recuerda la del lejano Oriente.

El transatlántico abandonará el puerto dentro de breves instantes. Abajo, por entre las aguas, verdes y tranquilas de la bahía, medusas gigantescas, nacaradas y blancas, animadas de vida misteriosa, avanzan cadenciosamente con movimientos de boca que se abre para recibir un beso; arriba, bandadas de gaviotas se arremolinan en los mástiles y despliegan por sobre la obra muerta el abanico de su plumaje. Los peces aprisionados en la tarde por el primer oficial de á bordo, se agitan en la canasta con movimientos que hacen brillar sus escamas como broqueles de esmalte.

El anzuelo se ha levantado por la última vez; el buque se aleja de la costa.

La noche se aproxima. Venus irradia en el firmamento con fulguraciones de diamante. El gran rumor del oleaje se escucha como doliente acompañamiento de fantástica orquesta, mezclado á los graznidos de una bandada de aves que nos acompañarán mar adentro hasta que la tierra desaparezca entre la bruma distante.

Es la hora en que, al morir el día, la oscuridad extiende sus alas en el firmamento y la sombra invade también el alma, lentamente, hasta que de los pasados sueños sólo brillan indecisas manchas de oro, como las partículas de luz sobre las crestas de las olas lejanas. Adormecidos en el recuerdo, en tanto que tendidos en la silla de tijera sobre el puente, el buque avanza con ese aspecto de navío fantasma que la oscuridad le presta, errante en la inmensidad del mar, á nuestra memoria vuelven, como perfumes de la tierra lejana, evocaciones del pasado que huyó para no volver nunca. Amores, locuras y pasiones que juzgamos eternas y que son hoy puñado de cenizas que indiferentes arrojamos al viento....

EMILIO CUERVO MÁRQUEZ.

Esta descripción, sin sobresalir ni por la novedad del lenguaje ni por la novedad de las imágenes, es amable y se deja leer. ¡Quién no ha visto lo que pretende pintar! El mar, el buque alejándose de la costa, la silueta del castillo, las tintas del crepúsculo,

Venus que tiembla en el cielo, el misterio de la noche que llega... Eso es todo. ¡Cuán poco y cuánto!

En la maravillosa simplicidad del océano, están, para el sabio, todos los *porqué*, para el pintor, toda la paleta, para el poeta, toda la lira...

El mar habrá de estimular siempre el pensamiento de los grandes y de los pequeños, habrán de ir á él siempre todas las almas, todas las ensoñaciones, todas las añoranzas. Es el inspirador, por excelencia : enigmático é inmenso!

23. — A Escape.

Sobre yerto can tendido en la fresneda
moscas negras y metálicas fingían
abalorios que los céfiros movían
ó alamares inconsútiles de seda.

De la loma que recorre la vereda
los tropeles de caballos descendían,
y sus férreas herraduras parecían
medias lunas en pendón de polvareda.

Detuviéronse cabe álamos gigantes
de cortezas, como pieles de elefantes
y nervudas como brazos las raíces;
y al mirar el esqueleto tal corrieron,
que en su fuga soplos de aire enrojecieron
como brasas purpurinas sus narices.

ABEL C. SALAZAR.

Se ve *la recherche de l'exotique* en estos versos en que desde el metro (caro hace ya unos tres lustros á los modernistas), hasta las imágenes pretenden ser eso por lo cual daría todo poeta novel su primogenitura : raros, refinados, exquisitos. Pero no hay aquí un reproche, no señor. ¿Por qué censurar el ansia incontenible de originalidad que desborda de todo cerebro de poeta joven si este cerebro palpita dentro de una eminente bóveda craneana? dentro de una cavidad bastante espaciosa para permitirse tales lujos? La descripción es bella, movida, nerviosa, viva. El que la ha hecho es un poeta. Será un poeta mejor dicho... y más poeta será si en un libro posterior á este, que se llama *Broza* y de donde extraemos la breve y bellísima descripción que hemos reproducido, se acuerda de que *L'effort n'est pas la force ni l'extravagance l'originalité* y si piensa que la sombra que proyecta Díaz Mirón es demasiado vasta y que es peligroso — so pena de parodia primero y después de eclipse — para una inteligencia naciente, ampararse de ella.

24. — Capítulo 1.

El cuerpo lo viste el oro,
pero el alma la nobleza.
CALDERÓN.

Después de haber atravesado Córdoba, ve el Guadalquivir al camino de hierro acercársele y saltarle por encima en su afanosa carrera, de trajinero, y sin cuidarse de él, prosigue en su pausado andar de caballero, dejándose

llevar de las inclinaciones del terreno como el que pasea, y llegando con esa majestad de todo lo que es grande y tranquilo á la Vega de Sevilla.

A la izquierda y como prólogo de su historia, que cuenta Sevilla con sus monumentos, encuentra el río al magnífico convento de San Jerónimo, que abandonado y falto del cuidado que le prestaban sus monjes, se desmorona como un cuerpo en que ya no late el corazón; y más abajo, á la derecha, halla á la Cartuja metida entre sus naranjos, como si no habiéndole bastado la soledad y el silencio, hubiese buscado la sombra. Baña después los robustos pies del hermoso puente de piedra y hierro que lo vadea, se acerca á las Delicias, cuyos frondosos árboles refleja en sus aguas como una dulce impresión que recibe, é inclinándose á la derecha, camina entre mimbrales hacia San Juan de Alfarache, sentado al pie de la vertiente de un monte, que unido á otros, forma un hermoso vallado, el llano de Triana.

Vestidas las vertientes de aquellos apañados olivares como los merinos de su crespo y espeso vellón, ostentan sus cimas blancos pueblecitos como si intentasen estos pigmeos imitar á las nevadas cumbres de los Alpes.

Entre Tomares y Castilleja de Guzmán se halla el más considerable de estos pueblecitos, Castilleja de la Cuesta, á quien atraviesa el camino que conduce á Aljarafe, esa comarca tan fértil, tan hermosa y tan rica en viñedos.

Es ocasión de anotar aquí, ya que en Catilleja de la Cuesta nos encontramos, que el Pedro Jiménez, ese vino que es hoy día el de más precio que crían las afamadas viñas de Jerez, fué trasplantado á ellas de Castilleja, donde primero fué aclimatada la vid que lo da, por un vecino del mismo pueblo llamado Pedro Jiménez, soldado de los tercíos de Flandes y que, hombre industrioso, se hizo á su regreso con sarmientos de las viñas del Rhin, las cuales, perdiendo en este suelo y bajo este sol el sabor acidulado de su mosto, lo trocaron en el pastoso y dulce del vino generoso, que hoy se conoce con el nombre de su introductor en nuestro país.

Tampoco olvidemos que en este pueblo murió Hernán Cortés y que la casa en que tan insigne y esforzado varón dió su último suspiro, ha sido comprada y restaurada por los Serenísimos Señores Infantes Duques de Montpensier, con ese atinado buen gusto y ese celo por los recuerdos

gloriosos y religiosos del país, que hacen de los hermanos de nuestros Reyes, los ángeles reparadores de las santas históricas ruinas.

Desde Castilleja empieza la mencionada comarca del Aljarafe, llamada por los romanos los jardines de Hércules. Cubren este gran distrito muchos pueblecitos, que deben con preferencia su bienestar al cultivo de la viña. La inmensa cantidad de uva, y la no menos considerable de mosto que suministran á Sevilla, son origen de su modesta prosperidad.

Años atrás, no obstante, y cuando se hallaba España en la postración y abandono que fué natural consecuencia de la heroica guerra de la independencia, en que la nación entera, cual aquellos grandes y nobles caballeros que iban á la guerra santa, todo lo abandonó por defender su independencia, y probó venciendo :

Que en tocando á Dios y al Rey,
A nuestras casas y logares,
Todos somos militares
Y formamos una grey.

Años atrás decimos; aquellas fincas rurales, como todas las demás, estaban abandonadas, destruidos sus edificios, perdidos sus plantíos, y habían caído por improductivas en gran menosprecio. Sus dueños, arruinados como ellas, no se hallaban en disposición, por entonces, de hacer los costosos adelantos de reparación que plantíos y edificios necesitaban, y que según la expresión del país pedían aquellos, pues la tierra de Dios es tan agradecida y propicia, que sólo pide al hombre que labre y cultive á sus hijas las plantas para cumplir la misión que de Dios recibiera de colmarlo de sus dones.

FERNÁN CABALLERO.

He aquí una descripción verdaderamente sabrosa y que tiene el privilegio de interesarnos desde luego : Lo que ve y encuentra el Guadalquivir en su camino! Si los ríos, esos adorables vagabundos nos contasen su historia!

Y luego la descripción sonriente y apacible del paisaje, con su miaja de filosofía y su miaja de historia. Fernán Caballero manejaba el idioma con mucha pureza y era una enamorada — sabéis que se trata de una escritora? — de esa maravillosa tierra andaluza que tan bien sabía pintar.

25. — La Nieve Viajera.

He aquí cómo describe el poeta José Juan Tablada el inusitado espectáculo de una nevada en la Ciudad de México :

Aquello flotaba en la atmósfera sin sol, viniendo de las nebulosas alturas del cielo, tímidamente y como con miedo de posarse por fin sobre una tierra que no conocía. Aquello era tan tenue, que semejaba una gotita de agua; pero el breve corpúsculo, al dar en el asfalto, rodaba como un gránulo dosimétrico, como una diminuta grajea de azúcar.... Aquello no era la lluvia familiar, cuyo ritmo débil ó impetuoso conocemos de memoria; no era tampoco el granizo sonoro y nacarado que lapida vidrieras y hace confetti de las hojas de los árboles... ¿Qué era, pues, aquello que caía del cielo en la mañana yerta y nebulosa?....

Pronto corrió la voz en la ciudad de que « aquello » era la Nieve. Eran la nieve esos corpúsculos que caían, no verticales y rápidos como las gotas de la lluvia, sino indolentes y tardos, con indeciso balanceo en la atmósfera gris....

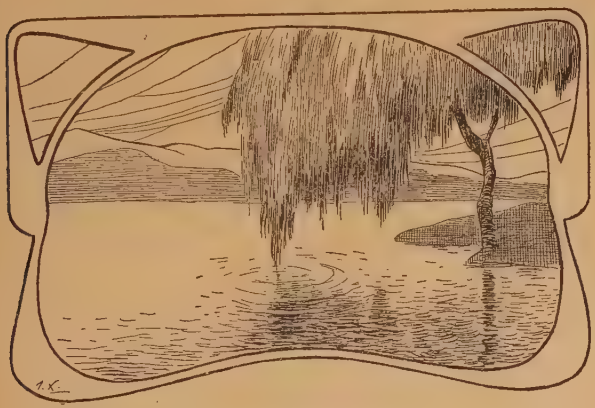
¡Aquello era la nieve!. .. Y una vez en poder de esa noción, los ciudadanos de la templada metrópoli sintieron más el frío. La población echó á andar aprisa, aprisa, abandonando el paso « flaneur », la lenta marcha de los días en que no nieva. Aquel día México anduvo como todos los días anda Nueva York. Y todo el mundo con una mirada de reojo hacia las plomizas alturas, donde la mano del invisible Invierno desmenuzaba y cardaba las pesadas nubes hasta convertirlas en sutil plumazón. Había un regocijo íntimo, una oculta fruición en los ánimos. Sobre el asfalto de México caía la nieve de los paisajes de Año Nuevo, la nieve de las baladas alemanas, una nieve más real que la que desciende de las bambalinas en un acto de « La Bohemia ».

*
* *

¿Veríamos las torres y las cornisas de Catedral, los platerescos ornatos del Sagrario, el Pabellón Morisco y los árboles de Chapultepec exornados por las decoraciones de la nevada, llenos de carámbanos y estalactitas? Pero esa

secreta esperanza de estetas y curiosos se desvaneció, como se desvanecían las inconsistentes plúmulas de la nieve al caer sobre el asfalto, después de su negligente balanceo en el aire gris y pesado.... La ciudad no llegó á estar helada, ni siquiera « frapée ». La Nieve quiso conocer tierras y vino á nuestra ciudad, que desconocía. Viajó, hoy que todo el mundo viaja; pero semejante á esos turistas que nos llegan del Norte y que lo ven todo en un día, le bastó con una simple ojeada y se retiró esquiva á poco de haber llegado, no considerando digna de ser cubierta por su armiño imperial á esta ciudad, donde no hay caloríferos ni chimeneas. Y la Princesa del Septentrión se fué otra vez, arrebujada en su manto de cebellina, resbalando en su cbúrneo trineo, tirado por silenciosos rengíferos. Su visita fué rápida y no dejó tras de sí más que una helada sonrisa de coqueta....

José Juan Tablada.



26. — En Chapala.

I

PAISAJE SIN FIGURAS. — UN ÁRBOL.

El sauz es audaz; dejó la orilla
y avanzó en la corriente que chispea

y en derredor del tronco cabrillea
bajo la luz del sol que tiembla y brilla.

Ligeramente impura y amarilla,
en el borde arenoso el agua ondea,
y en la remota extremidad clarea
con blancura de nieve sin mancilla.

El árbol, que se empapa en luces blondas,
deja caer, sensual y perezoso,
la móvil cabellera de sus frondas,
y en el augusto y plácido reposo,
sobre el trémulo raso de las ondas
vuelca su verde limpio y luminoso.

II

MEDIO DÍA.

El agua está cual nunca de linda y de coqueta:
no hay rayo que no juegue, no hay ola que no salte;
de lejos, tiene rubios perfiles su silueta,
y azul es en la playa, con limpidez de esmalte.

Vestida está de fiesta; no hay joya que le falte;
las barcas, á su paso, le dejan una inquieta
cinta de plata virgen, para que así resalte
la luz en el radioso brocado de violeta.

Cerca, en el promontorio de musgos y basaltos,
un gran plumón de nubes se tiende y busca asilo:
al fondo, van las cumbres, en los celajes altos,
rompiendo el horizonte con su cortante filo,
y en el confín, que esplende, se funden los cobaltos
del cielo y las montañas, en un zafir tranquilo.

LUIS G. URBINA.

Habéis estado por ventura en nuestro Chapala, en ese encantador pedazo de nuestra Suiza Mexicana? De allá trajo Luis Urbina los bellos sonetos que leisteis sin duda con placer, que son tan bien acabados, y en que nos cuenta de un sauz, que audaz vuelca sobre el agua toda la pompa de sus rizos verdes, y del agua misma, cuando el sol en el cenit vierte sobre ella todo su

oro ígneo y prodigioso : y nos lo cuenta con una sobriedad, un primor y una elegancia insuperables.

No os hago, mis buenos amigos, la injuria de preguntaros si conocéis á Luis Urbina. A esta pregunta me responderíais ofendidos de que hubiese podido por un momento dudar de vuestra erudición infantil, que sabéis tan bien como yo, que Urbina es uno de nuestros más grandes poetas.

27. — Eclipse de luna.

Esperando el primer signo del eclipse que turbara la paz de la luna, impacientado por la difícil postura en que era preciso observar al satélite clavado en el zenit, venían á mi recuerdo los epítetos con que lo saludó Lugones en la más original de las poesías modernas, en el admirable « Himno á la Luna ».

« Lámpara de alcanfor sobre un catafalco »,
« Ofelia de los alelíes »,
Demacrada por improbables desprecios,
Candela de las fobias,
Suspiráculo de las novias
Pan ázimo de los necios.

Para sentir con mayor emoción el sideral espectáculo, procuraba olvidar su explicación racional. Análisis científ-

fico y emoción estética no van unidos. Una vez explicado el fenómeno, era tan natural, tan trivial, tan poco interesante, que el profundo cielo lleno de sombra y de astros, parecía convertirse en la esfera armilar de la clase de cosmografía. Yo deseaba sentir aquella tragedia celeste con el alma obscura y sobrecogida de un viejo azteca, con la de un chino presa entre las garras dragontinas de su colérica teogonía. O bien con el alma pávida de un astrólogo medioeval que leyera amores inmortales en las estrellas geminadas, destinos de princesas en el surco azulado y silencioso de las estrellas que caían al mar, pestes y guerras en la cauda de los cometas y ruinas de imperios y de mundos en la penumbra devoradora de los eclipses.

Entre tanto, en las alturas se preparaba el episodio triste y doloroso. La luna hialina, opalescente, parecía más triste que nunca; se me representó como una novicia atribulada, palideciendo de miedo en el dintel de un claustro. ¿Pero aquella multitud de nubes australes que pasaban y pasaban sin cesar junto á la luna, como para confortarla en su tristeza, como para sostenerla en el aciago trance por llegar?... Era un nublado inmenso formado de pequeñas nébulas, como una vasta drapería de transparente gasa abullonada, como una legión de navetas ágiles que tal vez tramaban en torno de la luna desnuda las tapicerías cándidas de una alcoba nupcial... Tal vez esa luna entristecida y pálida iba á ser inmolada en medio de sus nupciales blancuras y de sus azahares de oro, por algún minotauro zodiacal, y esperaba, toda trémula, la bárbara embestida... Bien hacen pues, ¡oh virgen!, esas nubes, en ocultarte con sus tenues inciensos y con sus discretas muselinas.

Cientos de telescopios erizan la ciudad, te acechan, y sus lentes, que chispean y arden como pupilas de sátiro, quieren hacer álgebra con tus espasmos. ¿Qué les importan tus nupcias divinas, oh sideral princesa?... Pero sin duda no fué el pudor lo que hizo cubrirse á la luna en los primeros instantes... A poco barría el viento de las alturas el último cendal de gasa, y ella emergía otra vez desnuda y luminosa. A poco el perfil de su disco se fué corroyendo imperceptiblemente, como si flotando sobre un océano de tinta, comenzara lentamente á absorberla. Lentamente la sombra fué ganando sobre la luz del astro y la penumbra tomó la rojiza transparencia de un carey. Cuando el fenómeno estuvo en toda su intensidad, me pareció que todas las

estrellas del cielo detenían su titilar, opacaban sus brillos y se hacían turbias; el silencio de la noche se ahondó, y ante el astro que se velaba y se enrojecía en la sombra, como una hostia profanada por la sangre de un nefando crimen, sentí en medio del jardín nocturno y frío, una racha del hondo pavor primitivo, del angustioso miedo ancestral que enloqueció á los humanos y de cuyo negro seno, como de una caverna milagrosa, surgió el esplendor y la pompa de todas las religiones... Y mi alma no se liberó de la secular angustia hasta que la luna flotó de nuevo, ya serena y radiosa, en medio de la bóveda estrellada.

José Juan Tablada.

No es cierto, á mi modo de ver, el fenómeno á que se refiere el poeta, no es, una vez explicado *tan trivial* ni *tan poco* interesante; la explicación de un eclipse dentro de su majestuosa y suprema sencillez, seduce y arrebata á todo el que contempla con amor á la naturaleza, porque es, como las explicaciones todas de los fenómenos del mundo, una corroboración de ese ritmo divino á que con augusta simplicidad y precisión se ajustan los latidos del universo.

El cargo que le haremos á esta bella descripción de un eclipse de luna, será análogo al que le hicimos á Efrén Rebolledo en su *más allá de las nubes*: exceso de léxico culterano; sobrada fertilidad de adjetivos excepcionales. Pero sin dejar por supuesto de saborear la alteza del estilo y el brillo de la descripción.

Cierto, como afirma Tablada, para sentir con mayor emoción un espectáculo sideral de esa magnitud y magnificencia, querríamos tener por un momento *el alma obscura* de un primitivo. Así el sobrecogimiento sería proporcionado á la celeste tragedia. ¿Pero no es acaso también muy bella, grandiosa diríamos, la predicción científica de uno de esos fenómenos, con meses, con años, aun con siglos de anticipación y el ver cómo, dentro de las infinitas posibilidades del espacio y del tiempo, los fenómenos acuden, sin un instante de menos ni un instante de más á la imperiosa cita del sabio?

28. — Los pavos reales.

Sobre un gentil barandal
fingido por un pintor,

un pintado pavo real
abre la cola ideal
cual largo plumaje en flor.

Y enfrente, en la crestería
de un enrejado severo,
lleno de melancolía
está de noche y de día
un pavo real verdadero.

El ave viva se queja
porque hace tiempo murió
su enamorada pareja,
y á la que el arte pintó
contempla fija y perpleja.

Piensa que el amante esposo
viene á verla de improviso
por suceso milagroso,
con su traje esplendoroso
de plumas del Paraíso,

Y á la bella aparición
mira el ave verdadera
con amorosa atención,
sintiendo que se le altera
el ritmo del corazón.

Ver otra vez á su amado
sobre el barandal luciendo
el plumaje desplegado
como si estuviera ardiendo
en un incendio irisado!

Se le alborota el plumaje
de pasión estremecido,
y abre la cola de encaje
como un largo varillaje
de cien mil rosas vestido.

¡Oh, qué rueda llamativa
le describe enamorada
á la falsa el ave viva,
regia irguiéndose y altiva
de luces tornasolada!

Revestida de arrebol,
como de oro la corola
de un redondo girasol,
parece su inmensa cola
una pantalla del sol.

Y á medida que pausada
la mueve con gallardía,
en su vitela manchada
va con luz disciplinada
descomponiéndose el día.

¡Qué esplendoroso abanico!
su redondel de color
ella alisa con el pico
y lo enseña egregio y rico
á la imagen de su amor.

Ya cual nave empavesada
de velos onduladores,
pasa ante el ave pintada
y la deja deslumbrada
con su disco de colores.

Ya vuelve otra vez briosa
luciendo el plumaje real

con arrogancias de diosa,
alejándose orgullosa
como en un paso triunfal.

Mas aunque espléndida gira
y le hace tierna el amor,
la pintada no la mira,
y entonces fiera delira
dando gritos de dolor.

Desplegada la rodela
de plumas iluminadas,
ya no la ronda ni encela,
sino que rápida vuela
hacia las plumas pintadas.

Y picando en la visión
que pintó diestro el pincel,
con dislocada pasión
la arroja la amarga hiel
de su fiero corazón.

En su amorosa ceguera,
tras de picar la pintura,
vuelve hacia atrás la carrera
y otra vez le embiste fiera
con exaltada locura.

Y en su terca obstinación,
cual si estuviese copiando
al humano corazón,
parece que le está dando
asaltos á la ilusión.

El ave, igual que la mente,
viven de ilusión en suma,
y á cada asalto valiente
rompe una idea la frente
y el pavo real una pluma.

Los dos con ciego coraje
dan asaltos á porfía,
y sueltan de su ropaje,
sus colores el plumaje,
sus luces la fantasía

SALVADOR RUEDA.

No se puede pedir más viveza, más color, más movimiento en una descripción. Esa desesperación, ese empeño loco de un ave á quien engaña con la imagen del ave amada la pericia de un pincel, está hecha de mano maestra. Los versos son robustos, flúidos, fáciles. Salen en torrente, sin grandes aliños ni preocupaciones de forma, como el agua clara que surge de la fuente á borbotones, en busca del sol, del aire, de la vida...

Salvador Rueda es un enamorado de la naturaleza. Su poesía es diáfana y sana. Su musa juvenil, impetuosa y resuelta, sabe cautivarnos desde luego, con sus lozanías y la plenitud de su savia.

De seguro que habéis leído con embeleso la historia de este cuitado pavo real, que

Cual si estuviese copiando
al humano corazón,
parece que le está dando
asaltos á la ilusión;

y en ese caso os parecéis á mí, que también con embeleso la he leído.

29. — El nacimiento de la risa.

(DEL TOMO DE POESÍAS « FUENTE DE SALUD »)

Rasgó el Oriente su crespón sombrío,
vistióse el cielo con la luz primera,
y se ciñó la alegre primavera
su túnica de gotas de rocío.

Lanzó de sí con pertinaz desvío
sus legiones de sombras la ladera,
cruzó cantando el aura pasajera,
templó su lira de cristal el río.

Rodó en su carro el alba seductora,
sus ejes de oro reprimió indecisa
y alzó la alondra su canción sonora.

El sol subió como en ligera brisa,
y al rubio beso que le dió la aurora,
batió las alas y nació la risa.

SALVADOR RUEDA.

El pensamiento es bello, verdad? La risa la más genuina expresión de humanidad — ya que es ella y no el dolor quien nos distingue de las bestias — naciendo de un amanecer primaveral en que todos los encantos de la naturaleza parecen haberse hermanado en el primer rayo del sol. Del beso del sol y de la aurora...

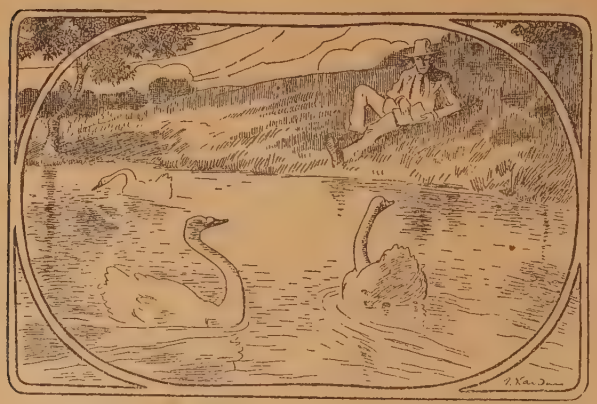
La descripción es fresca, viva, colorida y robusta.

Son dignos de notarse, la siguiente imagen :

Templó su lira de cristal el rio

y la expresiva concisión del último terceto.

Y no digo más ahora de este poeta, porque en la próxima lección, como si dijéramos á vuelta de hoja; voy á dedicarle aún unas líneas de critica, á propósito de sus *pavos reales* : lo merece.



30. — Sol del domingo.

1. — Sol del domingo... Rásgase como un largo velo de tiempo y he aquí que se oye un cántico de campanarios;

sois vosotras, campanas de Pascua Florida, campanas de la niñez.

Pues es día de misa, y la madre es tempranera, y la abuela, desde el clarín del gallo está en pie, con su vestido oscuro de la iglesia. El sueño de tan grato matinal, que el niño no quiere dejar las sábanas, en donde la cabeza sobre el brazo y el muslo en flexión, se anda volando por el otro lado de las cosas. Pero las flores de olor están ya en los floreros y el café humeante. El cura estará en la sacristía poniéndose la casulla. Y el niño se viste con su ropa limpia y oliente, y á poco va en la buena compañía á la visita de Dios, á punto en que las campanas alegres, las campanas de Pascua Florida, dicen la última estrofa de la llamada.

II. — Sol del domingo... Y á la orilla del río, con los compañeros, dar un chapuzón: desnudos como anguilas todos, alborotar el agua, y en el intervalo morder la naranja de oro ó la uva de miel, junto á los árboles. ¿De qué se conversa? Se sigue el asunto que en ramas cercanas discuten los pájaros; cosas de la política del aire, de la ciencia de las cometas ó de los artes de los trompos; murmuración contra la tía solterona y al maestro calvo; y el puñetazo que tal dió dejando cardenal en el pómulo: ó la escopeta de papá y el caballo que vino de la estancia: ó la caja de música que trajeron de París regalada por el padrino; ó la pelota de la cancha, ó las piernas de Juanita. Y luego lapidarse han los ramajes; sílbase y grítase; se ensaya la voltereta ó se ejercitan los brazos en mútuos mojicones; ó se corre por largas extensiones, hasta llegar á la casa cansado el pecho, roja la color, en sudor la frente, llenos de sol los ojos, y el traje con rotura ó mancha, á recibir la reprimenda.

. . . . . .

VII. — Sol del domingo, sé bueno siempre para los niños, para los viejos. Eres el que hace reir las casas y los árboles como con un brillo inusitado; el que saca á los huérfanos de sus habitáculos, en largas filas, á ver la ciudad, á respirar la salud de los jardines y los campos. Sé suave y de oro puro para ellos; y para las viudas tristes y para los niños pobres. Sé propicio para los solitarios que piensan, á orillas de los lagos, junto á los cisnes, en cosas melancólicas. Tú eres el hermoso sol, el sol del día del Señor. Tú estás guardado en el gran joyero que el Príncipe de las cosas tiene en su empíreo, y no sales sino una vez á la

semana, cuando ella nace, á vivir su existencia de seis días, y para que salgas á lucir en el puro azul, el Padre sagrado te confía al orfebre más entendido de su reino de arriba: ese te limpia, te pule, te bruñe, como á un escudo de oro, y te lanza al espacio á que resplandezcas, sol del domingo... sol del domingo...

RUBÉN DARIO.

Sin duda que estas magistrales, que estas admirables páginas que acabáis de leer (admirables y magistrales como tantas otras de Rubén Darío), os han puesto, buenos amigos, ó buenas amiguitas, un poquillo pensativos... Porque de tal manera sintetizan lo que nos dice y nos trae el sol del domingo... Qué enumeración tan bella... Qué desfile tan luminoso de reminiscencias...

Sol del domingo!... Oh, amigos, amiguitas mías, de mí sabré deciros que cuando niño creí siempre que el color del sol los domingos, era distinto del de los otros días. Vaya! que hubiera apostado á que sin saber el día de la semana que era, lo averiguara mirando el sol... Parecíame como de un oro más vivo, más luciente, más poderoso, más triunfal...

Ahora, al saborear esas delicadas páginas, he vuelto á mis lejanos mundos de niño, he vuelto á sentir muchas cosas de entonces... y ya lo veis, como vosotros, estoy pensativo.

31. — Fragmento.

Rasgábanse las brumas... La tarde era de oro...
El viento alzaba un canto profético y sonoro
Sobre el eterno mar azul.
Oíanse distantes lamentos de Sirena:
La espuma dibujaba sobre la rubia arena
Como la fimbria de albo tul.

Las nubes, en Ocaso, mostraban sus entrañas,
Cual las abruptas cimas de altísimas montañas
De ópalo, nácar y arrebol....
Sobre el incendio mágico la noche se encendía,
Volando de su frente la obscura pedrería
Entre la púrpura del sol.

Música vaga y triste suelen traer las brisas:
El eco vagabundo de cristalinas risas

Suelen los nautas percibir...
Y tras las engañosas nieblas de erguido monte
Creen ver de la soñada Thulé, en el Horizonte,
Las altas torres de Zafir....

Pero, las nieblas huyen delante de sus ojos,
Y los mirajes áureos, los espejismos rojos,
Que finge el piélago falaz.
El hosco abismo extiende sus pálidos senderos,
Y en sus bajeles cruzan los bravos marineros
Sin reposar, jamás... jamás!...

LEOPOLDO DÍAZ.

Qué melodiosos versos, verdad? Qué bella combinación de metros y qué vagas y melancólicas cosas dicen estas estrofas del poeta argentino Leopoldo Díaz!

Pobres marineros enloquecidos por la falacia de un ensueño!

Bello ensueño, bello y milagroso espejismo el que los seduce... y después todo se disuelve con la niebla, madrina de la ilusión, y no quedan más que el mar y la nave, la nave errante en que los nautas míseros van, sin reposar jamás... jamás!

2ª PARTE

LA HUMANIDAD

I.

EL NIÑO

1. — Ríe.

A mi hija.

Que tu boca en flor alegre se ría;
tus indagaciones deja para luego :
que á tu edad conviene, pobrecita mía,
la risa y el juego...

Sé de dónde nace tu melancolía.
¡Piensas tantas cosas á tus cinco años!
¡Sueña tantas cosas, pobrecita mía,
esa cabecita de bucles castaños!

Ríe, que tu risa es la luz del día;
tu sonrisa triste es claror nocturno...
No te me parezcas, pobrecita mía,
en lo pensativo y en lo taciturno.

No quiero llamarte pobrecita mía.
¿No estás buena? Ríe. ¿No estás fuerte? Salta.
Vamos por los campos. ¡Viva la alegría!
— La tuya compense la que á mí me falta.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

¿Hay algo en esta vida más triste que un niño triste, como dice Gutiérrez Nájera, á quien luego leeréis?

Sabemos lo divinamente precioso de la infancia.

Sabemos que pasa con el fugitivo resplandor de un lampo de Abril.

Sabemos que vendrá el mediodía y vendrá la tarde y vendrá la noche y que ni en el mediodía ni en la tarde ni en la noche, aquella almita que se asoma á la vida, volverá á encontrar esa risa que ahora pierde... Que si no rie *ahora*, ya no volverá á reir *como ahora*, así, con la plenitud de la inocencia, con la plenitud de la inconsciencia, con la plenitud del bienestar.

Y el padre amantísimo se inquieta, se angustia, se conturba. Y como ese padre es un poeta, y un bello poeta, le dice en versos prestigiosos, ternezas embelesadoras :

« Ríe, que tu risa es la luz del día. »
No quiero llamarte pobrecita mía.
¿No estás buena? ríe. ¿No estás fuerte? salta!

Ah! felizmente esas tristezas infantiles son tan furtivas como la quietud de un pajarillo. En cuanto la chicuela ría y salte, toda la bruma, inconsistente como una fantasma, habrá de desgarrarse y el sol dará de lleno en

esa cabecita de bucles castaños!

Para concluir, una palabra :

Icaza es uno de nuestros más renombrados poetas, de México y de América.

2. — Los niños tristes.

No hay un cansancio que tanto me conduela como el prematuro cansancio de la vida. Esos jóvenes pálidos que andan trabajosamente, arrastrándose á sí mismos, y de los que muchos podrían decir lo que Musset dijo de su enlutado é inseparable compañero, en la « Noche de Octubre », se parecía á mí como un hermano; esos en

cuyos ojos parece ya soñolienta la mirada; esos sonámbulos despiertos; esos monólogos transeúntes, avivan la curiosidad del psicólogo, ensombrecen las tristezas del poeta. ¿Qué llora en esas almas? ¿Qué callan esos taciturnos? ¿Qué buenos sentimientos muertos, como cirios recién apagados en un templo, despiden ese humo que les envuelve en una atmósfera opaca?

Quisiera uno penetrar en esos espíritus, como se penetra en una gruta, ó sacudirlos para ver qué chispas, qué ayes, qué blasfemias salían de ellos.

Pero hay algo que causa dolor más hondo : el niño triste. El joven melancólico se cansó, pero ya anduvo. Por dura que la suerte haya sido para él, es seguro que en esa misma lucha han tenido empleo sus actividades y que ha logrado breves triunfos. Ese, conoció la esperanza. Ese, conquistó una efímera sonrisa, sonrisa de la vida, por desdeñosa que ésta con él fuera. Ese, amó acaso y creyó ser amado. Ese, ya supo que la madre le quería, que el amigo le amparaba. Tuvo la conciencia de su fuerza. Probablemente cometió alguna mala acción.

¡Pero el niño.... Pues qué ¿la risa no nace de sus labios? ¿no se hizo para ellos? Pues qué ¿no son sus voces las que han de repicar, á modo de argentinas campanitas?

Ellos no comprenden todavía el amor de los padres. Lo sienten como el calor de un nido nada más. Y muchos ni ese calorcito sienten, porque — esta monstruosidad existe

— hay padres malos. Están como más desnudos de todo. Para luchar con las enfermedades apenas tienen fuerzas. Para vivir son impotentes si no se les auxilia. Ningún daño han hecho y ya han llorado.

El llanto del chiquitín dichoso es á manera de un aprendizaje dispuesto por la naturaleza para que se enseñen á desahogar el sufrimiento. Mas el llanto que no puede salir, ese, que no tiene fuerzas; ese, que va empalideciendo y apagando los ojos del niño pobre, enfermo, triste, es el que enternece más intensamente.

Cuando tiene uno hijos y puede darles lo que necesitan y lo superfluo y teñirles de color de rosa la existencia, el encuentro con una de esas criaturas desvalidas nos desgarra el alma. Gastamos, derrochamos, y al salir de una juguetería, al entrar al circo, no vemos esos ojos suplicantes de los niños tristes.

Para ellos sí son verdaderas fiestas estas de la patria. Ven el desfile de las tropas, agita la circulación de su sangre el estruendo de las músicas militares, deslumbra y hechiza sus miradas el esplendor de los cohetes; y no olvidan, porque nada tienen que olvidar; no esperan porque la esperanza es desconocida para ellos, pero viven, vibran un instante. Acaban los fuegos artificiales, cesa el redoble de los tambores, y esos niños tristes vuelven á la sombra con el único amigo que Dios les ha deparado : con el sueño.

¿Verdad que hay miradas que piden limosna? Yo percibí una de esas en cierta noche del dieciséis de Septiembre, cuando llovían estrellas de púrpura, y ondulantes víboras de oro culebreaban en el cielo. Era la de una mujer, casi de un cadáver, que iba cargando á una criatura como de seis meses. El cadáver de su marido se había quedado á obscuras en la casa. ¡No, no mentía! Era de carne aquel dolor. La niña apenas era de carne. Ya, tras largo contacto con los dolores humanos, se aprende por desdicha á conocerlos. Esa era madre. Iba con su pedacito de vida entre los brazos, á buscar en las calles próximas á la plaza, en los sitios por donde pasa la alegría, una limosna para enterrar al muerto y para la huérfana cuya única dicha consistía en no saber su orfandad y en estar próxima á la muerte. Dí una peseta á esa infeliz y me pasé de largo.

Pero, andando, andando, fuéronse como abriendo mis ideas y sentí remordimiento. ¿Cómo, acababa de gastar

en fruslerías y en vanidades, dejaba á mi hija muy ufana, muy satisfecha de vivir, y le daba yo á esa mujer nada más veinticinco centavos? Desandé lo andado, quise encontrar á la huérfana y á la madre, darles lo que llevaba en el bolsillo, hacer la felicidad una vez en mi vida, puesto que la felicidad algunas ocasiones se hace con diez, con cinco pesos, con un peso, pero ya mi limosnera, mi acreedora había desaparecido.

Ese dolor se perdió en la muchedumbre de los dolores humanos; esa indigencia, en el mar de la miseria; mi egoísmo quedó embebido en la reseca piedra que no tocan las alas blancas de la caridad. Fuí malo, sí, fuí criminal.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Cuánta emoción y cuánta delicadeza hay en estas líneas, verdad? Cómo se ve, cómo se siente, que quien las escribe, además de un escritor suave, de un poeta exquisito, es un padre de familia enamorado de su hija! Su corazón de padre comprende mejor aún que su pensamiento de literato, todo lo que hay de ilógico, de desconcertador, de absurdo en la tristeza de un niño... que es como si dijéramos la tristeza de la aurora, y todo lo que hay de desesperación y de angustia en el alma de una madre que lleva en sus brazos una hijita enferma y hambrienta.

El poeta se reprocha como un crimen, no haber aliviado de una manera más amplia aquella miseria, que era cierta, no haber hecho siquiera una vez la felicidad de una vida... felicidad que podía hacerse (de tal suerte aquella vida era humilde) con diez, con cinco pesos, con un peso...

Que este hermoso remordimiento del poeta nos aleccione! Procuremos dar con tino, pero demos siempre. Más vale socorrer diez falsas miserias que negarle á una miseria verdadera, pan en nombre de Cristo...

3. — Estudia.

Es puerta de la luz un libro abierto :
Entra por ella, niño, y de seguro
Que para ti serán en lo futuro
Dios más visible, su poder más cierto.

El ignorante vive en el desierto
Donde es el agua poca, el aire impuro :

Un grano le detiene el pie inseguro;
Camina tropezando : vive muerto!

En ese de tu edad Abril florido
Recibe el corazón las impresiones
Como la cera el toque de las manos :
Estudia, y no serás cuando crecido
Ni el juguete vulgar de las pasiones,
Ni el esclavo servil de los tiranos.

ELIAS CALISTO POMPA.

Qué vigoroso, noble y sereno consejo hay en estos versos, verdad? Si nó el excesivo mérito literario, sí este vigor, esta nobleza, los ameritan.

El niño que educa su entendimiento y su voluntad, logra dos cosas preciosas : el señorio de sus pasiones, es decir que es amo y no esclavo de ellas, y la independencia, que tanto enaltece la dignidad humana. Recordadlo amigos mios y pensad mucho, leed mucho, ejercitad mucho vuestra voluntad en el bien.

4. — « El Dominio del Canadá. »

Mi hermana Gabriela, nos dijo Luis, era lo que se llama una alhaja y de lo más fino. Alborotadora, traviesa con inventiva pizpereta y audaz, tenía eternamente con un Jesús en la boca á todos los de la casa. Mis hermanos y yo la adorábamos, por su carácter alegre, por su desplante, por la inagotable verba con que nos entretenía, por la cantidad de historias absurdas que se sabía de memoria. Nos sugeria continuamente y éramos todos sus cómplices en cuanta diablura de chiquilla le venía á las mientes. En aquel entonces tenía mi hermana (que era la mayor de la familia) diez años y una imaginación tan despierta como de veinte. Empezaba á aprender, con éxito muy mediano, la geografía, y se sabía de memoria los nombres de todas las naciones de América, sin darse cuenta muy exacta de lo que significaban ni de lo que designaban. En aquellos tiempos se lo aprendía uno todo de corrido y llegaba al último año de escuela habiendo hecho prodigios de memoria y sin un solo conocimiento serio.

Un día mi hermana encontró en su lección de geografía esta denominación : « El Dominio del Canadá » No entendió, naturalmente, lo que significaba *dominio*; lo de *Canadá* la dejó un poquillo pensativa; la designación completa, *Dominio del Canadá*, le sonó de una manera peregrina en el oído, y llevada por la más divertida asociación de ideas, dió en que el « Dominio del Canadá » debía ser un personaje terrible, un viejo monstruoso, especie de ogro famélico, que se comía á los niños. Y como su natural regocijado la llevaba sin cesar á la broma, en cuanto hubo imaginado esta atrocidad, nos reunió en concilio á sus cinco hermanos y á todos los chiquillos del barrio que frecuentaban nuestra casa y con una solemnidad cómico-seria, y en un lenguaje de lo más hiperbólico que ustedes quieran oír, nos dijo que el *Dominio del Canadá*, un viejo espantoso, acababa de llegar al pueblo y aquella noche mismísima iría á nuestra casa á hacernos una visita. Todo el cotarro de mocosos nos echamos á temblar y, llenos de curiosidad, abrumamos á preguntas á la farsante Gabriela.

— ¿Cómo es el Dominio?

— ¿Nos comerá crudos?

— ¿Viene solo ó acompañado?

Gabriela respondía á cuantas preguntas le hacíamos, con una fertilidad de palabra y de imaginación dignas de mejor suerte : el Dominio era un hombre gigantesco, vestido de negro, muy moreno, con una barba alborotada que le llegaba al pecho. Era tan horrible que al verlo los niños, caían muertos de alferecía. Cuando llegara, deberíamos saludarle diciéndole : « ¡Buenas noches, Señor Don Dominio! » Esto sin alzar los ojos, y en seguida á callar y á dejar que él hablara é hiciera lo que quisiera, inclusive apoderarse de alguno de nosotros para su cena de aquella noche. Se alojaría el Dominio en un cuarto oscuro donde se guardaban los trebejos de la casa, y nosotros esperaríamos su vis[illegible] en el corredor inmediato, al cual daba una de las puertas de ese cuarto.

Si he de decir verdad, nuestro natural temor iba mezclado con una buena dosis de curiosidad : ¿pues qué, era moco de pavo eso de tener la oportunidad de ver á *D. Dominio del Canadá*, caballero tan principal sin duda? Y luego, que pudiera ser que al fin y al cabo no nos comiese á ninguno de nosotros, y hasta acontecer que, en realidad, el tal Don Dominio fuese la propia Gabriela en persona....

A pesar de estas dudas sea dicho con fraqueza: las emociones que al caer la tarde nos embargaban, no eran para contadas.

A eso de las seis y media una docena de muchachos cuando menos, instalados frente á la puerta del cuarto obscuro por donde debía salir el Dominio del Canadá, esperábamos la visita, sentados en un gran canapé de madera pintado de verde, hablando en voz muy baja, entrecortada por tal ó cual nerviosa risita á la sordina, semiburlesca, semirecelosa. De cuando en cuando, Gabriela, que mantenía cerrada la puerta de la pieza en que se había confinado con una criada, única confidente de sus manejos, nos gritaba entreabriendo apenas las maderas: «¡Ya va á llegar el Dominio!» Y nosotros, con un estremecimiento de curiosidad, nos apretábamos unos contra otros y esperábamos....

Como á las siete de la tarde, y cuando ya nuestra paciencia empezaba á agotarse y la tensión nerviosa era insoportable, la puerta se abrió y apareció en el umbral un figurón entrapajado, cubierta la cara con una máscara de barro, de lo más gesticulante y horroroso que verse pueda, y lanzando un aullido, al cual respondimos todos con un ¡ah!, mezcla de espanto y de desahogo, púsose á recorrer con pasos solemnes el espacio libre que nos separaba de la puerta....

Después de algunos minutos de zozobra, durante los cuales el increíble personaje no había devorado á nadie, limitándose á pasear rugiendo de un modo espantoso frente al público infantil, mi hermano Daniel — ¡alma heroica! — se atrevió á preguntar, eso sí, con voz débil y medrosilla:

— ¿Es usted D. Dominio?

— ¡No! gritó la aparición, que dió un paso hacia él; yo soy apenas el último de sus criados».... y desapareció por el negro hueco de la puerta, que se cerró tras ella.

— ¡El último de los criados del Dominio, exclamó Daniel, y ya ven ustedes qué horrible es!

— ¿Pues cómo será el Dominio!.... sugirió Lola, una chiquilla de la vecindad, que daba diente con diente.

— ¡Cómo será el Dominio?... repetimos todos, agitándonos en el canapé.

Tras otro cuarto de hora de espera, la puerta se abrió de nuevo y el personaje de marras, vestido aún más estra-

falariamente, y medio envuelto en un cobertor rojo, al cual, ligándolo con unos bramantes, había arreglado unos cuernos, salió aullando más desaforadamente que la primera vez.

Pasados los primeros momentos de estupor, Daniel volvió á interrogarle :

— ¿Es usted el Señor Don Dominio?

— ¡Nooooooo! bramó el fantasma; soy apenas el segundo de sus criados....

Dicho lo cual, desapareció y *quedó apestando á azufre....*

— ¡El segundo de los criados del Dominio!!! tornó á exclamar Lolita; ¿pues cómo será el Dominio en persona!!!!!!....

— ¿Cómo será el Dominio en persona! — íbamos repitiendo todos.

Algunos minutos después, la puerta volvió á abrirse, y el fantasmón, provisto de una larga cola, de un bonete de papel puntiagudo y llevando sobre el pecho una zalea crespa y obscura, surgió de nuevo de la sombra, berreando hasta desgañitarse....

— ¿Es usted el Dominio? — preguntó una vez más Daniel, apeando al personaje el tratamiento de Don (lo cual prueba que con todo se familiariza uno, hasta con el Dominio del Canadá), y éste respondió :

— ¡Nooooooooooooo! Soy apenas el primero de sus criados....

Apareció aún, todavía más terrible, el primo del monstruo, luego el tío, luego el hermano, luego el padre.... El Dominio no llegó á aparecer. Debía ser tan tremendo, que ningún disfraz satisfizo probablemente á Gabriela, la cual, artista inconsciente, tuvo miedo de desilusionarnos si encontrábamos al Dominio inferior á nuestro espanto y acertó con sus gradaciones ingeniosas á dejarnos suspenso el ánimo, llenos aún de la ansiedad de lo inesperado, con un mundo de conjeturas en la cabeza, conservando al personaje todo el enigmático prestigio que ella había sabido darle, y preguntándonos todavía una semana después, durante la cual en vano pedimos á la muchacha la repetición de la visita :

— Si así eran sus criados y parientes, ¿cómo sería el Dominio de Canadá?

*
**

¡Ah! mucho ha llovido y granizado desde entonces, añadió Luis; mi hermanita Gabriela murió poco después, de una fiebre escarlatina, y ¿qué quieren ustedes? el torbellino de mi vida me ha hecho olvidarla. Sin embargo, basta que oiga ó lea en cualquier parte esta designación geográfica : « El Dominio del Canadá », para que, mi vieja memoria me muestre con claridad deslumbradora la puerta misteriosa, el personaje terrible, el canapé verde en que doce criaturas se agrupaban asustadas, y la voz medrosa de Lolita, exclamando :

— ¡Si así son sus criados.... cómo será el Dominio del Canadá?....

AMADO NERVO.

5. — Aserrín.

¡Aserrín!
¡Aserrán!
Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan,

Los de Roque
Alfandoque,
Los de Rique,
Alfeñique,
Triqui, triqui, triqui, trán.

Y en las rodillas, duras y firmes de la abuela,
Con movimientos rítmicos se balancea el niño
Y ambos agitados y trémulos están.
La abuela se sonríe con maternal cariño,
Mas, cruza por su espíritu, como un temor extraño
Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño,
Los días ignorados del nieto guardarán.
Los maderos de San Juan,
Piden queso, piden pan.
Triqui, triqui, triqui, tran.

Esas arrugas hondas reflejan una historia
De sufrimientos largos y silenciosa angustia,
Y sus cabellos, blancos como la nieve están,
De un gran dolor el sello marcó la frente mustia,
Y son sus ojos turbios espejos que empañaron
Los años, y que, ha tiempo, las formas reflejaron
De cosas y de seres que nunca volverán.
Los de Roque, alfandoque
Triqui, triqui, triqui, trán.

Mañana, cuando duerma la anciana, yerta y muda,
Lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
Donde otros en la sombra desde hace tiempo están ;
Del nieto á la memoria, con grave són que encierra
Todo el poema triste de la remota infancia,
Cruzando por las sombras del tiempo y la distancia,
De aquella voz querida las notas vibrarán.
Los de Rique, alfeñique!
Triqui, triqui, triqui, trán!

Y en tanto en las rodillas cansadas de la abuela
Con movimientos rítmicos se balancea el niño,
Y ambos conmovidos y trémulos están;
Mas cruza por su espíritu, como un temor extraño,
Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño,
Los días ignorados del nieto guardarán.

¡Aserrín!
¡Aserrán!
Los maderos de San Juan
Piden queso, piden pan,
Los de Roque
Alfandoque,
Los de Rique
Alfeñique,
Triqui, triqui, triqui, trán!
Triqui, triqui, triqui, trán!

José Asunción Silva.

Cuánta amargura, cuánta melancolía hay en el alma, trivial al parecer, de ese estribillo sin sentido, de esa vacía rima infantil.

Y cómo expresa bien el contraste de pensamientos de cabeza inquieta que blanquean las canas, y de la cabeza risueña que al ir y venir acompasado de las rodillas que la sostienen, se aduerme, arrullada por el martilleo de la canción!

Qué hondo y bello poeta fué Asunción Silva. Cómo supo engastar oro en todas las trivialidades y pensamiento en todas las cosas furtivas, que pasan... que se desvanecen sin dejar huellas!

Así, el niño oirá en una suave somnolencia ese estrambote que acaba en *triqui* y en *trán*, y el adulto... el adulto al oirlo, pensará, pensará, mucho... mucho!

6. — Beati Possidentes.

Cuando era joven, y me embriagaba
con ilusiones de que hoy me río,
soñé ser dueño de grandes tierras...
: Ya tengo un trozo de tierra mío!

Luego la vida, que enseña tanto,
calmó del todo mi desvarío,
mas no el cariño perdí á la tierra....
: Y hoy tengo un trozo de tierra mío!

Pero : ay! que el trozo de tierra ingrata,
al pie de un bajo ciprés, sombrío,
: es el que llena la sepultura
donde enterraron al hijo mío!

Con él descansan todos mis sueños
de amor, de gloria, de poderío....
y ante los cielos y ante los hombres,
aquel pedazo de tierra es mío!

C. Fernández Shaw.

Cuánta amargura, cuánta bella ironía, cuánta emoción hay en estos admirables versos; admirables por todo lo que dicen, dentro de una fluida y familiar sencillez! Fernández Shaw es un nobilísimo poeta. Todos habéis leido y habéis amado y hasta os habéis aprendido de memoria sus *golondrinas*, aquellas sus inolvidables y hermosas *golondrinas*, que empezaban :

Ya se van acortando las tardes, bien mío,
Ya más pronto las gotas de fresco rocío
Descienden al cáliz gentil de la flor!

Las exigencias de la ruda lucha por la vida han llevado la musa de Carlos Fernández Shaw al teatro ligero; mas yo sé que ésta, suave y delicada siempre, vuelve en sus respiros, cuando puede hacer alto en el camino, á los amables jardines líricos, en los cuales en otro tiempo se complacía, y aún canta, ama y llora como antes!

7. — Cuento de Lobos.

En las cabañas, cuando es invierno, cuentan cuentos las viejas al amor de la lumbre; escápanse los tales por la chimenea, cabalgando en el humo, y vanse al bosque; pero el bosque está frío, y los lances narrados por las abuelas se convierten en témpanos de hielo que cuelgan del ramaje desnudo. Callados se están é inmóviles mientras duran Diciembre y Enero; pero al primer sol de la primavera temprana deshiélanse y dejan escapar las palabras que dijeran hazañas estupendas.

Entonces, por los bosques revolotean las consejas, pero sólo los poetas las oyen. Yo oí una primavera este cuento de lobos: Éranse que se eran cuatro lobos, lustrosos de pelaje, que su buen diente y mejor astucia nunca dieron lugar á escaseces en el mantenimiento, de esas que despeluznan la piel y afilan los huesos. Carretera abajo iban camino de su guarida una noche de Enero, clara como un diamante.

— Hace frío, — dijo el lobo más viejo, sacudiendo la pelambre, para dejar caer las saetillas de escarcha que en ella se prendían.

—¡ Frío! — dijeron, como un eco de tres voces, los otros tres.

La carretera parecía sembrada de polvo de estrellas, y los olmos de la cuneta pintaban sombras quietas y recortadas : el cielo era luz y la tierra espejo, y entre cielo y

tierra paseaba la señora Luna su rostro enyesado lleno de ironías.

Pasaron el puente; el río lloraba porque los álamos de la orilla se habían quedado sin hojas. Más allá del puente se alzaba una ermita, y junto al pórtico crecía un ciprés.

La Virgen velaba en su hornacina, mirando un lucero que brillaba en el aire. Del pórtico, al paso de los lobos, suscitóse un sonido : era como una voz queda y quejumbrosa.

— Habéis oido?

— Es la voz de la noche.

Volvió á sonar la queja más aguda, como cristal que se quebrase.

— Algo se mueve debajo del ciprés.

— Acerquémonos.

— ¿ Será un cordero?

Era una niña.

Es de advertir que aquella noche iban los lobos hartos.

Bien-Hallada creció en la guarida de los lobos plácidamente, como si perdurase sobre su espíritu la calma de aquella adamantina noche de enero. Tenía el pelo obscuro con reflejos azules, como las sombras que pinta la luna sobre la nieve, y tenía el mirar contemplativo como la Virgen de la hornacina.

Los padres lobos, hablando de ella, cabeceaban orgullosamente.

— Es morena, — decían, — como espiga madura.

— Y han nacido colores en su rostro, como amapolas en campo de trigo.

— Y suena su voz como el agua que corre.

— Y cuando se ríe es como si de noche saliera el sol.

— ¿Habéis visto una chispa que se enciende en sus ojos cuando empieza á hablar? Es como resplandor de hoguera lejana.

— Y es nuestra hija.

— Y nos quiere con todo su corazón.

— Y aborrece á los hombres, que renegaron de ella.

— Yo la he traido, — dice el lobo más joven, — dos corderos que robé en la majada : rastro de sangre venían dejando por el camino, y aún estaban calientes cuando se los dí.

— Yo la he traido fresas del bosque y violetas tempranas, — dice el más viejo.

El joven se burla : — ¡Violetas tempranas!

— Has de saber, — replica el viejo, — que al mirar tus corderos lloró, y gustando mis fresas y aspirando el aroma de mis flores, se echó á reír.

—¡ Violetas tempranas!.... — Sigue el joven la burla y el viejo se enfurece.

—¡ Paz, paz!, — dice la voz cristalina de Bien-Hallada. — Me gustan los corderos y las flores, porque son vuestros y son para mí.

Y acarician sus manos halagadoras el lomo erizado de sus padres lobos. Los cuales, cuando llega la noche, como viejas nodrizas, inventan consejas para adormecerla, mientras en el hogar chisporrotea el tronco, y en el cañón de la chimenea aúlla el vendaval sus hazañas.

*
* *

Es en el bosque y es en primavera.

Los padres lobos tienen consejo.

— Bien-Hallada está triste.

— Muy triste : ayer la ví peinarse á orillas del arroyo, y caían sus lágrimas en la corriente.

—¿ Lloraba....?

— Y llora de noche, cuando la luz se apaga y cree que nosotros dormimos.

— Ha soltado el jilguero que tenía en la jaula.

— Sí; y al soltarlo dijo....

—¿ Qué dijo?

— No lo sé : una palabra que era como una música y que yo no entendí. No era mi nombre ni vuestros nombres.

Los lobos meditan : después corren el monte, descienden al valle y entran en la ciudad en busca de regalos para su hija. Está la guarida repleta de blancos vellones, de carnes sangrientas, de flores y de frutos. A cada hora traen los lobos solícitos un nuevo dón. Bien-Hallada sonríe. — Gracias, mis padres lobos, — dice tristemente.

Y los padres lobos, cuando llega la noche y ella llora, amparada en las tinieblas, lloran también oyéndola llorar.

*
* *

Es la mañana radiante del primer día de verano.

—¡ Bien-Hallada!, — grita al despertar el lobo viejo.

—¡ Bien-Hallada!, — repiten sus hermanos.

Bien-Hallada no está. Buscan los lobos en la guarida : Bien-Hallada no está. Corren al monte, vanse al arroyo, intérnanse en el bosque..... Bien-Hallada no está, Bien-Hallada no está.

— Nos la han robado, — dice el viejo.

— Yo la encontraré, grita lleno de rabia el lobo joven. Y parte.

Llegada la noche, vuelve satisfecho :

— Sé dónde está. Seguidme.

Es noche obscura y tibia : cantan los grillos y las cigarras, y huele á madreselvas y á jazmines.

Pasan los lobos por la era : un perro ladra, los labradores duermen, pero uno, desvelado, canta una copla. Refulgen las estrellas como ascuas. Pasadas las eras, entran en el pueblo : parece que las calles se han dormido. Hay una plaza sobre la cual una ventana abierta manda un rayo de luz : entre los hierros de la ventana, hay rosas y claveles. Dentro suena la voz del cristal.

— Es Bien-Hallada.

— Y es el que la robó.

— Devorémosle.

— Oíd, — dice el viejo.

Y oyen que Bien-Hallada dice al robador :

— Eres mi vida.

* * *

Los lobos vuelven melancólicamente, barriendo el suelo con las colas. Ha salido la luna.

— Como ésta era la noche en que la hallamos.

— Pero era invierno.

— Verdad : era invierno.

Pasan por el puente, sobre el río.

— Debimos devorarle.

— ¡ Devorarle! ¿Y cómo? ¿No oísteis que le dijo Bien-Hallada : « Eres mi vida? »

— Vamos á casa.

— ¡ A casa! ¡Qué contenta estaba!

Pasaron por la ermita : la Virgen seguía contemplando el lucero.

— Aquí.

— ¿ Dónde vas tú?

— Voy á traerla. ¡Es nuestra hija! No quiero que ese hombre se la lleve.

— Calla, hermano, calla....¿No ves que ella es feliz?

Así los lobos departían tristemente, bajo la luz de plata que iba dejando caer la luna.

G. Martínez Sierra.

Qué delicadeza y qué encanto hay en la buscada, en la difícil y noble simplicidad de este cuento de lobos.

Pobres padres lobos! buenos padres lobos, que aman tan orgullosa y delicadamente á esa niña, y que no aciertan á devorar al novio que la roba, porque ella ha dicho que ese novio era *su vida*!

Puesto que ella es feliz, se irán tristemente, melancólicamente á su guarida, sin aquel rayo de juventud que con ella, la alumbraba, sin aquel perfume silvestre de *Bien Hallada*, que llenaba su caverna y sus corazones de fragancia!

¿No es verdad que hay en este bello cuento cierta vaga ternura que parece venir de las lejanas páginas de un libro de la edad media?

¿No es verdad que se desprende de él cierto vago aroma de florecillas de San Francisco de Asís?

Martínez Ruiz es uno de los más valiosos escritores jóvenes de España.

8. — A una niña.

Hay un misterioso anhelo
Que nos levanta del fango
Y que nos eleva al rango
De los ángeles del cielo.

Por él es el alma buena
Y melodiosa la lira :
A Santa Teresa inspira
Y redime á Magdalena.

Lo mismo al viejo que al joven
Hiere su flecha de acero;
Enseña estrofas á Homero
Y romanzas á Beethoven.

Hace un ángel de Coseta
Y forma un héroe de Mario,
Torna en solio el campanario
Y á Quasimodo en poeta.

Y cuando la muerte estampa
Su beso traidor y frío,
Conduce á Efraín sombrío
Por en medio de la pampa.

Él sostiene la existencia,
Como un báculo escondido,
Del ateo encanecido
Bajo el árbol de la ciencia.

Es un divino destello
Que desciende de la altura :
¡El amor á la hermosura!
¡La aspiración á lo bello!

Tú, niña, de esa ambrosía
Tienes la dulce fragancia;
Deja que arrulle tu infancia
La voz de la poesía.

Ángel que con tu fulgor
Alumbras la senda obscura,
Los lazos de tu cintura
Ciñen un cielo de amor.

A tu influjo celestial
La imaginación te ve,
Aplastando con tu pie
A la serpiente del mal.

Cuando en su eléctrica luz
Me envuelven tus ojos bellos,
Siento en mis lacios cabellos
Las brisas de Veracruz.

Tus palabras hechiceras
En mi alma repercutidas,
Fingen rumor de palmeras
Por el viento sacudidas.

Niña de tierno mirar,
De mirar casto y ardiente,
La blancura de tu frente
Es de espuma de la mar.

Y en tus ojos orientales
Y en tu acento de salterio,
Hay el lánguido misterio
De las noches tropicales.

¡Bien hayas, flor de las flores,
Niña bella entre las bellas,
Cuyos ojos son estrellas
Del país de mis mayores!

Aún la duda sombría
No te da sus penas graves;
Tu boca es nido de aves
No despiertas todavía.

Dios te guarde la ilusión,
La felicidad, la calma,
Las creencias en el alma,
La paz en el corazón.

Y que siempre seductora
Lleves, exenta de agravios,
Las sonrisas en tus labios
Y en tu espíritu la aurora!

ADALBERTO A. ESTEVA.

Sonoras son estas rimas, no es cierto?
Y hay en ellas algo de ese cálido y muelle encanto que transpira la mavavillosa, la incomparable tierra veracruzana, de la cual puede

decirse, después de haberla visto, de haber sentido las caricias de sus perfumados hálitos de fuego :

Como la hija de Sion decía : « Olvídeme de mí si te olvidare! »

9. — El compañero de viaje.

CUENTO PARA NIÑOS.

— ¿Es éste el camino del lugar? — preguntó un perro joven á un zorro muchacho que tomaba el sol entre las matas.

— Si tal; pero quiero acompañarle; ya he descansado y voy también al pueblo. Tome usted la derecha.

— No lo permito; soy más joven.

— Usted es forastero; ¿qué dirán de mí las gentes?

El perro no se atrevió á replicar y así atravesaron por delante de un bosque situado á la derecha del camino; un poco más allá vieron otro bosque hacia la izquierda, y dijo el zorro deteniéndose :

— He reflexionado y tenía usted razón; soy el más viejo y podrían criticarle á usted por cederme la derecha.

Así atravesaron el bosque de la izquierda hasta encontrarse otro grupo de árboles al lado opuesto. Entonces el zorro hizo una parada, y dijo con mucha convicción :

— ¡Alto! No pasaré de aquí si no vuelve usted á ponerse á mi derecha. En este país hay mucha etiqueta y me desollarían si no le cedo el sitio preferente.

— ¿Y qué dirán de mí?

— Usted va de paso y yo me quedo.

Volvieron á caminar, y el zorro marchaba al compás del compañero, resguardado con su cuerpo y encogiendo mucho el rabo, cuando sonó un tiro entre los árboles. El zorro desapareció, mientras el perro, con la pata coja, lanzaba lastimeros aullidos.

— ¡Calle! es un perro — dijo un cazador. — Pero yo he visto un rabo de zorro.

— Era el de mi compañero de viaje — contestó el perro entre ladridos, y contó su aventura al cazador.

— Ven á casa á curarte — dijo el hombre — y no olvides nunca que más vale ir solo que mal acompañado.

J. Fernández Bremón.

Notaréis que el compadre zorro sigue siendo admirablemente astuto, como lo era en los pasados siglos, cuando los fabulistas, especialmente el amable Lafontaine, nos contaban sus proezas.

Esta nueva hazaña suya, que acabáis de leer, lo comprueba de sobra. Y le llamo *nueva* porque el que nos la cuenta es uno de los escritores españoles de ahora : agradable y discretísimo por cierto.

10. — Seno de Reina.

Era una reina hispana... No sé ni quién sería,
ni cuál su egregio nombre, ni cómo su linaje :
sé apenas la elegancia con que de su carruaje
saltó, al oir á un niño que en un rincón gemía.

Y dijo : ¿Por qué llora? La tarde estaba fría,
y el niño estaba hambriento : la reina abrióse el traje,
y le dió el seno blanco, por entre el blanco encaje,
como lo hubiese hecho Santa Isabel de Hungría.

Es gloria de la estirpe la que le dió su pecho
á aquel hambriento niño, que acaso sentiría
más tarde un misterioso dinástico derecho;

Y es gloria de la estirpe, porque ese amor fecundo
con que la reina al niño le dió su seno un día
¡fué el mismo con que España le dió su seno á un mundo!

José Santos Chocano.

El hecho es absolutamente histórico. Sólo que esa reina era una reina de *estirpe* italiana : la angelical Doña María Victoria, mujer de Don Amadeo de Saboya, 1° de España, que tanto se hizo amar en Madrid. Aun subsiste en la villa y corte, á las márgenes del Manzanares el modesto reposorio ó asilo edificado á expensas de la Reina para que las lavanderas pudiesen dejar allí, como lo hacen, en manos seguras y mientras trabajan á sus niños, á quienes se alimenta, y que antes quedaban temporalmente abandonados.

Doña María Victoria murió, pero sus descendientes, entre los cuales se cuenta el duque de los Abruzos, sostienen aún de su peculio ese asilo.

Qué deciros del autor, tan conocido no sólo en el Perú, donde nació, sino en toda América? Sólo cuatro palabras : Es un admirable poeta.

11. — Chucho.

Fresnedo dormía profundamente su siesta acostumbrada. Al lado del diván estaba el velador maqueado, manchado

de ceniza de cigarro, y sobre él un platillo y una taza, pregonando que el café no desvela á todas las personas. La estancia, amueblada para el verano con mecedoras y sillas de rejilla, estera fina de paja, y las paredes desnudas y pintadas al fresco, se hallaba menos que á media luz; las persianas la debajan á duras penas filtrarse. Por esto no se sentía el calor. Por esto y porque nos hallamos en una de las provincias más frescas del Norte de España y en el campo. Reinaba silencio. Escuchábase sólo fuera el suave ronquido de las cigarras y el *pío pío* de algún pájaro que, protegido por los pámpanos de la parra que ciñe el balcón, se complacía en interrumpir la siesta de sus compañeros. Alguna vez, muy lejos, se oía el chirrido de un carro, lento, monótono, convidando al sueño. Dentro de la casa habían cesado ya tiempo hacía los ruidos del fregado de los platos. La fregatriz, la robusta, la colosal Mariona, como andaba descalza, sólo producía un leve gemido de las tablas, que se quejaban al recibir tan enorme y maciza humanidad.

Cualquiera envidiaría aquella estancia fresca, aquel silencio dulce, aquel sueño plácido.

Despertóle una voz bien conocida:

— Papá, papá.

Abrío los ojos y vió á su hijo á dos pasos, con su mandilito de dril color perla, sus zapatitos blancos, y el negro y enmarañado cabello caído en bucles graciosos sobre la frente. Era un chico más robusto que hermoso. La tez, de suyo morena, teníala ahora requemada por los días que llevaba de aldea haciendo una vida libre y casi salvaje. Su padre le tenía todo el día á la intemperie, siguiendo escrupulosamente las instrucciones de su médico.

— Papá... dijo tata que tú no querías... que tú no querías... que tú no querías... comprarme un carro... y que el carnero no era mío... que era de Carmita (la hermana), y no me deja cogerlo por los cuernos y me pegó en la mano.

El chiquitín, al pronunciar este discurso con su graciosa media lengua, deteniéndose á cada momento, mostraba en sus ojos negros y profundos indignación vivísima y mucha sed de justicia. Por un instante pareció que iba á romper en llanto; pero su temperamento enérgico se sobrepuso, y después de hacer una pausa, cerró su perorata con una interjección de carretero. El padre le había estado escuchando embelesado, animándole con sus gestos á proseguir,

lo mismo que si una música celeste le regalase los oídos. Al oir la interjección, estalló en una sonora y alegre carcajada. El niño le miró con asombro, no pudiendo comprender que lo que á él le ponía tan fuera de sí causase el regocijo de su papá. Este hubiera estado escuchándole horas y horas sin pestañear. Y eso que, según contaba su suegra á las visitas, cuando quería dar el golpe de gracia á su yerno y perderle completamente ante la conciencia pública. ¡¡¡Se había dormido oyendo la *Favorita* á Gayarre!!!

— ¿Sí, vida mía? ¿La Tata no quiere que cojas al carnero por los cuernos? ¡Deja que me levante, ya verás cómo arreglo yo á la Tata!

Fresnedo atrajo á su hijo y le aplicó dos formidables besos en las mejillas, acariciándole al mismo tiempo la cabecita con las manos.

El chico no había agotado el capítulo de los agravios que creía haber recibido de su niñera... Siguió gorjeando que ésta no había querido darle pan.

— Hace poco tiempo que hemos comido.

— Hace mucho — respondió el niño con despecho.

— Bueno, ya te lo daré yo.

Además, la Tata no había querido contarle un cuento, ni hacer vaquitas de papel. Además, le había pinchado con un alfiler aquí. Y señalaba una manecita.

— ¡Pues, es cierto! — exclamó Fresnedo viendo, en efecto, un ligero rasguño. — ¡Dolores, Dolores! — gritó después.

Presentóse la niñera. El amo la increpó duramente por llevar alfileres en la ropa, contra su prohibición expresa. Jesús, viendo á la Tata triste y acobardada, fué á restregarse con sus sayas, como pidiéndole perdón de haber sido causa de su disgusto.

— Bueno — dijo Fresnedo levantándose del diván y esperezándose. — Ahora nos iremos al establo y cogerás al carnero por los cuernos. ¿Quiéres, Chucho?

Chucho quiso descoyuntarse la cabeza haciendo señales de afirmación que corroboraban vivamente al de su media lengua. Pero echando al mismo tiempo una mirada tímida á su Tata y viéndola todavía seria y avergonzada, le dijo con encantadora sonrisa :

— No te enfades, boba; tú vienes también con nosotros.

Fresnedo se metió su americana de dril, se cubrió con un sombrero de paja, y tomando de la mano á su niño,

bajó al jardín y de allí se trasladaron al establo. Al abrir la puerta, Chucho, que iba muy decidido, se detuvo y esperó á que su padre penetrase. Estaba obscuro. Del fondo de la cuadra salía el vaho tibio y húmedo que despide siempre el ganado. Las vacas mugieron débilmente, lo cual puso en gran sobresalto á Jesús, que se negó rotundamente á entrar bajo el pretexto especioso de que se iba á manchar los zapatos. Su padre le tomó entonces en brazos y pasó y quiso acercarle á las vacas y que les pusiese la mano en el testuz. Chucho, que no las llevaba todas consigo, confesó que á las vacas les tenía « un potito de miedo ». A los carneros ya era otra cosa. A éstos declaraba que no les temía poco ni mucho; que jamás había sentido por ellos más que amor y veneración.

— Bueno, vamos á ver los carneros — dijo Fresnedo sonriendo.

Y se trasladaron al departamento de las ovejas. Allí pretendió dejarlo en el suelo; mas en cuanto puso los piececitos en él, Jesús manifestó que estaba cansadísimo y hubo que auparlo de nuevo. Acercólo su padre á un carnero y le invitó á que le tomase por un cuerno. Era cosa grave y digna de meditarse. Chucho lo pensó con detenimiento. Avanzó un poco la mano, la retiró otra vez, volvió á avanzarla, volvió á retirarla. Por último, se decidió á manifestar á su papá que á los carneros les tenía « un potito de miedo ». Pero, en cambio, dijo que á las gallinas las trataba con la mayor confianza; que en su vida le habían inspirado el más mínimo recelo, que se sentía con fuerzas para cogerlas del rabo, de las patas y hasta del pico porque eran unos animales cobardes y despreciables, al menos en su concepto. Fresnedo no tuvo inconveniente en llevarle al gallinero, que estaba en la parte trasera de la casa, fabricado con una valla de tela metálica. Allí, Chucho, con una bravura de que hay pocos ejemplos en la historia, se dirigió al gallo mayor, enorme animal de casta española, soberbio de postura y ardiente de ojo. Trató de cogerle por el rabo como había formalmente prometido, pero el grave sultán del gallinero chilló de tal horrísona manera, extendiendo las alas y dando feroces sacudidas, que el frío de la muerte penetró en el corazón de Chucho. Apresuróse á soltarlo y se agarró aterrado al cuello de su padre.

— ¿Pero, hombre, no decías que no tenías miedo á las gallinas? — exclamó éste riendo.

— Tú, tú... cógelo tú, papá.
— Yo tengo miedo.
— No, tú no tienes miedo.
— ¿Y tú, lo tienes?

Calló avergonzado; pero al fin confesó que á las gallinas también les tenía « un potito de miedo ».

Desde allí llevóle otra vez Fresnedo al establo, y después de varios sustos y vacilaciones, logró que pusiera su manecita en el hocico de un borrego. Mas, ocurriéndole al animal sacar la lengua y paseársela por la mano, la aspereza de ella le produjo tal impresión, que no quiso ya arrimarse á ningún otro individuo de la raza vacuna. Subióle después al pajar. ¡Qué placer para Chucho! ¡Hundirse en la crujiente hierba, agarrarla y esparcirla en pequeños puñados; dejarse caer hacia atrás con los brazos abiertos! Pero aún era mayor el gozo de su padre contemplándole. Jugaron á sepultarse vivos. Fresnedo se dejaba enterrar por su hijo, que iba amontonando hierba sobre él con vigor y crueldad que nadie esperara en él. Mas, á lo mejor de la operación, su papá daba una violenta sacudida y echaba á volar toda la hierba. Y con esto el chico soltaba nuevas carcajadas, como si aquello fuese el caso más chistoso de la tierra. Sudaba una gota por todos los poros de su tierno cuerpecito; tenía los cabellos pegados á la frente y el rostro encendido. Cuando su papá trató de tomar la revancha y sepultarle á él, no pudo resistirlo. Así que se halló con hierba sobre los ojos, dióse á gritar y concluyó por llorar con verdadero sentimiento, cayéndole por las mejillas unas lágrimas que su padre se apresuró á beber con besos apasionados.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

¿No es verdad que es embelesadora hasta más no poder la breve historia de ese petulante Chucho que primero se vuelve loco por ir al establo, que se indigna porque no le dejan coger al carnero por los cuernos, y que después, confiesa que les tiene « un potito de miedo » vacilando en coger, al fin hasta á un gallo, por la cola?

Qué frescura hay en esta narración, cuánta alegría, cuánta verdad y cuánto sol!

Cierto acaba en una espantosa tragedia, pero esta no he querido copiárosla : Para qué! mi libro no pretende, amiguitos míos, haceros llorar. Ya os entristeceréis en algunas páginas, á pesar mío : De estas no os doy más que lo que es sonrisa y luz.

Para concluir os contaré que Armando Palacio Valdés — hoy Académico — es uno de los novelistas españoles más admirables, y más admirados en el extranjero.

12. — Noche Buena.

Son hija y madre y las dos
con frío, con hambre y pena
piden en la noche buena
una limosna por Dios.

Hoy los ángeles querrán,
la madre á su hija decía,
que comamos, hija mía,
por ser noche buena, pan!

Y al anuncio de tal fiesta
abre la madre el regazo
y junto á él, á aquel pedazo
de sus entrañas acuesta.

Al pie de un farol sentada
pide por amor de Dios
y pasa uno y pasan dos...
mas ninguno le da nada.

La niña, con triste acento:
— Pero, y nuestro pan? decía.
— Ya llega! le respondía
la madre... y llegaba el viento.

Cuando otra pobre como ella
una limosna le echó
recordando que perdió
una niña como aquella,

« Ya nuestro pan ha venido! »
gritó la madre extasiada;
mas la niña quedó echada
como pájaro en su nido.

Llama y llama : Desvarío!
nada hay ya que la despierte,
duerme, está helando, y la muerte
solo es un sueño con frío!

La toca, al verla tan yerta,
se alza, hacia la luz la atrae,
se espanta, vacila, y cae
á plomo la niña muerta.

Del suelo, de angustia llena
la madre á su hija levanta,
y en tanto, un dichoso canta :
« Esta noche es noche buena! »

CAMPOAMOR.

Es esta la vieja antítesis romántica, tan explotada por los poetas del primer tercio del siglo XIX, especialmente por Hugo.

Como veis los versos no pueden ser más fluídos y menos aliñados. Campoamor era asi : el ánfora, la estrofa, era lo de menos; el licor, el pensamiento, por lo general de una filosofía rónica, penetrante y honda, lo esencial.

Ese admirable poeta conocía mucho el corazón humano.

Esta composición de un sentimentalismo efectista, que os he copiado, no es de las mejores, pero sí de las más nitidas del autor.

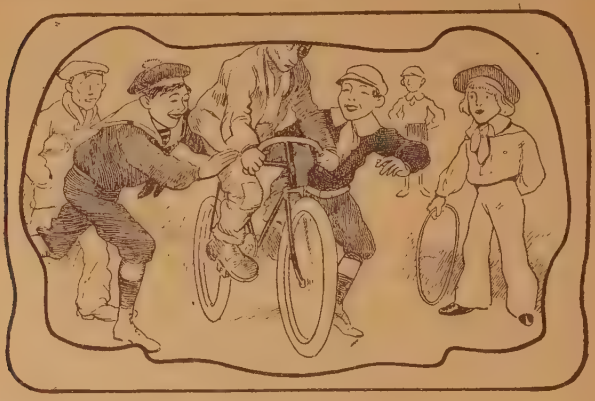
13. — Niños ricos y niños pobres.

El ancho paseo, alumbrado por el sol poniente, estaba lleno de chiquillos que corrían y voceaban entre una atmósfera violeta. Tras las hojas de los árboles escuchábanse cantares de pájaro. Pájaros y niños eran, con sus trinos y con sus voces, algo así como un coro angélico, despidiéndose de la luz.

El astro agonizaba sobre una nube roja, que parecía un gigantesco cuajarón de sangre; sus rayos salían por los bordes de aquella nube, como salen los minerales fundidos de las bocas del horno, en chorros luminosos que abocetan todos los colores del iris. Un viento manso y tibio acariciaba

las hojas de los árboles, sacudiéndolas con dulzura, haciéndolas ir y venir en el espacio, levantándolas hacia el sol, para que éste convirtiese en una esmeralda cada hoja. Jirones de humo salían por las altas chimeneas de los edificios mineros. Estos jirones, negros y pesados al trasponer las redondas bocas de ladrillo, iban haciéndose, según ascendían al cielo, más transparentes y más limpios; al cabo volvíanse gasas intangibles que los últimos reflejos solares matizaban de púrpura.

El astro, poniéndose frente á las construcciones mineras, teñíalas de rojo, tal como si estuviesen incendiadas; la



ciudad se hundía lentamente en un baño gris, donde los edificios se desdibujaban como sombras.

Sentado en un banco, miraba yo el lugar de los niños.

Habíamos de todas edades. Mocosuelos que apenas se tenían en pie, corriendo á tropezones los unos tras de los otros, con los brazos tendidos, los ojos alegres y los carrillos bermejos, rebosando salud; mayorcitos, de seis ó de siete años, mostrando en su vestimenta la limpieza de un cómodo vivir, y en sus carnes repretadas los beneficios de una buena alimentación.

También los había de doce ó catorce años, casi hombres por su traje, infantes aún por su edad y por su no tener que preocuparse en los trabajos que para los hombres trae aparejada la existencia. Los padres se encargaban, se encargarían durante mucho tiempo, de tales menesteres; y

ellos, libres y fuertes, jugaban frente á mí al paso, al toro, al marro, á todos esos juegos varoniles que heraldean en los machos humanos la pubertad. Algunos acortaban las distancias del paseo guiando bicicletas.

Yo los miraba regocijándose con aquella alegría infantil, con aquella primavera humana que, libre de preocupaciones y desengaños, se abría á la existencia bajo los últimos alentares del sol.

Aquellos niños venían de instruir sus inteligencias en las escuelas, en los centros de enseñanza existentes en la ciudad. De allí venían, y luego de educar sus cerebros, fortalecían sus carnes con saludables expansiones, mientras les llegaba la hora de comer, en mesas bien servidas, y de dormir en lechos cómodos.

Los miraba y los miraba satisfecho, sintiendo que su salud y su alegría se me entraban en el corazón, acelerando sus latidos y rejuveneciendo mi sangre...

Allá, en las lejanías del paisaje, comenzó á dibujarse una confusa mancha negra. Poco á poco fué adquiriendo relieve : era algo que avanzaba á compás, una fila negra semejante á un hormiguero en marcha. Parecía salir de los edificios fabriles incendiados por el sol poniente.

Aquella negrura avanzó, se hizo clasificable. Eran niños también; la edad oscilaba como la de los niños mayores que se divertían en el paseo, entre los doce y los quince años; pero ¡ay! sólo resultaban pares á los otros en la edad.

Flacos, pálidos, macilentos, ni había en sus ojos alegrías, ni en sus carnes ternura, ni en sus infantiles caras salud.

El cutis pálido, enfermizo, acusaba la anemia; el cansancio, sus brazos caídos á lo largo del cuerpo; el sufrimiento, sus ojos de melancólico mirar; la falta de buena alimentación, su delgadez y el blancuzco matiz de sus labios huérfanos de sonrisa.

Aquellos niños no venían al paseo á jugar, después de instruirse en la escuela. Volvían á sus casas después del trabajo; llegaban de la mina, con el saquillo del almuerzo atado á la cintura y la herramienta al hombro. Regresaban á la ciudad rendidos de cansancio; iban camino de sus miserables viviendas, á comer mal y á dormir peor.

Para ellos ya no había infancia; su infancia concluyó muy pronto, si llegó á existir alguna vez; si se puede llamar infancia á los primeros años de la vida, pasados casi sin caricias, porque los padres han de trabajar mucho y no

tienen tiempo de acariciar; casi sin alimento, porque no merece ese nombre un cacho de pan duro y una piltrafa que despreciarían los canes.

Ya no eran niños; eran hombres, estaban forzados á ser hombres por mandato de la miseria, y regresaban del trabajo.

Un mozuelo que guiaba una bicicleta avanzó hacia el grupo de niños trabajadores; éstos se detuvieron; el ciclista se puso á conversar con ellos; el más osado de los minerillos subió á la máquina y trató de moverla. Tropezó... cayó... Sus compañeros echaron á reir. Otro minerillo le substituyó, y todos los niños del paseo, los ricos y los pobres, los felices y los infelices, como si les impulsara una corriente de fraternidad, formaron en torno de la bicicleta un solo grupo, en el que se confundían las carcajadas y las clases, las voces y las vestiduras.

En tal momento, el último chorro de la lumbre solar despareció tras la nube roja : el astro se ocultó, mientras los niños pobres y los niños ricos se unían como hermanos, esperando, tal vez, el nacimiento de un nuevo sol, bajo cuyos rayos aquella fraternidad ocasional y deleznable, volveríase definitiva é inrompible...

JOAQUIN DICENTA.

La pintura de estos elegidos y estos desheredados, si nó nueva es, sí, viva, colorida, contrastada.

Ciertamente los niños que trabajan han pasado por la niñez como se pasa de noche por un camino, y no como á través de un sueño de oro y luz como pasan los otros, los que tienen padres que los visten, los sustentan y los acarician.

Pero la infancia no sabe de clases, no sabe de fórmulas, no sabe de todas esas tristes cosas que han inventado los hombres, y ricos y pobres se unen al caer la tarde, alumbrados por el mismo postrer rayo de sol...

Sí, digamos de todo corazón con Dicenta, digámoslo como se dice una plegaria : ¡Ojalá que nazca pronto un nuevo sol bajo cuyos rayos todos los hombres sean hermanos!

14. — La abuelita.

Tres años hace murió Abuelita :
cuando la fueron á sepultar,
deudos y amigos en honda cuita
se congregaron para llorar.

Cuando la negra caja cerraron,
curioso y grave me aproximé,
y al verme cerca me regañaron
porque sin llanto la contemplé.

Dolor vehemente rápido pasa :
tres años hace que muerta está,
llovieron penas, y nadie en casa,
de mi Abuelita se acuerda ya.

Yo sólo tengo luto y tristeza,
y su recuerdo fuerza cobró,
como del árbol en la corteza,
se ahonda el nombre que se escribió.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Es una grande y triste verdad la que cuenta tan ingenuamente, con esa adorable ingenuidad de que solía perfumar algunos de sus alados versos, el delicadísimo y noble Gutiérrez Nájera :

Dolor vehemente rápido pasa...

La naturaleza piadosamente nos ha hecho así, ella que, según la expresión de Victor Hugo, *hace florecer y reverdecer todos los hundimientos!*

Es preciso olvidar para vivir. De otra suerte caeríamos abrumados sobre las losas que ocultan á los que amamos, y la vida no podría seguir su divina labor eterna...

Pero quién acertará jamás á desentrañar todo el misterio psicológico que hay en las impresiones de un niño!

Él es el único que pareció no sentir á la abuelita, porque no la lloraba... y ahora él es el único también que de ella se acuerda!

El poeta que ha adivinado este pequeño estado de alma, nos lo explica con un simil encantador, pensando acaso que las imágenes lo explican mejor todo :

Y su recuerdo fuerza cobró,
como del árbol en la corteza
se ahonda el nombre que se escribió!

15. — Para los niños.

Vosotros, lectorcillos golosos, sois indudablemente aficionados á la miel, y se os habrá hecho agua la boca regalona viendo la alcarreña, que sale en rubias madejas de la olla negruzca, oliendo á tomillo, á mosquetas, á campos luminosos, y la andaluza, blanca como los azahares de donde la extrajeron, que la guarda rayos de sol entre sus hebras y constela de estrellitas níveas el vidriado de las orzas que la encierran. Vosotros, con la insaciable curiosidad infantil, avara de explicaciones amenas, habréis preguntado á vuestras madres el origen del sabroso regalo, y ellas, menos curiosas, pero no más enteradas, os habrán respondido que Dios, queriendo hacer una fineza á los niños, puso la miel en las flores, y encargó á las abejas que la recogieran pulcramente de sus cálices.

El maestro, si es un erudito, tal vez os haya dicho que esos industriosos animalitos del Señor son el emblema del orden y el trabajo, y que un Papa nada menos, Urbano VIII, se honró poniéndolos en sus armas, y un Rey, Luis XII, sembrando de ellos su alba vesta, y un Emperador, Napoleón, bordándolos en su manto. Y yo, que de seguro soy un bobo ignorantón junto á vuestro maestro, os declaro

que eso es verdad, y hasta agregaría, si no temiera ser tachado de pedante, que todos los pensadores de todos los siglos, — aun los más enemigos á repapilarse con dulzuras, — todos los pensadores, desde Aristóteles á Lubbock, han estudiado las abejas... Pero como la sabiduría del maestro y mi rasgo de erudición aumentarán vuestra curiosidad, en vez de aplacarla, voy á contaros llanamente, prescindiendo de requilorios ilustrados, la linda historia de la miel:

¿Nunca habéis visto viajar á un enjambre? Estos viajes los impone la necesidad con su dura ley, unas veces porque la población de la colmena crece extraordinariamente, otras porque sus defensores no pueden resistir el empuje acometedor de sus enemigos, y otras, las más, porque la mísera aridez del terreno imposibilita la vida. Entonces el éxodo del pueblo alado se hace indispensable, y emigra el enjambre en busca de más liberales tierras, lanzándose á los aires decidido y zumbador, con su reina potente y creadora, sus torpes zánganos, arcas guardadoras de la especie, y sus miles de obreras, ágiles, bravas, crueles, fuertes y aguerridas.

Estas son las que eligen la nueva habitación — el tronco centenario de un olivo ahuecado por el tiempo ó el corazón de una bizarra encina, — y las que la reconocen, preparan, desalojan y fortifican, facilitando la instalación del enjambre, y construyendo la fábrica portentosa del panal con las tenues laminitas de cera que segregan los anillos centrales de su abdomen.

El panal, nido y almacén al mismo tiempo, es una obra tan maravillosa, que ha pasmado á los sabios más sabios. Sus agujeros exagonales, celditas de seis lados, están dispuestos con tan suprema ciencia, que cada hueco se encuentra rodeado de otros seis, con lo cual se consigue la gran economía de espacio y materiales que proporciona el acierto de que los seis tabiques que determinan la forma prismática de las celdas sean comunes á otras seis... ¿Comprenden mis pequeños? Esos ingenieros ariscos, de trompa, alas y aguijón; esos químicos confiteros, que guardan en sus cuerpecillos almíbares y venenosos jugos, son enemigos de toda superfluidad inútil, de todo trabajo que no rinda beneficios, de todo esfuerzo que no se traduzca directamente en mejoras para la vida de la comunidad.

Y de ellos, de su instinto casi inteligente, casi racional,

de su instinto milagroso, de su actividad enorme, de su valor heroico, depende la existencia del enjambre. Las obreras crían la descendencia, producen la cera, buscan y acarrean las provisiones, dan de comer á la reina y á los zánganos, y defienden corajudas el falansterio, castigando á los atrevidos y rapaces que lo invaden. ¡Ay de la culebrilla fisgona ó del topo osado que se atreven á penetrar en el laboratorio! Miles y miles de fieros combatientes caen rabiosos sobre ellos, y miles y miles de envenenados dardos los punzan crueles hasta arrancarles la vida, y allí quedan sus cadáveres, enterrados, emparedados en bloques de cera, para evitar que el aire los corrompa y sea la muerte de los temerarios la ruina de la colmena.

La reina no hace nada. Pacífica y fecunda, se limita á aumentar el enjambre, y deja pasar los días paladeando las dulzuras de su vivir honesto, viendo crecer sus larvas y trafagar á su pueblo incansable y oyendo las endechas y los madrigales de los zánganos alcorzados. ¡Los zánganos! Son las criaturitas más amables, honradas é inofensivas que ha criado el Señor. Su breve existencia es poemática. Nacidos para amar, sólo en amar piensan, y zumban canciones meciéndose voluptuosos en las ondas transparentes del aire durante los rubios días de sol, ó duermen al amparo de su tibia casa, en los rinconcillos penumbrosos, cuando el fosco cielo se desgaja en frías cataratas diluvianas, aguardando, siempre resignados, sin aguijón para herir, ni agallas para ofender, el momento en que las obreras decidan sacrificarlos, inútiles ya por haber cumplido su hermosa misión de sembrar la vida. Las obreras, en cambio, jamás descansan. En cuanto la luz primera enrojece las cumbres, se lanzan ardorosas á la tarea, cosechando materiales para su obra en las pálidas rosas de los escaramujos, en los capullos blancos de los almendros, en las flores de nieve de los brezos y las jaras, en las bocas bermejas de los granados...

— ¡Zum!... ¡zuum!... Aquí hay espinos albares... Aquí hay cardos silvestres .. Aquí hay naranjos floridos...

Y las obreras caen como balas en las corolas, y penetran en los nectarios, y recogen con sus trompas de cinco tubos el néctar que condensó el agua al evaporarse, y lo depositan en su faringe ensanchada, en la cavidad donde ha de modificarse químicamente, y levantan el vuelo orgullosas y dejan que el viento las arrastre y las columpie, mien-

tras que en sus entrañas se realiza el divino milagro.

Después, las portentosas confiteras entran en la casa común y depositan en las celdillas primorosas su dulce carga... Y así queda hecha la miel, esa riquísima miel de tomillos, mosquetas ó azahares, que huele á campos luminosos, que conserva rayos de sol entre sus hebras, y que vosotros, chiquitines golosos, tragáis alborozados, sin sospechar que nació en una flor donde pusisteis las naricillas, ansiosos de perfumes y que pasó sobre vuestras cabezas en el alado corpezuelo pardo de una vulgar abeja.

J. López Pinillos.

La lección es bella, ¿ verdad, amiguitos míos? Aprovechadla pues, imitando á esas admirables obreras, es decir volviendo miel de cultura, de progreso, de bondad, todos los conocimientos, todas las impresiones y emociones que recogéis á vuestro paso por la vida.

16. — Un buen hijo

I

La historia, testigo de los tiempos, luz de verdad y maestra de las costumbres, como Cicerón la define, está llena de grandes ejemplos y enseñanzas, y la de Roma, por ser el reflejo fiel del esforzado ánimo y de las grandes virtudes de los que con sus heroicos hechos la crearon, tiene el prepotente vigor y la pujante grandiosidad de aquel pueblo-rey que, descendiente de los vencidos troyanos, llegó á dominar el mundo.

Tito Livio, historiador de la segunda guerra Púnica, narra y comenta un hecho que yo, por creerlo un noble y elevado ejemplo ofrecido á la juventud, voy, aunque no con la concisión y elegancia del historiador latino, á referir á mis infantiles lectores.

¿Para qué inventar leyendas inverosímiles de hadas y de genios, que son, si admitidas por las imaginaciones infantiles, rechazas después por la razón, cuando éstas las juzga y analiza?

Dejo, pues, para otros la penosa é inútil tarea de imaginar; y ateniéndome á la historia, me concreto á narrar únicamente, porque tengo la seguridad de que narrando puedo enseñar mucho más, sin entretener por eso menos.

II

Durante su dictadura, Manlius Imperiosus había mostrado siempre un carácter irascible y despótico, llegando en sus demasías hasta hacer azotar con varas á muchos ciudadanos romanos.

Nuevo Tarquino el Soberbio, Manlius Imperiosus había llegado á ser un objeto de animadversión para Roma entera, y no bien terminó su dictadura, los tribunos de la plebe lo residenciaron y llamaron á jucio ante los comicios.

Marco Pomponio, uno de los tribunos del pueblo, presentó ante éste la acusación, en la cual, sobre pintar con los más negros colores la bárbara crueldad y la insoportable tiranía que Manlio había demostrado durante su mando, se le acusaba de que, contrariando los afectos de la Naturaleza, mostraba con su hijo — Manlio también de nombre — una ferocidad tal, que tratándolo peor que á sus esclavos, lo tenia condenado á los trabajos más serviles en una de sus casas de campo, privándolo inhumanamente de instruirse asistiendo á los debates del foro, y de adquirir gloria y celebridad en la guerra, ideal de todos los ciudadanos romanos plebeyos, quirites ó senadores.

« ¿ Y por qué delito — decía en su acusación Marco Pomponio — es tratado con ese fiero é inconcebible rigor el inocente hijo de este padre sin entrañas? Porque no habla con facilidad únicamente.

» Si el hombre objeto de mi acusación tuviera algunos de los sentimientos naturales; si mereciera el sacrosanto nombre de padre, procuraría corregir con la educación suavemente, y con buenos maestros, el defecto local de su hijo; pero no, más fiero que las mismas fieras de las selvas, las cuales no amamantan con menos cariño á sus hijuelos que tienen alguna deformidad, que á los que no la tienen, Manlio añade un mal á otro mal, y si hay en su hijo un solo destello de virtud, de valor ó de inteligencia, lo ahoga y extingue con esa educación propia para embru-

tecer, no para despertar ni enaltecer la inteligencia ni los nobles sentimientos de su desgraciado hijo. »

Estas palabras irritaron los generosos ánimos de los ciudadanos romanos contra Manlio, al cual odiaban ya, y sin duda ninguna le hubieran condenado á un ejemplar castigo si su hijo, enterado de lo que pasaba y no queriendo servir de prueba de acusación contra su padre, no hubiera adoptado una resolución heroica y suprema.

« Quiso — dice Tito Livio — hacer conocer á los dioses y á los hombres que, lejos de favorecer á los acusadores de su padre, estaba, por el contrario, dispuesto á defender á éste, aun á costa de su vida; y, en efecto, exponiéndola por amor al que tan mal lo trataba, una mañana, armado con un puñal que llevaba oculto bajo su túnica, se presenta en casa de Marco Pomponio, el cual, creyendo que vendría á darle gracias, cuando no á sugerirle algún nuevo motivo de acusación, le hace entrar al instante y le conduce á una apartada habitación, donde, « Habla — le dice, — estamos solos y puedes decirme lo que quieras. ¿Qué deseas de mi? »

— « Jura — le dice por toda contestación Manlio sacando de debajo de su túnica el puñal y poniéndoselo al pecho, — jura no reunir la asamblea del pueblo para acusar á mi padre, ó eres muerto.

« Aterrado Pomponio por la fiera actitud de Manlio, en cuya voz amenazadora vibran la resolución y la fiereza, se apresura medroso á hacer el juramento que le es por el joven exigido; pero apenas se ve libre de él corre á la plaza pública, reune al pueblo, refiere lo que ha pasado y pide le declaren libre de un juramento que le ha sido arrancado á viva fuerza.

« Pueblo heroico el romano y capaz, por tanto, de comprender y apreciar la sublime grandiosidad de la acción de Manlio, se asombra y se conmueve ante ella, y conmovido y asombrado por la grandeza de alma, por el sublime amor filial y por el heroico valor del joven, lejos de pensar en lo que tiene de censurable su intento de matar á Pomponio, piensa, por el contrario, en el sentimiento sublime que inspira su acción, y comprendiendo todo el heroísmo y grandeza de alma del joven, desatiende y desestima la acusación de Marco Pomponio, perdona á Manlius Imperiosus, y, no satifecho con esto nombra al joven Manlio tribuno de una legión. »

III

Sublime ejemplo éste que la historia de Roma nos ofrece; el joven Manlio, que tratado con inexplicable y cruel animosidad por su despótico padre, corre, sin embargo, á morir por él ó á salvarlo, es digno por su heroico amor filial del elogio y de la admiración de todos los pueblos y de todas las edades.

Por esta razón, por lo que tenía de grande, de generosa y de heroica su conducta, el pueblo romano premió y enalteció á Manlio, entregando este hecho suyo á la Historia y á la Fama.

No olviden este ejemplo mis infantiles lectores; y si la conducta de sus padres (Dios no lo quiera) no es para con ellos la que por regla general tienen todos los padres con sus hijos, recuerden al joven Manlio y piensen que tanto mayores fueron el mérito y heroísmo de éste, cuanto más crueles é inmerecidos habían sido los despiadados tratamientos de su padre.

MARIANO VALLEJO.

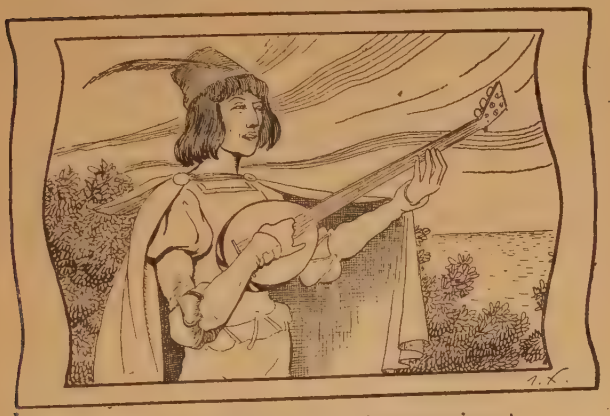
No os doy, amigos mios, esta lectura como un brillante trozo literario: Refiere en estilo por demás sencillo un noble episodio romano y lo comenta con elogio. No se trata pues de un trabajo de literatura actual, que requiera un juicio crítico: lo mejor de la lectura es lo que sugiere el ejemplo de Manlio. Leed con atención, amigos mios, y ojalá que este simple relato os preste vigorosos estímulos de bondad.

17. — A una niña.

Si una ave fuera yo, te celebrara
en dulcísimos cantos noche y día;
si fuera flor, colores pediría
á los lindos colores de tu cara.

Si blanda brisa fuera, siempre avara
de tu frente en redor ondularía,
y si fuera perfume, vertería
donde pisaras tú, mi esencia rara.

Demostrarte pretendo á dónde llega
de mi entusiasmo juvenil el brío
que en amoroso fuego me consume :



Mas ¡ay! el brillo de tu luz me ciega!
Y no soy en mi ardiente desvarío
ni ave, ni flor, ni brisa, ni perfume.

MANUEL DEL PALACIO.

Esta lectura, por su índole, es un lazo de unión entre la 2ª parte de este libro, intitulada « el Niño » y la 3ª parte, que seguirá al doblar la hoja, intitulada : « la Mujer ». En efecto, se canta á la niña, pero á la niña ya adolescente, en flor de juventud, capaz de inspirar amor : á la niña que según la expresión del poeta, deja de ser ángel para convertirse en mujer.

Manuel del Palacio, el autor, ha muerto en el mismo día en que yo copiaba su soneto para ofrecéroslo (junio 5 de 1906). *El Imparcial* de Madrid me ha traído esta mañana la noticia y del propio artículo necrológico que le dedica — triste coincidencia! — tomo los siguientes párrafos de crítica, que sustituyen á los que esta mañana misma también iba yo á escribir...

« Manuel del Palacio ocupaba en la lírica española un puesto preeminente. Cuando la musa varonil y austera de Núñez de Arce y el humorismo filosófico de Campoamor triunfaban en todos los países de lengua española, la musa maliciosa y picante de Manuel del Palacio alcanzaba también la popularidad.

« Sonetos, canciones, poemas y epigramas salían á raudales de su pluma. Su fecundidad fué pasmosa, inagotable el manantial de su

inspiración. En su obra poética alterna lo tierno y melancólico con lo satírico y burlesco; sus rimas eran siempre fáciles y de genuína cepa castellana. Era Manuel del Palacio un gran lector. Sus veladas literarias del Ateneo son inolvidables. Sabía expresar admirablemente la ternura de sus versos y subrayaba de manera inimitable la intención picaresca de sus composiciones festivas.

« Manejaba la prosa como un clásico y era un polemista temible. Aún recordamos todos su agresiva polémica con el malogrado Leopoldo Alas.

« En nuestros *Lunes* quedan numerosos testimonios de su ingenio. En esa hoja literaria de El Imparcial publicó sus *Recuerdos de la cuerda granadina* y sus famosas *Chispas*, en que condensaba magistralmente la actualidad efímera.

« Nació Manuel del Palacio en Lérida el 24 de Diciembre de 1832. Cursó sus estudios literarios en Granada y vino muy joven á Madrid, donde tomó parte muy activa en la redacción de los periódicos avanzados *La Discusión*, *El Pueblo* y *Gil Blas*.

« Sufrió denuncias y persecuciones y fué deportado á Puerto Rico.

« Cuando la revolución de 1868 triunfó, Manuel del Palacio entró á prestar sus servicios en la Administración. Fué secretario de la legación de España en Florencia y desempeñó cargos importantes en los ministerios de Fomento y de Estado.

« Su discurso de entrada en la Academia Española lo leyó el día 15 de Abril de 1894 y versó sobre *La Poesía*, al que le contestó Barrantes.

« Manuel del Palacio deja escritas gran número de obras que, por ser conocidas de todos, no enumeramos.

« Estaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica y era individuo de numerosas corporaciones científicas y literarias. »

3ª PARTE

LA MUJER, HIJA, ESPOSA Y MADRE. EL AMOR.

---

1. — Pensamientos sobre la Mujer.

I

Qué mejor manera, Lectoras, de iniciar esta tercera parte de mi trabajo, que copiar algo de lo que se ha dicho de vosotras?

Algo, amigas, algo solamente, porque se ha dicho mucho.

Difícil fuera encontrar filósofo, ni sabio, ni santo, ni artista, ni poeta... ni simple mortal que ya para bendeciros, ya para censuraros no haya dicho ó escrito de vosotras siquiera una frase.

Vosotras informáis y llenáis la literatura de todos los siglos. Ni ha podido la humanidad pensar, ni amar ni aborrecer sin vosotras.

Vosotras estáis en la base de todas las civilizaciones y estáis en su cúspide.

Las religiones que han puesto de rodillas todas las

almas, han necesitado de vosotras para difundirse por el mundo y aun para nacer.

Nada se puede realizar sin vuestro concurso y todo lo hecho hacia vosotras va.

Sois la flor más exquisita de las razas.

Para llegar al milagro de una de esas doncellas sonrosadas y rubias, cuyos ojos son celestes sortilegios, á través de cuya piel la sangre parece agitarse como una dulce llama roja, y en cuya alma anidan la prudencia, la ternura y el ingenio, la naturaleza, Hija de Dios, ha debido trabajar muchos siglos y el hombre ha trabajado también con ella...

De vosotras nace el mortal y á vosotras vuelve apenas se siente joven, vigoroso y completo...

Pero no me toca á mí cantaros este salmo; oid mejor lo que otros cerebros más excelentes que el mío han pensado.

II

Máximas.

La mujer en opinión siempre más pierde que gana, *que son como la campana que se estima por el son.*

Y así es cosa averiguada que opinión viene á perder, cuando cualquiera mujer suena á campana quebrada.

Tirso de Molina.

III

Soneto de Lope de Vega.

Es la mujer del hombre lo más bueno,
es la mujer del hombre lo más malo;
su vida suele ser y su regalo,
su muerte suele ser y su veneno.

Cielo á los ojos cándido y sereno
que muchas veces al infierno igualo,
por raro al mundo su valor señalo,
por falso al hombre su rigor condeno.

Ella nos da su sangre, ella nos cría,
no ha hecho el cielo cosa más ingrata:
Es un ángel y á veces una harpía,

Quiere, aborrece, trata bien, maltrata,
y es la mujer, al fin, como sangría
que á veces da salud y á veces mata.

IV

Las mujeres juzgadas por Cervantes.

La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido.

Opinión fué no sé de qué sabio, que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento.

El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan.

Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que de ellas se tiene.

La honesta y casta mujer es armiño, y más que nieve, blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes que la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el armiño se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá y aún sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos, y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y obscurecerse con cualquier aliento que le toque.

V

Pensamiento de Castelar.

La mujer está destinada á los afectos dulces y tiernos. Sus palabras deben ser una gota de miel en las amarguras de la vida; su sonrisa, un rosado crepúsculo brillante sobre las sinuosidades obscuras de la inteligencia; su mirar, el casto rayo de la luna sin mancha, penetrando hasta los abismos de nuestro corazón y ciñendo de su aureola melancólica y santa todas nuestras febriles y exaltadas pasiones. Moderar los ímpetus demasiado fuertes del hombre; herir con afectos tiernos su corazón despedazado por exaltadas pasiones, atraer la ambición sin límites al estrecho, pero venturoso nido del hogar, tal debe ser su angélico ministerio de la sociedad.

Emilio Castelar.

VI

Definición de la mujer, por un obispo brasileño.

¿Quién es esa noble figura que después de haber animado con su sangre al recién nacido le cría, acaricia, sonríe, y enseña á balbucear, á caminar y orar?

Es la mujer « madre ».

¿Quién esa hermosa figura graciosa y embalsamadora por espíritu y por el cuerpo, cuya perfección revela la omnipotencia de la creación, esa alma pura que á veces sacrifica sus impulsos naturales porque cree este sacrificio necesario para alcanzar la perfección?

Es la mujer « virgen ».

¿Quién es esa sublime figura compañera del hombre en la adversidad y en la dicha que le aconseja, guía, alienta, conmueve, sujeta y ama, que vive en él y para él, hecha de amor y abnegación?

Es la mujer « esposa ».

¿Quién esa afectuosa figura que se instala á la cabecera

del anciano, alivia sus dolores, endulza sus largas horas de sufrimiento, suple sus ojos (que no ven ya), sus oídos (que ya no oyen), su boca (que no habla ya)?

Es la mujer « soltera ».

¿Quién es esa heroica figura que atraviesa los campos de batalla, semejante al ángel de la paz, para recoger á los moribundos, sin reparar en las balas que silban, ni en el cañón que ruge; esa figura que siempre se halla en donde hay enfermos que cuidar, niños que instruir, dolores que mitigar y lágrimas que secar?

Es la mujer « Hermana de la Caridad ».

¿Quién es esa perfumada flor, frágil, delicada, angelical; esa efigie venerable que adquiere, por la fé, fuerza sobrehumana y entona cantos al Señor en medio de los suplicios más crueles, sabiendo morir por su divino Maestro á fin de renacer para la eternidad?

Es la mujer « mártir ».

¿Quién es la única privilegiada que un Dios se dignó hacer consubstancial de El; la figura que ese mismo Dios, al hacerse hombre, y por una antítesis misteriosa, escogió de la humanidad para conceder el supremo honor de ser hija, madre y esposa de la divinidad?

Es la « Mujer por excelencia ».

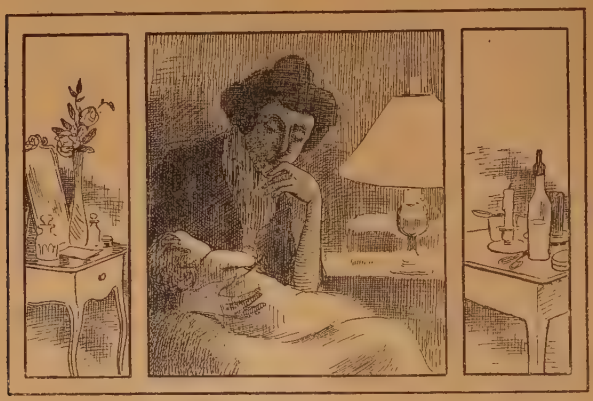
VII

Signos de este tiempo.

La verdadera misión de las mujeres es socorrer á los que luchan solos y desesperan; su deber es asistir á los heroísmos angustiados; no deben acudir sino á los perseguidos; que reserven sus dulces miradas, sus cintas, sus ramos de flores, para el caballero herido en la arena, pero que rehusen un aplauso al vencedor felón que debe su triunfo á la trampa.

Todo está perdido, todo ha acabado en un país en que los renegados son protegidos por las mujeres; porque solo las mujeres pueden aún mantener en el corazón de los hombres, puesto á prueba por todas las tentaciones del egoísmo, esa sublime demencia que se llama el valor, esa ingenuidad divina que se llama la lealtad!

Mme de Girardin.



2. — Sus dos mesas.

DE SOLTERA.

En los tallados frascos guardados los olores
de las esencias diáfanas, dignas de alguna hurí;
un vaso raro y frágil do espiran unas flores;
el iris de un diamante, la sangre de un rubí
cuyas facetas tiemblan con vivos resplandores
entre el lujoso estuche de seda carmesí;
enfrente del espejo la epístola de amores
que, al irse para el baile, dejó olvidada allí.

DE CASADA.

Un biberón que guarda, mezcladas, dos terceras
partes de leche hervida, y una de agua de cal;
la vela que reclama las despabiladeras
desde la palmatoria verdosa de metal;
en rotulado frasco cerca de las tijeras,
doscientos gramos de una loción medicinal,
un libro de oraciones, dos cucharas dulceras,
un reverbero viejo y un chupo y un pañal.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

Qué contraste, qué tedio, qué displecencia, verdad? Pero solo al parecer. Por poco que penséis habréis de caer en la cuenta de que

la segunda mesa es la más amada... sí, la más amada, porque ese biberón, ese frasco, ese pañal, ese chupo, hablan á la mujer de algo más bello que sus viejos perfumes y sus claros diamantes : de su primer hijo!

3. — Pax.

Las dos hijas del rey, que eran rivales,
quisieron, por salir de su quebranto,
probar la fuerza de su mutuo encanto
en el cubil de los leones reales.

Gloria llegó. Trompetas y timbales
repitieron su nombre sacrosanto;
los leones del rey rugieron tánto
que á lo lejos temblaban los sauzales.

Sonrióse la gente cortesana
al presentarse la princesa hermana;
mas el asombro entró en los corazones,

cuando afrontando la ironía aviesa
atravesó la pálida princesa
entre un vasto silencio de leones.

LEOPOLDO LUGONES.

Qué bello, que admirable símbolo el de esas dos hermanas, verdad? La una, Gloria, despierta todos los ecos; los clarines la anuncian. Es marcialmente bella, sus ojos llamean, su pecho se levanta hinchado de turbulencias... Dejadla pasar! Esa no dejará más que sangre, ruina y desolación por dondequiera : hogares que humean, cosechas perdidas, miseria, soledad, hambre, frío... Y un poco de oro vano, de oro volador, en las páginas de la historia!

La otra, Paz, amansa hasta á los leones. Edificará ciudades como Orfeo, redimirá pueblos, creará universos. Amadla y seguidla.

Es pálida... sed quamvis palida pulchra tamen... pálida pero bella! generosa, fecunda... divina!

El soneto es por todos conceptos admirable : límpido, gallardo, noble, altivo, perfecto.

Ya os había dicho que Lugones es uno de nuestros legítimos orgullos americanos.

4. — Pobre Niña.

Fugitiva de Ruben Darío.

Pálida como un cirio, como una rosa enferma. Tiene el cabello obscuro; los ojos con azuladas ojeras, las señales de una labor agitada y el desencanto de muchas ilusiones ya idas.... ¡Pobre niña!

Ema se llama. Se casó con el tenor de la compañía siendo muy joven. La dedicaron á las tablas cuando su pubertad florecía en el triunfo de una aurora espléndida. Comenzó de comparsa y recibió los besos falsos de los amantes fingidos en la comedia. ¿Amaba á su marido? No lo sabía ella misma. Reyertas continuas, rivalidades inexplicables de las que pintaría Daudet; la lucha por la vida en un campo áspero y mentiroso, el campo donde florecen las guirnaldas de una noche y la flor de una gloria fugitiva; horas amargas, quizá semiborradas por momentos de locas fiestas; el primer hijo: el primer desengaño artístico, el príncipe de los cuentos de oro, ¡que nunca llegó!, y en resumen, la perspectiva de una senda azarosa, sin el miraje de un porvenir sonriente.

A veces está meditabunda. En la noche de la representación es reina, princesa, delfín ó hada. Pero bajo el bermellón están la palidez y la melancolía. El espectador ve las formas admirables y firmes, los rizos, el seno que se levanta en armoniosa curva; lo que no advierte es la constante preocupación, el pensamiento fijo, la tristeza de la mujer bajo el disfraz de la actriz.

Será dichosa un minuto, completamente feliz un segundo. Pero la esperanza está en el fondo de esa delicada y dulce alma. ¡Pobrecita! ¿En qué sueña? No lo podría ya decir. Su aspecto engañaría al mejor observador. ¿Piensa en el país ignorado á donde irá mañana, en la contrata probable, en el pan de las hijas? Ya la mariposa del amor, el aliento de Psiquis, no visitará ese lirio lánguido; ya el príncipe de los cuentos de oro no vendrá; ¡ella está, al menos, segura de que no vendrá!

¡Oh, tú, llama casi extinguida, pájaro perdido en el bosque humano! Te irás muy lejos, pasarás como una visión rápida, y no sabrás nunca que has tenido cerca un soñador que ha pensado en ti, y ha escrito una página á tu memoria, quizá enamorado de esa palidez de cera, de esa melancolía, de ese encanto de tu rostro enfermizo, de ti, en fin, ¡paloma del país de Bohemia, que no sabes á cuál de los cuatro vientos del cielo tenderás tus alas el día que viene!

RUBEN DARIO.

Aquí tenéis, amigas mías, otro contraste, menos brusco, al parecer, que el de *Sus dos mesas*, de Asunción Silva; pero más cruel, más hondo, más intenso.

Y al fin, habéis leído el delicado homenaje? el amor oculto de ese poeta que pasa?

Pertenece la breve y encantadora prosa á la primer época de Ruben Darío, cuando este escribía su ingenuo, su radiante, su admirable *Azul*.

5. — Manos blancas.

CUENTOS DE MENÉNDEZ PELAYO.

La niña iba por la calle sin meterse con nadie, llevando de la mano á su hermana menor, una chicuela encanijada, que iba soplando con toda su escasa fuerza en una corneta de hojadelata, comprada en la feria.

Miraba la mayor á la pequeña con esa íntima satisfacción del que ha conseguido un gusto á su hermano. Bien se adivinaba en su cara que había sido ella misma quien había comprado á la chiquitina la corneta... Se sabía, además, que tenía sus ahorros. Solamente de su padre recibía cada domingo una perra grande, y una tia muy limpia que tenía le daba cinco céntimos siempre que la sobrina iba á verla. Añádase á esto que nunca fué de esas casquivanas de mucho lazo en la coleta y, si á mano viene, las alpargatas rotas.

Conque así iban entreteniendo el camino las dos chiquillas : la pequeña sopla que sopla, y la mayor animándola á ello con sus mimos :

— A ver cómo toca la niña... ¡Ay, qué bien!

En esto se cruzó con ellas un chiquillón, vestido con una blusa oscura, muy larga, como de aprendiz de ebanista ó cosa así, el cual podría tener un año más que la niña grande. No pasarían de doce los de ella.

El chiquillón, que también debía traer ganas de música, pues venía ensayando una marcha con los dedos, en las vidrieras de las tiendas, debió sentir un raro impulso de tocar la corneta, y como lo pensó lo hizo, arrebatándola bruscamente de las débiles manos de la criaturita encanijada.

*
* *

Indudablemente no tenía el aprendiz el propósito de quedarse con el juguete, puesto que no huyó con él, sino que se quedó dos ó tres pasos más allá, haciéndole sonar y gozándose en el desconsuelo de la pobre chiquilla. Pero ello fué que la mayor, repuesta bien pronto de la sorpresa que le causó el despojo, soltó á su hermana, y avanzando hacia el de la blusa larga, le dijo amenazante y fiera :

— Ya estás soltando esa corneta.

— Tampoco.

— ¿Tampoco? Pues yo te la haré soltar.

Y no sólo se la quitó, torciéndole las manos, hasta que la dejaron caer, sino que le arrimó dos sopapos muy bien puestos, y hasta tres zarandeos, que el ondular de la blusa hacia más cómicos y risibles.

Para entonces nos habíamos ido reuniendo en el teatro de la guerra varias gentes, que, como puede suponerse, tomamos el partido de la muchacha.

El chiquillón miró á todas partes, estimó en su justo valor lo ridículo del lance y, cuando la niña, ya recobrada la corneta, volvía á buscar á su hermana, la atajó á medio camino y, avanzando al lado izquierdo, mientras retiraba el brazo opuesto, quedó en actitud de pegarla.

— Pega, hombre, pega, exclamó ella.

*
* *

Acercósela más, separó aún más el brazo derecho, como para preparar la gran bofetada, y, sin llegar á darla, dijo, con asombro de todos y con vilipendio suyo :

— ¡Si no fuera porque no está bien pegar á una mujer!..

— Pega, hombre, pega, volvió á decir la niña. Pero él creyendo haber encontrado una fórmula, eficaz para disimular su miedo, se alejó zarandeando la blusa y sin conseguir su objeto, pues todos nos echamos á reir. Y unas chicuelas le gritaban :

— ¡Cobarde! ¡Blusón!... Si parece el perrero de la catedral!

A todo esto, un perro que pasaba, excitado por la algazara, comienza á ladrarle; él, aturdido, furioso, intenta darle un puntapié, se pisa la blusa y cae de rodillas. Con lo

cual creció la rechifla entre casi todos, y nació la compasión en algunos de los espectadores, los cuales nos alejamos de allí para ahorrar á la víctima nuevas vergüenzas.

Yo tenía frecuentes ocasiones de recordar el lance contado, pues los que en él habían intervenido eran, y siguen siendo todavía, vecinos de mi barrio.

A las niñas, sobre todo, las veía muy á menudo; como que tienen que pasar bajo mis ventanas para ir á su casa.

Fueron creciendo. Y hará mal nadie en asombrarse de esto. La grande está ahora que lleva los ojos de la cara. Ya gasta moño, hecho todo con su primoroso pelo negro. La otra sigue encanijada; yo creo que si no se muere, ya no es más que por no privarse de los mimos de su hermana. Trae ésta á la pequeña tan cuidada y limpia, que á días parece una niña sana.

El aprendiz cambió al poco tiempo la blusa aquella por otra más corta y algo mejor hecha. Yo creo que estaba deseando soltar la primera, para que los vecinos no le recordáramos por ella. Acaso imaginaba que entre sus pliegues había quedado preso algo de la gran ignominia de aquella jornada.

Hoy ya no gasta blusa corta ni larga; ni es aprendiz, sino oficial, y de los buenos.

En todo ese tiempo no había yo conseguido ver pasar uno junto á otro á ambos contendientes, ni observar, por lo tanto, la cara que ponían.

— ¿Se guardarán rencor todavía? — me preguntaba yo —. Ella bien pudo desahogarle del todo, que sólo de cansada dejó el lance. Mas á él es razón que todavía le dure. Verdad es que manos blancas no ofenden, y que la niña las tiene, y las lleva, como los propios ampos de la nieve; pero también es cierto que los sopapos fueron de primera, y como la corrida aquella yo no he visto otra. ¡Cada vez que me acuerdo!

De todos modos era bien raro que no hubiera podido satisfacer mi curiosidad cuando hasta busqué de propósito la ocasión de ello. Al [illegible] pensé que el mozo la evitaba y que aún tenía miedo á la muchacha....

¿Miedo, eh? No la tiene miedo. Ya los he visto juntos; son novios.

Anoche, al volver á casa, los encontré en la esquina, hablando. Él accionaba como quien se disculpa y le importa mucho que le crean. Ella escribía en la acera con

el canto del paraguas, balanceando á la vez el cuerpo, perezosamente, como hacen todas cuando escuchan algo que les está gustando mucho y quieren aparentar que no lo creen.

Son novios y ya tengo por seguro que se casarán, pues ambos son muy formales.

— He aquí — me decía yo entrando en casa — lo que es un sopapo á tiempo. Hace bien el muchacho en quererla. Habrá pensado que, como defendió á su hermanilla, así sabrá mañana defender á sus hijos, y que, como á él le castigó, castigará á cualquier insolente si por acaso se la atreviera.

Manos blancas no ofenden; pero bueno es dar donde duele.

ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO.

Donosamente está escrito ese cuento de Menéndez Pelayo (Enrique). Exacta es la observación de los caracteres que revela.

Así es el pueblo, así suele amar el pueblo.

Esa mano que empieza por pegar y acaba por entregarse.

Esa mano, primero nerviosa é irritada y que después se posa sobre la otra lealmente, para ayudarla á andar por el camino de la vida, es adorable.

La niña pega, la mujer ama.

Quién sabe si en el golpe había ya amor...

Así es el pueblo.

El pueblo suele amar así...

6. — La caridad.

Iban tres doncellas camino de la feria donde valioso premio había de adjudicarse á la hermosa que manos más lindas mostrase.

Y una de ellas llegóse á un bosquecillo de nardos silvestres, cuyas corolas dejábanse robar por vientos y aves la fragante esencia; y una á una fué tocando las olientes flores, que en sus manos delicadas dejaban, el aroma de los pétalos de nieve y el óleo jugoso de los cálices.

Tropezó la otra con el hilo de plata de un arroyuelo que bullente corría lavando guijas de oro y alfombras

violetas. En las aguas cristalinas y embalsamadas bañó sus manos bellas, que de allí salieron aun más preciosas.

Tímida y modesta la tercera vacilaba en pedir, como sus rivales á flores y fuentes el secreto de la belleza, cuando salió al paso andrajoso mendigo que en agonizante voz imploró de ella « una limosna por amor de Dios ».

Sacó la casta niña de su escarcela una moneda y dióla

al mendigo, quien recibiéndola besó la mano biennechora, dejando caer una lágrima.

Aquella lágrima se cuajó en perla, la perla se desparramó en iris, y el iris esmaltó de luces celestiales la mano de la hermosa.

Ni la que se ungió con la esencia de los nardos silvestres, ni la que se lavó en la fuente de las guijas de oro, alcanzaron la rica diadema ofrecida en la feria á la más pura y bella mano.

Por sobre todas brilló con hermosura singular, la que había embellecido y purificado la lágrima del pobre.

N. Bolet Peraza. Venezuela.

Bolet Peraza es un distinguido escritor venezolano. Este su cuento simbólico, su parábola, diríamos mejor de las *Tres doncellas*, está escrito con esa soltura, con ese desenfado, con esa fluidez que caracterizan á todas sus prosas.

Creo que la bella lecturita no ha menester comentario alguno.

7. — Amor.

Vuela, de ardientes ansias consumida,
A impulsos del amor que la devora,
En torno de la luz fascinadora
La mariposa que su riesgo olvida;

Sus fulgores contempla embebecida
Y en ellos baña el ala tembladora;
Y entre las llamas, cuyo brillo adora.
Halla mísero fin su frágil vida,

Así, en su derredor, yo todo el día
Girando voy, de su beldad sediento;
Y si las luces de sus ojos miro,

Ansiosa se estremece el alma mía,
Y deslumbrado, y loco y sin aliento,
Me ardó en sus ojos.... ¡ y de amor, espiro!

NUMA POMPILIO LLONA.

Numa Pompilio Llona es, amigas mías, un poeta ecuatoriano, de tendencias clásicas. Ultimamente fué coronado en Guayaquil, lo cual quiere decir que es viejo: porque la gente no se resuelve á discernir ciertos homenajes á un hombre sino cuando está segura de que se irá pronto.

8. — La Perfecta casada.

De como el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme á lo que pide la honestidad y la razón.

« Hizo para sí aderezos de cama, holanda y púrpura es su vestido. »

Porque había hablado de la piedad que deben las buenas casadas al pobre y del cuidado que deben á la buena provisión de su gente, trata ahora del tratamiento y buen aderezo de sus mismas personas. Y llega hasta aquí la elocuencia de Dios y la dulce manera de su providencia y gobierno, que desciende á tratar de su vestido de la

casada y cómo ha de aderezar y asear su persona, y condescendiendo en algo con su natural, aunque no le place el exceso, tampoco se agrada del desaliño y mal aseo y así dice : « Púrpura y holanda es su vestido ». Que es decir que desta casada perfecta es parte también no ser en el tratamiento de su persona alguna desaliñada y remendada, sino que, como ha de ser en la administración de la hacienda granjera, y con los pobres piadosa, y con su gente no escasa, así por la misma forma á su persona la ha de traer limpia y bien tratada, aderezándola honesta-

mente en la manera que su estado lo pide, y trayéndose conforme á su cualidad, así en lo ordinario como en lo extraordinario también. Porque la que con su buen concierto y gobierno, da luz y resplandor á los demás de su casa, que ella ande deslucida en sí, ninguna razón lo permite. Pero es de saber porqué la vistió Salomón de holanda y de púrpura que son las cosas de que en la ley vieja se hacía la vestidura del gran sacerdote : porque sin duda tiene en sí algún grande misterio. Pues digo que quiere Dios declarar en esto á las buenas mujeres que no pongan en su persona sino lo que se puede poner en el altar, esto es, que todo su vestido y aderezo sea santo, así en la intención con que se pone como en la templanza con que se hace. Y díceles que quien les ha de vestir el cuerpo no ha de ser el pensamiento liviano, sino el buen concierto de la razón : y de la compostura secreta del

ánimo ha de nascer el buen traje exterior, y que este traje no se ha de cortar á la medida del antojo ó del uso vituperable y mundano, sino conforme á lo que pide la honestidad y la vergüenza. Así que señala aquí Dios vestido santo para condenar lo profano. Dice púrpura y holanda, mas no dice los bordados que se usan ahora, ni los recamados ni el oro tirado en hilos delgados. Dice vestidos, mas no dice diamantes ni rubíes. Poné lo que se puede tejer y lavar en casa, pero no las perlas que se esconden en el abismo del mar. Concede ropas, pero no permite rizos ni encrespos ni afeites. El cuerpo se vista, pero la cabeza no se despeine ni se encrespe en pronóstico de su gran miseria. Y porque en esto, y señaladamente en los afeites del rostro, hay gran exceso aun en las mujeres que en lo demás son honestas y porque es aqueste su propio lugar, bien será que digamos algo dellos aquí. Aunque, si va á decir la verdad, yo confieso á vuestra merced que lo que me convida á tratar de esto, que es el exceso, eso mismo me pone miedo. Porque, ¿quién no temerá de oponerse contra una cosa tan recibida? O ¿quién tendrá ánimo para osar persuadir á las mujeres á que quieran parecer lo que son? O ¿qué razón sanará la ponzoña del solimán? Y no solo es dificultoso este tratado, pero es peligroso también; porque luego aborrecen á quien esto les quita. Y así querer ahora quitárselo yo, será despertar contra mí un escuadrón de enemigos. Mas qué les va en que yo las condene, pues tienen tantos otros que las absuelvan? Y si aman aquellos que, condescendiendo con un gusto dellas, las dejan asquerosas y feas, muy más justo es que siquiera no me aborrezcan á mí, sino que me oigan con igualdad y atención : que cuanto ahora está en esto, les quiero decir, será solamente enseñarles que sean hermosas, que es lo que principalmente desean.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Siguiendo mi costumbre de mezclaros con la literatura corriente algo clásico, os doy este capítulo de *la Perfecta casada* de Fray Luís de León, que se distingue sobre todo por la elegancia del idioma. Qué lejano é ingenuo debe pareceros el reproche á las damas de su época, de hace más de tres siglos porque usaban trajes bordados y recamados de oro y porque se rizaban y pintaban... Y qué manera de argüirles con los versículos de Salomón! Como

veis, cuando menos por este lado de los bordados y los afeites y rizos, la prosa es de actualidad!

9. — A una pálida.

(NEVANDO)

Aquí dentro, fuego; ahí fuera, nieve.... Así eres tú, como dijo aquel poeta que también te quiso:

.... Fuego en el corazón, nieve en el rostro....

Fuego como éste, calor de hogar manso, tranquilo, no enervante como el del sol de estío, que ata el ingenio y pára la fantasía, y entraba al par los movimientos del cuerpo y del pensamiento: fuego tranquilo del que no hay que temer que suba á incendio, fué alimentado de excelsas materias, de troncos generosos que un día tuvieron flores, y cuando ya no las tienen, privados de alegrarnos con ellas los ojos, se dan en pasto á la llama para volver á ser útiles y prestarnos abrigo y consuelo....

Tal hubiera sido tu amor, estoy seguro. Primero flores, luego luz y calor:

¡Si la vieras esta noche, qué bonita, tú, á quien tanto gusta la nieve!

¡Si pudiera yo verla contigo, yo á quien tanto gustas tú! Ha caído de repente y dura un momento.

No es la nieve frecuente encanto de estos climas, como en el mundo sois raras las muchachas como tú.

Aparece siempre á nuestros ojos, como espectáculo nunca visto, y con la intensidad y la fuerza de un pensamiento nuevo.

Así, á través de uno y otro año, de uno y otro dolor verdadero, y de una y otra ficticia ventura, viene, blanca como la nieve, tu memoria á llenar de poético y triste encanto el pensamiento. Baja sobre él mansamente, como bajan sobre el agostado jardín esos copos y van formando esta blanca vestidura que, con ser tan fría, parece que ha de abrigarle y protegerle.

Como es tan raro que nieve, hasta la luna, esta esquiva de quien apenas conservábamos memoria, se ha dignado salir á verla.

Yo la he saludado con la misma alegría que á ti, cuando pasado un luto, apareces en una fiesta, y pensando en ti, me he puesto á contemplar el maravilloso espectáculo de sus reflejos sobre la nieve.

¡Qué luz tan melancólica, tan hermosa! ¡Qué musa!

La nieve, que es triste, parece sonreír ante las caricias del astro, como se sonríe tu rostro pálido al sentir, sobre sí, la luz de unos ojos.

¡Si pudieras verla, tú á quien tanto gusta la nieve!

Durará un momento; pero la impresión de esta blancura, de esta delicada belleza de la nieve, vivirá aún largo rato en mis ojos, como en mi memoria la de tu hermosura, con que me alumbro entre las tinieblas y obscuridades de la vida.

A mí me gusta la nieve porque te gusta á ti, y á ti te gusta porque es blanca.

Y repara que, quizá, no he dicho una simpleza. Blancos son tus pensamientos, y tus sueños, y tu alma, y tu rostro, y blanco tiene que ser todo lo que te guste, y por ser blanco tiene que gustarte, porque lo blanco es la pureza, lo inmaculado, lo no vulgar; y tú no puedes encontrar bello nada que no sea así.

En el jardín del mundo, del que sois vosotras las flores — y nosotros pudiéramos ser los árboles, quién el fuerte roble, quién el laurel glorioso, quién, ¡ay! el ciprés tristísimo, — las hay de todos colores y aspectos. Prefiere uno los claveles porque son alegres; otro los encuentra vulgares y elige la rosa de té, por lo triste, por lo aristocrática; hay quien escoge los pensamientos por lo que significan, y no se paga de exteriores encantos!...

Pues bien, en ese jardín tú eres la rosa blanca, la que todos admiran, aunque sin atreverse á aspirar á ella, la que no se discute, la que no admite comparaciones ni rivalidades.

El blanco es la suma de todos los colores, de todas las bellezas de la vida, por lo tanto.

La pureza, que es el blanco entre los matices del espíritu, es la suma de todas las virtudes, de todos los afectos tiernos y generosos.

Vista á través de tu alma, la vida y la naturaleza humana se transfiguran y embellecen; bajo ella ocultan sus esperanzas la una, su flaqueza y miseria la otra. En lo cual eres todavía igual que la nieve, que cubre con su inmacu-

lada alfombra el lodo y el sucio aspecto de la calle ó el camino.

¡Celestemente hermosa sois tú y la nieve!

Parecen estos copos, pétalos de rosas blancas que alguien se entretiene en deshojar desde allá arriba.

Diríase que ibas á pasar tú por debajo.

Y eso parece tu rostro; no blanco sino nevado. Pálido, no por falta de color, sino por sobra de blancura...

Hermosas sois tú y la nieve.

¿Por qué va á ti mi pensamiento siempre que veo nevar? También es blanco el sol y no se te parece, sin embargo.

¿Será que son tristes la nieve y tu recuerdo?

Ello es que de tal modo os asocio yo en mi mente, que no parece sino que eres tú la que nievas.

M. Menendez y Pelayo.

Don Marcelino, también ha hecho versos! Pero ninguna de sus correctas, mesuradas é insípidas poesías tiene el vigor y el fuego de este madrigal en prosa.

¿Cuándo lo escribió don Marcelino? Debe hacer mucho tiempo, cuando era joven y la erudición no le había secado todavía las espontáneas fuentes del entusiasmo.

Es claro que no podemos imaginarnos á don Marcelino en ningún momento de su vida en que no sea erudito; erudito fué concebido sin duda, pero en fin, debió haber una época en que don Marcelino contempló la naturaleza, alzó los ojos al cielo, vió el agua que corre, las flores y las bocas que entreabren, las hojas que brotan ó la nieve que cae. Fué sin duda en el camino para la biblioteca. Y entonces escribió esas páginas que os he copiado y que os confieso que me sorprenden tanto que á veces creo que no son del admirable sabio, sino de su hermano, que es un Señor que escribe las novelas que don Marcelino no ha tenido tiempo de escribir.

10. — Madrigal romántico.

(DE UN LIBRO INÉDITO.)

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitar de un ave en agonía.
Y sucedió que un día
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpitar de ave,
se acercó tanto á la prisión del beso
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó... mas con violento giro
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

LUIS G. URBINA.

Ya os he dado algo de Luis Urbina, de quien os he dicho que es un gran poeta. Pero... á que vosotras en mi lugar no os resistiríais á copiar ese madrigal tan delicado y admirable, esos versos que son como un frasquito cincelado con graciosa pericia y que encierra el más aristocrático y noble perfume.

Pues si nó os resistiríais vosotras, ¿cómo queréis que yo me resista? Allí, pues, lo tenéis.

11. — ¡Cien mil palos!

Cuenta la tradición Carmelitana, que cuando Santa Teresa de Jesús andaba por el mundo, por el querer de Dios, tuvo necesidad de ir á Sevilla por orden expresa de su Prelado, el prudentísimo P. Fr. Jerónimo Gracián, á una de sus heroicas fundaciones, que es, como si dijéramos, á un descubrimiento de tierras en Indias.

¡Y vaya si estuvo sembrado de dificultades y aprietos

aquel peligrosísimo viaje para la Santa Fundadora! Peligros en tierra firme; peligros en el Guadalquivir, que es río con ínfulas de mar, y en donde la barca que la conducía con sus hijas, fué arrastrada por la corriente y enclavada en una islilla de arena; peligros en Córdoba, por la curiosidad de ver en público y en plenas fiestas religiosas á las monjas descalzas; peligros en la sombra de unas viejas casas cubiertas de teja vana en los béticos ardores del mes de Mayo; peligros al sol que cayó pesado, como plomo derretido, sobre la frente de la Santa Madre, regalándola con unas fuertes calenturas; peligros en Sevilla, que siendo la tierra de la generosidad y de la hidalguía y el buen trato, con la Santa se volvió tacaña, desleal y zahareña; peligros en el palacio del Arzobispo, piadoso caballero, amante de la Descalcez, y en donde pensando encontrar puerto amigo, dieron de proa en el mayor de todos los escollos, que era la resistencia del Prelado á la fundación sin rentas, y peligros en todas partes, que no parecía sino que el demonio, y así debió ser, con todo su poderío, se opuso á la entrada de la virgen abulense y amantísima de la Madre de Dios en aquellas tierras marianas, flor y relieve de la devoción encendida á María Santísima, para que no se reuniesen allí la piedad con la santidad y el celo del amor divino con el arrojo andaluz á todo lo noble y piadosamente caballeresco, y diesen juntos con todos los baluartes y castillos y adarves almenados de Satanás, y no dejasen en toda aquella hermosa región cabeza con morrión, ni enseña levantada por el príncipe negro de los abismos.

En fin; ello es, y vamos al cuento que á mí me contó un Padre Carmelita, que bien sabido se lo tendrá, que la santa Reformadora se vió en el aprieto de atravesar un día las calles de la populosa ciudad de Sevilla, con una de las hijas que llevaba para aquella importante fundación.

Iban las venerables religiosas por entre la gente, que se agolpaba y codeaba por ver la novedad, con su velo negro caído, á guisa de visera, delante del rostro, capa blanca de sayal y sus sandalias correspondientes.

Pasaron por entre estudiantes, Rinconetes y Cortadillos, soldados, hombres de mar, traficantes, mozas de pueblo, dueñas y comadres, Chiquisnaques y Maniferros, gente traviesa y maleante, sin que nadie fuera osado á dejar libre la sin hueso, ni romper en donaires impíos y descorteses contra aquellas religiosas, que, sobre serlo, eran damas

respetadas en aquellas tierras hidalgas de la fe y en aquellos siglos de caballeros.

Pero acertó á cruzar por allí un capitán viejo, vuelto de Flandes y de Picardía, con su bizarro coleto de Ante, sombrero fino de castor con plumas y espada de gavilanes, no mucho más largos y retorcidos que sus feroces bigotes borgoñones, el cual capitán, en el trato marcial con los protestantes, con quienes anduvo en paces y en guerras, en parlamentos y en asaltos de murallas y rebeliones, cambiándose estocadas y razones, tomó algo de la licencia en el hablar y en el pensar de los luteranos, y aunque aquellas ideas, en honor de la verdad, no le entraron muy adentro, llevado de su costumbre de hablar antes de meditar, en cuanto vió á las religiosas cubiertas de rostro y andando con humilde compostura, dijo en alta voz á un amigo que le acompañaba :

—¡ Por Barrabás!... que no comprendo por qué esas mujeres, que no deben ser viejas ni feas, sino garridas y hermosas, han de ocultar con esos velos negros las gracias y hechizos que Dios ha debido derramar sobre ellas. ¡Vamos!, esta pusilanimidad es cosa que no aguanto : les daba cien mil palos de buena gana.

— ¡Caballero! — dijo Teresa de Jesús alzándose el velo y descubriéndose el rostro venerable, donde los años dejaron las huellas hermosas de la constancia en la santidad y tan lleno de gracias del cielo por sus celestes amores con Jesús, que dejó hecho una pieza al viejo soldado de Flandes, sin sangre en las venas y muda el habla en los labios delante de aquella hermosura de la otra vida. — ¡Caballero! — repitió Santa Teresa — Dios os bendiga, porque al fin encuentro en Sevilla quien tan generosamente ampare mi necesidad. Acepto vuestro ofrecimiento y no dudo de vuestra hidalguía que sabrá cumplirme lo prometido. Soy Teresa de Jesús, la que llaman Redentora de la Orden Carmelitana, y para servicio de Dios Nuestro Señor, estoy, con menguados recursos, levantando uno de mis conventos en Sevilla, y tan menesterosa para la obra de trescientos palos de esos cien mil que tan liberalmente me habéis ofrecido, que no dudo que con vuestra oferta se pondrá fin al monasterio. Conque nobleza obliga, y no es de soldados españoles volverse atrás : cumplidme la palabra :

— Sí cumpliré — dijo entregado y rendido el caballero,

que era rico y cristiano, que vió deshechos sus humos de Flandes y sus ligeros resabios luteranos delante de Santa Teresa.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPANA,
de las Escuelas Pías.

Porque está bien contada, en macizo y limpio castellano y porque se refiere á una de las más admirables mujeres que han existido : justísima gloria de nuestra raza, no sólo por sus virtudes sino por sus escritos, os reproduzco esta anécdota.

12. — La Felicidad.

Un cielo azul, dos estrellas
brillando en la inmensidad;
un pájaro enamorado
cantando en el florestal;
por ambiente, los aromas
del jazmín y el azahar;
junto á nosotros el agua
brotando del manantial :

nuestros corazones cerca,
nuestros labios mucho más,
tú levantándote al cielo
y yo siguiéndote allá,
ese es el amor, mi vida,
¡esa es la felicidad...!

Cruzar con las mismas alas
los mundos de lo ideal;
apurar todos los goces,
y todo el bien apurar;
de los sueños y la dicha
volver á la realidad,
despertando entre las flores
de un césped primaveral:
los dos mirándonos mucho,
los dos besándonos más,
ese es el amor, mi vida,
¡esa es la felicidad...!

MANUEL ACUÑA.

No me atrevo ni á comentaros ni á criticaros este ingenuo, perfumado y delicioso romance.
Dejémoslo pasar sin análisis: ¿lo merece!
¡O no?

13. — Pensamientos

Las mujeres rellenan los intervalos de una vida como los papelillos que se meten en las cajas para embalar porcelana. Al parecer, los papelillos para nada sirven, pero sin ellos se rompería la porcelana.

MADAME NECKER.

En el momento de casarse, el hombre debe pensar en si podrá ó no entretenerse con aquella mujer hasta la vejez. Lo demás del matrimonio es transitorio; porque la mayor parte de la vida nos la pasamos hablando.

NIETZSCHE.

Una mujer de talento es el consejero de su marido, de sus hijos, de sus amigos, de todo el mundo.

J.-J. Rousseau.

Los hombres hacen las leyes; las mujeres, las costumbres.

Guibert.

Mejor cumple sus deberes la mujer por amor que por miedo.

Terencio.

Cuando se habla de mujeres es preciso mentir ó desagradar. En la alternativa, es mejor callarse.

Rochebrune.

En el hombre, el amor es compatible con las demás pasiones. En la mujer, las sofoca todas.

Deseuret.

La prueba infalible de mal gusto, es la de enamorarse de sí mismo.

Oxenstiern.

En las primeras pasiones las mujeres aman al novio; en las sucesivas, al amor mismo.

La Rochefoucauld.

Las mujeres llevan la ciencia como el reloj : para que se sepa que lo tienen.

V. Cherbuliez.

En la primera lectura de esta tercera parte de mi libro, que trata de la mujer, os transcribí algunos pensamientos de autores muy celebrados. Como sé que este manjar rico por la esencia, si nó por la abundancia, esta filosofía *breve pero compendiosa*, divierte é instruye, os doy algunos más... y quién sabe si antes de acabar el capítulo, reincida todavía!...

14. — No sé decirte más.

Gloria tiene que haber mientras aspires
Al bien eterno que alcanzar esperas :
En el Mundo habrá amor mientras tú quieras,
Y en el Cielo habrá luz, mientras tú mires.

Las puras auras mientras tú suspires
Besarán á las flores hechiceras :
Y habrá Virtud hasta que tú te mueras,
Y habrá belleza mientras tú no espires.

Que por ti que eres causa del anhelo,
Que siente por la Gloria el alma mía;
Tiene mi pecho amor, dicha y consuelo,
La noche estrellas... claridad el día.
Y si no hubiera por desgracia un Cielo
Cuando murieras tú, se formaría.

FELIPE URIBARRI.
(Uruguayo.)

Puesto que estamos en el capítulo de « la Mujer » y « el Amor », bueno será reproducir este soneto, famoso en América, no tanto por sus opulencias líricas sino por su entusiasmo, por su calor, por sus madrigalescas hipérboles. En efecto, es difícil decirle más que eso á una novia, á menos de no decirle nada con las palabras, que es la manera de ser más discreto y elocuente.

15. — Un cuento.

Pues señor, una vez riñeron San Miguel y el diablo porque el diablo decía que todas las mujeres eran « charlatanas » y « chismosas » y decía San Miguel que alguna habría que no lo fuese. Conque San Miguel se fué por el mundo buscando una mujer que no fuese « charlatana », que no fuera « chismosa » y que no fuera « enredadora ».

Pues San Miguel ya estaba cansado de tanto andar por el mundo sin encontrar la mujer que buscaba, y se echó al pie de unos setos de madreselvas, y al otro lado había unas mujeres, que mirando á San Miguel por entre los setos se pusieron á decir que era un « borracho » porque tenía la

cara muy encarnada, y que era un « ladrón » que lo que llevaba puesto era robado porque era el vestido de San Miguel que sin duda lo había robado en la iglesia.

Pero entre las mujeres había una viejecita que no dijo nada malo de él sino que le miraba y sonreía con mucha dulzura.

Pues aquella noche cuando la pobrecita vieja estaba durmiendo en su cama, va San Miguel y la coge, y envolviéndola el cuerpo en las sábanas y tapándole los mechones de canas de la cabeza con sus alas de Arcángel bien encorvadas, va á las puertas del Infierno y se pone á llamar al demonio gritando : « Demonio de todos los demonios, sal de aquí, que te traigo la única mujer que no murmura ». Sale el diablo muy sofocado de calor, se echa á reir, y va y dice : Toma, como que es sorda y muda de nacimiento.

ANGEL GUIMERA.

Es claro, no hay necesidad de que os repita que este cuento es poquísimo galante. Ya vosotras, adorables lectoras mías, así lo habéis pensado. Cómo! la única mujer incapaz de murmurar habría de ser una sordo-muda!

Qué ominoso desacato!

Ese Angel Guimera merecía estar casado con la más murmuradora de todas las esposas y tener una suegra que fuese la más murmuradora de todas las suegras.

No es verdad, indignadas lectoras mías?

Pero, es claro, como no fué *el león el pintor*, el cuadrito salió recargado de tinta.

Perdonad la calumnia, lectoras. Ya alguna mujer próxima al Señor Guimerá... se encargará de vengaros!

16. — Buenas noches.

Después de una vigilia fatigosa
ya casi á punto de entregarme al sueño,
gústame ver el cándido y risueño
semblante de mis hijos y mi esposa.

A su lecho con planta cautelosa
me va acercando mi amoroso empeño...
Ah! no tiene un dormir tan halagüeno
el rocío en el cáliz de la rosa!

No tiembla más la mano que se atreve
á hurtar el bien ajeno, que yo cuando
en sus frentes purísimas de nieve

feliz y conmovido voy dejando
un beso dulce, silencioso, leve,
con labios que al besar están orando!

ANTONIO CISNEROS CÁMARA.

Cisneros Cámara, autor de este delicado soneto en que el amor paternal y conyugal se nos muestra lleno de suave unción y de no sé qué noble melancolía fué uno de los más grandes escritores yucatecos. Derramó sus ideas en el periódico, en el teatro, en el Congreso y en la cátedra.

Seguro estoy, amigas mías, de que este soneto será para vosotras como una caricia.

17. — Cabeza y Corazón.

Un Angel y el Demonio, á Eva un día
contemplan con amor.
Y « ¿qué opináis, decid, de esa obra mía? »
les preguntó el Señor.
Mirando de Eva la gentil cabeza,
dijo el Demonio así :

— « La mujer, á pesar de su belleza,
es inferior á mí. »
« ¡Sentir sin comprender! ¡Perpetua ilusa
que goza en delirar!
¡Que tiene, sin razón, la ciencia infusa
del arte de enganar! »
« Uniendo la inconstancia á la hermosura,
el Demonio añadió,
creed, Señor, vuestra mejor hechura
vale menos que yo ».
« La mujer, siguió el Angel, de tal modo
desafía el dolor,
que, aunque débil su fe, se atreve á todo
por servir al amor. »
« De la santa piedad hija querida,
ni siente ni hace el mal,
y próvida transmite con la vida
la sed de lo ideal ».
« La mujer es tan buena (enardecido
el Angel concluyó):
que, aunque soy en el cielo un elegido,
ella es mejor que yo ».
Tú, dotada de espíritu sublime
y de gran corazón,
Blanca, entre el Angel y el Demonio, dime:
¿quién tiene más razón?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Cuánto apostamos á que Blanca... y vosotras, amigas mías, sois de la opinión del Angel?

Yo soy de la opinión del Angel también...

CAMPOAMOR.

Este del cabello cano
Y de la barba de armiño,
Unió su candor de niño
Con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
Un libro de tal varón
Abeja es cada expresión
Que volando del papel
Deja en los labios la miel
Y pica en el corazón...

RUBEN DARÍO.

18. — Una anécdota.

La insigne poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, monja en México, tenía una priora de poco saber, y como se ofende tanto el entendimiento de la ignorancia, oprimida en una ocasión, le dijo :

— Calle, madre, que es una tonta.

Agravióse sumamente la priora, y escribió un papel en forma de querella contra su súbdita, que remitió al arzobispo Don Fray Payo de Ribera, varón tan sabio, que puso como decreto al margen del billete :

« Pruebe la madre superiora lo contrario y se le administrará justicia. »

Dice tanto esta anécdota contada en un suave estilo añejo, dice tanto, tanto revela de la vida de esa divina monja rodeada de pobres madres mediocres, atenaceada continuamente por las estupideces de las ideas de la época, obligada casi á vender su biblioteca como si ser sabia fuese un pecado; dice tanto esa anécdota que os la copio á pesar de su exigüidad y de lo baladí de su argumento.

19. — Ojos verdes.

Ojos que nunca me veis,
Por recelo ó por decoro,
Ojos de esmeralda y oro,
Fuerza es que me contempléis;
Quiero que me consoléis
Hermosos ojos que adoro;
Estoy triste y os imploro,
Puesta en tierra la rodilla;
¡Piedad para el que se humilla!
Ojos de esmeralda y oro.

Ojos en que reverbera
La estrella crepuscular,
Ojos verdes como el mar,
Como el mar por la ribera,
Ojos de lumbre hechicera

¡Que ignoráis lo que es llorar,
¡Glorificad mi penar!
¡No me desoléis así!
Tened compasión de mí!
¡Ojos verdes como el mar!

Ojos cuyo amor anhelo
Porque alegra cuánto alcanza,
Ojos color de esperanza
Con lejanías de cielo:
Ojos que á través del velo
Radian bienaventuranza,
Mi alma á vosotros se lanza
En alas de la embriaguez,
Miradme una sola vez,
Ojos color de esperanza.

Cese ya vuestro desvío,
Ojos que me dais congojas;
Ojos con aspecto de hojas
Empapadas de rocío.
Húmedo esplendor de río
Que por esquivo me enojas
Luz que la del sol sonrojas,
Y cuyos toques son besos,
Derrámate en mí por esos
Ojos con aspecto de hojas.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Estas madrigalescas espinelas (con una combinación de rimas original y bella) de Díaz Mirón, son justamente célebres entre nuestra fértil lira erótica. Tienen cierto elegante dejo del siglo XVI y constituyen sin duda alguna el más cabal homenaje que para ojos de mujer ha tenido la poesía nuestra. Para mí valen tanto esas estrofas como el celebérrimo madrigal de Gutierre de Cetina.

20. — La madre.

He aquí un rincón obscuro donde ha de haber escondido algo el corazón humano.

Acerquémonos un momento á este arcano, pero no debemos pasar del umbral de este misterio.

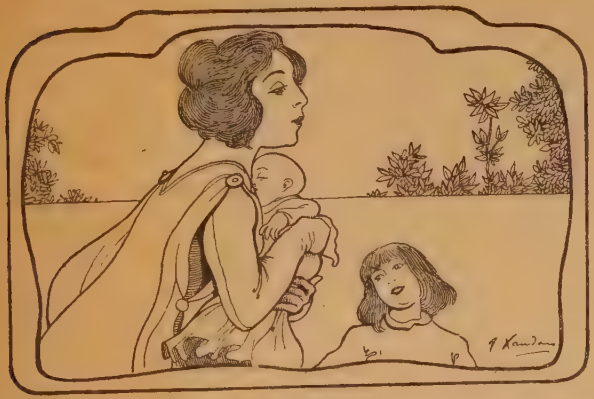
Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño : « Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias. »

¿Sabéis lo que quiere decir? que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres á la puerta de una casa,



los dos tropiezan, caen á un mismo tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante al rededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que le besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano : se levanta poco á poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestidito, y va á confiar á la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Ese no tiene madre.

El que no siente humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Yo no sé cómo las mujeres que tienen hijos pequeños se

pueden morir; y si se mueren no sé cómo no se los llevan consigo.

¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer á los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la proporción que se va alejando de su madre.

No le pidáis á ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ella no hay más patria que sus hijos.

Las mujeres de España serán eternamente el horror del Universo.

Que un hijo sacrifique á su madre, dejándose matar por su patria, es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastre á su hijo á la muerte, es la barbaridad del heroísmo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de la familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, ó al más atrevido, ó al más inteligente, ó al más inquieto. La madre al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.

Semejante sentimiento, no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no midió jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros y fija el rumbo de los cometas, pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve, es para él insondable: no sabe dónde empieza y dónde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde.

Viene en este momento á mezclarse entre mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera:

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo des-

cifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo : sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas y que hay tro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pasa en la tierra; anuncia la revolución de los astros y hace la de los pueblos; conoce todos los idiomas y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro á este cúmulo de maravillas....

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y el hombre olvida.

Un amor hecho á prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingratitudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer.

José Selgas.

Ya nadie lee á Selgas, salvo quizá algún buen cura de pueblo. Sin embargo, á pesar de lo enfático de su moral y de ese odioso estilo cortado que no sé por qué sugiere ó petulancia, ó vana fertilidad de apotegmas, ó deseo de agrandar lo escrito para llenar más columnas, Selgas es un escritor muy estimable, á veces muy elocuente.

21. — A la novia por venir.

Oh, tú, flor de esperanza,
tú, la que has de venir para la alianza!
Qué tardas? Dónde estás? Cómo no vienes?
Ay, blanquearán los rizos de mis sienes
y ya no podrá ser! Te busco cerca,
lejos, al Norte, al Sur. Díme, ¡qué alberca
refleja el par de soles de tu cara!
Iré á su fondo aunque en el fondo ahogara
con mi vida el futuro de sonrisas.
Piensa en las frescas y traidoras brisas
que pueden inducirme á yerro, cuando
un nombre que no el tuyo susurrando,
me enamore de un nombre que no el tuyo.

En la noche de abril radia el cocuyo;
¿no florecen los campos? Es la hora.
Los cielos pinta la rosada aurora.
Mira el volar del polen y del beso:
aquí te aguardo, orillas del Permeso,
cantando una canción. La sangre apremia.
Ven, Azucena, Rosa, Juana, Eufemia.
Advierte que futuros paladines,
hombres de presa y canto, no malsines,
aguardan en el tiempo y en la nada
el caer de mi orgullo á tu mirada.

R. BLANCO-FOMBONA.

Blanco-Fombona tiene arrestos para ser un gran poeta, el primer poeta moderno de Venezuela, si no lo es todavía débese á la petulancia de su estilo y á su narcisismo lírico. Se contempla demasiado en la fuente de su clara y robusta poesía este muchacho. Pecado de los 30 años, que se irá, con las primeras heladas...

La composición que precede está un poco supeditada al consonante. Esa alberca en que se reflejan las pupilas de la amada ha venido por la fuerza de la rima, de la propia suerte que la Eufemia que anda por ahí.

Pero así y todo los versos valen. Yo creo en Blanco-Fombona y espero al Blanco-Fombona sereno, sin gestos de Orlando un poco *demodés* ya (sobre todo entre nosotros, desde que Díaz Mirón colgó la espada). Al Blanco-Fombona que ha de venir, que ya asoma, que se acerca de la mano de nuestra Señora la Tristeza. Y en prueba de que lo espero y creo en él, publico su retrato.

22. — Los dos cómplices.

Triste estaba yo, triste, muy triste; y dos ángeles que pasaban á consolarme acudieron.

« Amor y Esperanza » se llamaban, y amando y esperando revivieron la alegría de mi alma y las ansias de mi ambición.

Dulce la vida corría; flores por doquiera hollaban mis

pies, guirnaldas ceñían mis sienes, y el cielo estrellado bajaba, hasta mí sin que yo fuera hacia él.

Hechicero el amor, encantado paisaje para mi dibujaba, y poníanle luz y colores de fantástica esperanza, prados hermosos, aguas serenas, montes altivos, y sobre ellos un castillo blanco que las nubes tocaban y con las nubes crecía, y sobre mi amada y junto á mi amada yo.

Vino la escarcha, borró el paisaje, heló las flores, despertó la razón y voló la Esperanza.

Solo el amor permaneció gritando : « Aquí quedo yo! »

Y herido mi corazón responde : ¿quién eres tú sin la esperanza? Déjame tú también, huye por Dios!

N. Bolet Peraza.

Un poco retórico, pero bello este poema en prosa, esta parábola melancólica. Saboreadla, amigas, sin poneros tristes.

23. — Amorosa.

No me mires airada,
no más enojos;
mírame cariñosa, luz de mis ojos.
Mírame con los ojos
medio escondidos,
como los de los niños que están dormidos.
Mírame tan de cerca
que con tu aliento
aspire yo en tus ojos tu pensamiento.
Mírame mientras duren
nuestras veladas,
y contemos las horas por las miradas.
Ciégame de tus ojos
con los destellos,
mírame con el alma que asoma en ellos.
Mírame, que me hieres
y no me dañas....
¡y yo vivo á la sombra de sus pestañas!

Eusebio Blasco.

Eusebio Blasco fué un poeta mediano, un *croniqueur* salado, un autor cómico *comme ci, comme çà*. Pero tenía esprit las más veces y las más también había en sus versos sentimiento. Ejemplo éstos.

4ª PARTE

LA PATRIA

La Patria. Los grandes patriotas.

Hemos creído oportuno iniciar este capítulo de nuestro libro con algunas páginas relativas al hombre que de una manera más amplia y completa representó á la Patria en una de sus épocas de prueba más terribles y dolorosas.

Nos referimos á Juárez.

Estas páginas, escritas por diversos autores y aun por él mismo, como su carta á Maximiliano, constituyen quizá dentro de su completa diversidad, un completo retrato físico, moral y político del grande hombre.

Van sin comentarios inútiles y encaminadas solamente á enaltecer en la conciencia de la juventud la figura del hombre que fué el más inconmovible baluarte de nuestros derechos.

1. — Juárez.

La grandeza de Juárez, que acrecentarán los tiempos, que confirmará la historia, es debida principalmente á su culto religioso por la legalidad. Recogió el poder desde las alturas del Tribunal Supremo, y lo sostuvo como una

magistratura, contra todo y contra todos. Las facciones le desafiaron, y venció con la resistencia de la ley á las facciones. El clero sublevó en su contra todas las supersticiones, y la fría impasibilidad del Presidente fué pararrayos bastante á las excomuniones. El ejército no quiso reconocer en la sencilla toga la virtud del poder y del orden, solo concedida hasta entonces al sable, y superó las repugnancias del ejército. Los gobiernos europeos se coligaron en su contra, y desarmó la coalición. Un imperio militar y autocrático brotó donde antes se alzara la República, y destronó este imperio. Todo su vigor estaba en su conciencia, resplandecía con la idea pura del derecho y con la majestad sublime de las leyes. El ha restaurado la patria y la República, alevosamente quebrantada por manos extranjeras. Pero su mérito mayor ha consistido en conservar el gobierno legal contra todas las facciones y todos los facciosos. Así, el día en que Juárez ha muerto, el presidente del Tribunal Supremo ha tomado la presidencia de la República, y la nación ha podido mostrar que el orden allí no está á merced ni de los cuarteles ni de los clubs, sino á merced, como el universo, de las leyes.

CASTELAR.

2. — Juárez.

Al volver la vista á lo pasado y considerar atentamente nuestra historia, la figura que se desprende con mayor relieve es la de Juárez.

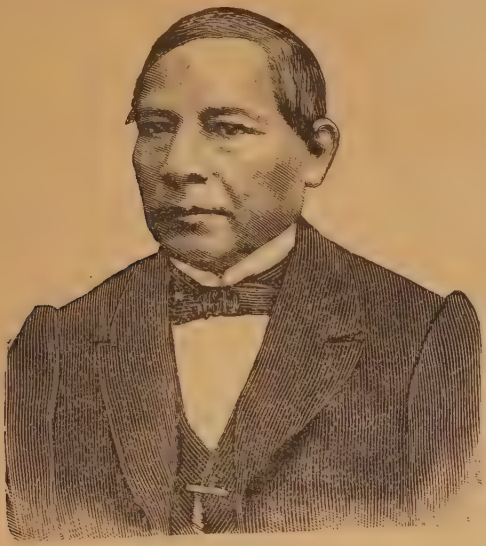
El calificativo que mejor conviene á este grande hombre es el de inflexible.

Es una línea recta que ni un instante se desvía. Todo se estrella contra la voluntad de Juárez.

Todo cede ante su gloriosa tenacidad. La muerte misma tuvo que llegar violentamente, cuando ninguno la esperaba, para vencerlo. Fué una muerte sin lucha, sin agonía, como la de aquellos que, según la frase de Esquilo, « inspiran miedo á los mismos dioses ».

Es fácil de explicar el amor, el entusiasmo, el fanatismo que inspiran los grandes capitanes. Siempre es hermoso un conquistador. La gloria lo reviste con su ropaje teatral,

y á caballo, entre el fragor de la pelea, respetado por las balas, se presenta como un ser de raza superior. Todas las naciones tienen esta inclinación femenina á enamorarse de los héroes, y este gusto infantil de ir siguiendo los regimientos al son de la banda militar. Este fué el prestigio de Miramón y Osollo entre los reaccionarios, y el de Zara-



goza, el de González Ortega, el de tantos otros, en nuestras filas.

El de Juárez es de índole muy diversa. Aquel gran luchador de frac; aquel gran capitán que nunca empuñó la espada; aquel insigne reformador, no frenético ni sanguinario como Calvino, ni iracundo como Lutero, sino sereno como los varones de Plutarco, aparece en su augusta tranquilidad como la imagen viva de la patria. No es el mar con su hervor de espuma, con su tumulto de olas : es la roca en que se estrella el mar.

Siempre se le ve tranquilo, callado, como quien está convencido de que tiene la razón, de que ha de vencer y no cree necesario decir cuáles son sus armas. No pasa por nuestra historia á galope, entre nubes de polvo y redobles

de tambor, sino á pie y despacio, seguro de que ha de llegar al fin á la hora fija y precisa. Y este hombre tranquilo, impasible, sin nada teatral, sin nada aparatoso, lleva tras sí todas las voluntades. No las conquista, no las unce á su carro de victoria como los semidioses de la guerra : ellas se van con él sin oposición y sin esfuerzo, tan naturalmente como las hijas con el padre.

Juárez no se apresura á realizar sus fines. Desde joven, se le observa como aguardando á que se cumplan los decretos irrevocables del destino, conocidos de antemano por él. No hay en nuestra historia crisis más terrible que la de la intervención europea. La nación parecía irremediablemente perdida, sepultada bajo las olas como la fabulosa Atlántida. Era aquel un naufragio nacional. Tres naciones poderosas se coligaban para aniquilar nuestra autonomía.

Los buenos patriotas no se preparaban á luchar, sino á morir. Estábamos solos, traicionados, vendidos. ¿Cómo habíamos de triunfar? ¿Cómo había el niño débil de levantar y sacudir la enorme roca que cayó sobre él? *Alea jacta est* — exclamaban todos. ¡Muramos con gracia, como los gladiadores romanos! decían los buenos. ¡Huyamos á las islas afortunadas! — decían los egoístas. Ni tan siquiera podíamos esperar en el milagro, porque éste parecía estar del lado de nuestros enemigos, que se llamaban aliados de la divinidad.

Pero observad á Juárez : no se altera, no tiembla, no vacila : sonríe. El templo se desploma y él, ingente columna, queda en pie. En medio del desastre y terror general, continúa sereno, como quien conoce los secretos del destino. No huye : se va tranquilamente como vino; se retira como las olas se retiran de la playa cuando baja la marea. Lleva el arca santa de la ley de templo en templo, y no apela á guardianes extraños que la cuiden, porque está convencido de que con él basta. Es altivo y desdeñoso como la fuerza. Pero ¿cuál es su fuerza? va con él invisible, esperando la hora de revelarse : es el Derecho.

Los Estados Unidos le ofrecen un ejército acaudillado por uno de sus generales, y él lo rechaza. México ha de triunfar : México solo! No cede ni un ápice de la dignidad nacional. Pisa siempre tierra mexicana en señal de dominio. No se impacienta, no se precipita, espera su hora.

Para darse cuenta de la dignidad con que sostuvo Juárez

en Paso del Norte sus relaciones con la República del Norte, es oportuno consultar los documentos que publicó D. Matías Romero en su « Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington ». En tanto que Santa Anna ofrece en venta el territorio nacional, á cambio de dinero y de soldados para combatir el Imperio, Juárez se niega hasta á consentir en que un jefe norteamericano mande á tropas nuestras. Abatido, no se inclina; menesteroso, no tiende la mano. Es inflexible, no puede transigir, como un axioma.

¡Qué admirable tenacidad! Primero desbarata, como con un soplo de Júpiter, la nube de la intervención tripartita. Después, y combatido por fuerzas poderosas, levanta siempre, sin rendirse y sin huir, la bandera de la nacionalidad mexicana. La suerte da al cabo la razón á este maravilloso tenaz.

La victoria sale á su encuentro á la hora fijada de la cita.

Y tampoco en el triunfo se ensoberbece, ni se apresura, ni sale de su impasibilidad. Aquel hombre hacía naturalmente cosas sobrenaturales. Como hombre, es bueno y compasivo y generoso. En su hogar aparece como un padre modelo. Pero lo que constituye la esencia de su carácter, la médula de su personalidad, es la justicia. Y ésta la hace sin un fruncimiento de cejas, sin una vacilación en la mano que firma. El mar nos arrojó una corona y Juárez devolvió al mar la corona y la cabeza. Era necesario y lo hizo, como quien cumple con un decreto superior. Paso á la justicia de la República!

Su muerte fué como una repentina desaparición. Pero el espíritu de Juárez vive esparcido en la generación de sus contemporáneos y en la generación del porvenir. Los átomos que componían el cuerpo de aquel hombre entraron en el torbellino de la vida cósmica : sus ideas viven la vida eterna del espíritu. No está yacente sobre el duro mármol. Juárez vive.

El Duque Job.

3. — Tres Anécdotas de Juárez. De un libro de Guillermo Prieto. La Gobernadora de Palacio.

Juárez, en el trato familiar, era dulcísimo, cultivaba los afectos íntimos, su placer era servir á los demás, cuidando de borrar el descontento hasta del último sirviente; reía oportuno, estaba cuidadoso de que se atendiese á todo el mundo, promovía conversaciones joviales, y después de encender, callaba, disfrutando de la conversación de los demás, y siendo el primero en admirar á los otros. Jamás le oí difamar á nadie, y en cuanto á modestia, no he conocido á nadie que le fuera superior.

Se me ocurren, entre otras, tres anécdotas que pintan el carácter de Juárez, y me van á perdonar mis lectores que se las refiera :

Llegamos á Veracruz de noche : el Sr. Zamora tenía dispuesta una casa con lujo para las personas del Gobierno; la sección correspondiente al Sr. Juárez, como era natural, era la mejor; pero la primera noche que nos quedamos allí, hizo el mismo Sr. Juárez un cambio, ordenando que el Sr. Ocampo y yo quedásemos en sus habitaciones, y él pasó á las nuestras, que tenían inmediato el baño; porque lo mismo en Veracruz que en el Paso del Norte, se bañaba diariamente el Sr. Juárez, que era sumamente aseado.

La jarochita que gobernaba la casa no supo de este cambio; así es que al siguiente día de nuestra llegada, pidió agua el Sr. Juárez y algo que necesitaba; la salida del hombre que pedía, á la azotehuela, su traza ó lo que se quiera, produjo enojo en la gobernadora de palacio, y le dijo : « ¡Habrá impertinente! Sírvase usted si quiere ». Juárez se sirvió con la mayor humildad.

A la hora del almuerzo llegó Juárez á ocupar su asiento; la negrita lo vió, reconoció al que en la mañana había creído un criado... y haciendo aspavientos y persignándose, salió corriendo, diciendo la barbaridad que había cometido. El Sr. Juárez río mucho, y Dolores fué conservada como excelente servidora.

Recién llegado el Sr. Alvarez á México, el Sr. Juárez, que era Ministro de Justicia, concurría conmigo al Teatro Nacional; nuestros asientos estaban juntos.

Una noche dilató el Sr. Juárez, y uno de estos foráneos cerreros, de primera silla (así llamaremos á su levita), se apoderó del asiento de Juárez, se colocó su sombrero ancho entre las piernas, y se entregó, con su gran promontorio de cabellos, á ver la ópera.

Juárez llegó á la mitad del acto, se acercó al ranchero pidiéndole el asiento....

— ¿Pus qué no he pagado?... váyase el roto á buscar madre....

Juárez se retiró á otro asiento; en el entreacto fué el acomodador á explicar su falta al ranchero, diciéndole que era del señor Ministro de Justicia la luneta....

— ¡Ave María Purísima! — dijo el ranchero poniéndose las manos en la cara —. ¡Ave María! ¡pus buena la hice!

Dirigióse el ranchero á satisfacer al Sr. Juárez, quien no permitió que se le molestara, y le suplicó que siguiera en su asiento; aquel ranchero, cuyo nombre no recuerdo, nos prestó, años después, muy importantes servicios entre Guadalajara y Colima.

En la correspondencia que mantenía el Sr. Juárez con personas notables de Madrid, se hizo notar la corrección y facilidad con que manejaba el idioma español, sus giros castizos, la gala de dicción; y fué tan notable esto, que le escribieron felicitándole por ello, y no recuerdo bien si ofreciéndole que sería socio correspondiente de la Academia Española.

El secretario del Sr. Juárez contestó generalidades con exquisita cortesía.

Cuando el secretario dejó de estar presente, escribió el Sr. Juárez al pie de su firma una postdata que decía, poco más ó menos, que la corrección de sus cartas y su buen estilo, se debían al Sr. D. Pedro Santacilia, su secretario, quien era acreedor á las favorables calificaciones que se le hacían; que él no tenía parte en la redacción de la elogiada correspondencia.

4. — Cómo era Juárez.

Una persona de corta estatura, de fija mirada, de difícil sonrisa : profunda en pensamientos, sobria en palabras,

afable en su trato, severa y modesta en su traje; que nunca pelea y siempre resiste : á la que no intimidan amenazas, ni logran quebrantar dádivas; sencilla en sus formas; sin propósitos vanos ni aspiraciones pequeñas, dotada de una penetración de muy largo alcance y un sentido práctico inmenso; escaso de brío aparente, pero de voluntad inquebrantable, tan poco altanera como confiada de sí misma: que sabe medir á compás las dificultades de las cosas, todo lo espera de sus propios esfuerzos; más impávida en la desgracia que en la prosperidad; que gobierna sin hacerse sentir; que conspira á cara descubierta, aceptando siempre la responsabilidad de sus actos, hasta el punto de decir : — fusiladme, porque si nó, trataré de fusilaros; — que manda á los hombres y los somete sin alzar un sólo punto la voz; que calla muchísimo y hace muchísimo más; á quien la historia no ha rendido aún cumplida justicia, porque pertenece á los héroes de obscuro y lejano teatro; pero cuya gloria será más y más inmarcesible conforme maduren los tiempos y se derrame la luz sobre antecedentes ignorados, en sacrificio por la libertad; refugiado en los bosques, sin adelantar un solo momento el primer milímetro de la punta del pie en territorio extranjero, con valientes partidarios dispersos, mal equipados y desprovistos de todo recurso de boca y de guerra, contesta serena el estallido del cañón, decretando la destitución del Imperio y el cadalso, para escarmiento de ambiciosos invasores. Tal era Don Benito.

J. R. Leal.

5. — Carta de Juárez á Maximiliano.

(Documento histórico)

Monterrey, Mayo 28 de 1864.

Respetable señor,

Me dirige usted, particularmente su carta de 22 del pasado, fechada á bordo de la fragata *Novara*, y mi calidad de hombre cortés y público me impone la obligación meditada de contestar, porque ya debe suponer que el delicado é importante cargo de Presidente de la República absorbe casi todo mi tiempo, sin dejarme descansar de noche.

Se trata de poner en peligro nuestra nacionalidad, y yo, que por mis principios y juramentos soy el llamado á sostener la integridad Nacional, la soberanía y la independencia, tengo que trabajar activamente, multiplicando mis esfuerzos para corresponder al depósito sagrado que la Nación en el ejercicio de sus facultades, me ha confiado;

sin embargo, me propongo aunque ligeramente, contestar los puntos más importantes de su citada carta.

Me dice usted, que abandonando la sucesión de un trono de Europa, abandonando su familia, sus amigos, sus bienes y lo más caro para el hombre, su patria, se han venido usted y su esposa Doña Carlota, á tierras lejanas y desconocidas, solo para corresponder al llamamiento espontáneo que le hace un pueblo que cifra en usted la felicidad de su porvenir.

Admiro positivamente, por una parte, su generosidad y, por otra parte, ha sido verdaderamente grande mi sorpresa al encontrar en su carta la frase *llamamiento espontáneo*, porque yo había visto antes, que cuando los traidores de mi patria, se presentaron en comisión por sí mismos en

Miramar, ofreciendo á usted la corona de México, con varias cartas de nueve ó diez poblaciones de la Nación, usted no vió en todo eso más que una farsa ridícula, indigna de ser considerada seriamente por un hombre honrado y decente.

Contestó usted á todo eso exigiendo una voluntad libremente manifestada por la Nación, y como resultado del sufragio universal : esto era exigir una imposibilidad; pero era una exigencia propia de un hombre honrado. ¿Cómo no he de admirarme viéndole aceptar las ofertas de los perjuros y aceptar su lenguaje. condecorar y poner á su servicio á hombres como Márquez y O'Horan y rodearse de toda esa parte dañada de la sociedad mexicana?

Yo he sufrido, francamente, una decepción : yo creía á usted una de esas organizaciones puras, que la ambición no alcanzaría á corromper.

Me invita usted á que vaya á México, ciudad á donde usted se dirige, á fin de que celebremos allí una conferencia en la que tendrán participación otros jefes mexicanos que están en armas, prometiéndonos á todos las fuerzas necesarias para que nos escolten en el tránsito : y empeñando como seguridad y garantía su fe pública, su palabra de honor.

Imposible me es, señor, atender á ese llamamiento; mis ocupaciones no me lo permiten, pero si en el ejercicio de mis funciones públicas yo debiera concurrir á tal invitación, no sería suficiente la fe pública, la palabra de honor de un agente de Napoleón, de un hombre que se apoya en esos afrancesados de la Nación Mexicana, y del hombre que representa hoy la causa de una de las partes que firmaron el Tratado de la Soledad.

Me dice usted que de la conferencia que tengamos, en el caso de que yo la acepte, no dude que resultará la paz, y con ella la felicidad del pueblo mexicano y que el Imperio contará en adelante, colocándome en un puesto distinguido, con el servicio de mis luces y el apoyo de mi patriotismo.

Es cierto, señor, que la historia contemporánea registra el nombre de grandes traidores que han violado sus juramentos y sus grandes promesas; que han faltado á su propio partido, y á sus antecedentes, y á todo lo que hay de sagrado para el hombre honrado; que en estas traiciones el traidor ha sido guiado por una ambición de

mando y un vil deseo de satisfacer sus propias pasiones y aun sus mismos vicios; pero el encargado actualmente de la Presidencia de la República, salido de las masas del pueblo, sucumbirá (si en los juicios de la Providencia está determinado que sucumba) cumpliendo con su juramento, correspondiendo á las esperanzas de la Nación que preside, y satisfaciendo las inspiraciones de su conciencia.

Tengo la necesidad de concluir por falta de tiempo, y agregaré solo una observación. ¿Es dado al hombre, señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de sus bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de sus vicios propios una virtud? Pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la historia. Ella nos juzgará.

Soy de Ud. atento y seguro servidor,

BENITO JUÁREZ.

6. — Las horas de mayor angustia de Juárez.

Aun estaba el águila en su nido.

El hombre que más tarde había de culminar en nuestra historia como salvador de nuestra segunda independencia, era un chiquillo que hablaba en idioma zapoteco y vivía en la humildísima cabaña donde pobre é ignorado naciera.

Cerca de su jacal se extendía un lago que retrataba el diáfano y azul cielo que cobija la sierra de Ixtlán en el Estado de Oaxaca.

En el lago, adherido á la orilla, surgía un carrizal, donde el niño indio cortaba las cañas, y algunas tardes se entretenía en arrancarles, para arrojarlas al agua, las verdes y carnudas hojas.

Alguna vez se internó en el macizo de verdura, tratando con infantil codicia de cortar la caña más larga y más delgada que cautivó sus ojos.

El carrizal yacía sobre una gruesa capa de tierra y era movible como las antiguas chinampas de que nos hablan los historiadores.

Divertíase el chicuelo en tronchar el carrizo que más le gustaba, cuando uno de esos vientos huracanados que

sacuden los pinos en las serranías agrestes, empujó aquella chinampa hacia el centro del lago, con tal velocidad que, cuando el niño quiso librarse del peligro y saltar á tierra, le fué imposible porque ya se encontraba muy lejos de la orilla.

Midió con sus ojos brillantes y negros la inmensa distancia, y convencido de que todo esfuerzo para salir de su extraña barca era inútil, siguió con estoica indiferencia arrancando una tras otra las verdes hojas de la caña codiciada.

El viento, cada vez más fuerte, impelió la chinampa hasta el lejano y opuesto lado de aquella laguna; pero allí era imposible bajarse, porque sólo había pantanos inmensos.

Caía la tarde, y desde el sitio donde encalló la chinampa, el niño logró ver su jacal nativo como un pequeño punto negro perdido en el horizonte.

Todo era soledad y silencio.

Se hundió el sol tras las crestas de la sierra; reinó la obscuridad de la noche; el aire frío y húmedo rizaba apenas las aguas del lago, y el chiquitín, de pie entre las cañas, ni encontraba lugar donde acostarse, ni el sueño le cerraba los ojos, ni el miedo le contraía el semblante, ni un grito de desesperación se escapaba de su pecho.

Las primeras luces de la mañana lo encontraron en la misma aptitud en que quedó ante el último crepúsculo.

El niño sentía hambre y sed, y de vez en cuando mascullaba algún tierno cogollo de cañaveral y lo escupía sobre el lago, mirando al distante punto negro, era el jacal, que hoy la República guarda como un monumento de gloria.

Y corrieron las horas; el sol llegó á la mitad de su carrera y declinó hasta hundirse de nuevo en el horizonte.

En plenas tinieblas sopló de nuevo un viento fuerte, y cuando el indio niño miró en su derredor, estaban por todas partes retratadas en el lago las estrellas del cielo.

Sintió, después de algunas horas, que el carrizal se detuvo contra algo macizo y firme; permaneció quieto; esperó la alborada y entonces, con júbilo, saltó á la orilla.

¡Estaba salvado!

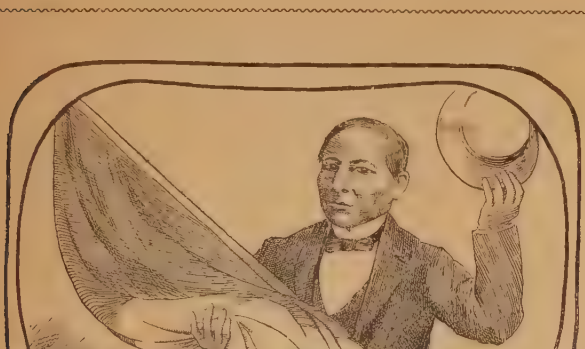
El jacal quedaba á larga distancia, pero llegó á él co-

rriendo y refirió en su dulce lengua zapoteca su triste aventura.

« Esas fueron las horas de mi mayor angustia », decía el gran Benito Juárez á su hermano político Don José Maza, que fué quien me refirió esta historia.

Pues Dios miró con ojos de piedad á nuestra patria — respondió Don José, — porque si el carrizal no vuelve impelido por los vientos, acaso no habría habido leyes de Reforma ni segunda independencia.

JUAN DE DIOS PEZA.



7. — Nuestra bandera.

Escuchad una página bella de nuestra historia :
Era un mayo en que México, vencida cual Pretoria,
en las garras de tigre del invasor caía,
y Juárez como Krüger, hacia el desierto huía.
El indio taciturno, del palacio á las puertas,
alzó por la vez última los ojos. Las desiertas
almenas, dentellaban la mansión de Virreyes
transformada en santuario de libérrimas leyes;
y en el frontón del pórtico crepitaba á los vientos
la bandera del águila de los héroes sagrientos.

Juárez sintió en el alma un dolor infinito :
la bandera, entre tanto que él erraba proscrito,
iba á ser profanada?.... ¡ Jamás! Los invasores
saludar no debían los divinos colores
emblema de la Patria vencida! Y el patricio
impasible en el trance del tremendo suplicio,
hizo arriar la bandera cuya púrpura ungida
era sangre preciosa por mil héroes vertida,
cuya franja esmeráldica era dulce esperanza,
cuya blancura nívea encarnó paz y alianza!
El patricio, en presencia de sus ministros fieles,
guardó el sagrado símbolo, piafaron los corceles,
y el héroe en su carruaje partió en pos de la gloria
como el anciano Krüger huyendo de Pretoria!
Peregrinó hacia el Norte, atravesó el desierto,
padeció sed y hambre á orillas del Mar Muerto,
marcó su larga ruta un reguero de osario,
tuvo su Gethsemani y tuvo su Calvario....
Pero llevando siempre los despojos sagrados
cual Arca de la Alianza de los Inmaculados!

De pronto la República en despertar potente,
cual si regase lavas en erupción candente,
de montañas á valles arroja guerrilleros
que tan sólo pudieron emular los boeros;
reconquista los campos y las ciudades sitia;
la irrupción, cual las hordas bárbaras de la Escitia,
penetra hasta el Anáhuac como Atila en el Lacio,
sitia á México, y hace entrega del Palacio,
Kewenhüller, el príncipe de los bravos austriacos,
á Díaz, el caudillo de los bravos chinacos!
Entonces el patricio, Juárez el Benemérito,
regresa victorioso de infortunio pretérito;
viene á ocupar la antigua mansión de los Virreyes
transformada en santuario de libérrimas leyes,
baja de su carruaje, detiénese á las puertas,
y antes de hollar triunfante las arcadas desiertas,
descubre la bandera que siempre trae consigo
porque es su ángel custodio y su mejor amigo,
manda izarla, y al toque de clarines y bronces,
saluda á la bandera salvada desde entonces!

De Hidalgo esa bandera la sangre ha empurpurado
la sangre de mil héroes su sangre ha renovado :

Morelos, Matamoros, Guerrero, Aldama, Allende
y Salazar y Ocampo la sangre roja enciende :
Chapultepec nos dice que su matiz bermejo
es sangre de héroes niños y de Bravo, héroe viejo!
La lección del patricio guardemos, mis hermanos!
Por nuestra dicha viven soldados veteranos
que han regado con sangre también esa bandera
salvándola inviolada y triunfante doquiera!
Es ella nuestro símbolo! La herencia bendecida
de mártires sagrados que inmolaron su vida
por legarnos la Patria! Y en esta noche augusta
de conmemoraciones, bendigamos la adusta
lección del benemérito y juremos unidos
por la sangre preciosa de los héroes queridos,
defender la bandera que es de la Patria emblema,
la estrofa más divina de su épico poema!
¡Que por salvarte sea mártir ó victimario!
vencedor, seas mi premio, ó muerto mi sudario!
pues besaré, al besarte, el más regio florón
de la Patria, en mis brazos, sobre mi corazón.

RUBEN M. CAMPOS.

8. — El Padre.

No fué Hidalgo un genio para la guerra, como lo fué Morelos; ni un batallador, como los Galeana; pero ese humilde cura párroco, de alma y cabellos blancos, fué el primero que oyó el quejido de los opresos, como se oye en un confesionario la confidencia del dolor. A ese curato de Dolores fué el indio desvalido en busca del buen sacerdote que había de socorrerle. Y aquel insigne cura bautizó la libertad.

Sentimos amor á todos los grandes insurgentes, pero de ellos ninguno es más querido que ese viejecito de canas inmaculadas; á él volvemos la mirada en los conflictos, á él solamente le llamamos padre.

Y es padre, no por la investidura sacerdotal, es padre por el amor que nos tuvo. Sus manos fueron hechas para bendecir, y bendijeron á una nación recién nacida. Es padre en el sentido altísimo de este vocablo : en el que expresa un absoluto desinterés y un infinito amor.

Gloria del clero humilde, del que pena en villorrios y cortijos, es el que en Dolores alzó el estandarte de la libertad. Iturbide podrá representar un ejército bizarro; Hidalgo encarna todo un pueblo. Iturbide se unió á la causa de la independencia cuando ésta era rica y vencía. Hidalgo la abrazó, levantándola del suelo, cuando, muy niño, se moría de hambre y de sed y de frío. Iturbide fué emperador. Fué Hidalgo fusilado.

¡Oh, qué buen cura de almas! ¡Cómo quisiéramos revivirlo para besar sus canas! Es como el padre ya muerto, como el padre que nos quiso tanto y al que no podremos enseñarle ya á la hermosa nieta. ¿Cómo sacarle del sepulcro, cómo despertarle, cómo decirle : — tú que tanto sufriste por nosotros, ve el hogar que hemos formado.

Llegó la libertad á esa parroquia de Dolores como pidiendo limosna. Llegó recomendada por una buena y noble dama, por la corregidora Domínguez. Fué indigente, desnuda casi, al curato hospitalario. Y allí la dieron pan y besos. Allí la Virgen de Guadalupe le prometió la victoria.

Morelos fué el hombre de la energía y del valor; Hidalgo, el de la bondad y la fe. Aquél fué el héroe; éste, es el Padre.

¿No os parece oir como un rumor de confesión llegando á los oídos del cura Hidalgo? Se confesaba la nación entera y al confesarse, en desahogo de su corazón, decía penas sufridas y perennes congojas y novilísimos anhelos.

Mientras los primates le perseguían y anatematizaban, ese cura que pedía limosna para dar limosna, ese que oía el azote y escuchaba la voz lastimera é imprecante del pobre indio; ese tuvo amor y tuvo compasión, y tuvo fe. Fué sacerdote en el excelso significado de esta palabra.

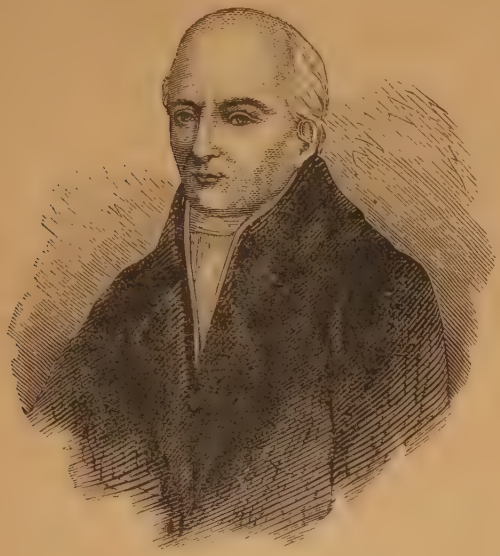
¿Quiénes suavizaron la condición del mexicano en la época de la conquista? Las Casas, los buenos misioneros españoles. ¿Quién nos dió patria? Un cura : Hidalgo.

Esos que, de cerca, oyen latir el corazón del pueblo; esos que han padecido en la misión, en el curato pobre, en la cabaña de adobes y carrizos, esos son los que nos han hecho beneficios.

La bondad no bajó de lo alto : subió de la masa obscura y olvidada.

Padre Hidalgo, tus canas reflejan, en la obra de nuestra independencia, el misterioso resplandor del alba.

M. Gutiérrez Nájera.



9. — A Hidalgo

I

¡Volvamos nuestros ojos al pasado!....
Emigre el pensamiento arrebatado,
Y rasgando el pavor de otras edades,
Pose su vuelo en la inmortal Dolores,
Adonde luce lleno de fulgores
El astro de las patrias libertades!

II

¿Veis la humilde parroquia?... ¿el campanario?...
..... ¿El luminoso blanco del santuario
Entre la luz rojiza de la aurora?....
¿Veis inclinarse, al són de las campanas,
Una cabeza noble y soñadora,
Llena de pensamientos y de canas?.....

III

De Hidalgo es esa frente que se inclina!.....
..... Ya el ideal de libertad germina
Bajo el hielo que cubre sus cabellos!.....
Y ante el Dios que murió por los humanos,
Elevan una súplica sus manos
Y su frente se cubre de destellos!

IV

Hidalgo habla en la noche con el Cristo.
Dice : A mi patria escarnecida he visto!.....
Por contemplar su yugo hecho pedazos,
Moriré como tú, crucificado!.....
Y el Cristo del altar abre los brazos
Al Cristo de la Patria, arrodillado!

V

Tuvo la empresa de su parte al cielo!
Nació en un templo, levantó su vuelo
Al místico sonar de una campana.....
Un lábaro buscó que la cubriera
Y la dulce madona americana
Bajó del Tepeyac á su bandera!.....

VI

Pero Hidalgo, otro Dios fuerte y fecundo
Tuvo en la Libertad! el Dios del mundo
A quien no crucifica el Pesimismo,
Ni sepultan los mares de la duda!
Dios triunfal de la cruz y del abismo
A quien el mundo en éxtasis saluda!

VII

Y á la vez que predica la cruzada,
Deja Hidalgo la cruz; ciñe la espada,
Heroico fraile que á la luz del cirio
Con la hostia levanta una bandera
Y coloca en su nívea cabellera
El casco y la corona del martirio!

VIII

Y se lanzó á la lucha aquel gigante!
La mística bandera alzó triunfante

Y con su diestra vengadora y pía
Hirió al tirano, castigó al verdugo
Libró á mil siervos del infame yugo,
Y al par que fulminaba...., bendecía!

IX

Y fué el cadalso el fin de su heroísmo!
Al sol subió la sombra del abismo,
Y nublados del astro los fulgores,
Sangró otra vez esa tragedia obscura
Que Hidalgo celebró cuando era cura
De la humilde parroquia de Dolores!.....

X

¡Oh heroica sangre que á la Patria abona!
Si de flores la tierra se corona,
Si bajo el cielo azul triunfa el paisaje
Enflorado con mirtos y laureles.....
Si estremecen las liras su cordaje
Y al mármol acarician los cinceles.....

XI

Si evocando la sombra de Virgilio
Brota junto á la geórgica el idilio,
Y la Patria, en su hamaca reclinada,
Sueña al ritmo de plácidos vaivenes
Bajo fresca palmera doblegada,
Cadencioso abanico de sus sienes.....

XII

Si hace la paz que fructifique el suelo
Y luzca el arco iris en el cielo
Y broten los olivos y los lirios.....
Para esa gloria que la tierra inunda,
Tuvo antes que brotar, brava y fecunda,
La sangre de los épicos martirios!

XIII

Si eres feliz, ¡oh pueblo mexicano!
Si no eres el esclavo de un tirano,
Pon en tu pecho, entre tus dioses lares,
A Hidalgo, que arrasó tus gemonías,

A otro libertador : Benito Juárez,
Y al héroe de la paz : Porfirio Díaz!

XIV

Piensa en Hidalgo, y si la Patria llora,
Si alguno la amenaza..... conmemora
Del abnegado Cura de Dolores
La sangre mártir, la cabeza cana,
Sus canas y su sangre..... dos colores
Que ostenta la bandera mexicana.

José Juan Tablada.

10. — Morelos [1].

Morelos, entretanto, había sido conducido á Tepecoacuilco. A la salida de Tenango fueron fusilados, por orden de Concha, los veintisiete prisioneros que se habían cogido

1. *Historia de México.* Lucas de Alamán. Tomo IV. Libro VII. Cap. I. — Imprenta de V. Agüeros y C.ª, 1884, México.

en la acción[1], haciendo que los dos presos, Morelos y Morales, presenciasen la ejecución : al primero se le echaron grillos en Huitzuco, y más adelante también á Morales. La gente de los pueblos del tránsito, en las inmediaciones del camino, acudía en tropel á conocer al hombre que por tanto tiempo había fijado la atención de todo el reino. En Tepecoacuilco, en virtud de las órdenes del virrey recibidas allí, se separaron las dos divisiones, marchando Villasana á Tixtla y continuando Concha con los presos á México. El 21 de Noviembre, á las cuatro de la tarde, llegó éste al pueblo de San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), distante cuatro leguas de la capital, en el que se agolpó multitud de personas, deseosas de ver á aquel hombre extraordinario, siendo grande toda aquella tarde el concurso en la calzada que conduce á la ciudad, de gente en coches, á caballo y á pie, atraída por la misma curiosidad. El virrey no creyó deber presentar al preso en espectáculo en una entrada pública, y en la madrugada del 22 lo hizo conducir con una escolta en un coche, á las cárceles secretas de la Inquisición.

Estaban nombrados de antemano los jueces comisionados por la jurisdicción unida, que lo fueron, por la real, el oidor subdecano y auditor de la capitanía general, D. Miguel Bataller; y por la eclesiástica el provisor del arzobispado Dr. D. Félix Flores Alatorre, y habiendo mandado el virrey que el proceso se concluyese dentro de tres días, las actuaciones comenzaron el mismo día 22, á las once de la mañana, quedando en la tarde terminada la confesión con cargos[2] : en seguida se hizo saber al reo que podía nombrar al defensor que le pareciese, y habiendo contestado que no conocía á nadie en México, lo dejaba á la justificación y prudencia del señor provisor ; éste nombró al Lic. D. José María Quiles[3], abogado joven, que apenas era conocido en el foro, y estaba todavía en el Seminario donde hizo su carrera, al cual se previno por los jueces comisionados, presentase la defensa en la mañana del 23, entregándose la causa, y que para formarla, no sólo se le franquease ésta, sino que también se le permitiese comu-

1. El P. Salazar, en los apuntes que me ha dado, dice que entre estos desgraciados fué comprendido el mismo que dió aviso de la dirección que había tomado Morelos.

2. Esta confesión se halla en el cuaderno 1º de la causa de Morelos.

3. Murió hace algunos años siendo canónigo de la Colegiata de Guadalupe.

nicar con el reo, y tomar de él las instrucciones que necesitase. Morelos, lejos de intentar atribuir á otros la parte que había tenido en la revolución descargando sobre ellos todo lo que podía haber de más odioso en sus procedimientos, como lo habían hecho Hidalgo, Allende y sus compañeros, contestó con dignidad y firmeza á todos los cargos que se le hicieron, de los cuales sólo indicaremos los principales. Acusado de haber cometido el crimen de traición, faltando á la fidelidad al rey, promoviendo la independencia y haciendo que ésta se declarase por el Congreso reunido en Chilpancingo, respondió : « que no habiendo rey en España cuando se decidió por la independencia de estas provincias y trabajó cuanto pudo para establecerla, no había contra quien se pudiese cometer este delito, y que hallándose después comprometido en la revolución, concurrió con su voto á la declaración que se hizo en el congreso de Chilpancingo, de que nunca debía reconocerse al Sr. D. Fernando VII, ya porque no era de esperar que volviese, ó porque si volvía había de ser contaminado; pero que antes de votarlo consultó con las personas más instruidas que seguían aquel partido, y le dijeron que era justo por varias razones, de las cuales era una, la culpa que se consideraba en S. M. por haberse puesto en manos de Napoleón y entregádole la España como un rebaño de ovejas, y que aunque tuvo conocimiento de su regreso de Francia, nunca le dió crédito ó juzgó que habría vuelto napoleónico », en lo que quería decir sujeto al influjo de Napoleón y corrompido en su creencia religiosa. Al cargo que se le hizo por la muerte del teniente general Saravia y demás jefes fusilados en Oaxaca, ejecución de varios individuos en Orizaba y asesinato de los prisioneros españoles en el Sur, contestó : « que él era quien había mandado todas estas ejecuciones, en cumplimiento de las órdenes expedidas por la junta de Zitácuaro en cuanto á los dos primeros casos, y por acuerdo del congreso de Chilpancingo en el último, y que en este no eran asesinatos sino represalias, por no haber admitido el gobierno el cange que se le propuso de aquellos prisioneros por Matamoros ». Tampoco negó haber dado su voto en el gobierno, como individuo del poder ejecutivo, para que se incendiasen, como se había hecho en Tenango, los pueblos y haciendas inmediatas á las poblaciones que estaban por el gobierno, y aunque se reconoció culpable por haberle desatendido

los requerimientos y amonestaciones del arzobispo Lizana y demás obispos en cuya diócesi había estado, dijo : « que en cuanto á la carta que le escribió el Sr. Campillo, no hizo aprecio de ella por las razones que expuso en su respuesta, y que por lo relativo á las excomuniones que fulminaron contra los insurgentes los obispos y la Inquisición, no las consideró válidas, porque creyó que no podían imponerse á una nación independiente, como debían considerarse los que formaban el partido de la insurrección, si no es por el Papa ó por un concilio general », y en cuanto al edicto del obispo Abad y Queipo de 22 de Julio de 1814, por el cual lo declaró en especial hereje excomulgado y depuesto del curato de Carácuaro, « contestó que nunca lo había reputado como obispo y, por consiguiente, no se creyó obligado á obedecerlo ». Por último, el cargo que se le hizo por las muertes, destrucción de fortunas, ruina de familias y desolación del país, dijo : « que estos eran los efectos necesarios de todas las revoluciones, pero que cuando entró en ella, no creyó que se causasen, y que, desengañado de que no era posible conseguir la independencia, así por la diversidad de dictámenes, que no permitía tomar providencias acertadas, como por la falta de recursos y de tino, había pensado pasarse á la Nueva Orleans, á Caracas, ó si se le proporcionaba, á la antigua España, para presentarse al rey, si es que había sido restituido, á pedirle perdón, aprovechando para ello la coyuntura de trasladarse el congreso á las provincias de Puebla y Veracruz, cuyo pensamiento manifestó á sus dos compañeros en el gobierno ». Los demás cargos fueron contraídos á preguntas de si en el tiempo que había permanecido en la revolución había celebrado misa, el que satisfizo, diciendo : « que se había abstenido de hacerlo, considerándose irregular desde que en el territorio de su mando comenzó á haber derramamiento de sangre : « sobre el pectoral del obispo de Puebla, acerca del cual se le preguntó si lo había tomado considerándolo como cosa necesaria, porque había dicho, como era la verdad, que de los bienes saqueados ó confiscados sólo tomaba lo que era preciso para su subsistencia, respondió : « que se lo había regalado el P. Sánchez, que lo había cogido en el convoy de que se apoderaron los insurgentes en Nopalucan, que no sabía ser del obispo y que lo había conservado porque no había encontrado quien se lo comprase ». Otras preguntas

se le hicieron á este tenor, que omitimos referir por menos importantes.

El defensor presentó su defensa como se le había mandado en la mañana del mismo día 23 en que se le entregaron los autos, y aunque hubiese sido tan corto el tiempo que para formarla se le dió, la extendió de una manera que hace honor á su capacidad, y manifiesta la decisión y buena fe con que trató de salvar á su cliente, á pesar de las pocas esperanzas que podía concebir en una causa ya juzgada de antemano : en ella hizo uso de las mismas disculpas que Morelos había dado contestando á los cargos, bien que presentándolas como era necesario en un tribunal realista, no como razones fundadas, sino como errores de entendimiento que salvaban la intención, y con mucha habilidad apoyó sus argumentos en el decreto de Fernando VII de 4 de Mayo de 1814, por el que declaró nulo todo lo que se había hecho durante su ausencia, y usurpadoras de la potestad real á las Cortes, cuya autoridad no había querido reconocer Morelos, concluyendo en nombre de éste, con reiterar la propuesta que ya tenía hecha por medio de Concha, de que si se le perdonase la vida, manifestaría planes con los cuales en poco tiempo quedaría pacificado todo el país : esta propuesta, las instrucciones que como luego veremos, dió al virrey para la prosecución de la guerra con buen resultado, y la intención que dijo haber tenido de separarse de la revolución para presentarse al rey á pedir perdón, son los únicos actos de debilidad que se descubren en toda la conducta de Morelos desde su prisión hasta su muerte.

El defensor, por las razones que tenía alegadas, y por esta propuesta cuya importancia encarece con empeño, pidió que se impusiese al reo la pena que se juzgase justa, como no fuese la capital.

Concluida de este modo la causa por la jurisdicción unida, en las veinticinco horas transcurridas de las once de la mañana del 22 á las doce del 23, el auditor Bataller la remitió al arzobispo electo Fonte, para los efectos prevenidos por el virrey, y siendo éstos, la degradación y entrega del reo, que sólo podía pedir la jurisdicción militar, el comisionado eclesiástico no firmó el oficio de remisión, limitándose á dar aviso al arzobispo por otro diverso. Este prelado, que en la contestación que dió al del virrey, que le fué consignado el reo á la jurisdicción unida, que es

la cabeza del proceso formado por ésta, manifestó no estar conforme con su opinión, acerca de « no necesitarse más que la notoriedad de los delitos de Morelos, y el hecho de haber sido cogido con las armas en la mano, para que sufriese la pena capital », cumpliendo con las formalidades prescritas por los cánones, tan sólo por haber en México los medios necesarios para que pudieran practicarse; sino que se reservó el derecho « de imponer al reo las penas que mereciese previo el conocimiento judicial que sus delitos y circunstancias permitiesen, asociándose las personas calificadas que el derecho prescribe tratándose de la pena que el virrey expresaba en su comunicación, sin que por esto se entendiese que la Iglesia protegía los delitos, siendo sus facultades oportunas para el castigo de sus súbditos »: mandó pasar los autos de preferencia al promotor y nombró para componer la junta que previene el capítulo 4º de la sesión 13ª del Concilio de Trento, á los obispos de Oaxaca y electo de Durango, residentes entonces en México, siéndolo de la última de estas diócesis el marqués de Castañiza, recientemente nombrado, y á los doctores Don José Mariano Beristain, Don Juan de Sarria, Don Juan José Gamboa y Lic. Don Andrés Fernández Madrid, dignidades de deán, chantre, maestre-escuelas y tesorero de la Catedral de México, todos americanos, á excepción del obispo de Oaxaca y el chantre; los cuales, oído el promotor, y dado su voto por escrito el obispo de Oaxaca, que por estar enfermo no pudo asistir á la junta presidida por el arzobispo electo, el día 24 sentenciaron unánimemente al reo, motivando el auto en la notoriedad y enormidad de sus crímenes, á la pena « de privación de todo beneficio, oficio y ejercicio de orden y á la desgradación, mandando se procediese á esta real y solemnemente por el obispo de Oaxaca, y ejecutada que fuese, comisionaron al provisor para que dejase al reo á disposición de la potestad secular nombrada al efecto por el virrey, haciendo á éste la súplica que prescribe el pontifical romano, contenida en la representación que con tal fin le sería entregada »; de todo lo cual dió el arzobispo conocimiento al virrey, quedando así el proceso fenecido en cuanto á la jurisdicción eclesiástica, en los tres días fijados por el mismo virrey, y cumplidas en esta parte sus disposiciones.

La Inquisición, que había procedido también á formar causa contra Morelos, pidió al virrey demorase por cuatro

días la ejecución de esta sentencia, y con dictamen de una junta que celebró de todos sus teólogos consultores, á la que asistió el comisionado del obispado de Michoacán, habiendo habilitado para actuar el domingo 26, concluyó sus procedimientos en el término señalado, y citó á auto público de fe para el lunes inmediato. Congregáronse, para celebrarlo, á las ocho de la mañana en el salón principal del tribunal [1], los dos inquisidores que componían entonces éste, Flores y Monteagudo, con el fiscal Tirado y todos los ministros subalternos; los dos consultores togados, el provisor del arzobispado, como ordinario y delegado de la mitra de Michoacán y una multitud de personas de las más distinguidas de la capital en número de más de trescientas, que fueron cuantas pudieron acomodarse en los asientos, quedando fuera otras muchas, á las que el ansia de ver alguna cosa, hacía apiñarse en tropel á la puerta de la sala : ésta, la de la calle y el patio del edificio, estaban custodiados por dos compañías de infantería. Colocados todos por orden en sus respectivos lugares, los alcaides y secretarios del tribunal sacaron á Morelos de la cárcel secreta por la puerta interior que comunica con el salón, estando vestido con una ropilla ó sotana corta hasta la rodilla, sin cuello y descubierta la cabeza en señal de penitente.

Un murmullo general manifestó la curiosidad impaciente de la concurrencia : restablecido el silencio y puesto Morelos frente al dosel del tribunal en un banquillo sin respaldo, uno de los secretarios dió principio á la lectura del proceso, reducido á la confesión con cargos [2]. Estos fueron veintitrés, repitiendo casi los mismos que ya se le habían hecho por los comisionados de la jurisdicción unida, á los que se agregaron los que aquel tribunal consideró de su competencia especial, y que inducían sospechas de herejía, tales como haber comulgado, estando

1. Este salón, cuando se extinguió la Inquisición la primera vez, sirvió, como se ha dicho en esta historia, para hacer en él los sorteos de la lotería. Después de la independencia estuvo destinado á las sesiones del congreso del Estado de México, y ahora es capilla del seminario conciliar. Nunca he entrado en este salón, con los diversos motivos que se me han ofrecido, sin que la imaginación me represente vivamente toda esta escena, que me parece tener ante los ojos. Toda la relación de esta ceremonia, está tomada de los apuntes manuscritos del Dr. Arechederreta, que asistió á ella.

2. Bustamante ha publicado estos cargos y las respuestas á ellos de Morelos, en el tomo 3° del Cuadro histórico fol. 225.

impedido por las excomuniones en que estaba incurso; no rezar el oficio divino ni aun en la prisión; haber tenido una conducta relajada, y haber mandado á un hijo suyo á los Estados Unidos para que se educase en los principios de los protestantes: á todo lo cual satisfizo victoriosamente contestando: que si había recibido los santos sacramentos, era porque no consideraba válidas las excomuniones en que se pretendía había incurrido; que en la prisión no podía rezar el oficio divino, por no haber bastante luz en el calabozo en que estaba; que si su conducta había sido relajada, había procurado que por lo menos no fuera escandalosa, y que los hijos que tenía no se sabía en el público que lo fuesen; y por último, que muy lejos de querer que el que había mandado á Nueva Orleans se formase según las doctrinas de la reforma, había recomendado que se le pusiese en un colegio en el que no corriese ese riesgo, ya que no podía ponerlo en ninguno del reino. Sin embargo, el tribunal falló, de conformidad con lo pedido por el fiscal, « que el presbítero Don José María Morelos era hereje formal negativo, fautor de herejes, perseguidor y perturbador de la jerarquía eclesiástica, profanador de los santos sacramentos, traidor á Dios, al rey y al Papa, y como á tal lo declaró irregular para siempre, depuesto de todo oficio y beneficio, y lo condenó á que asistiera á su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde: á que hiciera confesión general y tomara ejercicios, y para el caso inesperado y remotísimo de que se le perdonara la vida, á una reclusión, para todo el resto de ella, en Africa, á disposición del inquisidor general, con obligación de rezar todos los viernes del año los salmos penitenciales y el rosario de la Virgen, fijándose en la iglesia catedral de México un sambenito, como á hereje formal reconciliado ». Luego que se terminó la lectura de la causa, el inquisidor decano hizo que el reo abjurase sus errores é hiciese la protesta de la fe, procediendo á la reconciliación, en la que se observó todo el ceremonial de la Iglesia, recibiendo el reo de rodillas azotes con varas, que se le dieron por los ministros del tribunal durante el rezo del Salmo « Miserere », y, en seguida, continuó la misa rezada, con asistencia del mismo reo.

Acabada ésta, se siguió la ceremonia de la degradación, para la cual el obispo de Oaxaca aguardaba revestido de

pontifical, en la capilla que está á los pies de la sala del tribunal. Morelos tuvo que atravesar toda ésta de uno á otro extremo, con el vestido ridículo que le habían puesto y con una vela verde en la mano, acompañado por algunos familiares del Santo Oficio : el concurso numeroso, más ansioso cada vez de verlo de cerca, se levantó sobre las bancas al pasar por el espacio que entre ellas se había dejado; Morelos, con los ojos bajos, aspecto decoroso y paso mesurado, se dirigió al altar : allí, después de leída públicamente por un secretario la sentencia de la junta conciliar, se le revistió con los ornamentos sacerdotales, y puesto de rodillas delante del obispo, ejecutó éste la degradación por todos los órdenes, según el ceremonial de la Iglesia. Todos estaban conmovidos con esta ceremonia imponente; el obispo se deshacía en llanto; sólo Morelos, con una fortaleza tan fuera del orden común, que algunos la calificaron de insensibilidad, se mantuvo sereno, su semblante no se inmutó, y únicamente en el acto de la degradación se le vió dejar caer alguna lágrima. Esta era la primera vez, desde la conquista, que este terrible acto se verificaba en México. Cuando se hubo concluído, fué consignado el reo á la autoridad secular, encargándose de su persona, por comisión del virrey, el coronel Concha; el mayor de plaza, D. José de Mendivil, y el capitán, D. Alejandro de Arana; nombrado este último para las actuaciones subsecuentes, quienes, en aquella misma noche, lo trasladaron á la Ciudadela, escoltándolo una compañía del provincial de infantería de Tlaxcala, que fué el cuerpo que hizo con Concha toda esta campaña, desde el valle de Toluca, hasta la prisión de Morelos y su conducción á la capital[1]. Doscientos hombres del mismo se acuartelaron en la Ciudadela, sin más objeto que la custodia del preso, remudándose de ellos la fuerte guardia que se le puso.

Aunque no se hubiese de formar causa por la jurisdicción militar, pues como hemos visto, hablando del oficio con que el virrey consignó el reo á la unida, tenía ya

1. Este cuerpo estaba en Toluca, con motivo de haber sido comandante de aquel distrito su coronel D. Lorenzo de Angulo Guardamino : el cuerpo quedó en aquel valle, aunque Guardamino se retiró del mando, sucediéndole D. Nicolás Gutiérrez. Con la entrega del reo á la jurisdicción militar, termina el cuaderno primero de la causa : lo que sigue, forma el contenido del segundo.

resuelta la pena á que éste había de ser condenado, creyéndose para ello facultado por el bando de 24 de Junio de 1812, como lo dijo el arzobispo; se procedió, sin embargo, á tomarle una declaración informativa, según un interrogatorio prescrito por el virrey, sin otro objeto que dar al gobierno conocimiento de cuanto pudiera conducir á sus miras. Estas diligencias, para las que fué comisionado especialmente Concha y el secretario Arana, se practicaron desde el 22 de Noviembre al 1º de Diciembre, y ellas produjeron la instrucción más completa que puede desearse, sobre todos los sucesos en que Morelos intervino desde que tomó parte en la revolución, hasta su prisión, y es la misma de que tan frecuentemente se ha hecho uso en esta historia. En ella á nadie comprometió, pues preguntado con instancia acerca de las personas que desde México y otros puntos le daban noticias y le procuraban auxilios, negó tener relaciones algunas de esta especie, y sosteniendo el principio de no haber hecho la guerra al rey, terminó su última declaración, advirtiendo : « que el haber dicho varias veces las « tropas del rey », no había sido más que por distinguirlas de las « suyas, pero que á aquellas siempre les había dado el nombre del gobierno de México, que era al que había hecho la guerra por considerarlo dirigido por las Cortes y no por el rey ». Algunos días después (20 de Diciembre), se le tomó otra declaración, sobre algunas personas que se decía haber sido enviadas de México para envenenarlo, y avisos que de la misma ciudad se le habían dado para que se precaviese, y antes se le había hecho dar por la jurisdicción unida (26 de Noviembre), una relación completa del estado de la revolución, en la que expuso la fuerza con que ésta contaba, su distribución en las diversas provincias, jefes que las mandaban, y armas que tenían. En la calificación que hizo de la importancia de cada uno de los jefes, no sólo por las fuerzas de que podían disponer, sino por su capacidad é influjo, se echa de ver el profundo conocimiento que de ellos tenía, y el acierto con que había penetrado su respectiva aptitud : dió entre todos el primer lugar á D. Manuel Terán, por su talento y conocimientos matemáticos; juzgó digno del segundo á D. Ramón Rayón; dijo de D. Nicolás Bravo, que disfrutaba de mucho séquito en la costa del Sur por su valor, y de Osorno, que aunque no tenía talento y todos lo dominaban, era temible porque

mandaba una división de mil hombres armados de fusil, pudiendo reunir muchos más con armas blancas, cuando tenía que hacer alguna expedición. Por último, ofreció : « que si se le daban avíos de escribir, formaría un plan de las medidas que el gobierno debía tomar para pacificarlo todo, y en especial la costa del Sur, y la Tierracaliente », el cual desarrolló en las declaraciones informativas que Concha le tomó. Esto, como se ha dicho, y el ofrecer influir sobre los jefes que quedaban en la revolución, escribiéndoles para terminarla si se le concedía la vida, son los únicos actos de debilidad en que incurrió en su proceso.

Morelos había estado en la Inquisición libre de prisiones, encargado á la vigilancia del alcaide de las cárceles secretas, D. Esteban de Parra y Campillo, á quien se le recomendó cuidase de evitar el suicidio que Concha indicó podría cometer el reo, por medio de veneno que presumía tener oculto; además, había una fuerte guardia con oficial de confianza; aunque los inquisidores no permitieron que ésta pasase del patio exterior. Trasladado á la Ciudadela, se le volvieron á poner los grillos, teniendo, además, centinelas de vista : su guarda estuvo á cargo del coronel Concha, y habiendo tenido éste que salir á una expedición por algunos días, al del coronel de Zamora, D. Rafael Bracho, hasta el regreso de Concha[1]. La curiosidad de conocerlo era grande en toda clase de personas, que procuraban introducirse en la prisión por medio de los oficiales encargados de su custodia, sin dejarle tiempo de descanso, y aun hubo quien le dijese palabras insultantes, como había sucedido también en el camino desde Tepecoacuilco, hasta que se dió orden para que á nadie se le permitiese entrar.

El virrey, á instancias del arzobispo electo, le concedió el tiempo necesario para hacer unos ejercicios espirituales en la capilla que se formó en la pieza de su prisión, dirigiéndolo en ellos el Dr. Don José Francisco Guerra, cura de la Parroquia de San Pablo[2].

1. Por todas las medidas tomadas para la seguridad de Morelos, se echa de ver qué poco verosímil era Bustamante, acerca de la evasión que dice le propuso el médico D. Francisco Montes de Oca, que por conducto, según estoy informado ser falso : lo es también que en la inquisición entrase alguno á verle, pues en aquellas cárceles nadie entraba.

2. Fué diputado en las Cortes de Madrid en 1821, y posteriormente en el congreso del Estado de México. Falleció siendo canónigo de México

El virrey, considerando al presbítero Morales, capellán que había sido del congreso, en el mismo caso que Morelos con quien fué aprehendido, había prevenido al arzobispo se procediese á su degradación, para que sufriese la pena capital al mismo tiempo que aquél; pero el prelado juzgó que no intervenían las mismas razones para proceder con tanta precipitación. La circunstancia de haberlo cogido con Morelos, le salvó la vida, pues la celebridad de éste hizo que se fijase en él toda la atención del gobierno y del público, dejando á Morales en olvido. Tomósele una declaración instructiva por la jurisdicción unida, sobre el estado de la revolución y administración eclesiástica en los países ocupados por los insurgentes, que contiene muchos hechos curiosos, especialmente sobre la prisión de Atijo. Morelos, á quien también se tomó declaración por Concha acerca de este eclesiástico, dió un informe muy poco ventajoso; pero, acaso, por esto mismo le fué favorable, haciendo conocer cuán insignificante era.

Había pedido el auditor Bataller, desde 28 de Noviembre, la pena capital y confiscación de bienes; debiendo ser el reo fusilado por la espalda como traidor al rey, amputándosele la cabeza para que en una jaula de fierro quedase expuesta en la plaza de México, y la mano derecha que había de fijarse en la de Oaxaca. El virrey difirió proceder á la sentencia, porque, según en ella dijo, « esperaba ver si la prisión del caudillo principal, hacía que, por salvarle la vida, se presentasen al indulto los que andaban hostilizando en las diversas provincias del reino; pero no habiéndolo hecho ninguno, sino que, por el contrario, continuaban la guerra con mayor empeño : desestimando las propuestas de Morelos de escribir á los jefes para reducirlos á desistir de sus intentos, las que consideró como un mero efecto de su deseo de conservar la vida, sin garantía ninguna del éxito, estando probada la inutilidad de este medio en diversos casos anteriores : en 20 de Diciembre conformándose con el dictamen del auditor, condenó á la pena capital á D. José María Morelos; pero en consideración á lo que en su favor había representado el arzobispo y junta conciliar en nombre de todo el clero, por respeto al carácter sacerdotal, dispuso que la ejecución se verificase fuera de la capital, enterrándose el cadáver inmediatamente, sin amputación de miembro alguno; y para manifestar su deseo de ahorrar la efusión

de sangre, por el único medio correspondiente á la dignidad del gobierno, mandó publicar un nuevo indulto sin restricción alguna, ni aun de dar fianza como hasta entonces se había exigido, ni entregar los caballos; ofreciendo recompensar á los que quisiesen cooperar á la pacificación del reino, sirviendo en clase de voluntarios en las tropas reales [1]. »

El 21, por la mañana, Concha intimó la sentencia á Morelos, haciendo, según el uso de los tribunales, que se pusiese de rodillas para oir la lectura que de ella se hizo. Concluida ésta y vuelto á su asiento, Concha le hizo saber que dentro de tercero día sería ejecutada aquélla, y mandó se le diese papel por si quería escribir alguna retractación ó exhortación, como lo habían hecho Hidalgo y Matamoros. Fueron llamados entonces el cura Guerra y otros eclesiásticos, para disponerlo á morir, aunque ya lo estaba desde que había tomado ejercicios : una retractación que, con su firma, se publicó por el gobierno después de la ejecución, con fecha 10 de Diciembre, no hay apariencia alguna de que fuese suya, pues es enteramente ajena de su estilo, y no es tampoco probable que la firmase habiendo sido redactaba por otro, pues no se hace mención alguna de ella en la causa. Aunque se le dijo que la ejecución se verificaría dentro de tres días [2], el siguiente, 22, á las seis de la mañana, Concha lo hizo poner en un coche con el P. Salazar y un oficial, escoltándolo la división de su mando, y tomaron el camino del santuario de Guadalupe.

Morelos iba rezando diversas oraciones, y en especial los salmos « Misere y De profundis », que sabía de memoria, y su fervor se encendía á cada plazuela que atravesaban de las varias que hay en el tránsito, creyendo que en alguna de ellas iba á ejecutarse la sentencia, y manifestaba

1. Gaceta de 26 de Diciembre, número 840, folio 1,402.

2. Todo lo concerniente á la ejecución de Morelos, lo he tomado de los apuntes del P. Salazar. Bustamante ha publicado una relación muy diferente, fundada en lo que le refirió un oficial pariente suyo, que no estuvo presente, sino que lo oyó decir á otros, y en que hay cosas muy inverosímiles; como la buena comida que cuenta tenerle prevenida Concha. En cuanto á la retractación, el P. Salazar refiere, que los eclesiásticos que acompañaron á Morelos en la capilla, pidieron papel y tintero; pero el mismo religioso cree que no hubo tiempo para que escribiese cosa alguna, y además esto fué el día 21, y la retractación publicada en la gaceta de 26 tiene fecha del 10, con una adición del 11.

mucho deseo de padecer en este mundo, temeroso de las penas del purgatorio, aunque confiaba en la misericordia de Dios, que sus pecados habían sido perdonados.

Al llegar á Guadalupe, quiso ponerse de rodillas, lo que hizo no obstante el estorbo de los grillos, y habiéndose detenido el coche cerca de la capilla del Pozito, Morelos dijo con serenidad al P. Salazar : « aquí me van á sacar, vamos á morir » : no era aquel, sin embargo, el lugar destinado al intento, y habiendo tomado allí algún desayuno, continuó hasta el llamado palacio de San Cristóbal Ecatepec, construído tiempos atrás por el consulado de México para el recibimiento que allí se hacía de los virreyes, el que entonces estaba enteramente desmantelado y sirviendo de punto militar.

El comandante de la guarnición no tenía prevención alguna para el recibimiento de tales huéspedes; y así, Morelos fué alojado en un cuarto lleno de paja, mientras se disponía lo necesario para la ejecución; allí tomó una taza de caldo, y habiéndole dicho Concha que había mandado venir al cura y vicario del pueblo por si necesitase de su ministerio, sólo lo admitió para rezar con ellos los salmos penitenciales : no había concluído éstos, cuando se oyó el ruido de las cajas de la tropa que se ponía en formación, y entró la escolta que debía conducirlo al patíbulo.

Entonces se reconcilió con el P. Salazar, se quitó el capote que llevaba, se vendó él mismo los ojos con un peñuelo blanco, y atados los brazos con los portafusiles de dos soldados que lo conducían, arrastrando con dificultad los grillos, fué llevado al recinto exterior del edificio, que forma una especie de parapeto, y habiendo oído que el oficial que mandaba la escolta, haciendo una señal en el suelo con la espada, dijo á los soldados : « hínquenlo aquí »[1], preguntó : « ¿ aquí me he de hincar? » y habiéndole contestado el P. Salazar, « sí, aquí : haga usted cuénta que aquí fué nuestra redención », se puso de rodillas : dióse la voz de fuego; y el hombre más extraordinario que había producido la revolución en Nueva España, cayó atravesado por la espalda de cuatro balas; pero moviéndose todavía y quejándose, se le dispararon otras cuatro, que acabaron de extinguir lo que le quedaba de vida. El P. Salazar hizo

1. En el lenguaje común de México, « hincar », usado como recíproco, significa « ponerse de rodillas ».

vestir el cadáver con el mismo capote que Morelos se había quitado para el acto de la ejecución, y á las cuatro de la tarde se le enterró en la parroquia del pueblo, según certificación dada por el cura, que con todos los pormenores relativos á la ejecución, mandó el virrey insertar en la gaceta del gobierno.

11. — Episodio histórico.

El sitio de Cuautla fué génesis de relámpagos, centellar de chispas épicas, cuyo fulgor perduraría en el alma insurgente como un presagio de final victoria.

Desde luego el primer choque, la mañana del 19 de Febrero, fué un estupendo duelo de bravura á bravura.

El asalto de Calleja asumió fiera solemnidad antigua, grave relieve de actividad hispana frente á un adversario igual y digno..... La « carga » de las cuatro columnas realistas contra las trincheras de San Diego, fué clásica y gentil, como de viejos hidalgos. « Al paso redoblado » y los fusiles « embrazados, » los batallones de « Granaderos, » de « La Corona, » « Guanajuato » y « Patriotas de San Luis, » avanzaron, llevando á su frente, en lo alto las espadas, fulgurantes las pupilas bajo los tricornios, caba-

lleros en corceles de lujo, regalos del Virrey á los coroneles D. Juan Nepomuceno Oviedo y el Conde de Casa Rul.

A retaguardia, dentro de su carruaje, altivo y desdeñoso como un príncipe con sus pomposos oficiales de Estado Mayor á caballo ante la partezuela, D. Félix María Calleja del Rey esperaba el parte de la toma de Cuautla de Amilpas.

Al frente de las « columnas, » entre los intervalos de las « secciones, » adelanta una batería en tanto que á los « flancos, » á lo largo de las cercas de la Calle Real, van á « paso veloz » los « indios gastadores, » cargados con hachas, sacos de tierra, bolsines de pólvora, barretas y tablones, fácil carnaza que horadará los muros, colmará los fosos y horadará las puertas, allanando á las columnas el camino del asalto.

La batería de vanguardia « hace alto » á medio tiro de cañón; los artilleros « desatalajan » las piezas y correctamente, como en una « parada » ante el monarca, ejecutan á compás los « tiempos de carga, » y con salva de honor rómpese el fuego contra Cuautla.

Y entre la nube azufrosa relampaguean las espadas de los jefes señalando las trincheras, y repercute en el valle perfumado y florido el grito de guerra de los realistas:

« ¡ Viva el Rey! »

La « sección » de granaderos de la descubierta hace sus primeras descargas y « armando la bayoneta », avanza á tramos al « paso veloz », mientras los cañones empujados á mano, ruedan hacia la Plaza, con fragoroso estruendo entre el humo y el polvo.

Allá, dentro de Cuautla, un grave silencio de espera; y tras los parapetos, los fusileros de Galeana, el arma tendida, listo el pedernal para « dar chispa, » atentos á la avalancha que se precipita. Y una brisa fresca, bajada de las cumbres blancas del Popocatepetl, pasa como una caricia generora sobre ellos con el plomo de la muerte.

El impetuoso Galeana, que la víspera salvara á Morelos, arrancándolo á filo de machete y punta de lanza de los dragones de Calleja, esgrimiendo ahora su vieja carabina, corre de un sitio á otro del recinto, reproduciéndose y multiplicándose hasta rugir la orden de fuego.

Y entonces es cuando principia la refriega entre el aullar de los asaltantes, el desgranamiento de la fusilería y los estampidos del cañón.

Los granaderos que han llegado al pie de la trinchera,

ahí quedan cadáveres; de las torres de San Diego y Santo Domingo truenan certeros escopetazos, y el « Niño » y las demás piezas insurgentes enfilan las columnas de asalto y á su vez ensordecen la atmósfera entenebrecida.

En las huertas próximas á los flancos de la Calle Real, el plomo rasga las hojas de los plátanos, acribilla los abanicos de las palmas, sacude las hojas de los naranjales y limoneros y destroza las frondas de los tamarindos.

— ¡Viva el Rey! ¡Viva Nuestra Señora de los Remedios!

— ¡Viva América! ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!

El Capitán Segarra, jefe de la batería realista frenético, adelantándose, clamando injurias homéricas contra los caudillos independientes, desafiándolos, paladín antiguo, al combate.

Y he aquí á Galeana que al oírlo, responde al reto con un alarido y subiendo la trinchera, la carabina en la diestra, abierta por delante la chaqueta de cuero; levantada el ala del « chilapeño », el ancho machete sujeto en la izquierda, salta al encuentro del Capitán, cuyo uniforme rojo y oro lo atrae cual nueva provocación. Lid cuerpo á cuerpo en lo alto de la trinchera, y ambos disparan sus armas á quemarropa; y Segarra rueda ensangrentado. Y Galeana se precipita sobre el cadáver, evitando la racha del plomo realista, y agarrándolo de un pie lo arrastra y lo arroja al fin dentro del recinto.

Y muerde el polvo á su vez, al frente de las columnas estrelladas y diezmadas, en plena furia, desesperado, el bravo Conde de Casa Rul y expira también en la refriega fragorosa el generoso D. Juan Nepomuceno Oviedo, cuyo regimiento adora pero que no podrá vengar su muerte.

Abatiendo cercas y escalando muros el batallón de Granaderos, disperso y audaz, intenta « flanquear » y caer dentro de la Plaza, en tanto que el regimiento de la Corona en reserva á retaguardia á las órdenes directas del propio Calleja, quien, abandonando su coche, recorre á caballo las filas, blanco de rabia, estupefacto. Y cuando al fin los asaltantes rompen el círculo que cierra el flanco de San Diego, colmando los fosos, desmoronando los primeros parapetos; cuando al fin, á bayoneta calada, van á entrar á la brecha, seguidos por los dragones de la reserva, en alto los grandes sables, á los gritos de ¡Viva el Rey! al mismo tiempo que dentro el mismo pánico aulla : ¡han matado á Galeana! cuando al más desesperado empuje la plaza va á caer al

rodar, moribundo el último artillero de la pieza que guarda aquella calle, cuando el tropel realista se abalanza en masa con clamor de júbilo, el niño Narciso Mendoza da fuego al cañón, y un relámpago-estampido barre súbitamente con la tromba.

En aquel momento Hermenegildo Galeana, jadeante, salpicado el rostro de sangre, blandiendo la « moruna », grita ronco sobre los escombros, envuelto en humo :

— En el nombre de Dios, ¡Viva la América!

HERIBERTO FRÍAS.

12. — Cinco de Mayo.

De la noche de ayer un viento airado,
Raudo y evocador como un conjuro,
Nos trae una gran voz, soplo sagrado,
Que es como una promesa del pasado
Para las amenazas del futuro.

Revive la epopeya. El grave coro
De los redobles del tambor se escucha;
Y responde el clarín notas de oro
Que pasan, como un frémito sonoro,
Por el revuelto campo de la lucha.

Desfilan los invictos batallones;
Rompe en lluvia de fuego la metralla;
Se desatan en truenos los cañones,
Y ondulan los soberbios pabellones
Sobre el ronco fragor de la batalla.

En el crespón de la tiniebla yerta
Despunta el sol de Mayo; á nuestra vista
Rasga con su esplendor la sombra incierta....
Mirad : es la victoria que despierta!...
Héroes, en pie! La patria pasa lista!...

Quiénes eran?... La madre que moría,
En la artera invasión los ojos fijos,
Recibió el juramento, en su agonía,
Del sacrificio estoico, que le hacía
Un sublime puñado de sus hijos!

Y cifrando en el cielo su confianza,
Vió que al combate desigual partieron
Sin un solo presagio de esperanza...
Oh, justiciero dios de la venganza,
A la hecatombe iban y vencieron!

Que en alabanza de su afán fecundo
Preludie el himno, y se estremezca y vibre.
Dieron su sangre con desdén profundo
Por el orgullo de enseñar al mundo
Cómo sabe morir un pueblo libre!

¿Y qué es morir, al alma noble y fuerte,
Si ve flotar, sobre la pugna fiera,
Sobre las emboscadas de la suerte
Y sobre las traiciones de la muerte
El harapo triunfal de una bandera?

¿Qué es sucumbir en la primera fila
Vengando de la patria los agravios,
Con la conciencia impávida y tranquila,
Y un rayo de coraje en la pupila
Y un augusto anatema entre los labios?

Caer cuando se rinde el cuerpo exhausto,
Pero aún vigor el ánima condensa,
Es poder ofrecer — destino fausto! —
De la vida el espléndido holocausto
Y de la muerte la oblación inmensa!

Oh, bravas huestes de inmortal memoria,
Por el respeto y la piedad ungidas,
Morir por el deber y por la gloria,
Es arrancar al fallo de la historia
El austero epitafio de Leonidas!

Mas no están muertos. Como en blando nido
La gratitud radiosa los ampara
En el amor del pueblo redimido.
Sus nombres triunfan del culpable olvido
Y cada tumba de ellos es un ara.

Que resuene la épica llamada
De honor, y surgirán, vivos, despiertos;

Blandiendo aún la formidable espada;
Serenos; en lo alto la mirada
Y el corazón.... Mentira; no están muertos!

Que calle la cobarde y plañidera
Elegía que llora y que contrista!
Vuele la estrofa ruda y altanera!
Cante el peán y ondule la bandera!
Héroes, en pie!... La patria pasa lista.

F. M. DE OLAGUIBEL.

Aunque en esta sección me había propuesto no comentar las lecturas, por tratarse de páginas patrióticas, cuyo sabor podría amenguar la crítica, no estaría bien que siguiese adelante sin presentaros al autor de los bellos versos que acabáis de leer, á Francisco M. de Olaguibel, uno de los espíritus más cultos, más finos y elegantes de la moderna lírica americana.

Olaguibel se distingue por el matiz de aristocrática y suave melancolía que pone en sus estrofas, de factura siempre rara y bella.

Su primer libro : *Oro y Negro*, es uno de los más bellos que se han escrito en América.

13. — Acta de independencia del congreso de Chilpancingo.

« El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la Ciudad de Chilpancingo de la América Septentrional por las provincias de ella, declara solemnemente, á presencia del Señor Dios, árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad, que los da y los quita según los designios inescrutables de su providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa, ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpado; que en tal concepto, queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español; que es árbitro para establecer las leyes que le convengan, para el mejor arreglo y felicidad interior; para hacer la guerra y paz y establecer alianzas con los monarcas y repúblicas del antiguo continente, no menos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontí-

fice romano, para el régimen de la Iglesia católica, apostólica y romana, y mandar embajadores y cónsules; que no profesa ni reconoce otra religión más que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna; que protegerá con todo su poder y velará sobre la pureza de la fe y de sus dogmas y conservación de los cuerpos regulares. Declara por reo de alta traición á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya protegiendo á los europeos opresores, de obra, palabra ó por escrito; ya negándose á contribuir con los gastos, subsidios y pensiones para continuar la guerra, hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras: reservándose el Congreso presentar á ellas, por medio de una nota ministerial, que circulará por todos los gabinetes, el manifiesto de sus quejas y justicia de esta resolución, reconocida ya por la Europa misma. Dado en el palacio nacional de Chilpancingo, á seis días del mes de noviembre de 1813. — Lic. Andrés Quintana, vicepresidente. — Lic. Ignacio Rayón. — Lic. José Manuel Herrera. — Lic. Carlos María de Bustamante. — Dr. José Sixto Berdusco. — José María Licéaga. — Lic. Cornelio Ortiz de Zárate, secretario.

¿Con qué terminar, me dije, estas quince lecturas patrióticas que constituyen la quinta parte de mi libro, y que, lo repito, no están sujetas á orden alguno cronológico? ¿Con qué broche cerrarlas? Con una oración! me he respondido. Y por eso os reproduzco el acta de Independencia del Congreso de Chilpancingo, nuestra acta de Independencia, el documento mexicano por excelencia! Aquel en que asomó por vez primera nuestra nacionalidad naciente.

¿Os atreveríais á negar que esa página es una oración?

14. — En la muerte del general Zaragoza.

Pálida está la frente
Que con divino rayo
De luz brillante circundó la gloria,
Al alumbrar su espléndida victoria
El quinto sol del memorando Mayo;
Apagada la ardiente
Eléctrica mirada,

Que al enemigo de terror cubriera,
Que cual vivo relámpago luciera
Para anunciar el rayo de su espada.
Está ya el labio mudo
Que, apenas se movía,
Agitaba terribles batallones,
Jinetes y corceles y cañones,
Y mandaba vencer, y se vencía;
Yerto el brazo nervudo,
Nunca al afán rendido.
Asolación del galo aventurero,
Y, al envainar el victorioso acero,
Noble sostén y amparo del vencido.
Inmóvil yace, inerte,
Dentro del pecho frío,
El corazón en el valor templado,
De capitán y de último soldado,
Noble modelo de constancia y brío.
¡Duerme ya el hombre fuerte
En eterno letargo,
El hijo que á su patria dar debía
Con su victoria el más glorioso día,
Con su temprana muerte el más amargo!
Hoy el galo se goza,
De vergüenza desnudo,
Viendo que el rostro nos volvió la suerte,
Viendo que aleve derribó la muerte
Al que vencer su ejército no pudo.
« No existe Zaragoza.
Inerme está la diestra
Que en ocio vergonzoso nos mantiene.
Ya murió el vencedor, ¿quién nos detiene?
¡A combatir, que la victoria es nuestra! »
« Las águilas augustas,
Que ya han tendido el vuelo,
Victoriosas doquiera en la pelea,
En Africa, y en Asia y en Crimea,
En Magenta, Pallestro y Montebello,
« Agitarán robustas
Sus alas majestuosas,
Y, atravesando raudas el espacio,
Irán á reposar en el palacio
En que tú, bella México, reposas. »

« Allí, en cercano día,
De Luis soldados fieles,
De oro, de gloria y de placeres llenos,
Reclinaremos en hermosos senos
Nuestras frentes cubiertas de laureles. »
Así con burla impía
Los invasores claman;
Y, al escuchar su risa mofadora,
Olvido este pesar que me devora,
Y la venganza y el valor me inflaman.
Lloremos, mexicanos,
Mas breve el llanto sea,
Y dejemos el llanto por la espada,
¡Ay! para que de Francia la mirada
Estas acerbas lágrimas no vea.
Juntemos nuestras manos
En la tumba que encierra
Los venerandos restos del guerrero,
Y pronunciado nuestro adiós postrero,
Sólo se oigan después gritos de guerra.
¡Guerra, sí, patria mía!
¡Guerra por tus montañas,
Guerra por tus inmensas soledades,
Guerra por tus caminos y ciudades,
Guerra en los templos, guerra en las cabañas!
Tiempo sobrará un día
De llorar al que muera;
El soldado inmortal que tú perdiste
Y con su grande espíritu te asiste,
No quiere llanto ya: triunfos espera.

JOSÉ FERNÁNDEZ.

José Fernández, el autor de estos versos rotundos y sonoros, se dedicó en su juventud al cultivo de la poesía y en su madurez á la política, que le dió importantes puestos.

Publico esta oda, porque es por excelencia el modelo de la oda patriótica en este México donde se han hecho tantas.

Oratoria, solemne, redonda, he aquí sus principales caracteres. Pero no por esto carece de mérito.

5ª PARTE

EL AMOR

Es claro, amigas mías, veo ya vuestra sorpresa. Entráis á esta quinta parte de mi libro en pleno verso, bajo floridos ramajes de estrofas. Os encontráis con que las cuatro primeras lecturas son poesías... Qué queréis que os diga! Mi sola disculpa es esta : casi siempre se ama en verso! ó por lo menos, en México, muchas generaciones han amado en verso... Y no digáis que es el amor platónico el que ha inspirado solo los versos : No, señor, llenos están los libros de poesías de silvas, décimas, sonetos : « A mi esposo », « A mi hijo », « A mi esposa ». No os sorprenda pues, en esta sección ver muchos versos. Es la natural fruta de ese árbol á cuya sombra hoy nos reposamos!

1. — Salmo de amor.

Dios te bendiga, amor, porque eres bella!
Dios te bendiga, amor, porque eres mía!
Dios te bendiga, amor, cuando te miro!
Dios te bendiga, amor, cuando me miras!

Dios te bendiga si me guardas fe :
Si no me guardas fe, Dios te bendiga!
Hoy que me haces vivir, bendita seas :
Cuando me hagas morir, seas bendita!

. . . . . .

Bendígate la luz de la mañana
Que al despertarte hiere tus pupilas :
Bendígate la sombra de la noche,
Que en su regazo te hallará dormida!

Abra los ojos para bendecirte,
Antes de sucumbir, el que agoniza!
Si al herir te bendice el asesino,
Que por su bendición Dios le bendiga!

¡Bendígate el humilde á quien socorras!
¡Bendígante al nombrarte tus amigas!
¡Bendígante los siervos de tu casa!
¡Los complacidos deudos te bendigan!

Te dé la tierra bendición en flores,
Y el tiempo en copia de apacibles días,
Y el mar se aquiete para bendecirte,
Y el dolor se eche atrás y te bendiga!

Vuelva á tocar con el nevado lirio
Gabriel tu frente y la declare ungida!
Dé el cielo á tu piedad don de milagro
Y sanen los enfermos á tu vista!

¡Oh querida mujer!... Hoy que me adoras,
Todo de bendiciones es el día!
Yo te bendigo y quiero que conmigo
Dios y el cielo y la tierra te bendigan!

EDUARDO MARQUINA.

Qué noble solemnidad, qué grave y uncioso entusiasmo hay en este salmo de amor! Sea ella bendita en todo y por todo: si es fiel y si no lo es, si da la vida y si mata! Sea bendita siempre. Porqué? En nombre del Amor. Porque está santificada por el amor....

Marquina es un poeta joven de España llamado á ser un gran poeta.

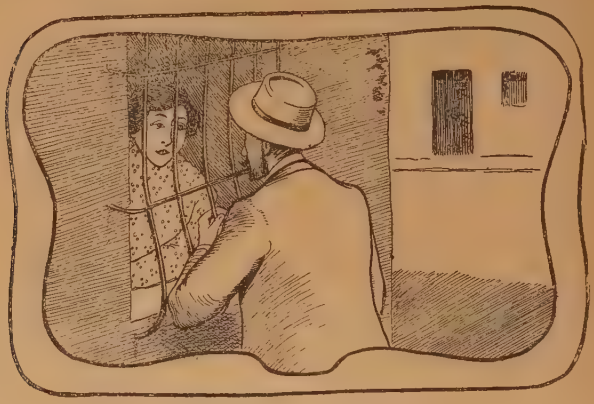
2. — La bien amada.

Tú me dirás qué verso he de cantarte,
Qué gloria, qué fulgor, qué gentileza,
Oh luminoso espíritu del Arte,
Oh cuerpo encantador de la Belleza.
Tú eres la misma que inspiraba al vate
Impetus de vigor y ansias de brega;

Y le empujaba al choque del combate,
Combatiendo también pálida y ciega.
Tú eres la misma de la lid.... Hoy triste
Juegas acaso con mi ruda espada,
Y recuerdas las furias que tuviste.
Y tu aleteo de paloma airada.
Hoy que recuestas, sosegada y mustia,
Sobre el campestre lecho la cabeza,
Véote yo con amorosa angustia,
Padeciendo y gozando en tu belleza....
Llena de perfecciones y tranquila,
Vibras del alma el misterioso lampo;
Y ostentas en la trémula pupila,
Reflejados, el cielo, el mar y el campo.
El campo, el mar, el cielo. Oh virgen pura,
Logrando sólo tú la eterna palma,
Tienes algo de flor en tu hermosura,
Y algo de espuma y de arrebol en tu alma.
Te amo; porque de mi odio entre las brumas
Amo también el campo con sus flores,
Amo también el mar con sus espumas,
Y amo el cielo también con sus fulgores.
Te amo, al saber que rubias y morenas
Tiénente envidia con ideal diverso;
Mas todas porque ven que tú encadenas
Escultura, Color, Música y Verso.
Te amo porque las Artes con terneza
Rinden su vasallaje á tu hermosura:
El Verso, ardor; la Música, viveza;
Luz el Color, y formas, la Escultura.

José Santos Chocano.

Más sonoros, más retóricos, hechos para la rima, para los finales, son estos versos. El que hizo el salmo de Amor, que acabáis de leer, ha amado. Este poeta vivaz, ingenuo, Diaz Mironiano (á la manera de la primera época de Diaz Mirón), no ama. Es hombre de sensaciones. Es una juventud lírica que pasa.



3. — Reliquia.

En la calle silenciosa
resonaron mis pisadas;
al llegar frente á la reja
sentí abrirse la ventana...

¿Qué me dijo? ¿Lo sé acaso?
Hablábamos con el alma :
como era la última cita,
la despedida fué larga.

Los besos y los sollozos
completaron las palabras
que de la boca salían
en frases entrecortadas.

« Rézale cuando estés triste,
dijo al darme una medalla —
y no pienses que vas solo
si en tus penas te acompaña. »

Le dije adiós muchas veces,
sin atreverme á dejarla,
y al fin, cerrando los ojos,
partí sin volver la cara.
. . . . . .

No quiero verla, no quiero,
¡Será tan triste encontrarla
con hijos que no son míos
durmiendo sobre su falda!

¿Quién del olvido es culpable?
Ni ella ni yo : la distancia...
¿Qué pensará de mis versos?
Tal vez mucho, quizás nada.

No sabe que en mis tristezas,
frente á la imagen de plata,
invento unas oraciones
que suplen las olvidadas.

¿Serán buenas? ¡Quién lo duda!
Son sinceras, y eso basta;
yo les rezo á mis recuerdos
frente á la tosca medalla,

Y se iluminan mis sombras,
y se alegra mi nostalgia,
y cruzan nubes de incienso
el santuario de mi alma.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

¿No encontráis algo de esa melancolía un poquito epigramática de Heine en estos versos? Bajo su aparente sencillez hay sabiduría. Es este un poeta que *sabe* ser sencillo; que *sabe* ser sincero. La factura asimismo es perfecta.

4. — Era un aire suave...

Era un aire suave, de pausados giros;
el hada Harmonía ritmaba sus vuelos,
é iban frases vagas y tenues suspiros
entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto á los ramajes,
diríase un trémolo de liras eolias
cuando acariciaban los sedosos trajes
sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
daba á un tiempo mismo para dos rivales :
el vizconde rubio de los desafíos,
y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronada con hojas de viña,
reía en su máscara Término barbudo,
y, como un efebo que fuese una niña,
mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un boscaje del amor palestra
sobre rico zócalo al modo de Jonia,
con un candelabro prendido en la diestra
volaba el Murcurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas,
un coro de sones alados se oía:
galantes pavanas, fugaces gavotas,
cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oir las quejas de sus caballeros,
ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia,
pues son sus tesoros las flechas de Eros,
el cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fíe!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
cuando mira vierte viva luz extraña;
se asoma á sus húmedas pupilas de estrella
el alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes
ostenta su gloria de triunfos mundanos.
La divina Eulalia, vestida de encajes,
una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina
á la alegre música de un pájaro iguala
con los staccati de una bailarina
y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
bajo el ala, á veces, ocultando el pico;
que desdenes rudos lanza bajo el ala,
bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando á media noche sus notas arranque,
y en arpegios áureos gima Filomela,
y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque,
como blanca góndola imprima su estela,

la marquesa alegre llegará al boscaje,
boscaje que cubre la amable glorieta,
donde han de estrecharla los brazos de un paje,
que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia,
que en la brisa errante la orquesta deslíe,
junto á los rivales la divina Eulalia,
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia
sol en corte de astros, en campos de azur?
¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
la regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella la falda cogía
con dedos de ninfa bailando el minué,
y de los compases el ritmo seguía,
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastoras de floridos valles
ornaban con cintas sus albos corderos,
y oían divinas Tirsis de Versalles
las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
de amantes princesas y tiernos galanes,
cuando entre sonrisas y perlas y flores
iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro;
sólo sé que Eulalia ríe todavía,
¡y es cruel y eterna su risa de oro!

RUBEN DARIO.

Esta composición es clásica dentro de lo que se ha llamado el modernismo y era preciso que la conocierais porque, alada, ágil, juguetona, aristocrática, elegante, sabe traer y llevar con una insuperable gracia el ritmo y la rima y muestra hasta qué punto es dócil y colorido nuestro idioma para quien sabe manejarlo.

5. — A Dorotea Valverde.

Yo, viejo Anakreonte,
Que en las obscuras nieblas
Me hundo del ocaso,
Con la esperanza muerta,

Le rindo, como un joven,
El culto á la belleza,
Que intacta está en mi lira
Del noble amor la cuerda.
Amor que ya fulgura
Como lejana estrella,
Con rayos apacibles
Que alumbrán y no queman
Amor que cuando canta
Usa expresiones tiernas,
Que halagan el oído,
Sin alarmar purezas.
¡Oh lirio de estos valles!
¡Oh manantial de esencia.
Que viertes en otoño
Sabor de primavera!
Vuelve á pulsar el bárbiton,
Y arranca de sus cuerdas
Rumor de mariposas
Que amantes aletean;
La dulce serenata
Del viento á la azucena,
Y el dúo que la alondra
Y el ruiseñor conciertan.
Mas guárdate que Apolo
No te oiga, niña bella,
Pues róbate y las musas
Con una más aumenta.

R. de Zayas Enriquez.

Hay en estos versos cierta serenidad, que place. Son correctos, conceptuosos al final, transparentes y mejor logrados al principio: Están saturados de amor clásico. Valen por una lectura? Pienso que responderéis: « Sí ».

6. — Definición.

Amor, dijo la rosa, es un perfume.
Amor es un murmurio, dijo el agua.
Amor es un suspiro, dijo el céfiro.
Amor, dijo la luz, es una llama!

Oh! cuánto habéis mentido!
Amor .. es una lágrima!

JOSEFA MURILLO.

Os desafío á que encontréis algo más delicado, más ingenuamente bello, más perfecto, que esta definición. Es de una poetisa veracruzana que vivió escondida, y murió en flor... como una violeta.

7. — Ojos claros, serenos...

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me miráis miráis airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos!

GUTIERRE DE CETINA.

Este es, lectoras mías, el madrigal más admirable que se ha escrito en castellano!

Bastarían los ocho versos de que se compone para inmortalizar á un autor.

Solo con lo que se ha escrito sobre esta joyeta lírica, bastaría á formarse un libro. Justamente ha poco tiempo, un joven poeta, Juan B. Delgado, resumía en ameno capítulo la historia del diáfano y maravilloso madrigal, y como esas páginas son instructivas, os las reproduzco á guisa de comento. Dicen así :

ALGO SOBRE UN MADRIGAL.

A Emilio Rodriguez.

Gutierre de Cetina, el eximio poeta sevillano que floreció á principios del siglo XVI, enriqueció la lírica española con una serie de composiciones de tono y sabor anacreónticos, celebradas, entre otros notables escritores, por Argote, Saavedra, Fajardo, Góngora y Lope de Vega.

De sonetos, canciones y madrigales, consta principalmente la breve, pero fecunda labor del *Anacreonte ibérico*. Y decimos principalmente, porque también dió á luz un poema sobre *la Restauración de España* y un *Discurso sobre la Poesía castellana*.

Juzgamos pertinente hablar, siquier sea de paso, de este poeta, soldado y sacerdote, — que las tres cosas fué, — en cuyo blasón deberían resplandecer la lira, la espada y la cruz.

Gutierre de Cetina fué discípulo del dulce Garcilaso, un partidario de la escuela italiana, por lo cual trabajó fructuosamente en la restauración de nuesta Poesía, valiéndose de las nuevas formas admitidas por la escuela citada.

¿Qué caracteriza las composiciones de tan preclaro ingenio? Dulzura, delicadeza y armonía encantadoras. En todas las que conocemos palpita un sentimiento asaz pronunciado, una precisión maravillosa en el desarrollo del mismo, gran armonía y elegancia en la forma. Y siempre un estilo gracioso y una expresión tierna; siempre, como los afectos que las inspiran, dulces y delicadas sus cántigas.

Es seguramente por lo que la Academia Española ha incluído el nombre de este escritor en el *Catálogo de las autoridades de la lengua* y por lo que Rivadeneira ha insertado en la *Biblioteca de Autores Españoles*, cuarenta sonetos, cuatro madrigales, cinco canciones y dos epístolas del numen á que aludimos.

Pero el canto por el que más se conoce al celebérrimo vate, es el madrigal que tiene por *ritornello* : *ojos claros, serenos*; acaso el más hermoso que existe en español : es el tipo de los madrigales, pues que en pocos versos encierra un poema de galantería, un sentimiento profundo y delicado. Es superior éste al de Luis Martín : *Iba cogiendo flores*..... al de Pedro de Quirós : *Tórtola amante, que en el roble moras*.... y al flamante de Luis G. Urbina : *Era un cautivo beso enamorado*....

Debemos convenir, empero, en que Urbina estuvo atinado : logró asir la mariposilla de que habla Martínez de la Rosa, tratando de las dificultades que ofrece el madrigal, sin arrancarle de las alas ni un átomo de oro.

Apenas si hay florilegio ó texto de literatura que no tenga el madrigal que celebró los *ojos claros y serenos* que hirieron al poeta. Los pocos versos de que consta la loa, bastarían para darle la reputación que justamente ha adquirido. Por esa sola composición, un su contemporáneo, don Baltasar del Alcázar, lo felicitó en rotundo soneto.

No ha mucho, Amado Nervo, poeta y diplomático nuestro, en alabanza de unos ojos, dijo :

> Tus ojos, clara piscina
> donde abreva el ideal;
> tu mirada, un madrigal
> de Gutierre de Cetina.

Y Manuel José Othón, en su « Ultimo Capítulo », comedia estrenada con motivo de la celebración del tercer aniversario secular del Quijote, pone en labios del mismo Gutierre de Cetina la melíflua producción.

El viejo cuanto bellísimo madrigal ha inmortalizado, pues, á su autor; se le cita á menudo como modelo de gaya poesía.

Desgraciadamente si Gutierre de Cetina volviera á la vida desconocería su obra, pues que ha sido alterada por manos profanas. De distinto modo circula por doquiera. Verdad es que su fondo es el mismo; pero su forma ha cambiado. Ved si no cómo nos lo dan á conocer algunos escritores :

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿ Porqué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis á aquel que os mira,
Porque no parezcáis menos hermosos,
¿ Por qué á mí sólo me miráis con ira?
¡ Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así miráis, miradme al menos.

MANUEL J. OTHON.

Ojos claros, serenos,
Que de un dulce mirar sois alabados
¿ Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis á quien os mira,
Por qué á mí sólo me miráis con ira?
¡ Oh tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

ROQUE BARCIA,
y casi del mismo modo, A. GIL DE ZÁRATE.

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿ Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis á quien os mira
¿ Por qué á mi sólo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos.
Ya que así me miráis, miradme al menos.

R. GARZA CANTU.

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿ Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos
Más bellos parecéis á aquel que os mira
No me miréis con ira,
Porque no parezcáis menos hermosos,
¡ Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

CÓDICE *de Don José M. de Alba*

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿ Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos,
Más bellos parecéis á quien os mira,
¿ Por qué á mí sólo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

SEDANO. *Parnaso Español*

Y seguiríamos. ¿Cuál será, pues, el menos alterado de los preinsertos? Imposible saberlo. Vive la idea, el fondo principal de la obra, el vino añejo y dulce que nos embriaga de poesía, y poco importa que el vaso de la forma esté un tanto desportillado.

Y ahora pongamos remate á estas líneas, reproduciendo un olvidado madrigal del mismo autor:

Cubrir los bellos ojos
con la mano que ya me tiene muerto
cautela fué por cierto;
que así doblar pensasteis mis enojos.
Pero de tal cautela
harto mayor ha sido el bien que el daño:
que el resplandor extraño
del sol, se puede ver mientras se cela.
Así que aunque pensasteis
cubrir vuestra beldad única, inmensa,
yo os perdono la ofensa,
pues, cubiertos, mejor verlos dejasteis.

¡Oh! excelso Gutierre de Cetina, asombro y pasmo de las letras españolas! La tierra mejicana que tuvo la dicha de hospedarte, debe haberse estremecido de gozo á tu paso. Sol de almos resplandores, si en otros días tuviste un orto glorioso hogaño fulges en un cenit de oro: no has tenido aún ocaso para bien y regocijo del Arte.

JUAN B. DELGADO.

Para concluir.

Claro, lectores amigos, amigas lectoras, que si se me ocurriese deciros que con otra lecturita, humorística por más señas, voy á dar remate á la 5ª parte de este libro, la cual ha versado sobre « El Amor », exclamaríais: Pero y porqué esta injusticia! Porqué una *quinta parte* tan corta!

Amigas mías, el objeto de estas lecturas no ha sido precisamente hablaros del amor. El habrá de presentarse un día en el camino, sin que lo llaméis...

Y luego que aún nos faltan para llenar nuestro libro tantas cosas bellas!

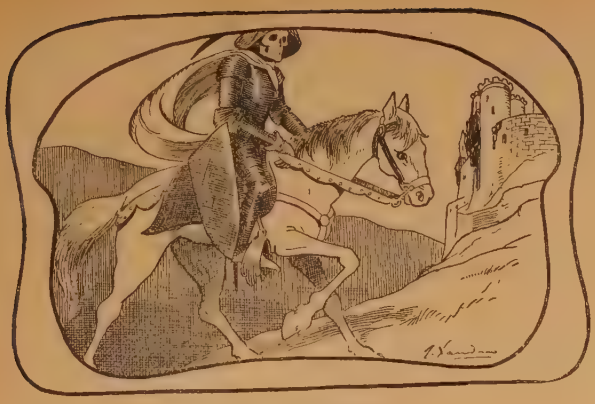
Pongamos pues aquí un punto (color de rosa si os place así), en a 5ª sección de nuestras lecturas, reproduciendo la donosa, la

socarrona canción del viejo Baltasar de Alcázar y abriendo así un paréntesis de sonrisas entre la 5ª y la 6ª parte del libro, es decir entre *el Amor*... y la Muerte!

8. — Canción.

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazón :
La bella Inés, el jamón
Y berenjenas con queso.
Esta Inés, amantes, es
Quien tuvo en mí tal poder
Que me hizo aborrecer
Todo lo que no era Inés.
Trájome un año sin seso,
Hasta que en una ocasión
Me dió á merendar jamón
Y berenjenas con queso.
Fué de Inés la primer palma,
Pero ya júzgase mal
Entre todos ellos cuál
Tiene más parte en mi alma.
En gusto, medida y peso
No le hallo distinción :
Ya quiero Inés, ya jamón,
Ya berenjenas con queso.
Alega Inés su beldad,
El jamón que es de Aracena,
El queso y la berenjena
La española antigüedad.
Y está tan en fiel el peso,
Que juzgado sin pasión,
Todo es uno : Inés, jamón
Y berenjenas con queso,
A lo menos este trato
Destos mis nuevos amores
Hará que Inés sus favores
Me los venda más barato,
Pues tendrá por contrapeso,
Si no hiciere la razón,
Una lonja de jamón
Y berenjenas con queso.

BALTASAR DE ALCÁZAR.



6ª PARTE

LA MUERTE

La Muerte, inevitable desenlace de todas las encontradas actividades del hombre, fin de los fines mundanos; suprema ennoblecedora, suprema tranquilizadora, suprema embellecedora, tiene una pálida, una dulce y apacible hermosura, que ha inspirado á los pensadores páginas muy sinceras, muy hondas, muy llenas de dignidad y de unción, algunas de las cuales reproduciremos ahora.

La Muerte es la razón y la explicación de la vida. De tal suerte habremos de vivir que no la temamos nunca, que la amemos siempre, que la esperemos serena y confiadamente, como á una definitiva Reveladora, como á una definitiva dispensadora de Reposo!

Ojalá que la noble melancolía de las páginas que vais á leer, os afirme en estas ideas y en estos sentimientos.

1. — El caballero de la Muerte.

Eso que estás esperando
día y noche y nunca viene,
eso que siempre te falta
mientras vives, es la muerte.

AUGUSTO FERRAN.

I

Apoyada en la vitral
Margarita, la cuitada;
pesares de enamorada
canta con voz de cristal.

Y su voz dice la pena
que amarga sus verdes años.
« Tiene los ojos castaños
y dorada la melena.
Suya es esa voz que suena
llorosa, en la lejanía. »
Nada se oía
Sólo la fuente riente
decía su serenata.
Sólo la risa de plata
de la fuente.

II

La niña en su triste suerte
recuerda la despedida.
« Te amaré toda la vida.....
¡y hasta después de la muerte!
Ven caballero Ideal:
ven, romero del Amor,
ven á curar mi dolor
con tu mejor madrigal.
Suya es la voz de cristal
que suena en la lejanía ».
Nada se oía.
Sólo en el clave cercano
sonó una nota perdida....
Sólo el alma dolorida
del piano.

III

La niña, al amor rendida,
sigue sus sueños urdiendo,
sigue tejiendo, tejiendo....
y lo que teje es su vida.
« Ya viene mi bien amado
con su melena de oro;
ya escucho el paso sonoro
de su caballo nevado! »
Su corazón la ha burlado.
Nada, allá, en la lejanía
se veía.

La luna fingía una
quimera, en el bosque umbroso.
Sólo el rostro milagroso
de la luna.

IV

« Ya estoy aquí, Margarita »,
— dijo el pálido enlutado
« Yo soy el enamorado
que nunca falta á la cita.
Ya sus mejillas ajadas
tienen tonos sepulcrales,
y sus manos ideales
están mustias y cruzadas.
Suenan lentas campanadas
que lloran en lejanía
una elegía
No vino el blando romero
de amor, á endulzar su suerte.
Sólo llegó el Caballero
de la Muerte.

EMILIO CARRERE.

Pienso que esta poesía sería buen nexo entre la 5ª y la 6ª parte del libro, porque en ella triunfan las dos grandes realidades del mundo : *el Amor* y *la Muerte*.

Por eso os la doy como primera lectura de la Lección 6ª.

A mí me place el espíritu triste de balada antigua, que la satura.

2. — La llegada de la muerte.

La recámara irradiaba. El mediodía la llenaba de calor y de luz. Cerca del lecho, y sobre una mesita dispuesta como altar y cubierta por un lienzo, dos cirios ardían y sus llamas palpitaban en el día de oro. El silencio de una plegaria, entrecortada por sollozos dejaba oír detrás de la puerta los pesados pasos de un cura campesino que se alejaba. Luego todo calló, y las lágrimas. de golpe, se detuvieron en derredor de la moribunda, suspendida por un milagro de la agonía.

En algunos minutos la enfermedad, los signos de la ansiedad y el sufrimiento se habían borrado sobre el rostro enflaquecido de René, reemplazados por una belleza de éxtasis y de calma suprema, ante la cual su padre, su madre y su amigo, habían caído de rodillas. La dulzura y la paz de un arrobamiento, habían descendido sobre ella. Un ensueño parecía reclinar dulcemente la cabeza sobre los almohadones. Sus ojos, enteramente abiertos y vueltos hacia lo alto, parecían llenarse de infinito; su mirada, poco á poco, tomaba la fijeza de las cosas eternas.

De todas sus facciones se levantaba algo como una aspiración de bienaventuranza. Un resto de vida, un último soplo temblaba al borde de su boca adormida, entreabierta y sonriente; su color se había puesto blanca. Una palidez argentaba su piel y daba á su frente un mate resplandor. Se hubiera dicho que tocaba ya con la cabeza otra luz que la nuestra; la muerte se aproximaba á ella como una claridad.

Era la transfiguración de esas enfermedades cardíacas que amortajan á las moribundas en la belleza de su alma y arrebatan para el cielo el rostro de las muertas jóvenes.

ED. Y J. DE GONCOURT.

A pesar de ser ajenas estas líneas (ya que nos hemos propuesto fijar solo en nuestro libro el pensamiento hispano-americano), son de una belleza tal que caemos en la tentación de reproducirlas. Conocemos suficientemente á nuestros lectores para prometernos que habrán de perdonárnoslo.

3. — Muertos.

En los húmedos bosques, en Otoño,
al llegar de los fríos, cuando rojas
vuelan sobre los musgos y las ramas
en torbellino las marchitas hojas,
la niebla al extenderse en el vacío
le da al paisaje mustio un tono incierto
y el follaje do huyó la savia ardiente
tiene un adiós para el verano muerto,
y un color opaco y triste
como el recuerdo borroso
de lo que fué y ya no existe.

En los antiguos cuartos hay armarios
que en el rincón más íntimo y discreto
de pasadas locuras y pasiones
guardan, con un aroma de secreto,
viejas cartas de amor, ya desteñidas,
que obligan á evocar tiempos mejores,
y ramilletes negros y marchitos
que son como cadáveres de flores,
¡y tienen un olor triste
como el recuerdo borroso
de lo que fué y ya no existe!
Y en las almas amantes, cuando piensan
en perdidos afectos y ternuras,
que de la soledad de ignotos días
no vendrán á endulzar horas futuras,
hay el hondo cansancio que en la lucha
acaba de matar á los heridos,
vago como el color del bosque mustio,
como el olor de los perfumes idos,
¡y el cansancio aquel es triste
como un recuerdo borroso
de lo que fué y ya no existe!

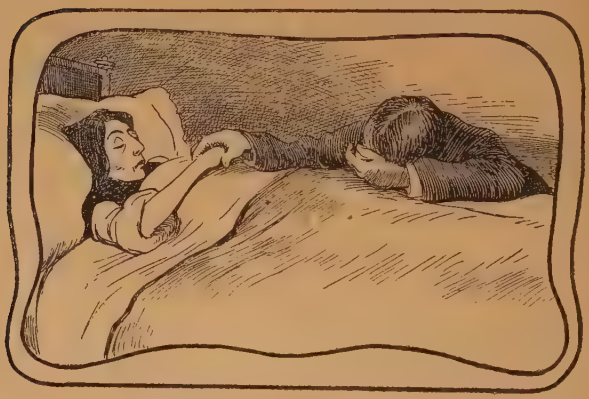
José Asunción Silva.

Ese estribillo... *triste, como el recuerdo borroso de lo que fué y ya no existe*, sencillo como es, tiene el don, con su melancolía monótona, de dar á su composición un carácter, un sello, admirables. En toda ella, hay una vaga angustia de día de difuntos y esa sorprendente penetración del alma de las cosas, que tiene Asunción Silva.

4. — ¿Cuál sería?

¡Se fué del mundo sin decirme nada!
Cesaron de su pecho los latidos,
sin que su voz llegase á mis oídos,
triste, como una antífona sagrada.
En su alcoba, revuelta y enlutada,
quedaron sus recuerdos esparcidos
como quedan las plumas en los nidos
si el ábrego sacude la enramada.

Dios, para quien no existe un solo arcano,
únicamente contestar podría
esta pregunta, que formulo en vano :



— ¿Su último pensamiento cuál sería
cuando, muriendo, me apretó la mano
y cruzó su mirada con la mía?

BONIFACIO BYRNE.

Qué angustiosa y, digámoslo, qué bella enterrogación? Qué decía aquella opresión postrera de la mano, qué decía aquella postrera mirada! Los muertos, amigos míos, se llevan muchos secretos, y muchas veces lo mejor de la vida es lo que se calla. Cuál será mi último artículo? decía Gutiérrez Nájera. Y se preguntaba después : ¿Cuál será mi más bello artículo? Mi más bello artículo será aquel que no escribiré jamás? »

Perdonad que para concluir, os haga notar en esta hermosa composición de Byrne, que es, como acaso lo sabréis, un eminente poeta cubano, la imagen, muy lograda, con que termina el segundo cuarteto :

quedaron sus recuerdos esparcidos
como quedan las plumas en los nidos
si el ábrego sacude la enramada.

5. — Remember.

Hubo en su dulce semblante, aquello
Que vive poco, que ya se va;
Ojos azules que reflejaban
Lo misterioso, la inmensidad.

En sus mejillas el terciopelo
De los geranios al despuntar,
Labios de grana que le envidiaban
Las amapolas del florestal...

La estoy mirando : su esbelto talle
Como la garza que va á volar,
Sus manecitas sobre su pecho
Que suspiraba por lo inmortal...

Y aquellos labios que me decían;
«¿ Por qué te alejas, por qué te vas? »
Y aquellos ojos que me miraban
Del alma al fondo y aun más allá...

Hoy, esos labios se han marchitado;
Hoy, esos ojos sin vida están...
¡Ay! esos seres, todo cariño;
¿ Por qué se mueren, por qué se van?

Franz Cosmes no ha querido distinguirse precisamente por los versos : ha sido, ante todo, sobre todo, un escritor, un polemista. Sin embargo sería difícil encontrar entre los versos de nuestros poetas del 50 al 80, en esos treinta años sentimentales por excelencia en poesía, algo de una melancolía tan ingenua, de una ingenuidad tan embelesadora y honda.

6. — Contraste.

Una de las cosas más alegres que he visto jamás era un ciprés de cementerio.

Había dos en el osario : uno, el ciprés triste, un ciprés cadáver, flaco, descarnado, nervioso, tan viejo y débil, que cuando el aura le movía parecía como si temblase, y

cuando llovía dijérase talmente que lloraba; y el otro, alegre, espeso, de terciopelo vestido, ufano y vírgen, todo él modelado, tierno y siempre lleno de verdor.

Pero lo que le hacía ser alegre era el enjambre de pajarillos que dormían en sus brazos y allí anidaban y vivían. Parecía un árbol con palabra y canciones entre aquella quietud; una casa de vecindad cercana á los nichos; una escuela llena de gritos y de risadas.

Todo el santo día, yendo y viniendo, bajaban, subían, iban de visita, se holgaban, reñían, se llevaban las noticias

del lugar donde había panizo y no había cazadores, volcaban las criaturas, les lavaban las patas y les enseñaban gimnasia; reían, lloraban, y se contaban sus vacilaciones; todo el día era un tejemaneje de pelliscos, de besos y de picotazos; de subir briznas de paja para mullir los cojines, de meter la cabeza so el ala y espantar las lagartijas.

Al atardecer aumenta la algazara para disputarse una ramita: había una furia de gritos para lograr un toldo de hojas, un guirigay para conseguir una alcoba; y después, una vez persignados los pequeños entre los nidos de las ramas y rezada la oración, el árbol se queda dormido entre los fuegos fatuos que corrían.

¡Oh, árbol alegre! En ningún lugar estaban tan seguros como bajo aquel dosel de dulzura; en ninguno tan respetados por los hombres como en el mismo osario; en ninguno tan contentos como entre aquella paz poblada;

siempre ellos con ellos: siempre con los suyos; siempre llenando la soledad con su festiva alegría.

Hasta cuando llevaban un muerto subía del ciprés un vuelo de vida.

SANTIAGO RUSIÑOL.

Qué saben los pájaros de la muerte! Qué sabe el ala de la tumba, de la prisión, del encierro definitivos! Y luego son los muertos tan buenos amigos. Son tan piadosos! Sin duda que las almas y las alas vivian allí juntas en los cipreses.

Es Rusiñol, lectoras, un verdadero ruiseñor provenzal y todo un artista.

7. — Duerme.

— No duermas, suplicante me decía,
escúchame..., despierta. —
Cuando haciendo cojín de su regazo,
soñándome besarla, me dormía.

Más tarde ¡horror! En convulsivo abrazo
la oprimí al corazón.... rígida, y yerta!
En vano la besé — no sonreía;
en vano la llamaba — no me oía;
la llamo en su sepulcro y no despierta!

JORGE ISAACS.

Quién no conoce estos versos de Jorge Isaacs, quizá los únicos aceptables que haya hecho el bien amado autor de María.

Era él poeta, más cuando desgranaba en prosas ingenuas la tristeza de su primer amor, que en esas líneas cortas que sin mucha conviccion salian más de su pluma que de su alma.

8. — Balada.

Llamaron quedo, muy quedo
á las puertas de la casa.

— ¿Será algún sueño — le dije —
que viene á alegrar tu alma?

— ¡Quizás! contestó riendo....
Su risa y su voz soñaban.

Volvieron á llamar quedo
A las puertas de la casa....

— Será el amor?.... — grité pálido,
llenos los ojos de lágrimas...

— Acaso — dijo mirándome...
Su voz de pasión temblaba...

Llamaron quedo, muy quedo
á las puertas de la casa.

—¿ Será la Muerte? — le dije.
Ella no me dijo nada....

Y se quedó inmóvil, rígida,
sobre la blanca almohada,
las manos como la cera
y las mejillas muy pálidas.

FRANCISCO VILLAESPESA

9. — Aniversario.

(TRADUCCIÓN DE GUILLERMO VALENCIA)

Hermana, toma el cántaro
de tierra gris:
no olvides la costumbre, y vente luego
en pos de mí.

Hoy ha siete veranos que lo vimos:
recuerda..... En tanto
que El hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros!

Después..... un mismo día,
nuestros novios perdimos. Hoy, hermana,
iremos á buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya.
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris.....

STEFAN GEORGE.

Por admirable, copio esta composición aunque no es de autor español ó hispano-americano. La versión vale tanto como el original. Es un verdadero original, saturado de la misma noble tristeza que impregna la poesía. La vertió al castellano Guillermo Valencia.

10. — Décima.

Esa seda que rebaja
tus procederes cristianos,
obra fué de los gusanos
que labraron su mortaja.
También en la región baja
la tuya han de devorar.
¿De qué te puedes jactar
ni en qué tus glorias consisten

si unos gusanos te visten
y otros te han de desnudar?

CALDERÓN DE LA BARCA.

Para qué comentar estos versos? No son calderonianos por excelencia, en la austeridad, en el énfasis, en el final sobre todo? Aprendedlos de memoria.

11. — La isla de la Muerte.

¿En qué país de Ensueño, en qué fúnebre país de Ensueño está la isla Somoria? Es en un lejano lugar donde reina el silencio. El agua no tiene una sola voz en su cristal ni el viento en sus leves soplos, ni los negros árboles mortuorios, que semejan, agrupados y silenciosos, monjes fantasmas.

Cavadas en las volcánicas rocas, mordidas y rajadas por el tiempo, se ven, á modo de nichos obscuros, las bocas de las criptas, en donde bajo el misterioso y taciturno cielo duermen los muertos. La lámina especular de abajo refleja los muros de ese solitario palacio de lo desconocido.

Se acerca en su barca de duelo un mudo enterrador, como en el poema de Tennyson. ¿Qué pálida Princesa difunta es conducida á la isla de la Muerte? ¿Qué Elena, qué Ofelia, qué adorada Yolanda? ¡Cuánto suave en tono menor, cuánto de vaga melodía y de desolación profunda! Acaso el silencio fuese interrumpido por un errante sollozo, por un suspiro, acaso una visión envuelta en un velo como de nieve....

Allí es donde comienza la posesión de Psiquis; en esa negrura en donde verás quizá brotar, pobre soñador, de la obscura larva las alas esplendorosas de Hipsila. ¡Oh Boeklin! Va la reina Betsabé, pálida. Va también con un manto de duelo la esposa de Mausoleo, que pone cenizas en el vino. Va Venus, sobre su concha tirada por blancas palomas, por ver si vaga gimiendo la sombra de Adonis. Va la tropa imperial de las soberbias porfirogénitas que amaron el Amor al mismo tiempo que la muerte. Y va en un esquife divino, con un arcángel por timonel, la Virgen María, herido el pecho por los siete puñales.

RUBÉN DARIO.

¿Habéis visto ese admirable cuadro de Böcklin que se llama *Die Insel der Foten*? La Isla de los muertos? Es una esquiva isla de rocas, erizada en cantiles semicirculares, que cobijan á enormes cipreses. Una triste escalinata le dá acceso. En la roca misma están talladas con sobriedad egipcia de líneas, las habitaciones de los muertos. Un barquero conduce en una barca negra á una sombra blanca... Van á arribar á la isla esquiva y muda bajo un cielo plomizo, sobre un mar inmutable.

Y se desprende tal fúnebre encanto de esa isla, hay en ella una melancolía tan dominadora... que vienen ganas de ir en la barca, con la sombra blanca á morar bajo los cipreses...

Visiblemente Darío tenía enfrente el cuadro ó lo recordaba con viveza. Leed su Isla de la Muerte mirando *Die Insel der Foten*.

12. — Deshielo.

Nunca mayor quietud se vió en la muerte;
ni frío más glacial que el de esa mano
que tú alargaste al expirar, en vano!
y que cayó en las sábanas, inerte!

¡Ah... yo no estaba allí! Mi aciaga suerte,
no quiso que en el trance soberano,
cuando tú entrabas en el hondo arcano,
yo pudiera estrecharte... y retenerte!

Al llegar, me atrajeron tus despojos;
cogí esa mano espiritual y breve
y la junté á mis labios y á mis ojos!....

Y en ella, al ver, mi llanto que corría,
pensé que aquella mano, hecha de nieve,
de mi boca al calor... se derretía!

JULIO FLOREZ.

Es este soneto un verdadero madrigal fúnebre; tiene cierta efusión, cierta gracia, cierta hipérbole quizá ligeramente retóricas, pero angustiosas, que placen. Por lo de más demasiado demarcado, sonoro y redondo como todos los versos de Florez.

13. — La Opinión.

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decía,
viendo el féretro pasar :
Un clérigo. — Empiece el canto.
El doctor. — ¡Cesó el sufrir!
El padre. — ¡Me ahoga el llanto!

La madre. — ¡Quiero morir!
Un muchacho. — ¡Qué adornada!
Un joven. — ¡Era muy bella!
Una moza. — ¡Desgraciada!
Una vieja. — ¡Feliz ella!
— ¡Duerme en paz¡ — dicen los buenos.
— ¡Adiós! — dicen los demás.
Un filósofo. — ¡Uno menos!
Un poeta. — ¡Un ángel más!

R. DE CAMPOAMOR.

Os acordáis? Quién no se sabe esto de memoria! Delicioso y viejo epigrama, rociado de esa amable ironía, de ese ligero escepticismo filosófico del gran poeta! Yo me sé de memoria esa *Opinión*.

14. — Balada de Ultratumba.

Murió su amada y con el alma herida
Por la terrible ausencia,
La amortajó poniendo entre sus manos
Un ramo de azucenas.

Él mismo la condujo al cementerio,
Y en una tumba nueva,
Su corazón y sus pasadas dichas
Allí enterró con ella.

Y todo lo dejó! solo en el alma
Se llevaba la pena,
La amargura infinita del que llora,
La soledad inmensa.

Diez noches en la cámara mortuoria
Pasó solo y en vela
Y á la undécima, en horas avanzadas,
Llamaron á su puerta.

— ¿Quién á turbar mi religioso llanto
Y mi dolor se acerca?
— Yo, que la paz no gozo de la tumba,
Su amada le contesta.

Y se adelanta á abrir — Aquí me tienes,
— Le dice la doncella —
Tu dolor me levanta del sepulcro,
Tus lágrimas me queman!

Él permanece mudo, y ella entonces
Como visión de nieblas,
Con la mirada en él, viéndolo siempre
Silenciosa se aleja.

La sigue, y alumbrados por la luna
La llanura atraviesan,
Ella delante de él, como una sombra,
En su mortaja envuelta.

Y llegan del lejano cementerio
Ante la obscura verja
Que se abre, y en el campo de las tumbas
Los amantes penetran.

Los cipreses sus sombras recortadas
Arrastran en la tierra,
La blancura apagando de los mármoles
Con una mancha negra.

Ante el sepulcro nuevo, se detiene
La virgen, y se sientan,
Y ella le dice al escuchar un eco
Que doloroso suena :

— ¿No escuchas? es el canto de los gallos,
Obscuros centinelas,
Que de las horas la pesada marcha
En el silencio velan. —

— Es preciso partir, voy á la sombra;
Allí el olvido reina,
Y la humedad devora los tejidos,
Y los huesos se hielan.

Ven á dormir conmigo en esta fosa
Que tu pasión encierra;
La vida de la tumba es tan tranquila!
Sunoc hetan eterna —

Y vió surgir la palidez marmórea
Sobre su faz serena,
Y de sus ojos apagarse el fuego
En las obscuras cuencas.

Sintió los brazos de su amada asirse
A su garganta seca,
Y un beso que en su boca le clavaban
Los labios de la muerta.

Caer sintióse en pavoroso vértigo
Al fondo de la huesa,
Y cerrar aquel tálamo sombrío
La lápida de piedra.

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

Manuel Larrañaga Portugal ha sido uno de los poetas más ardorosos, más vivaces, más inspirados de esa juventúd que floreció casi paralelamente á Gutiérrez Nájera y de la cual este grande y delicado artista muerto en flor era como el porta-estandarte. Gotas de iris se llamaba un pequeño tomo de sonetos que cantaban todos los colores y todos los matices. Era un haz herediano de poesía fresca y virgen, de Larrañaga, que Gutiérrez Nájera elogió mucho. Vinieron después composiciones en que se revelaba una musa nueva, altiva y libre. Y un día Larrañaga que había nacido para la clara y alada independencia del espacio, se casó. Desde entonces calló la musa... Pero yo sé que volverá al canto.

La balada de ultratumba es de una sencilla y fúnebre belleza.

15. — Hacia arriba....!

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Cuando la hora muda
y vestida de fúnebres crespones,
desfilar haga ante mis turbios ojos
sus fantasmas inciertos,
sus pálidas visiones....
¡Oh voces silenciosas de los muertos!

En la hora que aterra.
no me llaméis hacia el pasado oscuro,
donde el camino de la vida cruza
los valles de la tierra.
¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Llamadme hacia la altura,
donde el camino de los astros corta
la « gélida negrura »;
hacia la playa donde el alma arriba;
llamadme entonces, voces silenciosas,
hacia arriba.... ¡Hacia arriba!

J. Asunción Silva (Colombiano).

Qué queréis! Yo soy un impenitente amigo de Asunción Silva. No puedo evitar el reproducirle! Me lo perdonáis? Por otra parte cómo suprimir este grito de entusiasmo que sale de la tumba, este *Sursum corda* que entona la muerte? « Hacia arriba! Hacia arriba! »

7ª PARTE

ESTADOS DE ALMA

1. — Las que se van.

A los zamarreados con alguna dureza por el infortunio, este helado final del otoño suele inspirarles verdadera angustia. Es la época de los presentimientos medrosos, de los ratos de congoja, de las tristezas inexplicadas; es la época en que más despojos humanos abonan la tierra. Los jóvenes consumidos por la tisis emprenden el misterioso viaje; los que les ven partir, envejecen....

¡Ah, las pobres enfermitas que ayer todavía soñaban!... El verano, con sus noches serenas, con sus ruidos callejeros, con sus rosas y sus brisas, se fué, y ya no pasean alegres á la sombra de las acacias, ni atraviesan lagos de sol, ni duermen con los balcones abiertos, ni ven, al despertar, el fulgor lechoso de las estrellas.

En las alcobas, el aire enrarecido ahuyenta al sueño, y la vigilia, con sus monstruosas larvas, engendra ideas melancólicas. Fingiendo dormir, para engañar la vigilancia inquieta de las madres, se piensa en los ausentes, se evocan tiempos pasados, y una minucia, el recuerdo de

un caserío abandonado donde había graneros obscuros, ó el de una jira en una tarde luminosa, ó el de un álamo en cuyo ramaje hablaba el viento — « gen... til, a... zul, le... brel » — oprime el corazón, y entonces, en la albura de los puros lechos virginales, estallan súbitos esos llantos inconsolables, entre los que parece morir ahogada la esperanza, y los sollozos cortan esas frases calcinadas por la amargura suprema, que nos hieren como lanzazos.

La historia, siempre la misma, puede contarse pronunciando una sola palabra : miseria. La miseria hirió bárbaramente á esas burguesitas, y la miseria, privándolas de alas, impide que puedan prolongar su vida. « Es preciso llevársela — ordena el médico. — Necesita aire, sol. » Pero, ¿cómo realizar el viaje? La enferma suspira con mansa tristeza. ¿A dónde ir? Ella huiría del frío, siguiendo al sol como una golondrina, en busca de países templados, si las aves humanas pudieran caminar sin dinero... Y ante la fatalidad, se resigna.

Su casa es un poco sombría. El padre, militar, empleado, labrador, gana unas pesetas al mes, ó las pide á la usura. La madre administra los fondos y economiza haciendo terribles equilibrios. El hermano pequeño no tiene botas con suelas, ni calzones sin agujeros, ni camisas sin calandrajos; y el jefe de la familia viendo las suyas pasadas, y sus trajes zurcidos, se limita á encomendarse á la mujer esperando de su actividad y de sus dotes administrativas un milagroso remedio.... La existencia no es muy dulce. Se come y se duerme mal, se trabaja mucho.... Y la condenada, amustiándose, asfixiada por el ambiente de áspera pobreza que la envuelve, va languideciendo poco á poco.

¡Es tan horrendo el martirio de vegetar, aprisionados por la debilidad propia!... Cuando, en los momentos de valentía, las fuerzas no obedecen al ánimo, el ánimo desmaya, y si lo que nos rodea nos desalienta, la voluntad, rota, nos abandona, y sólo conservamos vigor para agrandar con el pensamiento nuestra desdicha. Y así, ellas, después de una traición de sus músculos, al subir jadeantes, sin haber pisado la arena del paseo, los escalones que bajaron tan animosas, sienten en sus mejillas el aleteo de la muerte. « ¡Ay, no saldré más! » La casa, sin las voces de los hombres — que están trabajando — hundida en el silencio, invita á las meditaciones tristes. El piso cruje largamente, la escalera gime, una puerta

rechina, un cristal mal sujeto tintinea al paso de un camión, la olla hierve gruñendo... Luego, un finísimo ventecillo que empuja tozudo una cárdena nube, llega, abatiendo hojas, y empieza á chispear. Las campanas tañen enronquecidas; diríase que sus gritos, no queriendo mojarse, en cuanto han recorrido diez metros entre la lluvia, retornan frioleros al campanario. El bronce quéjase en un gañido agudo, largo y lacrimoso, que recuerda horas lúgubres pasadas en el rincón húmedo de una iglesia, rumiando oraciones ante una imagen fría, mientras un clérigo, cuyo rostro pajizo se destaca sobre la nitidez del roquete, truena contra la impiedad, y una tos sonora se mece en el espacio y choca en los ventanales y en las paredes, y se estrella en el techo, y vuelve á mecerse y á chocar y á estrellarse como un pájaro ciego.

Y estas imaginaciones hacen que en el pecho de la tísica se desprenda algo, que si no es la vida misma es el hilillo tenue que la sujeta — el hilo de luz, torcido por la fe — y entonces no hay llanto que libre al corazón de esa bárbara amargura de no poder afirmar la existencia, cambiando las leyes naturales, imponiendo en el mundo una eterna primavera, obligando al sol á conservar la greña roja de Mayo, y á los árboles á pimpollecer, y á los rosales á dar flores.

No; la naturaleza, impasible, hará que se sucedan las estaciones, y tras las rubias mañanas de Abril, vendrán las rucias de Octubre, y las blancas de Enero, y las bermejas de Agosto; y las brisas primaverales y las calmas veraniegas serán sustituidas por los traidores remusguillos del otoño y los fieros temporales invernizos.

Las que se van, las pobres enfermitas que ayer todavía soñaban, inocentes y crédulas, tal vez confíen en el milagro... Viento, no las tronches; lluvia, no las dejes sin luz; frío, no las muerdas... Sed piadosos; dejad que florezca en sus almas el capullo de una ilusión y que se encienda por última vez en sus cerebros el mágico farolillo de la esperanza.

J. López Pinillos.

Pobres enfermitas que se mueren de frío! Pobres golondrinas, que no pudiendo emigrar á los países del sol, emigran á un país más lejano, más lejano... desconocido, harto desconocido! Pero donde hay sol siempre! Donde ni nubes lo opacan ni brumas lo tamizan, ni noches lo interrumpen.

Pobres enfermitas! Dulces enfermitas esas, *que se van!* Suaves criaturas á quienes la miseria niega lo único que en este mundo parecería no costar nada ya que el buen Dios lo hace lucir para todos : un rayito de sol!

Me diréis acaso que esta pensativa divagación de Pinillos cabría en la sección anterior : en la « La Muerte ». Habréis notado, lectoras mías, que he querido unir siempre con un nexo suave, imperceptible casi las várias partes de mi libro. Sea dicho esto en mi abono y encontrad buenas la explicación y la disculpa.

¿No se trata, por otra parte de un estado de alma? ¿No os asoma el sortilegio de esa prosa á los espíritus de tantas pobres niñas friolentas y desvalidas? Y no despierta ó hace nacer en vosotros mismos otro estado de alma, alimentado por una grande y noble piedad?

2. — Murria.

¡De fijo mi madre
las horas mortales llorando se pasa!
Ya sabe la pobre
que naíca en el mundo me sarva,
que me encuentro malico del pecho,
que día por día las juerzas me faltan,
que lo mesmo que luz sin aceite
poquico á poquico mi vida s' apaga....
Yo me pienso que el mal que m' acora,
más bien que en el pecho lo llevo en el alma....
por golver á mi tierra tan sólo
son toas mis ansias,
¡y d' hallarme tan lejos la murria
.... me corca y me mata....
Llévate esa copa,
no me des más agua....
Pa apagar la sequía que tengo
me tendrías que dar una jarra
d' aquellas tan limpias
que están colgaícas ebajo é las parras....
d' aquellas tan frescas
que gotica á gotica trasmanan!....
Llévate esas flores
que es mú juerte su olor y me daña!....
Pa olorcico suave,
aquel que en la güerta de toico se escapa :

d' aquellos rosales, de aquellos claveles,
d' aquellas alábegas,
d' aquellos naranjos, d' aquellos pomposos
jazmineros que visten las tapias!....
Quítame esa ropa
que el cuerpo m' abrasa!....
¡Pa ropica aquella tan asolaíca....
aquella tan blanca
c' arzaíca me tiene mi madre
en lo hondo del arca!
¡Qué dolor de caeza!
Qué se callen tós esos que cantan!
¡Pa coplicas aquellas tan durces
¡aquellas, á veces, también tan amargas:
aquellas que paecen quejíos de pena
aquellas que paecen risicas del alma!....
¡Me muero! ¡No tengo
ni gelepa siquiá de esperanza!
No es con toico y con ello la pena
que más me acobarda,
c' al fin y al remate,
quien muere descansa....
Mi dolor es morirme tan lejos....
no ver mi barraca....
no ver á mi novia....
no ver mi guitarra....
No sentir el calor de los besos
que mi madre llorando me daba!....
Yo quisiá morirme
bebiendo aquella agua...
Pué que aquellas coplicas tan durces
de este sueño mortal me espertaran....
¡pué que el olorcico de los azahares
me resucitara!....
Díles que me lleven.... díles que me lleven,
aunque llegue ya muerto á mi casa!....
c' aquella ropica
que en lo hondo del arca
arzaíca me tiene mi madre,
me la ponga siquiá de mortaja....
¡Que me abrigue mi cuerpo mi tierra....!
¡mi tierra del alma!....

VICENTE MEDINA.

Hubo aplauso unánime cuando apareció el primer libro de versos de Vicente Medina, en ese dialecto, dulce, ingenuo, infantil y triste de una de las más bellas regiones de España. Hay algunas de sus poesías sencillamente magistrales. El alma del pueblo está presa y palpitante en la malla de esos versos, en los que flota la melancolía resignada y humilde del pobre.

Después... muchos se dieron á imitarle hasta hacer odioso el género! Ley de la estupidez humana es que la caricatura haya de venir siempre tras el retrato!

3. — Desaliento.

¿Ves aquel viejo rosal
que está junto á la ventana?
Mira la rosa temprana
que al beso primaveral
abrió el cáliz virginal.
Ya el sol, su amante, la deja
y tras la torre bermeja
esconde su disco ardiente,
y ella se apoya doliente
en los hierros de la reja.

En ese mismo rosal,
cuando aún vivía mi amor,
ví yo una rosa de olor
que á la caricia estival
abrió el seno virginal....
También su amante la deja
y tras la torre bermeja
se hunde, su fuego ocultando,
y ella se muere llorando
en los hierros de la reja.

Pasan fugaces los años,
nuevos años, nuevas flores,
nueva flor, nuevos amores,
nuevo amor, nuevos engaños
y más hondos desengaños.
Sigue el sol su luminosa
carrera, y rosa tras rosa
se abre, viendo al sol salir
y muere al verle morir
tras de la torre ruinosa!

Quién pudiera rosa ser
que en naciendo se deshace
y muere allí donde nace....
¿Para qué tanto saber
y luchar, y padecer,
si al cabo en la hora postrera
cuando la muerte certera
me hiere, todo lo olvido
y sólo un sepulcro pidò
en el lugar que naciera?

ANGEL GANIVET.

Angel Ganivet fué un gran pensador, angustioso, inquietante, robusto, y un gran poeta.

Su « Idearium español », su novela « Los Trabajos del infatigable Pio Cid », sus artículos admirables de crítica, como el que se refiere á Ibsen; sus versos,... su obra toda, es joya de la literatura española.

Angel Ganivet... acaba de morir, fué su muerte hace ocho años, fué ayer! Se alejó de la vida por voluntad propia (y es este su único y gran pecado), á la edad de 33 años!

Los versos que os he reproducido son quizá los más bellos de este ideólogo desencantado y triste!

4. — Soneto.

(INÉDITO)

De que las cimas de la edad madura
Traspongo, es signo mi cabello cano
Nuncio de que el invierno está cercano
Y que á venir la muerte se apresura.
Mas quiero del otoño la dulzura
Exquisita gozar; que mi verano
No fué nunca tan tibio y tan lozano
Como este atardecer de mi ventura.
Que al sepultarse el sol de los amores,
Del alma tras las cumbres luminosas,
Deslúmbreme con fiestas de colores;
Y bellas cual ningunas y olorosas,
A sus últimos suaves resplandores
Broten y se abran mis postreras rosas.

RAFAEL DE ALBA.

He aquí un estado de alma crepuscular. He aquí, un poeta á quien la cercanía de la vejez hace saborear con una melancolía mansa y un paladar sabio ese encanto supremo que tiene la tarde que se extingue, la flor que va á enmustiarse, la estrella que se apaga...

Rafael de Alba es uno de los más cultos poetas de México, de tendencias moderadamente clásicas.

5. — En la ventana.

En tierra lejana
tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.
Desde su ventana
mi pálida hermana
pregunta al viajero
que camina triste:
— ¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero! —
Pero el pasajero
su calvario sube

y se aleja lento
dejando una nube
de polvo en el viento.
Desde su ventana,
á la luna grita
mi pálida hermana:
—¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado. —
La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina
y en el mar se apaga.
Acaso yo errante
pase, vacilante
bajo tu ventana,
y sin conocerme
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:
— Dime, peregrino,
¿has visto á mi hermano
por ese camino?

FRANCISCO VILLAESPESA.

Yo no sé si es posible expresar mejor, con más delicado y elegante acierto ese poético, ese vago ay y vano esperar de nuestras almas al inefable ó á la inefable amante soñada... que no llega nunca!

6. — La balada del invierno.

Leña, más leña; el Enero
Viene hogaño asaz impío;
Arda en el hogar el tuero
Porque me muero,
Porque me muero de frío.

¡Cuál golpea el aguacero
En los cristales, Dios mío!

La estancia es un ventisquero
Y yo me muero,
Y yo me muero de frío.

Mi antiguo sillón de cuero,
De nieve es hoy. ¡Qué vacío,
Qué soledad! Nada espero.
Es que me muero,
Es que me muero de frío.

Mas no; lo que invade entero
Mi ser ¡ ay! es el hastío!
Dentro de mi está el Enero,
Y es ese frío
El frío de que me muero.

EMILIO FERRARI.

El pensamiento de estos versos, harto vulgar es. El invierno que está en el alma como en la naturaleza... El hielo de adentro más cruel que el de afuera. Pero la forma es gentil, graciosa, con cierta sonriente agilidad que enlustrece el pensamiento.

7. — La Cartera.

PERSONAJES: { CLARA, diecinueve años. ENRIQUETA, treinta y dos.

I

CLARA. — Si te digo que no debe tardar en venir. Aguarda un instante.

ENRIQUETA. — Un instante... No te quejarás; eran las tres cuando vine...

C. — ¡Después de dos años y de tantas cosas!... Todavía no estamos en paz... Me debes muchas visitas más largas que ésta y muchas confidencias. Hoy hice yo el gasto.

E. — Era natural que lo hicieras. Hoy eres tú más rica que yo... Rica de ilusiones, de esperanzas, de amor... Yo estoy arruinada... ¡Pobre de mí!

C. — La muerte es un acreedor que no perdona. Pero te has quedado viuda... arruinada, como tú dices, tan joven, que aun puedes reponer tu caudal.

E. — Me asustan las empresas... Viviré atenida á mi viudedad : clase pasiva. (*Pausa.*) ¿Sabes que tarda mucho ese caballero y no podré esperarle?...

C. — Sí que tarda. ¿Dónde estará?

E. — ¿Dónde estará?

C. — ¿Por qué repites mi pregunta así... como preocupada, como si te hubiera dado en qué pensar?

E. — Porque era una pregunta... y nunca debe una preguntar « ¿dónde estará? » ¡Si supieras las veces que yo he preguntado eso mismo!

C. — Y yo. ¡Y lo preguntaré tantas! Como toda mujer enamorada. Minuto por minuto, quisiera yo saber en dónde está, y lo que hace y lo que piensa...

E. — No quieras saber... En amor, como en religión, el saber está muy lejos de la herejía...

C. — ¡Bah! Como yo no había de saber nada malo de Carlos...

E. — ¿Le conoces á fondo?

C. — Su corazón no tiene secretos para mí.

E. — ¡Su corazón! ¡Pobre Clara! Yo también creía que el corazón de Pepe era todo mío, que no tenía secretos para mí... ¡Qué locura! No hay corazón que no tenga algún secreto... ¿El corazón? Menos aún. No quiero asustarte, pero... ¿quieres hacer una prueba? Procura apoderarte de improviso de la cartera de tu novio; ya ves qué pequeñez, ¡la cartera de bolsillo!... ¡Qué pocos secretos pueden caber

en ella!... Pues, créeme, si quieres ser feliz, no intentes nunca registrar la cartera del hombre á quien amas...

C. — Yo creí que habías sido dichosa en tu matrimonio.

E. — Lo fui; pude serlo si no hubiera querido saber... Porque Pepe me quería, me quería mucho... cuanto podía quererme... pero la cartera... créelo, todo hombre tiene siempre un secreto en cartera.

C. — ¡Bah! Un secreto... ¿Y será tan imprudente que en la cartera?...

E. — ¡Ay! La cartera de Pepe no era de bolsillo, era un cartapacio, y lo hallé después de su muerte... Y sin embargo, me quería, me quería mucho..

II

C. — ¡Enriqueta, Enriqueta de mi alma!

E. — ¿Qué te sucede, chiquilla?

C. — ¡Todo, todo se acabó para mí! Bien decías... La cartera... ni pude abrirla; á viva fuerza me la quitó de entre las manos: consintió en marcharse sin atender á mis lágrimas ni á mis insultos... porque le insulté; sí, le insulté... y le odio.

E. — No tienes razón. Yo he sentido eso mismo que tú sientes ahora... Tú siquiera no has visto la prueba material del engaño... Hay secretos que se guardan por delicadeza más que por engaño... Pero hay secretos siempre... Haz un examen de conciencia escrupuloso, verás cómo te inclinas al perdón. ¿No tienes tú también alguna carterita?

C. — Yo no... Yo no tengo secretos para él...

E. — En cartera... palpables... ¿Y en el corazón? Mira, parece una vulgaridad lo que voy á decirte... Los hombres, son hombres; las mujeres, mujeres... Qué tontería, ¿verdad? Pues de ahí procede el que no nos entendamos. Las almas tienen sexo, y no hay duda, el alma del hombre y el alma de la mujer son tan distintas, como la tierra del mar y el mar del cielo; pueden besarse, unirse, pero no pueden confundirse. Hombres y mujeres deben respetar y perdonarse el secreto de la cartera...

C. — No, no. Yo no perdono... Le quería con toda mi alma. Si es verdad lo que dices, la vida es muy triste; no viviré en el mundo, entraré en un convento...

E. — Ya lo pensarás. Y si tú, que no quieres perdonar á

tu novio, te consagras á Dios... ¡figúrate la cartera de secretos que Dios tendrá que perdonarte para ser tu esposo!

JACINTO BENAVENTE.

Qué delicado análisis, ¿ verdad? Hombres y mujeres deben respetar y perdonarse el secreto de la cartera... ¿ Quién de nosotros no esconde algo en esa misteriosa cartera del espíritu, algo sobre todo, que no mostramos, no por vergüenza, sino por el triste convencimiento de que aun los seres más amados no podrán comprenderlo, en virtud de esos muros que separan las almas; algo que escondemos á los hombres; pero que acaso mostraríamos á Dios!

8. — En el Templo.

Bajo la hornacina de rocalla de oro,
miré tu faz blanca, tu trémulo lloro.
Tus manos cruzadas sobre el terciopelo;
mientras de las hondas penumbras del coro
los cantos sagrados volaban al cielo...
Fué en las horas grises de una tarde umbría...

Allá en las ojivas desmayaba el día
con todas las luces de la pedrería,
y de la Madona dejaba en la frente
un albor de luna, pálido y doliente...
Como el moribundo que al hospital llega
— pálido y temblando — llegué á tus altares,
con el alma henchida de cólera ciega!
¡Con mi sér nublado de inmensos pesares!
¡Oh trágica Virgen, Mater Dolorosa,
que en lago cambiaste mi alma procelosa!
Surgió la plegaria.... ¿Por qué, Madre mía?...
Llegué hasta tus plantas — Luzbel orgulloso —
hinqué la rodilla; sentí tu ternura...
¿Por qué las tinieblas de mi sér umbroso
oh triste Madona, cambiaste en luz pura?
Y en la triste iglesia desmayaba el día...
Los siete puñales sobre el terciopelo
con dulce amargura la Virgen lucía,
sus tristes miradas volaban al cielo
y místicamente su llanto corría...
¡Oh Virgen!, solloza mi voz en la sombra,
cuando el tedio empaña mi cruel agonía,
mi sér te suspira, mi labio te nombra,
y de los dolores en la eterna sombra,
en vez de quejarme, digo : ¡Madre mía!

JOSE JUAN TABLADA.

Una alma conturbada y turbulenta llega á los pies de la Mater Dolorosa y de allí se levanta vestida de resignación y de consuelo.

Esto es todo; pero los versos tienen un bello ritmo prestigioso y el vocablo viste, elegancias y suavidades que cautivan.

Otro poeta no nos hubiera acaso interesado con la piadosa trivialidad de este pensamiento. Tablada no solo nos interesa sino que en la última estrofa oramos con él y con él nos sentimos consolados.

9. — Psicología de la Babosa.

¿De dónde viene? De la cloaca. Entre las húmedas sombras y los miasmas irrespirables del intestino de Leviatan, incuban no se sabe qué gérmenes misteriosos y repug-

nantes; ahí se desenvuelven, ahí se organizan, ahí vegetan y crecen, y llegados á inconsistente madurez, pululan en enjambres de animalillos viscosos y fríos, grisientos y elásticos.

Aquellos engendros están formados de dos cosas horribles, de viscosidad, que es la materialización del horror, y de frialdad, que es la condensación en átamos del terror.

Aquello es mucho y es nada. Aquellos seres odiosos no tienen alas, ni patas, ni pico, ni garras. Por dentro casi no tienen órganos, y apenas desempeñan funciones.

¿De qué se nutren? De fango. ¿Qué respiran? Miasmas. ¿En qué se bañan? En sanies.

No están vestidos de plumas, ni de pelo, ni de escamas, ni de espinas. Algunos llevan pesadamente á cuestas un caracol en que anidan; muchos ostentan una desnudez cínica y horrible.

No vuelan como el ave ó la mariposa, no galopan como el corcel, no saltan como el gamo. Se arrastran, culebrean lenta y pesadamente, ondulantes, perezosos, inciertos y tenaces. Su testarudez vence á su lentitud, y recorren pausadamente distancias enormes en tiempos comparativamente cortos. Su viscosidad hace en ellos las veces de la agilidad. Escalan por adhesión muros á pico bruñidos y tersos; trepan por doquiera, y llegan á donde les place. Si en las cumbres del Himalaya hubiera fango, irían á buscarlo á las cumbres del Himalaya.

Pasan á través de todo, hasta por el ojo de una aguja, como el Camello de las Sagradas Escrituras. La menor hendedura, el resquicio menos perceptible; la grieta más estrecha y sinuosa, son para la babosa arcos triunfales ó peristilos de templo. Se alarga, se estira, se adelgaza como el metal en la hiladera, se escurre á través de lo capilar y de lo inperceptible.

Cosa odiosa; la alimaña es pequeña. Hay la babosa « constrictor » como hay la babosa microbio, pero los mayores monstruos de la especie son pigmeos del reino animal.

¿Para qué sirve? Para nada. El hombre saca del capullo de la mariposa la seda, del carapacho de la tortuga el carey, de ciertos moluscos el nácar y la perla, del lagarto aprovecha la piel, de las aves la pluma, del carnero la lana. Animales hay que nos nutren, otros nos prestan su fuerza

y su destreza, y nos alivian el trabajo, aquéllos nos deleitan con su canto, éstos nos adormecen con su arrullo.

La babosa no ofrece nada al hombre, ni alimento, ni atavío, ni riqueza. Nada produce, nada crea si no es otras babosas tan inútiles y tan inexplotables como ella.

¿Sirve de algo? Tal vez; pero ¡oh Desconocido! solo tú sabes para qué.

Hay más. Existen animales feroces, crueles, destructores, homicidas. El microbio que infesta, el tigre que devora, la langosta que devasta, el escorpión que aguijonea. La babosa es inofensiva; no muerde, no pica, no asesta cornadas ni zarpazos, no hace más que deslizarse y vivir.

Este ser misterioso, taciturno, inofensivo, inútil y odioso que para nada sirve, que nada hace, que ni ayuda ni daña, síntesis de todo lo soso, de todo lo repugnante y de todo lo nulo, tiene dos atributos sorprendentes, segrega plata y tiene una psicología. Esto lo complica sin quitarle su simplicidad, y hace de la babosa un ser extraordinario é insignificante, digno á la vez de desprecio y de la atención profunda y escudriñadora del pensador.

Para creer en la babosa es preciso haberla visto.

Tiene una psicología más complexa que su organismo físico, posee sensaciones, pensamientos, cálculo y voluntad, y no es extraña al sentimiento estético. Sin cerebro razona, sin oídos escucha, sin ciencia prevé y precave.

Las hemos visto acudir en enjambres, atraídas por el brillo de la luz eléctrica; pero después, al ver que sus hermanas eran exterminadas en masa, no volver á asomarse á las puertas de sus madrigueras, sino cuando están seguras de estar solas y en la obscuridad. Si para impedirles la entrada en las habitaciones se espolvorea sal en los dinteles de las puertas, la primera vez pasan sobre la sal que las mata y disuelve; pero al día siguiente esquivan la sal, dan un largo rodeo, trepan al exterior por los muros, cruzan el sardinel á vertiginosas alturas, y logran penetrar al fondo del hogar para trazar los plateados arabescos de sus huellas sobre los muebles, los tapices, los cuadros. Es su mayor placer. Para una babosa el deleite supremo es escarchar de plata un cuadro de maestro ó una tapicería de Esmirna.

Cuando tienen sus madrigueras bajo los pisos y se les ha hecho una guerra sin tregua, un observador atento puede comprobar que se abren paso entre los pavimentos

y los muros, royendo sin dientes, cavando sin garras, perforando sin herramienta, y ahí se arreglan escondites en los que, agazapadas esperan se restablezcan el silencio y la obscuridad.

Entre tanto, escuchan. No son insensibles á la música, si es lánguida y dulce. Un nocturno de Chopin, un andante de Beethoven las hacen asomar cautelosamente la cabeza y estirar el cuello, si es que lo tienen, como para oír mejor.

Lo mismo pasa con la conversación. Cuando se habla á domicilio de política, se las observa atentas y curiosas, y la crónica escandalosa parece interesarlas vivamente.

De esta insulsa y tremenda plaga estamos amenazados. La ciudad de los Palacios no está llamada, como Kingston ó San Francisco, á perecer por el terremoto, ni como Sodoma y Gomorra, por la lluvia de fuego del cielo, ni á ser devastada por hordas bárbaras, sino á morir de asfixia y de horror, bajo el deslizamiento viscoso y la plateada escarcha de esa insulsa y calamitosa plaga.

El hombre se apresta á la lucha. Nuestros parasitologistas, que han triunfado del picudo, del gusano de la naranja, de la langosta, y hasta del chahuistle, empuñan de nuevo sus espadas, embrazan sus escudos, calzan sus cascos y se aprestan al combate.

Las babosas los miran hacer, con interés, sin duda; pero sin aprensión como si estuvieran seguras de sí mismas.

DR. M. FLORES.

¿Estado de alma *la Psicología de la babosa*? diréis sorprendidos. Sí, señor, estado de alma, el estado de alma... de una babosa. En este magistral artículo del doctor Flores, la babosa en efecto tiene alma... y un alma complicada y rara.

¡Qué sabemos nosotros en suma del misterio de ciertos organismos! La vida no hace inteligentes á los seres más bellos. Hay más espíritu en el sapo que en el pececillo metálico, donaire del agua cristalina, y anida más inteligencia en el cerebro de una fea hormiga que en el de un joyante y esplendoroso pavo real.

10. — Væ soli.

Viejo, en el fondo de sombría choza,
enguirnaldada de trepante hiedra,
un ermitaño está, de faz de piedra,
junto á una sierpe que un rosal destroza.

Cuando el pesar en su interior sollloza
ó irresistible tentación lo arredra,
sólo la sierpe, que á su lado medra,
con terribles caricias lo alboroza.

¡Cuántas almas que viven solitarias
alzando á lo infinito sus plegarias,
no encuentran en sus horas de hondo duelo,

otra alma que, aunque igual á la serpiente,
les perfume el espíritu doliente
con el óleo fragante del consuelo!

JULIÁN DEL CASAL.

¡Væ soli! ¡Ay del que está solo!

Son estas, palabras del *Eclesiastés*. Se dicen del hombre aislado á quien nadie protege y ayuda. La soledad así es más terrible que la muerte. El gran poeta Julián del Casal, glosando la exclamación bíblica, nos muestra un anacoreta que no tiene más compañía que una sierpe.

¡Infeliz! exclamaréis quizá! No! dice el poeta : hay otras almas que se contentarían con esto! Una serpiente puede consolar. Existen soledades más temibles todavía.

¿Cuáles? las de las almas que no saben ni pueden amar nada ni á nadie!

Estas se hallan solas hasta cuando están juntas. Ya el poeta español lo dijo :

Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta;
pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía....

8ª PARTE

ALGUNAS OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA É HISPANO AMERICANA

---

1. — Cántica de Serrana.

So la casa de cornejo primer día de selmana
En comedio del vallejo encontré una serrana
Vestida de buen bermejo, buena cinta de lana;
Dixele yo ansí : Dios te salve, hermana.

Dis : que buscas por esta tierra, como andas descami-
[nado?
Dixe : Ando por esta sierra, do querria casar de grado :
Ella dixo : Non lo yerra el que aquí es casado,
Busca e fallarás de grado.

Mas, pariente, tu te cata, si sabes de sierra algo;
Yol dixe : bien sé guardar vacas, yegua en cerro cabalgo,
Sé el lobo como se mata, quando yo en pos él salgo
Antes lo alcanzo que el galgo.

Sé muy bien tornear vacas, et domar bravo novillo,
Sé mazar, et faser natas, et faser el odresillo,
Bien sé guitar las abarcas, et tanner el caramillo,
Et cabalgar blavo potrillo.

Sé faser el altibajo, et sotar á qualquier muedo,
Non fallo alto nin baxo, que me venza segund cuedo,
Cuando á la lucha me abaxo, al que una vez trabar puedo,
Derríbol, si me denuedo.

Dis : aquí habrás casamiento qual tu demandudieres,
Casarme he de buen talento contigo, si algo dieres,
Farás buen entendimiento; dixel yo : pide lo que quisieres,
Et darte he lo que pidieres.

Dis : dame un prendero, que sea de bermejo panno,
E dame un bel pandero, et seis anillos de estanno,
Un zamarron de santero et garnacha para entre anno,
Et non fables en enganno.

Dam zarzillos et hevilla de latón bien relusiente,
Et dame toca amarilla bien listada en la fruente,
Zapatas fasta rodilla, e dirá toda la gente :
Bien casó Menga Lloriente!

Yol dixe : darte he esas cosas e aun mas si mas comides,
Bien lozanas e fermosas, á tus parientes convides,
Luego fagamos las bodas, e esto non lo olvides,
Que ya vó por lo que pides.

JUAN RUIZ, Arcipreste de Hita (sig. XIV).

Inicio, mis buenos lectores que me habéis seguido con tan laudable voluntad á través de tantas páginas, esta última parte de mis lecturas, con el genial, delicioso, travieso y elegante Arcipreste de Hita. No me remonto más allá de él, porque tropezaría con un castellano en plena formación, difícil de sobra para quienes empiezan á formarse en el conocimiento del idioma.

Dejo además al texto su ortografía antigua porque lo desfiguraría por completo modificándosela.

Pertenece esta cantica de Serrana si mal no recuerdo al libro de Buen Amor, del cual dice un crítico.

« Ningún texto castellano, anterior á la comedia de *Calisto e Melibea*, tiene la enjundia ni el vigor de ideas y de lenguaje que el *Libro de Buen Amor* compuesto por Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. La frescura y naturalidad de estilo, la lozanía de sentimiento que por todo él campean hacen del libro de Buen Amor uno de los poemas que más pueden honrar al ingenio humano. »

2. — Romance viejo del Prisionero.

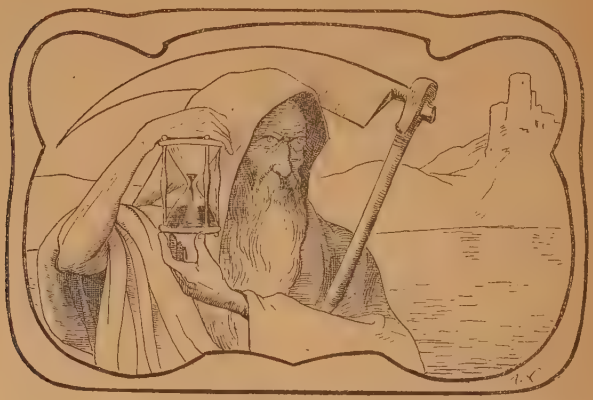
Por el mes era de Mayo
Cuando hace la calor,
Cuando canta la calandria,
Y responde el ruiseñor,
Cuando los enamorados
Van á servir al amor,
Sino yo triste, cuitado,
Que vivo en esta prisión,
Que ni sé cuándo es de día
Ni cuándo las noches son,
Sino por una avecilla
que me cantaba el albor.

Matómela un ballestero,
Dele Dios mal galardón.
Cabellos de mi cabeza
Lléganme al corvejón;
Los cabellos de mi barba
Por manteles tengo yo;
Las uñas de las mis manos
Por cuchillo tajador,
Si lo hacía el buen Rey,
Hácelo como señor;
Si lo hace el carcelero,
Hácelo como traidor.
Mas quien ahora me viese.
Un pájaro hablador,
Siquiera fuese calandria,
O tordico ó ruiseñor,

Criado fuese entre damas
Y avezado á la razón,
Que me lleve una embajada
Á mi esposa Leonor,
Que me envíe una empanada,
Ño de truchas ni salmón,
Sino de una lima sorda
Y de un pico tajador;
La lima para los hierros
Y el pico para el torreón.
Oídolo había el Rey :
Mandole quitar prisión!

No todas las quejas de los prisioneros tienen tan buen fin ni todos los Reyes suelen ó han solido ser tan compasivos....

Es este uno de los más genuinos, frescos y encantadores romances novelescos del siglo XV. El idioma en él tiene ya más tersura y las imágenes más esbeltez y gracia dentro de una regularidad mayor de rima y de ritmo.



3. — Jorge Manrique (1440-1473).

COPLAS Á LA MUERTE DEL MAESTRE DE SANTIAGO D. RODRIGO MANRIQUE, SU PADRE

Recuérde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
  contemplando,
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
  tan callando :

Cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
  da dolor,
cómo á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
  fué mejor.

Y pues vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió,
porque todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en la mar
que es el morir;
Allí van los señoríos
derechos á se acabar
y consumir;

Allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos;
Allegados, son iguales,
los que viven por sus manos
y los ricos...

Este mundo es el camino
para el otro que es morada
sin pesar,
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos.
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos...

Los placeres y dulzores
de esta vida trabajada
que tenemos,

¿qué son sino corredores,
y la muerte es la celada
en que caemos?

No mirando á nuestro daño
corremos á rienda suelta
sin parar;
desque vemos el engaño,
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar...

Dejemos á los Troyanos,
que sus males no los vimos,
ni sus glorias;
dejemos á los Romanos,
aunque oímos y leímos
sus historias.

No curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
qué fué de ello;
vengamos á lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.

Qué se hizo el Rey Don Juan?
Los Infantes de Aragón
Qué se hicieron?
¿Qué fué, de tanto galán.
Que fué de tanta invención
como trujeron?

Las justas é los torneos,
paramentos, bordaduras
é cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar
y aquellas ropas chapadas
que traían?...

Las huestes innumerables,
los pendones y estandartes,
y banderas,
los castillos impunables,
los muros é baluartes
y barreras,

la caba honda chapada,
ó cualquier otro reparo
¿qué aprovecha?
Cuando tú vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso,
de la gente,
el Maestre Don Rodrigo
Manrique, tan famoso
y tan valiente,

sus grandes hechos y claros
no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hacer caros,
pues el mundo todo sabe
cuales fueron.

¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué Maestre de esforzados
y valientes!

¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!

¡Cuan benigno á los subjetos,
y á los bravos y dañosos
un león!...

No dejó grandes tesoros
ni alcanzó muchas riquezas
ni vajillas,
mas hizo guerra á los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas;

y en las lides que venció,
caballeros y caballos
se prendieron,
y en este oficio ganó
las rentas é los vasallos
que le dieron.

Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su Rey
verdadero;

después de tanta hazaña
á que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte á llamar
á su puerta...

Hemos querido copiar íntegra esta composición porque un fragmento no habría bastado á dar idea ni de su hermosura ni de su elegancia ni de esa serena y austera tristeza que flota sobre ella y que nos habla *de la infinita vanidad de todo*....

Las coplas de Jorge Manrique son con justicia consideradas como una de las más bellas y admirables poesías castellanas. En ellas el idioma está ya formado y ha adquirido en majestad adusta, esa acerada flexibilidad que lo caracterizan.

Pintan por otra parte al siglo xv, á la Castilla de Don Juan II y de los comienzos del Reinado de su gloriosa hija Isabel la Católica, mejor que muchas páginas de la historia.

4. — Juan Boscán de Almogaver.

Sonetos.

Bueno es amar. Pues ¿cómo daña tanto?
Gran gusto es querer bien. ¿Por qué entristece?
Placer es desear. ¿Cómo aborrece?
Amor es nuestro bien. ¿Cómo da llanto?
Da esfuerzo amor. Pues ¿cómo causa espanto?
Por el amor el bien del alma crece,
Pues ¿cómo así por él ella padece?
¿Cómo tantos contrarios cubre un manto?
¿No es el amar el que dolor nos trae?
La compañía que á su pesar él tiene
También á su pesar nos hiere y mata.
El mal en él de nuestra parte cae;
El solo en nuestro bando nos sostiene
Y nuestra paz continuamente trata.

*
* *

Dulce soñar y dulce congojarme
Cuando estaba soñando que soñaba;
Dulce gozar con lo que me engañaba,
Si un poco más durara el engañarme.
Dulce no estar en mí, que figurarme
Podía cuanto bien yo deseaba;
Dulce placer, aunque me importunaba
Las veces que llegaba á despertarme.
¡Oh sueño! cuánto más leve y sabroso
Me fueras si vinieras tan pesado
Que asentaras en mí con más reposo!
Durmiendo, en fin, fui bienaventurado
Y es justo en la mentira ser dichoso
Quien siempre en la verdad fué desdichado.

Boscán es de los llamados poetas de la escuela italiana y pasa por ser, con Garcilaso de la Vega, de los que con más tino introdujeron en la métrica española, las cultísimas y sonoras formas de la métrica italiana del siglo XV.

Boscán había leído á todos los grandes poetas italianos, desde el Dante hasta su época (escribió en la primera mitad del siglo XVI),

y supo comprender admirablemente lo que había de adaptable y transfundible de una lengua á la otra.

Ennobleció, ductilizó y enriqueció nuestra lírica.

Los dos sonetos que os copio son sencillamente magistrales.

5. — San Juan de la Cruz (1542-1591).

LLAMA DE AMOR VIVA.

¡Oh, llama de amor viva,
que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres,
rompe la tela deste dulce encuentro.

¡Oh, cauterio süave!
¡Oh, regalada llaga!
¡Oh, mano blanda! Oh, toque delicado
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!
Matando muerte, en vida la has trocado.

¡Oh, lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido
que estaba escuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto á su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdan en mi seno
donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras!

Es San Juan de la Cruz el más puro é ideal poeta místico de España. Se dijera que escribía sus versos, estos sobre todo de la *Llama del Amor*, como Fra Angelico pintaba sus frescos: en éxtasis!

6. — La vida es sueño.

Escena 16ª.

MONÓLOGO DE SEGISMUNDO.

Los criados dejan á Segismundo dormido sobre el suelo y vanse. Segismundo habla entre sueños. Luego, poco á poco, se despierta.

SEGISMUNDO.

Es verdad. Pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos:
y sí haremos, pues estamos,
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar,
y la experiencia me enseña,
que el hombre que vive, sueña
lo que es hasta despertar.
Sueña el Rey, que es Rey y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas le convierte
la muerte: ¡desdicha fuerte!
¡que hay quien intente reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!
Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que á medrar empieza
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,

y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mejor bien es pequeño,
que toda la vida es sueño
y los sueños sueños son.

JORNADA TERCERA.

(*La misma decoración del primer cuadro*)

ESCENA PRIMERA

Clarín en la cueva. — A lo lejos suenan clarines y voces. — Llegan soldados que reconocen la torre de Segismundo y gritando — ¡Viva el gran Príncipe nuestro! echan abajo las puertas. ¡Viva Segismundo! — repiten.

Calderón es el poeta más elevado del período clásico español y su *Segismundo ó la Vida es Sueño*, cuyo célebre monólogo reproducimos, quizá la más admirable de sus obras en las que á veces hay altezas metafísicas, sutilezas teológicas, un poco difíciles de comprender.

7. — Soneto.

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres, cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
Y con ella en mi mente conjuradas.

¿Quien me dijera cuando en las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía
Que me habíais de ser en algún día
Con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

GARCILASO DE LA VEGA.

Os dije ya, como este grande y dulcísimo poeta Garcilaso era considerado con Boscán como de los más felices introductores de procedimientos líricos italianos. Lo más admirable de Garcilaso son sus *eglogas* y entre sus sonetos el que os copio, quizá el mejor.

8. — Al Sueño.

Suave sueño, tú que en tardo vuelo
las alas perezosas blandamente
bates, de adormideras coronado,
por el puro, adormido y vago cielo
ven á la última parte de Occidente,
y de licor sagrado
baña mis ojos tristes, que cansado
y rendido al furor de mi tormento
no admito algún sosiego
y el dolor desconforta al sufrimiento.
Ven á mi humilde ruego,
ven á mi ruego humilde, ¡oh, amor de aquella
que Juno te ofreció, tu ninfa bella!

Divino sueño, gloria de mortales,
regalo dulce al mísero afligido;
sueño amoroso, ven á quien espera
cesar del ejercicio de sus males,
y al descanso volver todo el sentido.
¿Cómo sufres que muera
lejos de tu poder quien tuyo era?
¿No es dureza olvidar un solo pecho
en veladora pena,

que sin gozar del bien que al mundo has hecho
de tu vigor se ajena?
Ven, sueño alegre, sueño, ven, dichoso;
vuelve á mi alma ya, vuelve al reposo.
Siento yo en tal estrecho tu grandeza,
baja y esparce líquido el rocío,
huye la alba, que en torno resplandece;
mira mi ardiente llanto y mi tristeza
y cuánta fuerza tiene el pesar mío,
y mi frente humedece;
que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
alas suenen ahora,
y huya con sus alas presurosas
la desabrida aurora;
y lo que en mí faltó la noche fría
termine la cercana luz del día.
Una corona ¡oh sueño! de tus flores
ofrezco; tú produce el blando efecto
en los desiertos cercos de mis ojos;
que el aire, entretejido con olores,
halaga y ledo mueve en dulce afecto;
y de estos mis enojos
destierra, manso sueño, los despojos.
Ven, pues, amado sueño, ven, liviano;
que del rico Oriente
despunta el tierno Febo el rayo cano.
Ven ya, sueño clemente,
y acabará el dolor; así te vea
en brazos de tu cara Pasitea.

FERNANDO DE HERRERA.

A Herrera, por la magia y dulzura de su lira, llamáronle « el divino. » Juzgo que este adjetivo ultra-intenso me ahorra elogios.

9. — La Diana enamorada.

TAURISO. — Zagala, porque razón
no me miras, di, enemiga?
DIANA. — Porque los ojos fatiga,
lo que ofende al corazón.

TAURISO. — ¿Que pastora hay en la vida
que se ofenda de mirar?
DIANA. — La que prentende pasar
sin querer, ni ser querida.
TAURISO. — No hay tan duro corazón
que un alma tanto pertiga.
DIANA. — Ni hay pastor que contradiga
tan adrede á la razón.
TAURISO. — ¿Cómo es esto que no tuerza
el amor tu crueldad?
DIANA. — Porque amor es voluntad
y en la voluntad no hay fuerza.
TAURISO. — Mira que tienes razón
de remediar mi fatiga
DIANA. — Esa mesma á mi me obliga
á guardar mi corazón.
TAURISO. — ¿Porqué me dás tal tormento
y que guardas tu hermosura?
DIANA. — Porque tú al seso y cordura
llamas aborrecimiento.
TAURISO. — Será porque sin razón
tu braveza me castiga.
DIANA. — Antes porque te fatiga
defiendo mi corazón.
TAURISO. — Cata que no soy tan feo
como te cuidas, pastora.
DIANA. — Conténtate por agora
con que digo que te creo.
TAURISO. — ¿Después de darme pasión.
me escarneces, di, enemiga?
DIANA. — Si otro quieres que te diga
pides más de la razón.

GASPAR GIL POLO.

Pertenece este diálogo encatandor á la Diana enamorada, novela pastoril que fué famosa en el siglo XVI. Cántanla Diana y un pastor y está caracterizada por ese discreteo y esa retórica seudo-pastoril, tan falsos, pero tan socorridos en los siglos XVI y XVII.

10. — Canción á una dama, presentándole unas flores.

De la florida falda,
Que hoy de perlas bordó el alba luciente,
Tejidos en guirnaldas
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tus sienes y á tu boca olores.
Guarda destos jazmines
De abeja esa un escuadrón volante,
Ronco si de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.
Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y mas besos te pido
Que abejas tuvo el escuadrón armado;
Lisonjas son iguales,
Servir yo en flores, pagar tu en panales.

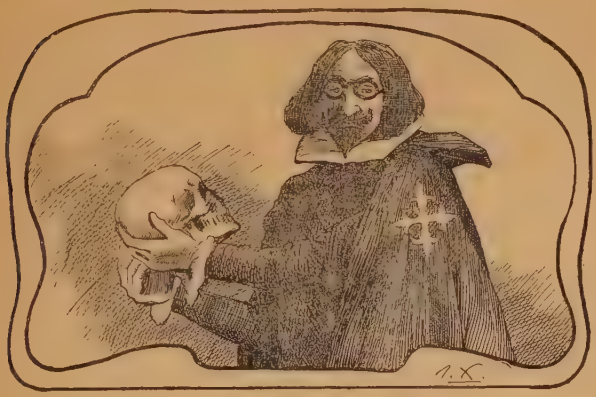
D. Luis de Góngora.

De este poeta os dirán muchas cosas, lectores : Que creó una escuela de ampulosidad, alambicamiento y enfatismo, que tergiversaba y enredaba las palabras y las imágenes; que tuvo, desdichadamente muchos imitadores que le ayudaron en la ingrata tarea de obscurecer los pensamientos... El público en general, lectores, no ama á quienes fuerzan su cerebro á trabajar más de lo debido y les guarda rencor, Gusta del agua clara y de los versos simples. Pero que esto no nos conduzca á la injusticia. Góngora fué genial y á pesar de sus sombras tiene bastante luz para iluminar con esplendor propio el siglo clásico español, mereciendo sentarse al lado de los Calderón, los Lope y los Quevedo.

11 — La Vida y la Muerte.

Es la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considérala como plazo que poner el jornalero : que no tiene descanso desde que empieza, sino es cuando acaba. A la par empiezas á nacer y á morir, y no es en tu mano detener las horas; y si fueras

cuerdo, no lo habías de desear. Si fueras bueno, no lo habías de temer. Antes empiezas á morir que sepas qué cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas á la razón. Si quieres acabar de conocer que es tu vida y la de todos, y su miseria, mira, qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿ Qué yerbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte, ó de tu sustento, abrigo, reposo ú hospedaje ? ¿ Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta á muerte y miseria, la que con muertes de otras cosas vive?



Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes; si comes, el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienen tanto de recuerdos y memorias como de alimento. Por otra parte, mira cómo en todas esas cosas ignoras la muerte que recibes, pues los manjares con que á tu parecer sustentas el cuerpo en su decocción por otra parte gastan el calor natural, que es tu vida, con el trabajo de disponerlos. Vela eres, luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta, y cuanto más aprisa arde, más aprisa te acabarás.

Considera que, sin los venenos, las mismas cosas saludables te traen muerte. Un airecillo, si te coge el cuerpo destemplado, un jarro de agua, si sudas; el baño, la comida, si es demasiada; el vino; el movimiento, si te

cansas; el sueño prolijo. En ninguna cosa tienes segura salud, y es necedad buscarla; pues no puede dejar de estar enfermo quien siempre, en su misma vida, tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives y de él mueres. Dejo de contar los venenos y cosas que la naturaleza creó contra tu vida. Y estas cosas que no están en tu mano, no las debías sentir ni quejarte de ellas. Tu mayor miseria no es sino que, entre todos los animales, tú sólo naciste contra ti mismo. ¿Qué enemigo tienes mayor de tu vida y quietud que tú, pues de las cosas ajenas te congojas ? Si el otro anda despacio, te enfadas; si habla mucho, te enojas; si le suceden desdichas, te deshaces en lástima; si tiene prosperidad, te carcomes con envidia; si te dicen una mala palabra, ó te dan un golpe, te afrentas y deshaces; y no teniendo tú culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar, te mueres de coraje; y toda la vida te mueres de miedo de morirte, ó vives tan solícito de las cosas de acá, y con trabajo como si no fueras mortal y esta vida perecedera.

D. Francisco de Quevedo y Villegas.

Poca prosa os doy en esta sección, amigos mios, pero ello obedece á que las obras maestras en prosa, no tienen los caracteres de brevedad requerida y soy enemigo de ofrecer fragmentos que están muy lejos de ser modelos apropiados, sugestivos y convenientes.

La prosa de don Francisco de Quevedo es acaso la mejor de la época clásica.

Puede decirse que con el *Lazarillo de Tormes* se inicia el período de la gran prosa española. Hurtado de Mendoza fué un maestro de su tiempo, rey de la novela picaresca. Quevedo es sucesor directo de este hombre eminente, y con una maleabilidad genial sabe encantarnos, así en la prosa festiva como en la grave y seria, de la cual es muestra la bella página que os copio.

12 — De un pajarillo.

Yo vi sobre un tomillo
quejarse un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.

Vile tan congojado
por tal atrevimiento
dar mil quejas al viento
para que el cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento;

Ya con triste armonía,
esforzando el intento,
mil quejas repetía,
ya cansado callaba,
y al nuevo sentimiento
ya sonoro volvía;
ya circular volaba,
ya rastrero corría,
ya, pues, de rama en rama
al rústico seguía,
y saltando en la grama
parece que decía:

— Dame, rústico fiero,
mi dulce compañía —
y que le respondía
el rústico:
— No quiero.

DON ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

La enorme popularidad de estos versos que sirviendo de ejemplo y con diversos comentarios andan en tantos libros de retórica y en tantas crestomatías, me dispensa de analizarlos; pero no de reproducirlos. En ninguna colección pueden faltar.

13. — Del Viejo Huerto.

Anda, mi zagal, anda;
tráeme de Miranda flores
y un ramillo de amar amores.
Galán de mis ojos,
si á Miranda vas,
seis claveles rojos
de allá me traerás;

esto y nada más
tu Elisa te manda.
Anda, mi zagal, anda;
tráeme de Miranda flores
y un ramillo de amar amores.
Mucho hay que entender
en esto de flores:
pues suele escoger
tal vez las peores
quien tras las mejores
audaz se demanda.
Anda, mi zagal, anda;
tráeme de Miranda flores
y un ramillo de amar amores.
En Miranda, dicen
que se aprende á amar,
y otros lo desdicen
con me replicar
que en cualquier lugar
amor triunfa y manda.
Anda, mi zagal, anda;
tráeme de Miranda flores
y un ramillo de amar amores.
La fuente y la flor,
el bosque y el prado,
dicen que de amor
allí está tocado.
¡Y á mí no me es dado
el ir á Miranda!
Anda, mi zagal, anda;
tráeme de Miranda flores
y un ramillo de amor de amores.

José Iglesias de la Casa.

Dudo que se pueda encontrar en castellano algo que tenga una gracia más delicada y aristocrática que esta letrilla.

14. — Soneto

Amable soledad, muda alegría
Que ni escarmiento ves, ni ofensas lloras,
Segunda habitación de las auroras,

De la verdad primera compañía,
Tarde buscada paz del alma mía,
Que la vana inquietud del mundo ignoras,
Donde no la ambición hurta las horas,
Y entero nace para un hombre el día,
Dichosa tú que nunca das venganza,
Ni de palacio ves con propio daño
La ofendida verdad de la mudanza,
La sabrosa mentira del engaño,
La dulce enfermedad de la esperanza,
La pesada salud del desengaño.

DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

Es este uno de los sonetos más perfectos del siglo XVII.
Los Hurtado de Mendoza han honrado la literatura española.
Don Diego escribió esa joya de la novela humorística y de la prosa castellana que se intitula el Lazarillo de Tormes; y á don Antonio bastariale para su fama este soneto si no hubiese escrito cosas tan buenas como él.

15. — La Decadencia.

Desde la muerte de Calderón (1681) hasta la de Moratín (1828) se extiende en la literatura española, la época llamada Postclásica ó de Decadencia. En ella la poesía, los versos mejor dicho, son enfáticos, petulantes, desabridos. No hay una sola poesía lírica que tenga la gracia y la elegancia de aquellas antiguas, que os he citado.

De mí sé deciros que no soporto á D. Manuel José Quintana y que ni puedo con las ruinas de Itálica ni digiero la *epístola moral*. Permitidme pues que solo dos composiciones más os copie para concluir : son de la época romántica y están firmadas por los únicos dos grandes poetas que ha habido en España desde los genios clásicos hasta el novísimo periodo lírico : Espronceda y Zorrilla. Se llaman *La Canción del Pirata* del primero y *La Margen del arroyo* del segundo.

Y ahora, amigas mías, lectoras mías, hospitalarias pues que soléis dar asilo en vuestras almas á mi trajinante é inquieto pensamiento, hasta luego... es decir, hasta otro libro... si Dios quiere.

Madrid 1907.

AMADO NERVO.

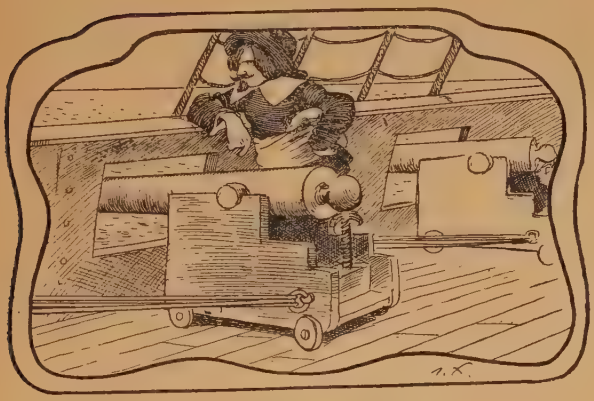
16. — Canción del Pirata.

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín :
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el Temido,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul :
Y ve el capitán pirata,
Sentado alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul.
« Navega, velero mío,
Sin temor,
Que mi enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni a sujetar tu valor.
« Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.

Que es mi barco mi tesoro.
Que es mi Dios mi libertad,
Mi ley la fuerza y el viento
Mi única patria la mar,
» Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra :
Que yo tengo aquí por mío

Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.
« Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,



Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.

Que es mi barco mi tesoro, etc.
« A la voz de « ¡ barco viene ! »
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo escapar :
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.
En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual :
Sólo quiero
Por riqueza

La belleza
Sin rival.

« Que es mi barco mi tesoro, etc
¡ Sentenciado estoy á muerte!
Yo me río :
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.
« Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.

Que es mi barco, mi tesoro, etc.
« Son mi música mejor
Aquilones :
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos,
Y el rugir de mis cañones.
Y del trueno
Al son violento
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arullado
Por la mar.

Que es mi barco, mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar. »

José de Espronceda.

17. — Entrada del Mundo.

Cauta, si no engañosa, procedió la Naturaleza con el hombre, al introducirlo en este mundo, pues trató que entrase sin género alguno de conocimiento, para deslumbrar todo reparo. A obscuras llega y aun á ciegas quien comienza á vivir sin advertir que vive y sin saber qué es vivir. Críase niño y tan rapaz que cuando llora, con cualquier niñería le acalla y con cualquier juguete le contenta.

Parece que le introduce en un reino de felicidades y no es sino en un cautiverio de desdichas que cuando llega á abrir los ojos del alma, dando en la cuenta de su engaño, hállase empeñado sin remedio, vese metido en el lodo de que fué formado; y ya ¿qué puede hacer sino pisarlo, procurando salir de él como mejor pudiere?

Persuádome que si no fuera con este universal ardid, ninguno quisiera entrar en un tan engañoso mundo y que pocos aceptaran la vida después si tuvieran estas noticias antes, porque ¿quién sabiéndolo quisiera meter el pie en un reino mentido y cárcel á padecer tan muchas, como varias penalidades? En el cuerpo hambre, sed, frío, calor, cansancio, desnudez, dolores, enfermedades; y en el ánimo engaños, persecuciones, envidias, desprecios, deshonras, ahogos, tristezas, temores, iras, desesperaciones, y salir al cabo condenado á miserable muerte, con pérdida de todas las cosas, casa, hacienda, bienes, dignidades, amigos, parientes, hermanos, padres y la misma vida cuando más amada.

Bien supo la Naturaleza lo que hizo y mal el hombre lo que aceptó. Quien no te conoce ¡oh, vivir! te estime, pero un desengañado tomara antes haber sido trasladado de la cuna á la urna, del tálamo al túmulo.

Presagio común es de miserias el llorar al nacer, que aunque el más dichoso cae de pies, triste posesión toma y el clarín con que este hombre rey entra en el mundo que no es otro que su llanto, señal que su reinado todo ha de ser de penas; pero ¿cuál puede ser una vida que comienza entre los gritos de la madre que la da y los lloros del hijo que la recibe?

Por lo menos ya que le faltó el conocimiento, no el presagio de sus males, si no los concibe, los adivina.

GRACIÁN.

Qué suelta, elegante y noble prosa : ¿No es esto?

18. — Sáficos.

Dulce vecino de la verde selva,
huésped eterno del Abril florido,
vital aliento en la madre Venus,
céfiro blando.
Si de mis ansias el amor supiste,
tú que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas, y á mi ninfa dile,
dile que muero.
Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba;
quísome un tiempo, más agora temo,
temo sus iras.
Así los dioses, con amor paterno,
así los cielos con amor benigno,
nieguen al tiempo que feliz volares,
nieve á la tierra.
Jamás el peso de la nube parda,
cuando amenace la elevada cumbre,
toque tus hombros, ni su mal granizo
hiera tus alas.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Estos sáficos, que han endulzado los labios de millones de lectores, son los más bellos que se han escrito en castellano.

19. — La margen del arroyo.

¡Qué dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!
Ver cómo la yerba blanda
En la margen se le inclina,
Y cómo crece
De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.
Los juncos de las riberas

En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raíces someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.
Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores

Rueda entre lirios silvestres
Escondido.
Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas,
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.
Ni han de envidiar á los ríos
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos
Más que coronar sus frentes
Las afrentan.
Ni á las fuentes y cascadas

Sus tazas de jaspe y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.
Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas,
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras.
Ni ha de envidiar á los mares
De buques la excelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
Voz impía.
Porque tiene en un remanso
Sauces y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.
Y en vez de roncos clarines
Columpia trinando amores,
La ancha copa,
De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores
Pintada tropa.
¡Oh, dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!
¡Oh qué es dulce contemplar
El agua los pies venir
A lamer,
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir
La perder!
Y aquel bullir sin sosiego,
Y aquel seguir siempre igual

Su camino;
Y aquel trasparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.
Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas
Que en las arenas dibujan
Do se posan.
Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.
Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellas,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentirlas tan movibles
Huye de ellas.
Y aquel insecto que nada
Medio mosca y medio pez
Sobre alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso más cada vez
Se importuna.
Siempre en el mismo lugar
En su afan sin concluir
Noche y día,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía.
Y aquel entorpecimiento
En que gozan los sentidos
Viendo tal,
Que duda el entendimiento
Si duermen al són mecidos
Del cristal.
¡Oh, dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,

Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!
¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu margen
Sus flores Abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmín,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí,
Bebiendo tus aguas
Libre el colorín,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardín,
Que el sol tornasola
De el alto cenit...
¡Pero¡ ay! que es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
¡Arroyo, así viven
Los que han de morir
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá Julio ardiente
Tu pompa á extinguir,
Y á impulso de oculto
Veneno sutil
Secarán tus lirios
Su tallo y raíz,
Perderá tu hierba
Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz.
Iráse estrechando
Tu manso perfil,

Tus cañas y juncos
Vendrán á rendir
Encima tus aguas
La seca cerviz,
Y al fin tu corriente
En hilo sutil
Su curso en la arena
Vendrá á concluir.....
¡Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto á ti,
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle
De verdura,
Que abajo te están abriendo
Los cenagales del valle
Sepultura.
Arroyo, sigue bañando
Mientras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.
Ella nunca será más
Que un mensaje del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.
Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas,
Ni vendrán los colorines
A tus márgenes extrañas
Siempre solas;
Mas yendo y viniendo días,
Tú á merced de una fortuna
Siempre igual,
Tendrás suelo y ondas frías,
Bien sea arroyo ó laguna
Tu cristal.
Pues agua siempre has de ser

Sigue por la verde alfombra
Murmurando,
Que es dulce verla correr
De un olmo á la fresca sombra
Descansando.

José Zorrilla.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

LA NATURALEZA

1. La Mañana. 5
2. La canción de la nieve. 7
3. Del trópico. 8
4. Tarde del trópico. 10
5. Una tarde de otoño. 11
6. La fuga de la tórtola. 14
7. Paisaje. 16
8. Mignon 17
9. Un crepúsculo. 19
10. El salto de Barrio Nuevo. 20
11. La tempestad 23
12. Las riberas del Tajo. 26
13. Eva 28
14. Los camellos. 33
15. Las vicuñas del Perú. 36
16. Sitios poéticos del Valle de Bravo. 38
17. Cuento 41
18. Tardes de Octubre. 42
19. Alma y Paisaje. 44
20. Más allá de las nubes 45
21. Soneto. 47
22. El mar 48
23. A escape. 50
24. Capítulo 1. 51
25. La nieve viajera. 54
26. En Chapala 55
27. Eclipse de Luna. 57
28. Los pavos reales. 59
29. El nacimiento de la risa. 63
30. Sol del domingo. 64
31. Fragmento. 66

2ª PARTE

LA HUMANIDAD

I. — EL NIÑO

1. Ríe 69
2. Los niños tristes. 70
3. Estudia 73
4. El Dominio del Canadá 74
5. Aserrín 78
6. Beati possidentes 80
7. Cuento de lobos. 82
8. A una niña 86
9. El compañero de viaje. 89
10. Seno de reina. 90
11. Chucho 91
12. Noche Buena. 96
13. Niños ricos y niños pobres. 97
14. La abuelita 101
15. Para los niños. 102
16. Un buen hijo. 105
17. A una niña. 108

3ª PARTE

LA MUJER

1. Pensamientos sobre la mujer. 111
2. Sus dos mesas. 116
3. Pax 117
4. Pobre niña. 118
5. Manos blancas. 120
6. La caridad. 123
7. Amor. 125
8. La perfecta casada. 125
9. A una pálida. 128
10. Madrigal romántico. 131
11. ¡Cien mil palos!. 131
12. La Felicidad. 134
13. Pensamientos 135
14. No sé decirte más. 137
15. Un cuento. 137
16. Buenas noches. 138
17. Cabeza y Corazón. 139
18. Una anécdota 141
19. Ojos verdes. 141
20. La madre. 142

21. A la novia por venir 145
22. Los dos cómplices 146
23. Amorosa 147

4ª PARTE

LA PATRIA

1. Juárez 149
2. Juárez 150
3. Tres anécdotas de Juárez 154
4. Cómo era Juárez 155
5. Carta de Juárez á Maximiliano 156
6. Las horas de mayor angustia de Juárez 159
7. Nuestra bandera 161
8. El padre 163
9. A Hidalgo 165
10. Morelos 168
11. Episodio histórico 182
12. Cinco de mayo 185
13. Acta de independencia del congreso de Chilpancingo . . . 187
14. En la muerte del general Zaragoza 188

5ª PARTE

EL AMOR

1. Salmo de amor 191
2. La bien amada 192
3. Reliquia 194
4. Era un aire suave 196
5. A Dorotea Valverde 198
6. Definición 199
7. Ojos claros, serenos 200
8. Canción 204

6ª PARTE

LA MUERTE

1. El caballero de la muerte 205
2. La llegada de la muerte 207
3. Muertos 208
4. ¿Cuál sería? 209
5. Remember 211
6. Contraste 211
7. Duerme 213
8. Balada 213

9. Aniversario 215
10. Décima 215
11. La isla de la muerte. 216
12. Deshielo. 217
13. La opinión. 218
14. Balada de Ultratumba 219
15. Hacia arriba. 221

7ª PARTE

ESTADOS DE ALMA

1. Las que se van 223
2. Murria. 226
3. Desaliento. 228
4. Soneto 229
5. En la ventana. 230
6. Balada del invierno 231
7. La cartera. 232
8. En el templo 235
9. Psicología de la babosa. 236
10. Væ soli. 239

8ª PARTE

ALGUNAS OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA É HISPANO AMERICANA

1. Cántica de serrana. 241
2. Romance viejo del prisionero 243
3. Jorge Manrique 244
4. Juan Boscán de Almogaver. 249
5. San Juan de la Cruz. 250
6. La vida es sueño. 251
7. Soneto. 252
8. Al sueño. 253
9. La Diana enamorada. 254
10. Canción á una dama presentándole unas flores. 256
11. La vida y la muerte 256
12. De un pajarillo 258
13. Del viejo huerto. 259
14. Soneto. 260
15. La decadencia. 261
16. Canción del pirata. 262
17. Entrada del mundo 265
18. Sáficos. 266
19. La margen del arroyo 266

1600-12. — Paris. Imprenta de la Vda de Ch. BOURET. — 11-12.

15.00
9.00
3.00
2.75
$29.75

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO
45, AVENIDA CINCO DE MAYO, 45

Anatomía y fisiología animales y vegetales, por E. Causrea, obra ilustrada con más de 500 láminas. 1 t. 12. *Tela.*

Física, por J. Langlebert. Nueva edición puesta al corriente de los progresos más recientes de la ciencia, hasta Mayo de 1907 y seguida de problemas y soluciones. Obra con 466 grabados. 1 t. 12. *Tela.*

Física (Tratado elemental de), por A. Ganot. 23ª edición, conforme á los más recientes programas universitarios de 1905, por Maneuvrier. Única edición autorizada por el autor con 1041 grabados y 4 láminas de color. 1 t. 8. *Tela*

Historia natural aplicada, por E. Causrea. Obra ilustrada con 263 láminas. 1 t. 12. *Tela.*

Historia natural, por J. Langlebert. Anatomía y fisiología animales. — Anatomía y fisiología vegetales. — Geología. Paleontología. — Hilgenes. — Nueva edición enteramente refundida con 688 grabados y 16 iluminados. 1 t. 12. *Tela.*

Química para los niños, por Louis C. Lucas. Obra enteramente apropiada para los escolares con sencillos experimentos sencillos. 1 t. 12 con muchas láminas.

Química (*Nociones de*), por J. Langlebert. Nueva edición puesta á la altura de los progresos más recientes de la ciencia y aumentada con un apéndice sobre la mecánica química. Obra con [illegible] grabados y 12 páginas en cromolitografía que comprenden [illegible] de las principales sales minerales cristalizadas y los colores de los precipitados que dan sus disoluciones con los reactivos. 1 t. [illegible] *Tela.*

Química (Tratado elemental de), [illegible] de la segunda enseñanza, con las principales [illegible] artes, industria, meteorología y higiene. 480 bellos grabados, por [illegible]. *Tratado adoptado oficialmente y autorizado por el autor.* 1 t. [illegible] *Tela.*

Por el Campo de la Electricidad, por Jorge Dary, [illegible] con artísticas ilustraciones, que contiene todas las [illegible] hasta hoy. Magnífica obra para regalo o para pr[illegible]

París Imprenta de la Vda de C. BOURET